



escrito
en sangre

SILVANA G. SÁNCHEZ

UNA NOVELA DE LA HERMANDAD ANTINATURAL
LIBRO I

ESCRITO EN SANGRE

UNA NOVELA DE LA HERMANDAD ANTINATURAL

SILVANA G. SÁNCHEZ



Copyright © 2018 Silvana G. Sánchez.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción parcial o total de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es un obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y situaciones son productos de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas vivas o muertas (o inmortales), eventos o establecimientos comerciales es pura coincidencia.

Diseño de portada: Selfpub Designs.

*Para David, con mucho amor.
Todo esto sucedió mientras dormías.*

*«Cuando en la tierra esté,
Que mis errores no causen
Problemas en tu pecho.
Recuérdame, recuérdame, mas ah,
Olvida mi destino.»*

— EL LAMENTO DE DIDO. DE DIDO Y ENEAS POR HENRY PURCELL.

ÍNDICE

Música sugerida por el Autor

LA SERENISSIMA

1. EL HERMANO DÉBIL
2. EL ZORRO ROJO
3. MADRE NATURALEZA CRUEL
4. LOS CAMINOS HACIA EL PLACER Y LA PERDICIÓN
5. EL GRAND TOUR
6. EL ESPEJO
7. EL DIABLO ROJO
8. PLUMAS NEGRAS
9. EL SECRETO
10. EL ALIENTO DE VIDA
11. UNA PROMESA EN ROMA
12. LA TIERRA SE MOVIÓ
13. LAS PUERTAS DEL INFIERNO
14. LA ISLA DE LA MUERTE
15. UN ROSTRO EN LA MULTITUD
16. EL GRAN BAILE VENECIANO
17. EL CARNAVAL
18. EL REGALO
19. OSCURA CANCIÓN DE CUNA
20. EL HISTORIAL DE MALDAD
21. EL JARDÍN DE LA OSCURIDAD
22. TONOS DE AZUL
23. TRUCOS DE VAMPIROS
24. EL HOMBRE MÁS FELIZ DEL MUNDO
25. LA MALDICIÓN
26. LA BESTIA
27. WINTERBOURNE
28. EL MÉDICO
29. LA CRUDA Y SANGRIENTA VERDAD
30. UN CORAZÓN LÁBIL
31. EL HIJO PRÓDIGO
32. BIENVENIDA OSCURIDAD
33. UN ÚLTIMO LAMENTO
34. MARMÓREA PERFECCIÓN

35. LOS PLACERES DEL ENGAÑO

36. EL SABOR DE LA VENGANZA

37. EL CIELO VENECIANO

38. SARTIE MANGIATORI

39. ESTE ES EL FIN

40. EL CLAMOR DEL HÉROE

41. MI VISTA MÁS AMADA

42. LA SERENISSIMA

ALGO MÁS

CLAMOR DE SANGRE

DIDO Y ENEAS

Otras Obras de SILVANA G. SÁNCHEZ

SOBRE EL AUTOR

MÚSICA SUGERIDA POR EL AUTOR

Playlist

LA SERENISSIMA

Más allá de las aguas oscuras del Gran Canal, tenues luces de *torchière* atraen la mayoría de las miradas hacia el viejo *palazzo*. Sus paredes blancas, una vez prístinas, ahora teñidas de moho negro y verde, soportan el paso del tiempo.

Los cristales opacos del ventanal dejan poco que discernir a los ojos curiosos. Tan solo la silueta de mi cuerpo permanece visible mientras estoy de pie ante la ventana destrozada de un solo parteluz. Una sombra parada detrás de la cuadrifora, eso es todo lo que ven.

A través de los cristales rotos, el cielo está despejado y las estrellas brillan intensamente en esta fría noche de diciembre. Y mientras observo el tranquilo paisaje veneciano ante mí, la pregunta asombrosa atraviesa mi cerebro inmortal.

Implacable, imperdonable... esta pregunta me ha torturado toda la noche. Y la respuesta es una que mi miserable corazón resiste, sin importar lo fuerte que resuena en mi mente.

Al colocar mi mano sobre la ventana, la frialdad de la brisa de la tarde se filtra entre mis dedos y brinda consuelo al insondable limbo de incertidumbre donde mora mi mente.

El mundo exterior está a punto de entrar en el siglo XVIII, y las cambiantes mareas del tiempo golpean con fuerza contra mi desdichado espíritu mientras lucho por comprender el horror que encierra esta habitación.

Encuentro algo de paz mirando los barcos que pasan a esta hora tardía y escuchando las aguas del Canal estrellándose suavemente contra los muros del *palazzo* en un ciclo hipnótico, ola tras ola.

El sillón tapizado de terciopelo verde me atrae a la vez que me repulsa; pero el agotamiento se apodera de mi corazón y lo necesito.

Al deslizarme en el asiento, tomo una respiración profunda. El penetrante aroma de la sangre se filtra por mis fosas nasales y llena mis pulmones; el perfume suave y persistente de rosas y bergamota también llega a mis pulmones.

No importa cuánto lo entretenga mi mente, la realidad sigue siendo inevitable, inmutable... Pero seguramente, si alguna vez ha habido una criatura capaz de superar tal tragedia, soy yo.

Sí, no soy nada sino sangre y huesos. Pero también estoy en la Oscuridad, atado por la

sangre.

Soy la sublimación del mundo cambiante, la esencia del cambio que no puede cambiar; la perfección asumida en todos sus defectos, el resultado de la mutación y la adaptación.

Mi cuerpo se rebela ante los egoístas designios de corrupción y decadencia de la Madre Naturaleza. Lucha contra ella día tras día y triunfa sobre ella cada maldita vez.

La perversidad de mi naturaleza ha sido descrita como malvada y ha perdurado por milenios, cada período llevando un nombre diferente: El Maldito, El No Muerto, Bebedor de Sangre, Comemortajas, y más recientemente, la gente me llama Vampiro.

Vampiro es el término que he aprendido a apreciar más porque no implica nada relacionado con la condenación, el mal o mis medios para sobrevivir. Los lingüistas argumentarán su origen eslavo, la palabra *ubyr*, que significa brujo, pero no me importa un comino la opinión de ningún lingüista. Me importa el significado que la palabra evoca por se, el que reverbera dentro de mis oídos preternaturales cada vez que mi presa lo piensa o lo pronuncia. Y siendo el diablo en cuestión, diría que eso es suficiente para resolver la discusión.

Soy la raíz del mal, hasta donde yo sé. Y no me importa ni un poquito, ni llevo este título como una carga. Estoy bastante feliz de haberme convertido en este villano, este diablo que merodea en las sombras y se alimenta del centro de los corazones de sus víctimas. Un demonio que drena la vida de sus preciosas arterias con los colmillos más afilados, como pajillas sumergidas en una preciosa botella de exquisito vino tinto... pero me desvíó del tema.

Me enorgullezco de ser la criatura antinatural que soy porque sin lugar a dudas, convertirme en vampiro ha sido mi golpe de gracia al vencer a la Muerte, mi vieja amiga, mi compañera de toda la vida.

La sombra de la Muerte se adhirió a la mía el día en que nací. Me tentó con sus pretenciosas mentiras desde entonces. Como una prostituta, acechaba tras la esquina de la calle, llamándome con su deleznable atractivo, una y otra vez, solo para ser rechazada.

Todos los hombres están condenados a la tumba desde el momento en que son arrojados al mundo, sí. Pero me temo que la Muerte tomó un gran interés en mí desde el principio, como pronto descubrirás.

Bautizado por la Sangre Oscura, permanezco para siempre inalcanzable al contacto de los fríos y torcidos dedos de la Muerte. Ahí radica mi victoria.

Y mientras estoy sentado aquí, junto al hogar de la chimenea, debería estar feliz e incluso extático por mi triunfo, pero no lo estoy. En su lugar, busco dentro de las llamas del hogar un hilo de cordura que pueda traer paz al pandemonio que irrumpió en mi vida esta noche.

Dispersos en la alfombra turca, miríadas de cristales teñidos en sangre reflejan el ámbar del fuego. Y aunque pareciera que tengo la mejor compañía ante mí, el hecho es que me siento solo en esta habitación silenciosa, con nada más que la perspectiva de siglos de soledad.

La maldita pregunta está de vuelta. Hace eco en mi mente. Aplastando toda esperanza de mi supervivencia, sus implacables colmillos se hunden en mi miserable corazón.

Necesito una respuesta, una que sea verdadera y que valga la pena. La necesito porque mi cordura, si no es que mi vida, depende de ello. Y para encontrarla, debemos volver al principio, a la raíz de todo mal, al lugar donde se engendró esa primera chispa de traición.

Ahí es donde te llevaré.

EL HERMANO DÉBIL

WINTERBOURNE, INGLATERRA.1656.

— ¡Uno, dos, tres! ¡De nuevo!

— ¡Uno, dos, tres! ¡De nuevo!

— ¡Uno, dos...!

— ¡Ay! ¡Eso dolió! —El dolor pulsaba fuertemente en mi espalda por el golpe que Viktor me había dado con el mango de la espada.

— ¿Qué pasa, Iván? —El maestro Bianchi se arrodilló a mi lado, ajeno al esquema diabólico de mi hermano.

Me quedé en silencio.

— ¡Te dolió porque eres débil! —dijo Viktor.

— ¡No soy débil! —me quejé. Y gruñendo, mis manos se dirigieron a su pecho y lo empujé. Su rostro se encendió con ira cuando aterrizó en el suelo. Sus ojos brillaban con asombro. Él jamás creyó que yo podría contraatacar, ni yo tampoco.

Viktor se puso de pie y se abalanzó sobre mí como una bestia salvaje. Mis extremidades se convirtieron en piedra. Su peso me aplastó y me inmovilizó en el suelo en cuestión de segundos.

Dejándome atrapado entre un montón de tierra y su cuerpo, agarró el cuello de mi camisa y me acercó más a su cara enrojecida.

— ¡Pagarás por esto, Iván!

Una sonrisa asomó en mis labios. Viktor era más alto y más fuerte que yo, pero en ese momento, vislumbré la posibilidad de derrotarlo. Y esa oportunidad, sin importar cuán remota, me hizo feliz.

Pero entonces, el peso presionando mi pecho se aligeró cuando el maestro Bianchi arrastró a mi hermano lejos. Sus figuras disminuían en la distancia mientras los tacones deslizantes de Viktor dejaban un rastro en el camino de tierra que llevaba a la casa.

Reí. Reí tanto que me dolió el vientre. A mis nueve años, este había sido el punto culminante de mi breve existencia.

Por primera vez en mi vida, me había enfrentado a Viktor. Tenía trece años. Y a pesar de que mi rebelión había sido pequeña y sin importancia, llenaba mi corazón de orgullo después de años de tolerar su abuso.

Yo era el más joven de ocho hijos. Cinco de mis hermanos murieron antes de la edad de diez años, ya sea por enfermedad o por tragedia, convirtiendo a Viktor en el hijo mayor. Dos años más tarde llegó mi hermana Alisa, y un año después mi hermano Anton, pero murió minutos después de haber nacido. Pasó otro año antes de que yo llegara al mundo.

Siendo el hijo mayor, mis padres consideraban el futuro de Viktor con las más altas esperanzas. Se esperaba de él un matrimonio ventajoso, ya que mi padre era un hombre de una riqueza respetable y Viktor, un apuesto y carismático muchacho.

La fuerza y rápido ingenio de Viktor eclipsaban el lado más oscuro de su personalidad. Era alto, rubio, y tenía los penetrantes ojos azules de mi padre.

Alisa y yo heredamos la apariencia de mi madre. Ambos teníamos el cabello negro como el azabache, ojos grandes y nariz delicada. Alisa tenía ojos azules y labios finos, mientras que yo había heredado los ojos verdes y los labios más llenos de mi madre.

Nuestra madre era rusa y mi padre, un comerciante inglés.

Me gustaría mucho contar detalles históricos de su romance, si es que lo hubo, pero me temo que no sé cómo se conocieron o por qué decidieron casarse y criar a su familia en tierras británicas.

Pero volvamos a Viktor y su rastro de tierra.

Seguí las huellas de mi hermano a nuestra casa. Vivíamos en una pequeña ciudad a escasos kilómetros de Bristol. El negocio de mi padre era exitoso y nada nos faltaba.

Teníamos un hogar más que adecuado, con vastas tierras para cazar y jugar. Los sirvientes se hacían cargo de todas nuestras necesidades. Tutores nos instruían en Geografía, Aritmética, y nos enseñaban a leer y escribir en latín y en griego por insistencia de mi padre.

A mi madre le importaba poco nuestra instrucción académica.

«Nada puede prepararte para la vida. No importa cuánto luches por conquistarla, siempre te golpeará en la cara», era uno de los dichos favoritos de mi madre, y creo que lo decía tantas veces porque sabía que eso enloquecía a mi padre.

Y luego, por supuesto, estaba el maestro Bianchi, nuestro instructor de esgrima. El maestro espadachín italiano ahora empujaba a mi hermano de regreso a nuestra casa, vociferando duras palabras italianas que solo podía suponer que estaban destinadas a regañarlo.

Los rosales que adornaban la entrada estaban húmedos bajo mis dedos. Rompí un capullo de rosa y lo llevé en la mano.

Entré.

La melodía escalante del muselar se arremolinaba en el aire. Alisa practicaba como lo hacía todos los días. Y a pesar de que sobresalía en la ejecución del instrumento, había escuchado esa canción durante semanas y deseaba que ya la aprendiera y pasara a otra pieza.

Deslicé el capullo de rosa sobre la tapa del muselar y la vi tocar. Su repertorio musical era vasto, aunque su obsesión por esa melodía en particular seguía siendo un misterio para

mí.

—Toca otra cosa, Alisa... —dijo mi madre al bajar las escaleras—. ¡Te lo ruego, niña! —Así que también mi madre ya estaba cansada de lo mismo.

Un golpeteo de ollas se mezcló con la melodía de Alisa cuando la cocinera comenzó a pelear con uno de los sirvientes.

—¡Ven acá, muchacha estúpida! ¡Dime dónde escondiste ese queso... o si no, ya verás!

—¿Cuál queso? ¡No sé nada de ningún queso!

—¿Qué es todo ese ruido? —Mi madre pasó rápidamente junto a mí—. ¡No permitiré tal comportamiento en mi casa!

La suave tela de su falda rozó mi brazo y me alejó de mi ensimismamiento. Ella se dirigía a la cocina para resolver la disputa.

La cascada de notas del clavecín se desvaneció detrás de mí cuando me acerqué al salón, y la voz del maestro Bianchi se filtró en mis oídos curiosos. No me atreví a entrar sin el permiso de mi padre, así que permanecí detrás de la puerta y miré adentro a través de su resquicio.

—¿Y ahora qué maestro Bianchi? Tengo asuntos urgentes por atender y debo irme a Bristol inmediatamente —dijo mi padre—. Esos malditos traficantes de esclavos exigen el uso de mis barcos para sus tratos detestables... ¡No lo permitiré! De manera que si este asunto puede esperar...

—Esto no puede esperar, Sr. Lockhart. ¡Viktor debe ser disciplinado! No toleraré su conducta deshonrosa. ¡El muchacho debe aprender que el verdadero valor reside en la honestidad en la batalla!

Mi padre soltó una breve carcajada.

—Tonterías, maestro Bianchi —argumentó—. Si hay algo que falta en todas las batallas, es precisamente eso: la honestidad. Viktor es lo suficientemente inteligente como para aprovechar cada oportunidad. Él debe tomar la ventaja y ganar, ¡siempre ganar!

Mi padre se rió, encantado por la astucia de Viktor. Se movió hacia él y le dio unas palmaditas en la cabeza con una sonrisa indulgente.

Cabizbajo, el maestro Bianchi guardó silencio por un instante, considerando sus siguientes palabras.

—Entonces me temo que ya no podré instruir a sus hijos.

Mis ojos se agrandaron. Me quedé inmóvil en mi escondite. ¡El maestro Bianchi no podía irse! Todo era mi culpa. Si hubiera mantenido mis manos alejadas de Viktor, ¡nada de esto estaría sucediendo!

Antes de que tuviera tiempo de idear un plan para detener esta locura, el maestro Bianchi abrió la puerta. Di unos pasos hacia atrás al mirar su imponente figura, incapaz de contener mi asombro. Mis labios se separaron, pero no pronuncié sonido alguno.

Cerró la puerta detrás de él y contempló mis inocentes ojos curiosos. Se arrodilló

frente a mí y me tomó del hombro.

—Presta atención a mi advertencia, Iván —susurró—. Cuida tu corazón, pequeño. Es demasiado puro y los corazones manchados siempre tomarán ventaja sobre el tuyo. Debes agudizar tus sentidos a partir de ahora.

Me dio una palmada en la espalda y se fue.

Mi mente se quedó en blanco, entumecida. Mi joven cerebro no podía comprender el alcance de esta pérdida. Y una vez más, me convertí en piedra. Pero esta vez, no fue por miedo. Me paralizó comprender que la ausencia del maestro Bianchi lo cambiaría todo. Su repercusión en mi vida sigue siendo un misterio para mí.

La puerta crujió cuando se abrió una vez más.

Viktor salió del salón con la barbilla levantada y un aire de triunfo. Pasó a mi lado y me empujó contra la pared, y solo entonces me miró.

—Tic-tac, hermanito —se burló—. Tic-tac...

Tic-tac.

Viktor hacía uso de esas palabras para recordarme que mis días estaban contados. Dado que cinco de mis hermanos habían fallecido antes de cumplir los diez años, ¿qué iba a hacer que mi caso fuera distinto? Esa idea ya me asustaba bastante sin los molestos recordatorios de mi hermano.

—El tiempo se te está acabando, Iván —se burló y subió las escaleras.

Yo creía en las palabras proféticas de Viktor como si fueran la Sagrada Escritura. Pero lejos de bajar mi ánimo, tal conciencia instigaba mi pasión por la vida. Me llevó a extremos peligrosos para experimentar lo que el mundo tenía que ofrecer a un chico aventurero como yo.

LOS CRUJIDOS DE LA LEÑA DESMORONÁNDOSE ME ATRAJERON A LA COCINA. MI MADRE estaba sentada frente a la mesa de roble, su mirada fija en la cocinera, sin un gramo de expresión.

Mi madre era una mujer para quien la disciplina significaba el lenguaje maternal del amor. Independiente y calculadora, ella manejaba la casa entera por su propia cuenta e incluso se hacía cargo de los asuntos de mi padre cada vez que él viajaba al extranjero en una de sus expediciones comerciales.

Sus analíticos ojos verdes se entrecerraron al observar la puerta de madera de la despensa.

—El maestro Bianchi se fue —musité—. No volverá. —Mi madre no reaccionó ante mis palabras.

—Lo hizo de nuevo, ¿verdad? —dijo. Abrió la puerta de la despensa y miró adentro—. Viktor hizo trampa.

—Sí. Lo hizo. —Tomé una hogaza de pan, caliente y suave al salir del horno;

humeaba. Lo partí por la mitad con mis pequeños dedos sucios y hundí mi nariz profundamente en él antes de tomar un bocado.

Mi madre no dijo nada acerca de mi osadía, ni una palabra de reprimenda, lo cual me pareció extraño en ese momento, pero no le hice demasiado caso.

—Me enfrenté a él —murmuré con la boca llena, orgulloso de mi pequeño logro.

Cerró la puerta de la despensa y se volvió. Mi madre clavó sus ojos en los míos, fría e inexpresiva.

—Bien hecho —dijo, y siguió revisando los cajones y las cajas de comida. La cocinera parecía bastante molesta mientras mi madre examinaba detenidamente la cocina; sin embargo, no ofreció queja alguna.

—Me amenazó, juró que se vengaría... pero no me importa. De cualquier modo, pronto estaré muerto —dije con un aire de indolencia al sentarme en la silla de trabajo favorita de la cocinera. Mis pies colgaban en el aire.

Los ojos de la cocinera casi se desorbitaron cuando me escuchó decir esas palabras. Abrió la boca y estaba a punto de intervenir cuando mi madre le lanzó una mirada convincente, instándola a abstenerse de ofrecer cualquier aporte.

—Déjanos —ordenó ella.

La cocinera fue hacia la puerta trasera, ambas manos húmedas arrugándose el delantal, con mucha prisa al salir.

Mi madre tomó asiento a mi lado en un taburete. Mojó el lino blanco en sus manos en una olla llena de agua caliente y escurrió el trozo de tela hasta que se volvió casi seco. Ella sostuvo mis manos, y este cálido gesto me abrumó porque rara vez había presenciado un cuidado tan sincero viniendo de ella hacia mí o hacia alguno de mis hermanos.

Envolvió mis manos con la tela caliente y limpió la tierra, primero las palmas y luego se movió hacia mis dedos.

—Si hay alguien en este mundo que pueda vencer a la muerte, eres tú.

Sus palabras me sorprendieron.

—¿Yo? —dije—. ¿Por qué dices eso?

—Porque... ya lo has hecho muchas veces —susurró.

Este invaluable momento de intimidad con mi madre lo apreciaría por siempre; sin embargo, no tenía idea de qué quería decir con esas palabras. Y si su objetivo había sido confundirme con ellas, lo había logrado bastante bien.

—Eras demasiado pequeño, Iván... pero yo sí lo recuerdo. —Dobló el trozo de tela y lo guardó. Las manos de mi madre aterrizaron sobre sus rodillas y volvió a su actitud serena y desprendida.

—La primera vez que sucedió, solo tenías seis meses —dijo—. Tu hermano Viktor te llevó afuera para jugar. Luego regresó a casa, dejándote atrás.

»Cuando me di cuenta de tu ausencia, ya habían pasado dos horas y era de noche.

Tenía pocas esperanzas de encontrarte vivo. Me preparé para lo peor.

Se detuvo, su mirada perdida en el hogar.

Un poco del sufrimiento de mi madre se asomó en su rostro al reflexionar sobre la pérdida de sus hijos. Por devastador que hubiera sido para ella, mostró muy poco su dolor.

—A medida que la oscuridad se hacía más profunda, estuve a punto de abandonar mi búsqueda. Pero entonces, lloraste, lo suficientemente fuerte como para que te encontrara. Tu pequeño cuerpo temblaba sobre un montón de nieve, debajo de un árbol. Te tomé en mis brazos y te quedaste dormido.

—Yo era un bebé. —Me encogí de hombros.

—Sí, lo eras. Y supiste exactamente cuándo llamarme. No te equivoques creyendo lo contrario... tu llanto te salvó la vida, Iván —dijo alzando sus cejas.

La historia de mi madre me sorprendió. Y al mismo tiempo, me horrorizó saber que mi vida había estado en manos de mi hermano a tan tierna edad. No era de extrañar que mis otros hermanos hubieran llegado a su fin prematuramente, ¿tal vez por la propia mano de Viktor? Contemplé la idea por un breve instante, pero sabía que no era verdad. Mis hermanos habían muerto de enfermedad y tras el parto, o eso me habían dicho.

—Sucedió nuevamente cuando tenías tres años. La miserable gata de la cocinera, la Sra. Claw, quedó atrapada entre las barandillas del balcón. Tú viniste en su rescate, pero la criatura luchó cada minuto, rasguñando y mordiendo tus pequeños brazos. En cuanto la liberaste, la Sra. Claw cargó contra ti... y cuando retrocediste, te resbalaste y caíste del balcón.

»Te encontré en el jardín, golpeado, con la cabeza sangrando... Te llevé a la cocina, inconsciente. Con mi corazón agobiado por la preocupación, limpié tus heridas, pensando que te había perdido con certeza. Pero luego, abriste los ojos y miraste a los míos, y te reíste.

»Con el tiempo, tus heridas sanaron, la Sra. Claw se fue para siempre, y nada más salió de ese terrible accidente; no hubo complicaciones por tan duro golpe en la cabeza... o al menos eso creí —dijo con una pizca de travesura.

Estallé en carcajadas y mi madre se unió con una risa tranquila. Nunca la había visto reír. Ella era hermosa.

—¡No puedo creerlo! ¡No recuerdo nada!

—Por supuesto que tú no lo recuerdas. Pero esto sí vas a recordar... Hace tres años, ¿la luna de sangre? —Levantó su ceja—. Contra mi advertencia, saliste de la casa a medianoche porque querías ver la luna de sangre... ¿y qué pasó entonces?

Presioné mis labios y bajé mi barbilla. Mi joven cerebro retenía ese vívido recuerdo.

—El lobo... —musité.

—El lobo —repitió con una sonrisa de complicidad—. Tu terquedad te llevó al bosque...

—Me perdí muy adentro. Una rama se quebró detrás de mí y cuando volteé... ahí

estaba.

—Muy cerca de ti, y sin embargo, no te tocó. —Frotó mi nariz con su dedo—. Cuando todo terminó, entraste en la casa haciendo tanto ruido que te pillé rápido y te castigué en ese momento.

Recordé al lobo. Recordé mirar sus feroces ojos azules, tan cerca que casi podía tocarlo... La posibilidad de este encuentro era abismal, ya que los lobos se habían extinguido casi por completo, lo que hacía que ese momento fuera aún más precioso.

La bestia de pelaje blanco se escapó antes de que mis dedos audaces lo alcanzaran, y volví corriendo a casa, no con miedo, ¡sino emocionado! Mi alegría había eclipsado todo lo concerniente a las reglas de mi madre.

—Como ves Iván, te has enfrentado a la muerte más de una vez. Y has ganado en cada encuentro.

Sonreí. Sus palabras me dieron una extraña sensación de alivio.

—No debes preocuparte, hijo mío —agregó—. Deja que la Muerte sea la que se preocupe por ti.

Quería creer que las palabras de mi madre eran verdad, que quizás cuando llegara el momento, podría engañar a la muerte después de todo.

LA IGLESIA DE SAN ESTEBAN SURGIÓ EN LA DISTANCIA. SU IMPONENTE CAMPANARIO SE extendía por encima de los edificios abarrotados de Bristol mientras seguía los pasos de mi padre en el muelle.

Era mi primera vez en la ciudad, y la visión de muchos veleros llenaba mis ojos hambrientos con infinitas posibilidades de aventura.

Historias de nuevas tierras y descubrimientos de cofres de oro avivaban mi mente cuando veía esas velas volar con la furia del viento. Me imaginé a mí mismo abordando uno de esos barcos, navegando en los mares del Caribe, luchando guerras navales por tesoros y saliendo victorioso de esos combates. Y en esas historias, yo siempre era el pirata.

—¡Vamos, Iván!

—¡Ya voy, padre!

El hedor a sudor, madera y aceites flotaba en el aire.

La razón de nuestro viaje giraba en torno a los negocios de mi padre, naturalmente; pero también sus intenciones estaban puestas en enrolar a Viktor en sus asuntos. Mi padre quería que aprendiera su oficio rápidamente y esperaba que pronto se hiciera cargo de sus negocios en el comercio de pescado, mantequilla y queso.

Mi presencia en este viaje había sido el diseño de mi madre. Ella sabía que las historias de piratas y la navegación en busca de gloria a través del mar embravecido florecían en mi imaginación... Me temo que no eran las cualidades de un pródigo hombre de negocios.

—Ve con ellos, Iván —me había dicho ella al despedirnos en la entrada.

—Pero quiero quedarme en casa —había argumentado yo.

—Un mundo más grande se encuentra más allá de esta pequeña ciudad —había susurrado. Y sabiendo bien que no me importaban los comercios, las exportaciones y demás, mi madre había insinuado lo único que con seguridad me persuadiría—: Puede que haya piratas en el muelle... Podría ser peligroso.

Había aceptado de inmediato.

Y aquí estaba yo.

En tanto mi padre y Viktor se turnaban para revisar el inventario del barco, yo hablaba con un viejo marinero. Lo hostigaba con preguntas, y él se mostraba muy indulgente a mi interrogatorio, quizás sabiendo que yo era el hijo menor de su amo.

—¿Has viajado lejos, viejo? —le pregunté.

—Más lejos que tú, muchacho. Eso es seguro —murmuró, arreglándose las botas.

—¿Has viajado al Nuevo Mundo?

—Sí, muchas veces.

—Desearía poder ir...

—Bueno, ¿qué estás esperando, muchacho? ¡Súbete, ya eres mayor!

El hombre se volvió y clavó sus ojos marrones en mí. Al inclinar su cabeza, me mostró una profunda cicatriz que se extendía en su rostro. Asustado al verlo, di un paso atrás.

—Eso es suficiente, Gallagher... —dijo mi padre—. Aprisa muchacho, nos vamos. —Tomó mi mano y tiró de ella. Y mientras mi padre casi me arrastraba lejos del muelle, miré hacia atrás y vi al anciano burlarse de mí con una reverencia sardónica.

Salté al carruaje. Viktor ya estaba adentro, profundamente dormido.

Mi padre se quitó el sombrero, entró al carruaje y se sentó frente a mí. Tocó el techo y el vehículo se movió. Y así comenzó nuestro viaje de regreso a casa.

Retiré la cortina y vi las torres de Bristol desvanecerse detrás de nosotros.

—¿Padre? —musité.

—¿Sí?

—¿Puedo ser un pirata?

—¡No puedes ser un pirata! —dijo—. ¿Es eso lo que Gallagher metió en tu cabeza? No quiero escuchar más de eso, Iván.

—Sí, señor.

Mi padre sacó un par de manzanas de su abrigo y me arrojó una. Él medio sonrió. Mordí un bocado de mi pieza de fruta y miré por la ventana del carruaje una vez más.

—¿Padre?

—Sí, Iván...

—¿Voy a morir el próximo sábado, cuando cumpla diez años?

Él levantó su ceño con asombro; quizás sorprendido por la conversación sobre la muerte viniendo de alguien tan joven.

—¿Por qué demonios dices eso?

—Mis hermanos murieron antes de esa edad —agregué inclinando la cabeza y dándole una mirada conocedora.

—Te diré una cosa, Iván. Tus hermanos murieron porque eran débiles. La Naturaleza eligió arrancarlos de esta buena tierra por una razón, y esa razón fue que carecían del carácter y la fortaleza necesarios para enfrentar el duro mundo en el que vivimos.

Y ahí estaba: el concepto de mi padre de la Selección Natural aplicado a su descendencia. Por supuesto, en ese momento, no entendía a qué se refería con esas palabras. Pero pretendí hacerlo, no obstante.

—Entonces la respuesta a tu pregunta es otra pregunta, hijo. ¿Tienes lo que se necesita para seguir viviendo? ¿Eres fuerte como tu hermano Viktor, o eres débil como Anton y el resto de tus hermanos fallecidos?

Su respuesta sacudió el piso bajo mis pies.

Sabía que mi padre me consideraba débil porque lloraba al enfrentarme a los abusos de Viktor. Había decidido dejar de tolerar su maltrato a penas hacía unos meses, pues estaba a punto de cumplir diez años y moriría de todos modos.

EL TEMIDO DÍA LLEGÓ.

Cumplí diez años.

No pasó nada.

Al día siguiente, me conté como un sobreviviente. Y una vez que se hizo evidente para mí que la fatalidad no me alcanzaría en mi cumpleaños, o en cualquier otro día, la sensación más liberadora de empoderamiento me conquistó.

Con el paso de los años, mi miedo a morir desapareció. Comprendí que la Muerte no me perseguiría por la calle cuando menos lo esperara. En todo caso, esta idea se disipaba de mi mente a medida que crecía. La vida ofrecía demasiadas distracciones hermosas para alguien tan curioso como yo; no dejaba tiempo para reflexionar sobre mi naturaleza desafiante contra la muerte prematura.

EL ZORRO ROJO

Raro como lo era en estas tierras, nevó.

Corrí a los establos a buscar mi caballo, Viktor me siguió. En segundos, ganó la velocidad suficiente para pasarme y alcanzarlos antes.

En cuanto los primeros rayos de luz del sol iluminaron el cielo, reunimos nuestro equipo y salimos a un vasto horizonte blanco. Armados con mosquetes y suficientes dagas, nos preparamos para cazar tantos conejos, venados o cualquier presa que se cruzara en nuestro camino.

Viktor era un hermano abusivo, sin duda alguna. Pero era también mi único hermano. Y a veces hacemos lo que debemos para pasar un buen rato, ¿cierto? Independientemente de su animosidad habitual hacia mí, no odiaba a mi hermano.

Salió de los establos en su hermosa yegua blanca y pronto se perdió en los campos glaciares, invisible, de no ser por su capa marrón de piel elevándose en el viento invernal. Viktor era el hijo mayor y eso significaba que obtenía lo mejor de todo: las mejores armas, los mejores caballos, la mejor ropa, la atención y el total interés de nuestros padres. Él lo tenía todo.

A sus veinte años, Viktor había crecido mucho a la semejanza de mi padre; casi dos metros de estatura, con un cuerpo delgado pero musculoso. No tenía dificultades para despertar el interés femenino en la ciudad; mujeres de todas las edades se rendían ante él. Su encanto le metió en problemas más de una vez.

Yo recién había cumplido dieciséis años.

Recogí mi cabello en una coleta baja y busqué mi caballo negro, Lucifer. Sí, puedes reírte, pero el hecho es que el nombre que elegí asustó muchísimo a mis padres, y al hacerlo, cumplió su propósito.

Lucifer y yo galopamos por el campo hasta que alcanzamos a Viktor en la cumbre nevada de la montaña. Su yegua se volvió inestable; moviéndose de lado a lado, lanzó un grito espantoso.

—¿Qué pasa con ella? —dije, molesto por su constante relincho.

—No lo sé. —Viktor frunció el ceño. Atravesó el horizonte con sus grandes ojos entrecerrados—. ¡Ahí!

—¿Qué sucede? ¡No veo nada más que nieve por kilómetros! —me quejé.

—Un zorro rojo, Iván... ¡Allí, en el lago! —murmuró, impaciente—. ¡Vamos!

La yegua de Viktor llegó al terraplén del lago mucho antes que yo. Desmonté y aseguré las riendas de Lucifer a un árbol cercano. Mi hermano estaba de pie junto a la orilla del lago congelado, inmóvil, sus ojos fijos en los feroces ojos amarillos del zorro.

—¡No puedes atraparlo, Viktor! —discutí, acercándome—. No tenemos perros para buscarlo... ¡Esto es una tontería! ¡Se suponía que íbamos a cazar ciervos!

Pero Viktor permaneció en silencio, sin reaccionar. Y en ese momento, fue como si yo no existiera. En la mente de mi hermano, solo estaban él y su presa, y el lago helado que se interponía entre ellos.

Se quitó los guantes y luego habló con voz suave, casi inaudible.

—Mátalo —dijo. Tomó su nueva daga de caza. Su mano se movió en mi dirección con mucho sigilo, y me la ofreció.

El zorro se convirtió en piedra, atrapado en la amenazadora mirada de mi hermano.

Me sorprendió. Viktor, entregándome su preciosa daga, concediéndome su presa... era completamente inaudito. ¿Tal vez este pequeño gesto significaba el final de su desdén hacia mí? Quizás, ahora que éramos mayores, Viktor y yo ya no seríamos enemigos, sino cómplices en la vida.

¿Es una tregua lo que me ofreces con esta daga, Viktor?

Mi corazón golpeó fuerte contra mi pecho.

Una voz en mi mente me instigaba a tomar esa daga y hundirla profundamente en el corazón del zorro, sellando la relación que siempre había soñado tener con mi hermano.

—No puedo —dije para mi asombro, y para el de él.

Algo se agitó en mis entrañas cuando contemplé a esa pobre criatura parada más allá del lago, indefensa. Una vez que noté su pata atrapada entre las raíces de un árbol, me di cuenta de la terrible desventaja del zorro. Y la mirada feroz de mi hermano añadía más a su temor.

Estaba mal. No podía hacerlo.

—¡Sé un hombre, Iván! —presionó Viktor—. ¡Mátalo! —Esta vez, empujó el cuchillo contra mi brazo.

—No lo haré —dije con una voz fría y determinada.

—¡No tienes remedio, Iván! —siseó Viktor en voz baja. Arrojó la daga a mis pies y sacó un cuchillo de caza más grande de su bota, donde acostumbraba guardarlo. Con una habilidad impresionante, le dio la vuelta con los dedos, agachándose como un gato montés sin apartar sus ojos del zorro.

—No irás a ningún lado —susurró, moviéndose—. Eres mío. —Y la criatura se quedó tan congelada como el lago cuando mi hermano se abalanzó sobre ella y la atrapó rápido bajo sus poderosas manos. Luego hundió el cuchillo directamente en el corazón de la criatura. El zorro gimoteó, y eso fue todo.

Una muerte limpia... pero ¿lo era?

Viktor alzó su presa para que mis ojos la vieran y rió, incapaz de ocultar la maravillosa satisfacción de su triunfo.

—No puedo creer que lo hayas hecho —musité. *No puedo creer que dieras una muerte injusta.* Mi hermano superaba toda expectativa, un motivo de orgullo para mi padre, estoy seguro.

Limpió la sangre de su cara con las manos y luego pellizcó mi mejilla con sus dedos ensangrentados.

—Pues créelo, hermanito.

Entonces lo escuché. Un ruido tan débil que podría haber pasado desapercibido. Como el sonido de la madera crepitando cuando cede ante las furiosas llamas del hogar. Al principio, pensé que tal vez Lucifer se había desatado. Temía encontrar el camino de regreso a casa caminando kilómetros y kilómetros de nieve.

Viktor se rió tan fuerte, apuesto a que no lo escuchó.

Con el dorso de mi mano, me limpié la sangre de la cara. Viktor me arrojó el animal muerto como si hubiera perdido todo significado para él. El tesoro codiciado, una vez obtenido, privado de su valor. Lo atrapé y volví a mirar a Lucifer.

Las riendas estaban fijas alrededor del árbol. Lucifer estaba atado. Puse el zorro dentro de una bolsa y lo sujeté a mi silla de montar.

Lo escuché de nuevo.

Esta vez, crujió más fuerte. Me volví y vi a mi hermano. Él también lo escuchó.

Sus ojos se quedaron en blanco, llenos de horror, y sus labios se abrieron sin emitir un sonido. Y lo siguiente que supe fue que el hielo se rompió bajo los pies de mi hermano y su cuerpo cayó en picada dentro del agua helada.

Desapareció de mi vista.

Dejé de respirar.

Esto no está ocurriendo. ¡Esto no es real!

Mi cuerpo se congeló. Pero algo dentro de mí hizo que cada músculo anclado a mis huesos se moviera, y lo hice, ¡contra cada fibra impactada en mi ser! Corrí hacia el terraplén del lago y entré un poco más, solo para descubrir piezas flotantes de hielo roto y la ausencia de mi hermano.

El pánico se apoderó de mí.

Di un paso más y me asomé sobre el agua. Mis ojos desesperados buscaban un rastro de su capa de piel, ¡pero no encontraban nada! Las lágrimas nublaron mi vista.

—¡Viktor! ¡Viktor! —grité en vano.

La quietud del lago me horrorizó, y lo miré aturdido más allá de mis sentidos.

Un minuto después, mi hermano emergió de las gélidas aguas y jaló aire

desesperadamente. La aspereza de su respiración jadeante envió una ola escalofriante por mi espalda. Sus manos buscaban la orilla donde yo estaba parado. Luchaba por su vida con tanta pasión, y aún así, ¡no podía moverme!

Las manos de Viktor ondearon sobre el helado terraplén en un frenesí enloquecedor. Llegaron lo suficientemente lejos para tomar mi tobillo, y tiró tan fuerte que me arrastró con él hacia abajo, dentro del agua implacable.

Cerré mis ojos.

En cuestión de segundos, me di cuenta del gran peso que me tiraba hacia abajo; mi capa empapada, como un saco lleno de rocas, me hundía rápidamente bajo el agua. Mis manos se movieron de prisa alrededor de mi cuello y hombros para desatar mi capa. Y en cuanto la desaté, sentí una ligereza inmediata, suficiente para que mi cuerpo de dieciséis años flotara.

Ahora era yo quien enfrentaba las dificultades, cuyas manos temblorosas buscaban ese trozo de hielo junto al terraplén. Emergí y abrí los ojos. El viento implacable golpeó mi cara, tan afilado como cien cuchillos. Y me aferré a esa orilla, esa frágil pieza de esperanza.

¡No voy a morir! ¡No soy débil!

Esos desesperados segundos hasta que llegué a la orilla se rompieron en mil pedazos, cada uno lento y lleno de caos. Y en el pandemonio de mi lucha, lo vi. Un hombre. Su alta figura, vestida con ropas negras y una capa roja, se quedó inmóvil frente a mí, como un testigo de la trágica escena.

Mi cuerpo se deslizó en el agua, y una vez más, encontré la fuerza para subir. Y esta vez, puse ambos brazos sobre la orilla del lago. Empujé mi cuerpo hacia arriba y me deslicé fuera del agua como una serpiente. Y allí permanecí un rato, con el corazón acelerado, tosiendo agua, sin advertir el gélido viento debido a la ráfaga de sangre que aún bombeaba por todas mis arterias.

Entonces todo se volvió negro.

Me desvanecí.

POR CUÁNTO TIEMPO ESTUVE INCONSCIENTE, NO LO SÉ. PERO CUANDO VOLVÍ EN MÍ Y VI EL hielo fraccionado en el lago, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón se contuvo en una dura contracción, y pareció que dejó de bombear sangre al resto de mi cuerpo por un tiempo. De rodillas, no vi señales de Viktor, vivo o muerto. Con manos temblorosas, me cubrí la cara, que estaba tan adormecida que no podía sentir las lágrimas vertiéndose. Solo sabía que lloraba por mi visión borrosa.

Me hubiera quedado encerrado en este doloroso trance de no ser por el repentino golpe de Lucifer en mi espalda. De alguna manera, Lucifer se había desatado y permanecía a mi lado. La yegua de Viktor galopaba por la orilla del lago, lanzando un horrible alarido mientras se movía frenéticamente de un lado a otro.

Fue entonces cuando el invierno me abrazó por dentro y por fuera. Sin control sobre

mi cuerpo tembloroso, sollocé. Lucifer apoyó su nariz en mi cara, y su calidez me dio consuelo.

Tenía que regresar si quería vivir.

Mis brazos se aferraron al cuello de Lucifer.

—Llévame a casa —susurré con la respiración entrecortada, después de que mi cuerpo casi colapsó sobre su espalda.

Estuve consciente por momentos durante el camino de regreso a casa. Para cuando Lucifer llegó a las puertas de mi hogar, había llegado a un punto más allá del agotamiento. Mi cuerpo se deslizó de la silla de montar y aterrizó en la nieve. Y abracé este momento profundamente porque fue la última liberación de mis sentidos.

Si viviría o no, seguía siendo un misterio para mí. Y me importaba poco revelarlo.

—¡ABRE LOS OJOS, MUCHACHO! ¡DESPIERTA!

Los gritos desesperados de mi padre resonaban en algún lugar más allá del dulce abrazo del olvido.

Mi estado de conciencia se recuperaba lentamente, y sentía cerca el fuego del hogar, pero mi cuerpo se congelaba.

—¡Despierta, Iván!

El dolor me sacó de mi ansiado estupor. Mi padre me había dado una bofetada. Era la primera vez que lo hacía, pero me sentía tan entumecido que poco me importó.

—¿Dónde está tu hermano, Iván? ¿Dónde está Viktor?

Escuché las palabras, pero tomó un tiempo para que mi cerebro discerniera su significado. Mi madre sollozaba en el fondo de esta conversación unilateral.

Todas las piezas del rompecabezas caían en mi cerebro como montones de copos de nieve y formaban una imagen terrible: la imagen de mi hermano, muerto en el lago. Siguiendo a esta, estaba la cercanía de mi propia muerte, y la visión del hombre con la capa roja, un espectador de nuestra tragedia.

—El lago... —murmuré—. ¡El lago!

No salían otras palabras de mi boca, y cuanto más las repetía, más clara se volvía la horrible realidad. Y lloré, desconsolado, enfermo de mi estómago por haber presenciado la agonizante muerte de mi hermano.

Mis padres salieron corriendo con un par de sirvientes, dejándome solo en el salón, llorando y sollozando como un niño. No podía respirar, pues cada aliento ardía como el infierno. Mi cuerpo se estremeció. Si esto pasaba debido a mi aflicción o como resultado de la baja temperatura de mi cuerpo, no lo sabía. Las razones se me escapan incluso hasta el día de hoy.

Angustia, dolor, pesar... la miseria me consumía. No deseaba nada más que regresar a ese delicioso estado de inconsciencia, ese maravilloso lugar en el que mi mente se

desconectaba de todo sufrimiento posible.

Cerré los ojos, dispuesto a dejarme ir y quizás nunca más volver. Pero la calidez de su mano me trajo de vuelta.

Sus suaves dedos tocaron mi mejilla.

—Sobrevivirás a esto, Iván —susurró.

Puede que no quiera hacerlo. Intenté decir las palabras, pero no se oyó ningún sonido.

—John, llévalo a mi habitación. ¡Rápido! —ella ordenó a un sirviente.

Todo se volvió negro.

UNA VISTA DE TAPICES DE LANA LLENÓ MIS OJOS CUANDO VOLVÍ EN MÍ. CUENTOS bordados de dragones y damiselas en apuros..., ¿o era una escena de caza? Parpadeé y fijé mi enfoque. Era la diosa Diana, estirando su arco y flecha, apuntando a una manada de ciervos.

—La diosa de la caza... —musité—. Ella juró jamás casarse...

Por una fracción de segundo, las figuras del tapiz se movieron. Diana clavó sus ojos curiosos sobre mí y luego se volvió hacia su presa, estirando la cuerda del arco. El ciervo se quedó paralizado, congelado, como el zorro rojo.

John me colocó en la cama.

—Déjanos —dijo Alisa.

En el momento en que John cerró la puerta, ella corrió a mi lado. Sus profundos ojos azules se asomaban sobre mí. ¿Era esto un sueño?

Alisa eliminó todo vestigio de mis ropas empapadas y secó mi cuerpo con un paño.

La habitación era cálida. El calor del hogar se apoderó de cada centímetro de mi cuerpo desnudo en oleadas reconfortantes. Alisa tiró pesadas mantas sobre mí y las coronó con su capa blanca de piel.

Se movía en la habitación, pero no podía obtener una imagen clara de ella. Los detalles de su rostro delicado aparecían solo cuando se acercaba.

—Vivirás, Iván. ¿Me escuchas? —dijo, indiferente a mi estado de estupor.

Desabrochó su bata y se quitó capa tras capa hasta que ninguna ropa cubrió su cuerpo. Su lustroso cabello le caía por la espalda en mechones de ondas negras.

Mi mente navegaba entre los sueños y la realidad.

Cuando menos lo esperaba, el cuerpo de Alisa yacía junto al mío. Debajo de las sábanas, sus suaves brazos envolvieron mi pecho. Y a pesar de mi letargo, una leve sensación de conmoción se agitó en mí cuando sentí el calor de su cuerpo contra el mío.

Mi cerebro se apagó de nuevo. Pero esta vez, lo hizo en medio de la comodidad de su cálido abrazo y el seductor perfume de su piel.

MADRE NATURALEZA CRUEL

La oscuridad me envolvió por un largo tiempo. La abracé con todo mi corazón. Si soñaba importaba poco para mí. Mi mente estaba a salvo y distante, y en algún lugar lejos de enfrentar cualquier consecuencia derivada de mis acciones en ese lago.

De pronto, el reconfortante velo oscuro se disolvió ante mis ojos, obligándome a regresar a las cuatro paredes que me contenían.

Una nueva muda de ropa y un tazón humeante de caldo me esperaban en la mesita de noche.

Los tapices en los muros me recordaron dónde estaba.

La tenue iluminación de la habitación tranquilizaba mi mente. En un trance hipnótico, las llamas que lamían el hogar crecían y amainaban; un juego cambiante de luces y sombras se escurría por las paredes.

El chal bordado de Alisa yacía en la silla a mi lado; sus motivos florales de lana y seda se teñían de ámbar por la tenue iluminación del fuego.

Ella no estaba en la habitación.

La figura parada ante mí no era la de ella.

Entre la cama y el hogar, se alzaba. Una sombra con la forma de un hombre. En silencio, su oscura mirada se fijó en mí. Sin emitir un sonido, se acercó a la chimenea.

Hora de enfrentar la ira de mi padre... ¿Qué más podría esperar sino su regaño tras tan trágico incidente? Sin embargo, pronto quedó claro que no era mi padre.

La sombra estiró sus manos hacia el fuego como para tocar sus llamas. Por su luz parpadeante, se hizo visible.

El agua goteaba de su empapado cabello rubio sobre el piso entablado de madera mientras sus manos temblorosas buscaban el calor del fuego. La camisa mojada se adhería a su espalda y codos, al igual que los pantalones a sus piernas. No vi señales de calzado.

—Viktor —dije—. ¿Eres tú?

Él permaneció en silencio. Sus ojos se posaron en las llamas. Pero yo no podía engañarme a mí mismo. Era él. Era mi hermano, Viktor. Estaba vivo. Y probablemente, muy enojado.

—Viktor, lo siento mu...

—Tengo tanto frío... —dijo.

Alcancé la mesita de noche para buscar el conjunto de ropa fresca.

—Toma —dije—. Puedes usar mi...

Desapareció.

Volteé hacia la puerta. Estaba cerrada. No había otra salida posible de esta habitación; a menos, por supuesto, que hubiera usado la ventana, pero esta también estaba cerrada.

¿Adónde se fue? ¿Cuántas horas habían pasado? Un cúmulo de preguntas se apelmazaban en mi mente hasta el punto de la confusión.

Me senté en la cama, reflexionando en mis recuerdos sobre cada instante del destino de mi hermano, desde el momento en que salimos de casa, hasta la última vez que lo vi emerger del agua. Incrustada en mi mente, estaba la vívida imagen de Viktor jadeando su último aliento cuando su vida llegaba a su fin.

Él estaba muerto. ¡Estaba seguro de eso!

El horror reptó por mi espalda. Lo había visto en esta habitación tan solo hacía unos segundos, ¡y nada me disuadiría de ello! Había visto a Viktor con mis propios ojos, y estaba tan vivo como cualquiera.

—¿Estoy enloqueciendo? —susurré.

Una voz respondió en mi mente. Era fuerte y huraña, y ominosa también. Pronunció las palabras que más había temido al abrir los ojos a esta habitación. Despiadada, habló.

«Tu hermano está muerto, Iván. Y tú lo mataste».

El dolor me golpeó más fuerte que la bofetada de mi padre. Se hundió en mi corazón. Nunca antes había probado el dolor, pero su asquerosidad golpeó mi paladar por primera vez en ese mismo instante. Insoportable como lo era, mi cuerpo se arqueó y luchó contra él. Apenas tomé el tazón a mi lado, lo llené con un repulsivo líquido oscuro que salió de mi boca.

Después que eso terminó, lloré. Entre sollozos, mi espíritu se rompió por la mitad y se desplomó en un oscuro vacío insondable. Si me hubiera quedado dormido, no habría nada más que silencio abrazándome.

—¿Por qué estoy despierto? ¡Quiero dormir! —Arrojé el tazón de caldo y vomito por la habitación—. ¡No quiero sentir nada!

Pero sí lo sentía, y era desesperación. Era oscura, profunda y más rica que cualquier otro sentimiento que hubiera experimentado alguna vez. Como tinta venenosa corriendo por mis venas, se extendía por todo mi ser, dejando un rastro permanente de desesperanza en todo lo que tocaba a su paso.

Algo murió en mí entonces. Y aunque mi dolor me impedía verlo, lo sentía lo suficientemente bien como para sufrir por ello.

La puerta se abrió.

Era ella.

Con pasos silenciosos, entró a la habitación. La sutileza de cada movimiento suyo hacía que pareciera como si bailara. En mi mente, Alisa tenía una melodía propia; era delicada como ella, femenina y liviana. Tocaba en mi cabeza cada vez que la veía últimamente. Pensé que mi miseria se habría llevado eso también, pero afortunadamente, no fue así.

Se sentó a mi lado, en la cama. Sus suaves manos aterrizaron en su regazo, una encima de la otra. Negando con la cabeza, apretó sus labios.

—Esto no puede ser, Iván —dijo Alisa—. Tienes que comer.

—No lo haré —murmuré, molesto por su actitud maternal. Luego reformulé la frase al mirar el tazón lleno de mi vómito—. No puedo hacerlo...

—Ya veo —dijo, y retiró el tazón.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de mí, Alisa?

—Tres días —susurró.

Parecía un largo tiempo para estar inconsciente. Debería haberme preocupado, pero no me importó. Solo deseaba que hubiera más de esos días por venir.

—¿Qué pasó?

—Me sorprendería que recordaras algo... —Hizo una pausa—. Estabas enfermo, con fiebre. El doctor no nos daba esperanza. Mi madre estaba convencida de que te recuperarías... y lo hiciste.

Podría haber muerto. Ese silencio pacífico, la oscuridad sin fin... podrían haber sido mi hogar permanente.

Tres días habían pasado...

—¿Lo encontraron? —El cadáver de Viktor, quise decir.

—Sí —dijo ella.

Había asumido que estaba listo para escucharlo, pero no lo estaba. La pena, el dolor y la miseria me atravesaban el corazón como agujas puntiagudas que se turnaban y me desangraban poco a poco.

—Lo abandoné... —Lágrimas se asomaron en mis ojos—. Debería haberme quedado con él... ¡Jamás debí volver!

—Calla. —Alisa sostuvo mi mano entre sus cálidas manos—. Tenías que volver a casa, Iván. Habrías muerto si hubieras permanecido allí, en el frío.

—Habría muerto... —Sonreí—. Ojalá lo hubiera hecho.

Ella abofeteó mi cara.

—¡Jamás vuelvas a decir eso!

Fruncí el ceño y sostuve mi palpitante mejilla. Parecía que ser abofeteado se había convertido en algo habitual para mí en los últimos días. Sin embargo, el dolor en mi cara

no significaba nada en comparación con el desgarró que experimentaba mi corazón, y lo dejé pasar.

—Su yegua... ¡ella lo sabía! —Mordí mi mano para contenerme de sollozar. No podría importarme menos que mi hermana me viera llorar, pero una vez que comenzara sabía que no me detendría.

—Se acabó, Iván. No pienses más en eso.

—Pero no puedo —susurré—. Nunca lo olvidaré.

PASARON SEMANAS.

Un recluso en mi propia habitación, la poca paz que podía encontrar estaba dentro de sus consoladoras paredes. No me atrevía a dar un paso más allá del umbral de la habitación; me protegía de la cruda realidad que esperaba afuera en el mundo.

La vida continuaba.

Más allá de mis ventanas, los mercaderes manejaban sus tiendas, las madres alimentaban a sus hijos y los hombres bebían y jugaban en la cervecería local después de un arduo día de trabajo.

El mundo seguía girando a pesar de que mi corazón se había congelado en ese maldito lago... y yo lo odiaba por ello.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a continuar como si nada hubiera pasado? En cuestión de segundos, la luz de la vida de un hombre se había extinguido y sin embargo, la cruel Madre Naturaleza mantenía su ritmo constante. Y no importaba cuánto deseaba contener el Tiempo entre mis dedos, detener el tictac del reloj lo suficiente para que mi cerebro procesara los cambios repentinos que caían sobre mí... sabía que jamás podría hacerlo.

Entonces me di cuenta de que no era nada.

Los hombres no son más que infames motas de polvo en el vasto páramo de la eternidad. Sin significado, sin importancia, sin consecuencias... entonces, ¿qué sentido tenía dejar la santidad de mi habitación?

La vida como yo la conocía había terminado.

Alisa seguía siendo mi único vínculo con el mundo. No había visto ni escuchado a mis padres desde el día en que había perdido a Viktor.

Una o dos veces al día, Alisa visitaba mi habitación en un esfuerzo por alejarme de mi desprendimiento. Por inútil que fuera este recurso, me acostumbré a su rutina diaria, y con el tiempo, aprendí a valorar esos preciosos momentos que compartíamos.

Me pareció extraño no haberla visto hoy. Maggie, la doncella, había traído mis comidas del día junto con las miradas más hurañas... ¡Cualquiera creería que ella veía en mí a un fantasma! Me tenía miedo, esa muchacha, aunque yo no veía ninguna razón para ello.

En las últimas semanas, me había acostumbrado al silencio recién adquirido de la casa. Pero como la mayoría de las cosas en esta miserable vida, uno no aprecia sus regalos hasta que se topa con su pérdida repentina, y mi amada quietud ahora se desvanecía. Algo fuera de la puerta de mi habitación agitaba a toda la casa.

Una puerta se cerró, pasos fuertes salieron de la sala de mi padre... Voces amortiguadas hablaban en voz alta y con cierto grado de ansiedad... ¿Qué demonios pasaba afuera de mi pequeño refugio?

Todavía en la cama, me senté y concentré mi oído lo suficiente como para distinguir las palabras intercambiadas en lo que parecía una acalorada discusión entre Alisa y mi padre.

—Lo siento, padre. Pero mi respuesta es no.

—¡Esto es indignante! ¡Piensa en tu futuro, Alisa!

—Créeme, padre, nadie piensa en ello más que yo, ¡es por eso que lo rechacé!

—¡Aceptarás su propuesta! ¡Volverás a tus sentidos, niña!

—Esperemos, por mi bien, que no sea así.

—¡Alisa Lockhart! ¡Vuelve aquí en este instante!

Fuertes pasos resonaban por la escalera mientras ella se acercaba. Alisa redujo su ritmo al moverse por el pasillo, y luego sus pasos se detuvieron por completo.

Miré hacia la puerta. ¿Qué haría ella ahora? ¿Se encerraría en su habitación? ¿Volvería abajo y enfrentaría la ira de mi padre?

Pocos minutos transcurrieron, y ningún sonido pasaba por la puerta.

Qué extraño.

¿Qué la mantenía parada en medio del pasillo?

Un leve crujido vino desde mi puerta. Se abrió unos cuantos centímetros y sus ojos azules se asomaron a la habitación. Entró y cerró la puerta detrás de ella, y allí se quedó, inmóvil.

Abracé mis rodillas y estudié su comportamiento, sin importarme lo que ella pensara de mi mirada curiosa. Juntó sus manos, una encima de la otra, frotándolas con sus pulgares. Las ruborizadas mejillas y ojos brillantes de Alisa solo podían significar una cosa.

En silencio, esperé a que ella hablara. Este no era un gesto considerado de mi parte, no. Mis razones eran bastante egoístas, de hecho. Al darle tiempo para ordenar sus pensamientos, me concedía la oportunidad de observarla con más detenimiento.

Ella frunció sus labios enrojecidos antes de hablar.

—Nuestro hermano murió hace menos de un mes, y él se desharía de mí, me vendería a esa horrible criatura...

—¿Estás bien? —susurré.

—No me casaré con él. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Casarte? —Levanté mis cejas—. ¿Con quién se supone que habrías de casarte?

—Con el Sr. Price —ella murmuró apretando los dientes y cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿El gordo Price? —dije.

El Sr. Fatchett Price era amigo y socio comercial de mi padre desde hacía mucho tiempo. Exitoso en sus esfuerzos comerciales, cierto; pero también era cierto que su cara recordaba a un mastín iracundo. Agrega un collar con punta a la imagen y se hacía la pareja perfecta. Sin mencionar que el Sr. Fatchett era bastante obeso, de ahí mi ingenioso apodo para él.

—Desde que Viktor... —Ella apretó los labios—. Mi padre está obsesionado con que debería casarme... ¡Casarme, yo! ¡Imagina eso!

Me froté el cuello, tratando de imaginar una escena así.

—La Sra. Alisa Price —musité—. Una mujer rica sin duda, viviendo en una gran propiedad... con muchos niños gorditos. Yo creo que no.

—Mis pensamientos, exactamente.

Se acercó a la cama y se arrodilló frente a mí, sus cálidas manos alcanzaron las mías.

—Cuando estabas enfermo, dijiste algo... —Hizo una pausa, reflexionando sobre sus siguientes palabras—. Supongo que no lo recordarás, pero hablaste de la diosa Diana y de la promesa que hizo...

—No... No lo recuerdo... —Pero por supuesto, lo recordaba.

Una sonrisa de recato se asomaba en sus labios mientras su mirada descendía, pero sus manos me sujetaron rápidamente.

—Te prometo una cosa, Iván —dijo con voz resuelta. Sus ojos brillantes se encerraron en mi mirada expectante—. En tanto haya una chispa de ingenio en mi cerebro, no me casaré. Tú y yo podríamos dedicarnos el uno al otro por el resto de nuestras vidas si así lo desearas.

Mis labios se movieron pero no llegaron las palabras. Un rayo de felicidad irrumpió en la oscuridad de mi alma cuando escuché su promesa. Si hubiera tenido alguna intención de vivir, lo habría aceptado, y lo hubiera dicho, pero se acumularon mil palabras en mi garganta y me impidieron hablar. Un simple asentimiento debería ser suficiente.

Otra sonrisa tímida suya me dijo que ella entendía. Y en el momento en que ella retiró sus manos de las mías, finalmente respiré una vez más.

—¿Supongo que ya lo has rechazado, entonces? —dije, pensando cada segundo en lo estúpido que era por hacer esa pregunta.

Divertida, Alisa abrió sus ojos con incredulidad.

—¿No has escuchado mi negativa? ¡Mi padre me regañó delante de todos los sirvientes!

—Oh, eso —dije—. Sí lo escuché, bastante claro.

¿Cómo fue que me sumergí en el mundo de Alisa? Hacía unas horas, no me importaba nada ni nadie. Pero ahora que lo pensaba, era todo lo contrario. Todo lo que me importaba era yo mismo y mi dolor. Alejar la atención de mis propios problemas parecía aliviar mi espíritu.

—¿Alguna otra noticia? —pregunté, ansioso por poner a prueba mi teoría.

—Déjame pensar... —Ella se sentó al pie de la cama. Alisa se soltó el pelo y comenzó a trenzarlo—. Oh, sí. Anoche, antes de servir la cena, la cocinera se desmayó.

—¿Se desmayó?

Alisa asintió y terminó su larga trenza que ahora ataba con un listón azul, azul cobalto como la tela de su vestido. El color coincidía con el de sus ojos.

—La cocinera estaba a punto de servir la cena, ¿recuerdas esa papilla? ¿La que solía hacernos cuando éramos niños y estábamos enfermos?

Asentí. ¿Cómo podría olvidar esa horrible avena? Su asquerosidad era legendaria en nuestra casa.

—Creo que ella me alimentó con eso durante años solo para molestarme... —musité.

—Lo sé. —Alisa insinuó una sonrisa diabólica—. Puede que yo haya tenido algo que ver en eso... Lo siento, Iván.

Mis ojos se abrieron cuando supe su secreto, guardado hace tanto tiempo. Pero mi reproche debería esperar, pues estaba interesado en escuchar el resto de la historia de la cocinera.

—Entonces, ¿estaba a punto de servir la cena y...?

—Pues eso fue todo. Nunca llegó a la mesa... Se desplomó en el piso antes de salir de la cocina.

—¿Y qué pasó después? —Me incliné hacia delante.

—¡Mamá perdió los estribos! —Agitó sus manos en el aire describiendo el furioso estallido de mi madre—. ¡Ella estaba segura de que la cocinera tenía la peste!

La peste. Ahora, esto sí despertó mi interés.

—¿Y la tenía...? —pregunté. Quizás la solución a mi miseria había llegado.

Muerte, mi vieja amiga. Has venido a llevarme contigo.

—No. Era una intoxicación alimentaria. Mamá descubrió que había escondido en la cocina un gran trozo de queso para su placer privado... La cocinera se fue.

Me incliné aún más cerca de ella, mis manos se posaron en el colchón.

—«Se fue», quieres decir que... ¿murió?

Alisa se acercó a mi cara como si estuviera a punto de hacer una gran revelación.

—«Se fue» significa... que nuestra madre la echó a la calle.

—Ah... —*Qué decepcionante.* Así que no encontraría mi fin en los brazos de la peste negra... Pero ¿quién podía asegurarlo? La peste azotaba toda Inglaterra, aún podría llegar a esta pequeña ciudad.

Entonces llegó de golpe la luz a mi entendimiento. ¿Por qué no lo había pensado antes?

La reclusión estratégica que había prometido apagar la luz de mi vida hacía poco para exponerme a los muchos peligros de mi tiempo. Si realmente quería que mi tormento terminara, tenía que hacer algo al respecto. Tenía que dejar esta habitación y entrar en el mundo con los brazos abiertos, dispuesto a recibir cualquier maldición que esta ciudad tuviera para ofrecer como mi merecido castigo.

Aquí vengo, Madre Naturaleza. ¡Elige sabiamente esta vez!

Sin decir una palabra más, me levanté, recogí mi cabello en una coleta baja y salí de la habitación, dejando a mi amada hermana asombrada.

AL BAJAR LAS ESCALERAS, ME DI CUENTA DE LA TRANSFORMACIÓN QUE HABÍA SUFRIDO nuestra casa en las últimas semanas. Las habitaciones parecían muertas. Y con esto quiero decir que permanecían exactamente como las recordaba, solo que más tenues. El viejo salón mantenía sus asientos forrados de terciopelo verde dispuestos frente a la chimenea encendida, pero un suave velo gris cubría cada mueble. Era como si una capa de polvo tocara cada superficie; pero por supuesto, la casa estaba limpia. Esto era distinto.

Era la quietud de la vida.

Sin embargo, seguí mi plan. Abriría la puerta de entrada y entregaría mi cuerpo a la perdición de una vida profana. Manchado como estaba, no veía ninguna razón para llevar un estilo de vida sin pecado. (No es que la moral me haya detenido alguna vez de cometer travesuras).

Mi aspecto desaliñado me causaba poca preocupación. *Soy quien yo soy.* Envolví mi mano alrededor de la manija de la puerta sin saber adónde me llevarían mis pasos, pero antes de abrirla, algo llamó mi atención.

Era una presencia que conocía. Ahí, en el salón. Una apremiante sensación de prisa me empujaba a abandonar la casa, pero tenía que verlo. Ya no podía evitarse. Solté la manija de la puerta.

Una respiración profunda antes de dar ese primer paso apenas me ayudó a tranquilizar mi mente.

Fajé mi camisa y enderecé su cuello torcido. Afortunadamente, vestía mi traje negro de rodilla cerrada y no parecía tan sinvergüenza. Y aún así, sabía que mi apariencia estaba por debajo de los estándares de mi padre. A él no le gustaría en absoluto. Pero no importaba, ya estaba en el umbral de la sala.

El olor a madera quemada penetró violentamente en mi nariz cuando entré. Los crujidos del hogar me daban poca comodidad. Mi corazón se tambaleaba. No lograba verlo del todo. La silla daba a la chimenea de frente, pero él sabía que estaba allí, detrás de

él. En silencio, esperé que me llamara cerca; sin embargo, no lo hizo. Él permaneció en esa silla, impasible ante mi presencia.

Me atreví a dar un par de pasos más, y finalmente vislumbré su perfil. Los ojos de mi padre perforaban la chimenea como si en ella leyera una inscripción más allá de las llamas.

¿Me aventuraría a hablar sin su permiso? ¿Me daría una bofetada de nuevo si lo hiciera?

Nada podría ser peor que su silencio. Su desdén hacia mí me hizo sentir como un fantasma, como un espectro indeseado en mi propia casa.

Después de dar algunos pasos más, me arrodillé a su lado.

—Padre... lo siento—. Lamento no haber matado al zorro rojo. Lamento no haber hecho nada para ayudar a mi hermano a salir de esas aguas heladas. Lamento haber tenido el ingenio para desprender mi capa y salir del lago. Lamento haber vivido... y que Viktor haya muerto.

Él no se movió.

Sentí el calor de las lágrimas acumulándose en mis ojos. Mi boca se secó. No podía llorar, no ante mi padre.

Una mano invisible presionaba mi garganta mientras hablaba.

—Sé que nada puede traerlo de vuelta. Pero créeme cuando te digo, tomaría su lugar en la tumba si pudiera... Te devolvería a tu hijo.

—Si tan solo pudieras hacerlo..., pero no es así —dijo en voz baja e inexpresiva.

Su respuesta paralizó mi aliento.

Viktor significaba el mundo para él. Llevaba el buen nombre de la familia; era el hijo mayor, el heredero. A los veinte años, su precioso hijo perfecto se había convertido en un hombre fuerte y astuto. No hacía más de un año que Viktor había tomado parte en los negocios de mi padre y se destacaba en su gestión... Le venía naturalmente.

¿Y yo? Yo no era nada; un muchacho débil de dieciséis años a quien no le importaban los asuntos de su padre. Todo lo que yo realmente quería era disfrutar cada minuto de mi vida porque el tiempo corría. Ya había engañado a la Muerte en muchas ocasiones y sabía que ella no esperaría para siempre.

Yo era el hijo que se reía ante el peligro, el que cuidaba poco el futuro, el que pasaba días soñando con viajar más allá de las puertas de nuestra casa y sin mirar atrás.

Yo era el hijo de menor valía.

—Cuánta razón tienes, padre. Nunca podré devolverte a tu hijo—reflexioné—. Solo puedo esforzarme por ser un mejor hijo para ti, sabiendo muy bien que nunca cumpliré los estándares de Viktor.

Mi padre se giró y me miró a la cara por primera vez. Sus ojos enrojecidos retenían las lágrimas mientras me atravesaba con el desprecio de su mirada. Él frunció los labios, conteniendo quién sabe cuántas palabras. Tomó el brazo de la silla antes de hablar.

—Tú no eres hijo mío —dijo—. Ahora vete, muchacho. ¡Déjame en paz!

ABRÍ MIS OJOS.

Todo había sido un mal sueño, una horrible pesadilla.

Mi hermano vivía. De alguna manera, lo habían rescatado; lo habían sacado del lago y él había sobrevivido. Y mis padres no me guardaban rencor; una simple reprimenda había bastado y todo había vuelto a ser como antes.

Todo esta bien en el mundo.

La calidez rítmica de su aliento aterrizó en mi cuello.

¿Dónde estoy?

Mi cabeza latía de dolor.

El hedor a trapos sucios y la suciedad en el aire me devolvieron la conciencia. Me volví y vi su rostro, delicado y gentil. Un toque de rojo teñía sus labios y su larga melena rubia apenas ocultaba sus grandes ojos soñadores.

La había visto muchas veces antes. Ella era la hija del carnicero; una chica joven y linda de diecisiete años. Aparentemente, me había acostado con ella temprano en la tarde. Debí haber estado ebrio porque recordaba muy poco de nuestro encuentro... Qué mal.

En la oscuridad total, mi cabeza estaba a punto de explotar. Me levanté de la cama y recogí mi ropa del frío suelo. Me vestí con prisa y eché un último vistazo a su exquisito cuerpo desnudo antes de salir de la habitación.

Mientras caminaba por el sendero de tierra que conducía a mi casa, la crudeza de la realidad se vertía en mi cerebro.

Todo no está bien. La pesadilla es real. Viktor murió, y yo soy el culpable.

Abrí la puerta y entré a la casa.

En el salón, mi madre estaba sentada junto al hogar, tejiendo lana. Mi padre estaba sentado en la silla frente a la de ella, leyendo su periódico. Oyeron cerrarse la pesada puerta detrás de mí, pero ignoraron mi presencia. Subí las escaleras preguntándome cuánto tiempo duraría el castigo de mis padres. Parecía que nunca terminaría.

Me detuve antes de entrar a mi habitación.

Las tablas del suelo de madera crujieron detrás de mí. El ruido provenía de la habitación frente a la mía. Era la habitación de Alisa. Me volví y vislumbré sus ojos azul cobalto mirando por la rendija de la puerta; se ensancharon cuando notó que yo la observaba, y luego, desaparecieron.

Cerré la puerta de mi habitación.

El día que Viktor murió, mis padres murieron con él. Se convirtieron en criaturas sin alma cuyas vidas fueron guiadas por la inercia. No les importaba nada... Lo expresaré de otro modo: yo no les importaba. De pronto, me había convertido en un fantasma que frecuentaba su casa, comía su comida y dormía en sus habitaciones. El día que mi padre

me repudió fue el último día que hablamos.

«Podría haber sido peor», me dije. «Podrían haberme echado a la calle, como hizo mi madre con la cocinera». Ella había ocultado su precioso queso, pero yo lo había matado. Podría haber sido mucho peor.

Sin importar lo que hiciera, bueno o malo, mis padres permanecían distanciados, desentendidos de mí. Me volví invisible a sus ojos en el momento en que me atreví a sobrevivir y Viktor murió en ese lago.

Pero convertirse en un fantasma también vino como una bendición. Los fantasmas no tienen conciencia, ¿cierto?

Durante años, hice lo que quise. Me iba de casa cuando quería. Apostaba y me emborrachaba casi a diario a expensas de mi padre. Salía con muchas jóvenes mujeres y había roto muchos corazones, buscando el olvido entre sus brazos lujuriosos y besos sensuales. Pero al final, cuando el vino era expulsado de mi cuerpo, cuando el juego había terminado —ganado o perdido— y una vez que había liberado mi pasión en el cuerpo celestial de mi última conquista, me quedaba con cierta inquietud. Un vacío oscuro se comía mis entrañas en un festín lento y doloroso que parecía no tener final... pero lo peor de todo era la voz.

La voz se convirtió en mi tormento personal. Sus fuertes palabras resonaban en mi cerebro, obligándome a mirar en mi mente y a ser testigo, una y otra vez, de las horribles escenas relacionadas con la muerte de mi hermano.

La miserable voz se alimentaba de mi desesperación. Y si eso no fuera suficiente, terminaba con cualquier pizca de felicidad que me atreviera a obtener cuando resonaba en mi mente.

«Mataste a tu hermano, Iván. Eres un asesino».

Nada podía silenciar esa voz, nada más que el vino. Ese precioso líquido rojo me salvó más de una vez de este particular infierno mío.

Apagué la vela en mi mesita de noche. Las sombras envolvieron la habitación. Y en la oscuridad, llegó.

—Bienvenida, voz atormentadora.

LOS CAMINOS HACIA EL PLACER Y LA PERDICIÓN

Los primeros rayos del alba teñían el cielo cuando salí del establecimiento. Aún no desaparecían los signos de mi embriaguez cuando ya había tomado otra botella de vino.

Confundido más allá de mis sentidos, así es como quería quedarme y cómo había logrado quedarme en los últimos ocho años.

Bristol abrió sus ojos a un nuevo día. Los primeros graznidos de las gaviotas me recordaron lo cerca que estaba del muelle.

—Iván... —dijo, y su voz era prístina como el repique de una campana de plata. Por el rabillo del ojo, vislumbré su sensual cuerpo apoyado en la jamba de la puerta—. Olvidaste algo...

Sonreí y volteé.

—¿Lo hice? —dije—. ¿Y qué sería eso, querida Brigitte?

¿Qué más podría querer ella?

Con pasos lentos, me acerqué a ella y cedí el peso de mi cuerpo contra el marco de la puerta también. Mis ojos se detuvieron en su ondulado cabello castaño rojizo y sus mejillas sonrosadas, sus pálidas pecas y sus labios rosados.

Una pareja de amantes, eso parecíamos. Una dama y su prometido reuniéndose al romper el día, intercambiando miradas furtivas, despidiéndose sin ganas de separarse... Pero por mucho que apreciara esta imagen, no podría distar más de la realidad. Ella no era más una dama que yo era un noble. La realidad se filtraba a través del velo de la ilusión: ella era una cortesana francesa de la londinense *Rosemary Lane* y yo no era más que un consumidor de su servicio.

Había pagado por completo antes de pasar la noche con ella. ¿Qué podría deberle?

—¿Bien...? —susurré.

Ella presionó algo dentro de mi mano. Era redondo y metálico, y tan pronto como supe lo que había hecho, sacudí la cabeza.

—No, no, no... —musité.

Dos monedas de oro. Las dos guineas que le había dado la noche anterior.

—¿He hecho algo para disgustarte? —Tuve que preguntar. ¿Por qué otra razón me

devolvería el dinero?

Los ojos verdes de Brigitte brillaron por un instante y una media sonrisa apareció en su rostro.

—Estás muy equivocado —dijo—. Esto es demasiado, Iván.

—Vales cada chelín, querida... —musité, devolviendo el dinero a su mano.

—Bueno, en ese caso... —Abrió su mano enguantada de encaje y tomó una moneda—. Tú también te ganaste una guinea... —Brigitte me guiñó un ojo.

Tanto como pude, contuve el impulso repentino de reír que me asaltaba. Solo me abstuve de hacerlo porque ella podría haberse ofendido al confundir mi feliz reacción por aquella de desprecio.

Tomé el dinero y lo guardé en mi bolsillo. Una ola de calor se apresuró a mi rostro, y me reí en voz baja. En general, me sentía halagado por alguien cuya experiencia profesional superaba a la mía.

—¡Dios! —dije, alejándome de la entrada de la taberna—. ¡Me encanta Bristol! —Mis manos ondeaban en el aire, sin jamás perder de vista el vino.

La risa de Brigitte, nítida y natural, resonó cuando mis pasos me alejaron de la casa que había visto más de mí en los últimos días que mi propio hogar.

La vanidad de su halago me dio una razón para sonreír. Pero lo efímero de mi felicidad pronto se hizo notorio.

Querida Brigitte, cuánta razón tienes en darme la mitad de las ganancias, pues tú y yo somos iguales... Ambos cargamos más pecados por nuestra cuenta de los que un solo hombre podría soportar.

A unos metros de llegar al puerto, vertí la última copa de vino en mi garganta. Su amargo sabor llenó mi boca y la dejó seca.

La gente se reunía en la plataforma, preparando el inicio de sus actividades del día sin mucha agitación. Marineros y comerciantes arreglaban sus buques antes de embarcarse en sus viajes. A lo largo de la vía principal del muelle, unos hombres tiraban de carretas llenas de docenas de barriles, y algunos niños jugaban junto a la orilla, entre viejas cajas de madera y los restos de un barco largamente olvidado.

Un par de jóvenes me llamó la atención. Hermanos, por lo que parecía. Me alejé de la plataforma.

El niño mayor desencajó del suelo fangoso los restos de un viejo bote y lo empujó hacia la orilla.

—¡Date prisa, Danny! —dijo agitando su mano en el aire—. ¡Entra!

El chico más joven, Danny, debía haber tenido seis o siete años. La orden de su hermano le causó suficiente vacilación para calcular sus pasos antes de llegar al bote; pero finalmente, obedeció y saltó a la pequeña barca flotante. Recibió de su hermano un buen lanzamiento hacia el río y en cuestión de segundos, la balsa se alejó más de la costa.

Desde lejos, seguí sus juegos.

—¡Esconde el tesoro, Danny! —gritó el chico. Y hundiendo los pies en el agua, le arrojó una pequeña bolsa de terciopelo—. ¡De prisa!

Su risa inocente llenó mi espíritu de esperanza y anhelo; golpeó infinitos ecos en el vacío de mi alma. Y en ese instante, abrigué la felicidad de mis años mozos. Conocí esa dicha una vez, hace mucho tiempo.

—¡Jamie! —gimió el chico, agarrando ambos lados de la balsa—. ¡El bote, Jamie! ¡Se está hundiendo!

—¡Deja de moverte, Danny!

—¡Jamie, no sé nadar! —El niño entró en pánico—. ¡Ayúdame!

Danny se puso inquieto. Se paró en el bote tambaleante, sin saber qué hacer. La inmersión de la balsa era inminente. Sus tablones de madera cedían ante el agua, poco a poco, en un movimiento lento y constante.

Los latidos acelerados de mi corazón palpitaban en mis oídos, y cualquier somnolencia que el vino me hubiera impuesto, desapareció en ese instante. Instigado por los gritos del niño, corrí hacia la orilla, pero ya era demasiado tarde. El bote se volcó y el chico cayó al agua; su cuerpo desapareció, tragado por el río implacable en menos de un minuto.

Lágrimas llenaron mis ojos. Mis manos sudorosas se estremecieron cuando alcancé mi boca abierta y miré el agua, horrorizado. El miedo se hizo cargo de cada músculo de mi cuerpo y me ancló a esa orilla sin esperanza de dejarme libre.

No podía moverme, ¡y me odiaba por eso!

—¡Danny! —gritó el niño. Y cuando la quietud absoluta regresó al río, se quitó la camisa y se zambulló en el agua.

Nadó rápido y pronto llegó al lugar donde su hermano había caído, pero no encontró ninguna señal de él.

Pasó un minuto. Entre respiraciones jadeantes y tosiendo agua, la cabeza de Danny emergió.

Estaba vivo.

—¡Ya voy, Danny! —Jamie nadó hacia el niño y lo tomó. Se deslizó por el agua con el brazo de su hermano alrededor de su hombro y llegó a la costa.

Los pequeños cuerpos de los muchachos se extendieron en el barro, llenos de agotamiento.

Estaban a salvo.

Una repentina sensación de ligereza me abrumó. Caí de rodillas. El frenético canto de las gaviotas se arremolinó a mi alrededor y el mundo dio un rápido giro.

Todo se volvió negro.

Me desvanecí.

UNA FRÍA RÁFAGA DE VIENTO HÚMEDO ME DEVOLVIÓ LOS SENTIDOS. ABRÍ LOS OJOS Y ME ENCONTRÉ SOLO, a unos pasos de la orilla. El día prometedor había muerto hace mucho tiempo.

El sonido de las velas golpeando contra el viento me atraía como una melodía suave y apremiante. Pero más que eso, su llamada me recordaba los sueños de la infancia; reavivaba mi deseo juvenil de viajar y ver el Nuevo Mundo.

Al crecer, había leído muchas historias de piratas y tesoros; había aprendido de conquistadores y hombres aventureros que se habían sumergido en la adversidad sin importar cuán precarias o peligrosas fueran las condiciones de sus viajes. El destino los había conducido al descubrimiento, y la valentía de sus convicciones siempre les había pagado sus recompensas, pues sus nombres estaban grabados en los anales de la historia.

Fantasías de esa naturaleza florecían en mi joven mente, pero ni una sola vez la idea de salir de casa había cruzado el umbral de la determinación. Nunca había previsto esa elección. No hasta que *ella* abrió mis ojos al infinito sendero de posibilidades que se extendía más allá de las puertas de nuestra casa.

La primera vez que salí de mi pequeño mundo de comodidad, aprendí que era lo suficientemente capaz de escapar del reino de la fantasía e incrustarme en las diversas aventuras que mi mente había creado.

Por otra parte, el resurgimiento de tales sueños juveniles no solo respondía al sonido de las velas en vuelo. La abrumadora carga de culpa y miseria en mi vida alimentaba tales ilusiones con mucha facilidad. Un viaje al Nuevo Mundo significaba una muerte segura en la mayoría de los casos: por mala suerte que llevara al naufragio, enfermedad en el mar o enfermedad adquirida en las nuevas tierras.

Cualquiera que fuera el caso, esta era mi salida.

Me puse de pie y me moví hacia el muelle.

Inundados por la luz de las antorchas, tabernas y burdeles cobraban vida, saturando el aire de risas alegres y alarde de camaradería a esta hora tardía. La promesa de cerveza y compañía femenina atrajo mis pasos, pero resistí su encanto y en su lugar seguí el camino hacia los barcos.

Algunos hombres se reunían en el muelle. Sus historias de las colonias encantaron mis oídos cuando pasé junto a ellos.

—¡... Su piel tan suave como la seda y marrón como la canela, con largos cabellos negros brillantes!

—No le presten atención, chicos. ¡Tabby se cree el mismo John Cabot!

Una risa rugiente se extendió entre la multitud.

Más allá de los pequeños grupos de marineros, un hombre vestido de chaparrón y una gorra de Monmouth se guardaba para sí mismo mientras tallaba una pipa de un pedazo de madera oscura.

—Buenas noches —dije, acercándome—. ¿Te vas pronto?

—¿Qué ven tus ojos, muchacho?

—Un hombre que no puede esperar para terminar esa pipa y fumar —musité.

El hombre me miró con los ojos entrecerrados y se rió.

—Está bien, muchacho. Tienes mi atención.

—Dime, ¿conoces algún barco que navegue hacia el Nuevo Mundo?

El hombre se volvió hacia el grupo de marineros y luego me miró con aire satisfecho.

—Sí —dijo—. Esta que ves aquí, la Doncella Negra, pronto navegará.

La vista del majestuoso Brigantine flotando detrás de él llenó mis ojos. La nave de dos mástiles con aparejo cuadrado tenía al menos cien pies de largo. Su mascarón de proa, a diferencia de cualquier otro que yo haya visto, llevaba el cuerpo completo de una mujer vestida de negro. Un velo negro cubría su rostro, pero capté un destello de ojos azules debajo de él.

Esa era mi salida. La Doncella Negra.

—¿Qué te parece agregar un miembro más a la tripulación? —dije.

El marinero inclinó la cabeza y se acarició la barba.

—¿Eres bueno navegando, muchacho?

Sonreí.

—No. Realmente no. Pero puedo aprender...

Con el ceño fruncido, se hizo evidente que mis palabras lo disgustaban.

—Puedo pagar mi viaje también.

Con este último comentario recuperé su interés. Dibujó una media sonrisa tan pronto como le mostré un puñado de monedas de oro.

—Solo necesito un pasaje de ida al Nuevo Mundo —dije—. No tengo intención de volver.

—¿Qué importa eso, muchacho? ¡Entra! —Estiró su mano para tomar el dinero.

—Estoy seguro de que si pago a nuestra llegada no te ofenderá —dije, recuperando mi mano—. Después de todo, ¿qué necesidad hay de dinero en el mar?

—Está bien, muchacho. Pareces un verdadero caballero —dijo.

El marinero me dio la bienvenida con un simple gesto de su mano, señalando el camino hacia la tabla de embarque.

Felicidad. Corría por mis venas cuando entré en la plataforma y me embarqué en la Doncella Negra. No podía esperar a que zarpara y dejara atrás Bristol, para mirar hacia atrás y verle convertirse en un punto marrón en la distancia.

Después de años de una caprichosa vida, había llegado a un punto en el que me había quedado sin excusas para tranquilizar mi estado latente de cansancio. Temía los tiempos de silencio y soledad porque en ellos escuchaba la voz cruel en mi cabeza que gritaba: «¡Eres un asesino, Iván!»

Pero este tormento pronto llegaría a su fin. No había otra manera. Me faltaba el coraje para terminarlo yo mismo, pero la mano firme de la Madre Naturaleza nunca dejaba de hundir el cuchillo con fuerza. Había eludido la muerte toda mi vida, ¿quién hubiera pensado que ahora sería yo quien corriera a su peligroso abrazo?

—¿Y adónde crees que vas? —dijo una voz áspera detrás de mí.

Me volví. El hombre parado frente a mí ocultaba su identidad bajo una capa oscura con capucha.

—¿Quién eres? —dije con un tono de presunción.

El hombre se acercó al charco de luz entre nosotros y se quitó la capucha. Una gran cicatriz cubría su mejilla izquierda; era profunda y en forma de equis, y se extendía por la mitad de su rostro. Me estremecí al verlo.

—Puede que no te acuerdes de mí, muchacho. ¡Pero yo sí te recuerdo!

Oh, claro que lo recordaba.

—Eres el marinero que conocí hace años... —murmuré—. ¡Gallagher!

—Sí, un marinero era entonces... pero el capitán de la *Doncella Negra* es lo que ven tus ojos ahora. —Se rió y la tripulación rió con él.

—Viajo al Nuevo Mundo...

—Sigues persiguiendo ese sueño, ¿verdad? —Gallagher cruzó sus brazos sobre su pecho y me dio un destello de sus horribles dientes negros al sonreír—. El mar te llama, chico, al menos eso es cierto.

El mar, la Doncella Negra, la Muerte... No me importa. Solo llévame al otro lado, cuanto antes mejor.

—Entonces, ¿me llevarás?

Gallagher suspiró.

—Eso, no lo haré, muchacho.

¿Cómo se atrevía a rechazar mi pasaje?

—Estoy dispuesto a pagar...

—No hay dinero en el mundo que pueda hacerme a mí o a cualquier otro navegante subirte a bordo, muchacho —dijo.

Su mano aterrizó en mi hombro; presionó lo suficiente como para que significara algo más que consuelo. El gesto condescendiente me irritó. Apreté los dientes y me liberé de su presuntuosa comprensión, manteniendo todo tipo de maldiciones encerradas en mi lengua.

Los marineros se movieron. En murmullos, alzaban preguntas sobre las razones tras las palabras de su Capitán. Yo también quería una respuesta.

Gallagher levantó las manos y pidió la atención de su tripulación una vez más.

—La cuestión es... que traes mala suerte, muchacho.

—¿Qué te hace decir esto, Capitán Gallagher? —con desprecio—. ¡Exijo saberlo!

Se volvió y se dirigió a los hombres.

—Este chico que ven aquí, es el hijo de Stephen Lockhart... ¡Su *único* hijo vivo!

A los pocos segundos del discurso del Capitán, la tripulación fijó sus ojos curiosos sobre mí como si fuera un demonio. Gallagher giró de nuevo y me miró más cerca. La sola fetidez de su aliento habría sido suficiente para hacerme desmayar.

—Estás maldito. Nadie en sus cinco sentidos te llevaría a bordo, muchacho —susurró—. Prepárese para desembarcar... *milord*.

TUVE SUFICIENTE.

Después de esa lastimosa noche en el puerto, sin medios para llegar al Nuevo Mundo, decidí regresar a casa, a Winterbourne.

Durante días, permanecí encerrado en mi habitación, descuidando todo alimento o higiene. Mi rostro juvenil se escondía bajo una espesa barba negra y no tenía más que vino como compañía.

Sueños terroríficos seguían las horas preciosas de mi embriaguez. De la mayoría de mis pesadillas, recordaba poco, pero era el estremecimiento y el llanto subsecuente lo que atormentaba mi espíritu. Un sueño, en particular, sí recordaba.

Salgo del agua helada del lago. El viento azota mi cara. Con respiraciones dolorosas y superficiales, mi cuerpo se contorsiona a medida que se aleja de la costa. Me tiendo sobre la nieve y giro la cabeza hacia el lago. El paisaje helado, sin sonido. Mi visión borrosa lo ve, pero mi cerebro no puede entenderlo. Pequeñas sombras se mueven cerca del terraplén del lago. Manos.

Una figura se extiende en la distancia. Con pies que se arrastran, se mueve hacia mí. No es humano. Veo su cara. Y aunque sé que este monstruo conspira para reclamar su legítima venganza sobre mí, no me muevo. Y luego, habla.

«Eres un asesino, Iván. Deberías haber sido tú... ¡Deberías haber muerto hace años!»

Cada vez que llegaba la pesadilla, me despertaba llorando. Había abierto los ojos tras ella esta mañana.

La botella de vino descansaba cerca de mí. La tomé y bebí sus restos. Y una vez vaciada, la arrojé al fuego.

—No puedes seguir así, Iván —dijo, arrodillándose frente a mí.

No había percibido su presencia.

Bajo su brazo, ella llevaba una jarra de agua y una jofaina con motivos florales azules. Los colocó en el suelo y sacó una navaja doblada de su delantal.

—¿Por qué sobreviví? —susurré con una mirada vacía.

—Sobreviviste porque fuiste fuerte —dijo Alisa.

¡Ah, el reconfortante eco de la sabiduría de mi padre!

Ella levantó su falda. Alisa reveló sus piernas y rodillas sin recato alguno, y mis ojos las recorrieron como si fueran los caminos hacia el placer y la perdición. Se sentó en el piso y mojó una tela con agua tibia antes de cubrirme la cara con ella.

—¿Fuerte? —dije. Yo era débil. ¡Todos me lo habían dicho durante los últimos veinticuatro años de mi vida!

Sin importar cuántos años habían pasado, aún no podía aceptar la muerte de Viktor. No estaba en mí sobrevivir a mi hermano. No estaba destinado a vivir más allá de la edad de diez años, para el caso. Yo era el debilucho, Viktor no.

—Jamás he sido fuerte...

—Pero lo eres —susurró. Alisa me quitó la tela de la cara y empapó mi barba con aceites perfumados—. Quédate quieto.

Se deslizó detrás de mí y sujetó mi pecho entre sus rodillas. Con una mano en mi frente, inclinó mi cabeza hacia atrás lo suficiente como para lanzar el primer golpe temido de la navaja sobre mi cuello, justo encima de la vena yugular.

Tal vez hará un corte profundo, y todo esto finalmente habrá terminado.

Pero no lo hizo.

Su gentil mano maniobraba el afilado cuchillo con nada más que diestro cuidado. Cada golpe infundía tanta ternura que me obligó a llorar. Ni una pizca de su preocupación se merecía mi alma podrida. Y sin embargo, aquí estaba ella. Y justo cuando pensaba que me había quedado sin lágrimas, otra rodó por mi mejilla. Pero esta era para ella.

Durante ocho años, Alisa se había preocupado por mí. Me había visto caer en el pozo de la desesperación, una y otra vez, y nunca perdía la esperanza. Con devota paciencia, me había sacado de las profundidades del infierno varias veces.

Hermosa como lo era, a Alisa no le faltaban pretendientes. Los hombres la habían acechado desde una tierna edad. Mi padre le había ofrecido parejas estratégicas durante los últimos años, tal vez tres o cuatro veces tras la muerte de Viktor. Pero tan seguro como ella había rechazado al Sr. Fatchett, Alisa los había rechazado a todos, alegando que el matrimonio no estaba en su naturaleza, y volviendo loco a mi padre cada vez.

En el fondo, con todo egoísmo, quería creer que ella rechazaba a sus pretendientes por mi. Quería creer que yo significaba todo para ella, tanto que rechazaría todas las ofertas de matrimonio porque solo la alejarían de mí.

Tenía veintiséis años, e incluso cuando alcanzar esa edad una doncella significaba la pérdida de su posibilidad de matrimonio, Alisa lucía tan fresca y joven como si tuviera diecinueve años de edad.

Con un paño limpio, ella me lavó las mejillas y la barbilla. En el momento en que terminó, sus delicadas manos enmarcaron mi rostro y sus grandes ojos azules se clavaron en los míos.

—Tienes que ponerte mejor —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi corazón no puede soportar esto por más tiempo.

Sus palabras atraparon mi alma. La audacia de mis manos precedió mi pensamiento, y

cuando me di cuenta, ya mis dedos tocaban su suave y delicada mano.

El tiempo se detuvo. El aire se espesó.

Un extraño cambio se movió entre nosotros; una chispa repentina, una fuerza invisible que nos acercaba.

Sus ojos abiertos, su respiración entrecortada, la forma en que separaba los labios... ella también lo sentía.

En cuestión de segundos, su mano se retiró, pero agarré su muñeca y la acerqué más, renuente a soltarla; no hasta que descubriera el significado de esa oleada eléctrica tan poderosa en medio de nosotros.

Ella me miró una vez más con ojos suplicantes; su pecho agitado y sus mejillas ruborizadas me dieron suficiente advertencia.

La asustaba.

Al comprenderlo, la liberé de mi alcance, queriendo culpar al vino por mi reacción visceral, pero sabiendo muy bien que no era así.

Ella recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. Pero antes de que me dejara preguntándome acerca de este pequeño incidente entre nosotros, se detuvo en el umbral de la habitación y se quedó allí inmóvil por un tiempo.

Pasaron unos minutos. Ella sacó algo de su delantal. Una hoja arrugada. Alisa se volvió y me la entregó.

—¿Qué es esto?

—La he guardado durante años —dijo, su mente en otro lado.

La página había sido arrancada de un libro; sus exquisitos dibujos representaban una isla, y debajo, una gran plaza con una extensa columnata que conducía a una basílica central.

Yo había visto esto antes. Pertenece a una guía de viaje.

—*Venetia, città nobilissima é singolare* —leí.

—Escuché que su carnaval fomenta el placer licencioso —musitó, dirigiéndose a la puerta.

Gracias a Dios que su espalda se volvió hacia mí; de lo contrario, la sorpresa en mi cara habría llegado a sus ojos. Estaba seguro de que mi mandíbula había caído al final de su oración. Escandaloso yo; de vez en cuando, olvidaba que ella me superaba tanto en edad como en experiencia de vida.

—Tal vez deberíamos ir —añadió, y luego cerró la puerta detrás de ella con su pie.

Pasé la mano por mi barba bien afeitada y me quedé sentado allí, estupefacto, en silencio asombro por la sorprendente audacia de Alisa.

—Venecia... —musité, mirando el bosquejo en la página.

EL GRAND TOUR

El león alado clavaba sus eternos ojos en mí desde el otro lado de la página. Su imponente figura me mantenía hechizado. Durante siglos, los ojos vigilantes de *Il Leone di San Marco* se habían dirigido hacia el mar veneciano: un testigo silencioso de la miríada de naves próximas y las hordas de visitantes que llevaban a la ciudad

ad año tras año.

La moderna *città* envolvía a sus invitados en cortinas de seda, pelucas empolvadas y lujosas máscaras incrustadas en perlas. Venecia daba la bienvenida a todos con casinos y teatros, y la promesa de interminables horas de apasionantes conversaciones dentro de la comodidad de las paredes vestidas de damasco de un café.

—¡Poco a poco! ¡Con cuidado!

—¡No te preocupes, pá! Puedo hacerlo.

Las voces se filtraron a través de la ventana de mi habitación. Un fuerte golpe me atrajo más cerca. Miré hacia afuera, donde ambos hombres fijaban los baúles de viaje en el carruaje.

—¡Buen trabajo, hijo! —El anciano le dio unas palmaditas en la espalda a su joven ayudante.

Me abroché la camisa y me puse el chaleco.

—Iván, ¿estás listo?

—¡En un minuto! —Recogí mi abrigo de terciopelo color burdeos de la silla y me lo puse rápidamente antes de correr hacia la puerta.

Sus pasos resonaban mientras bajaba apresuradamente las escaleras.

El día había llegado.

Lo deseaba más ahora de lo que jamás había imaginado. Mi primer impulso había sido aceptar la oferta de viaje de Alisa, ya que no pensaba en nada mejor para corresponder a sus interminables horas de cuidado. Tan pronto como le había dado la noticia, la felicidad había irradiado de ella como nunca antes lo había visto. Y mi padre había aceptado a regañadientes el plan, superando por mucho mis expectativas.

Estaba decidido. Nos embarcaríamos en el Grand Tour.

Ella puso en mis manos todos los arreglos relacionados con nuestro viaje. Meses de planificación siguieron. Pasé semanas recopilando información, adquiriendo alojamientos respetables de antemano y obteniendo suficientes cartas de crédito para asegurar nuestro viaje.

El tiempo vuela rápidamente cuando está cerrado en un propósito.

Eché un último vistazo a mi habitación y me despedí de sus sórdidos recuerdos porque pasarían un año o dos antes de volver a ver sus muebles. Y justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, salté dentro una vez más y corrí a mi mesita de noche.

—No te voy a dejar atrás —musité, tomando el viejo pedazo de papel arrancado de la guía de viaje, la singular chispa que había encendido la aventura que yacía ante nosotros.

Lo doblé y lo deslicé en el bolsillo de mi chaleco.

Alcancé el rellano de la escalera. La puerta de entrada estaba abierta. Afuera, el carruaje esperaba. Ella me miró a través de las cortinas de la ventana del carruaje, dibujando en su rostro la más dulce de las sonrisas.

Contemplar su alegría me deleitaba más allá de las palabras. Me obligaba a correr y reunirme con ella lo más rápido que pudiera, pero antes, quería hacer otra cosa.

Aunque las puertas de la biblioteca estaban abiertas, no me atrevía a entrar en la habitación. Por fuera, junto a la pared, esperé en silencio.

Sus ojos escudriñaban filas enteras de lomos de libros mientras estaba de pie frente al gabinete, pero su dedo vacilaba entre dos de ellos. Todos los libros que la biblioteca poseía respondían a su elección exclusiva. Un sinfín de tomos de Geografía e Historia llenaban esos estantes... Mi madre podría no haber tenido el privilegio de la educación superior que yo había recibido, y aún así, nunca había conocido a una lectora más apasionada. Dedicaba tardes enteras deleitando sus ojos con compendios de Historia.

En los últimos ocho años, mi madre y yo apenas habíamos hablado. Ella sabía de mis andanzas fuera de la ciudad, pero nunca me hacía una sola pregunta cuando regresaba a casa después de días o semanas de ausencia. El desdén de mi padre, podía soportarlo; pero era su desprendimiento emocional lo que más me dolía.

—Sé que estás parado junto a la puerta —dijo—. Entra. —Finalmente eligió un libro y se sentó en la silla junto a la chimenea.

Fui hacia ella y me arrodillé a su lado.

Al mirar hacia arriba, mis ojos se encontraron con sus grandes ojos verdes; su piel clara aún no mostraba las líneas más profundas que vienen con la madurez. Me atreví a sostener su mano, y ella lo permitió.

Siempre me había asombrado saber que mi madre llevaba secretos más profundos de lo que mi mente podría imaginar. Esta mujer había conocido la pérdida de una magnitud mayor de la que yo podría haber experimentado: el exilio de su tierra natal, la muerte de su primogénito, seguida de la de tantos otros hijos, y más recientemente, la trágica muerte de Viktor. Tantos hijos muertos...

Sin embargo, una verdad permanecía. A pesar del dolor y la tristeza grabados en su

corazón, el rostro de mi madre mostraba muy pocos indicios de ello. Ella no parecía un día más vieja de como yo la recordaba cuando era niño.

—¿Es este el día? —dijo ella.

—Así es. Nos iremos en unos minutos...

—Me imagino que Alisa ya está dentro del carruaje. —Insinuó una sonrisa.

—Así es.

Mi madre me apretó la mano y fijó sus ojos en los míos con una mirada tan seria que me atravesó por completo.

—No me guardes rencor, hijo mío —musitó—. La mitad de mi vida la he pasado en luto silencioso.

—Por favor, no digas eso.

—No, Iván. Debo decirlo —susurró—. Debería haber estado allí para ti cuando él murió... simplemente no pude hacerlo. Espero que algún día lo entiendas. Pero por ahora, perdóname, hijo.

Su revelación sacudió cada fibra en mi cuerpo. Y por un momento, aturdido como estaba, las palabras me eludieron hasta que empujé mi lengua para hablar.

—Ya está en el pasado, madre —dije—. Y yo soy quien debe pedirte perdón.

Contenida y tan segura de sí misma como pudo, limpió las lágrimas de sus mejillas.

Esta era la primera vez que la veía llorar. Ser testigo de tal ola de emoción proveniente de ella me llevó al borde de las lágrimas, y yo también lloré.

Con cuidado entrañable, ella sostuvo los lados de mi cara.

—Veo tanto de mí en ti... —dijo ella—. Nunca te rindas a las normas del mundo, Iván. Debes vivir tu propia vida y cumplir con tus propias reglas. Mientras sigas a tu corazón, el camino siempre será claro.

No pude evitar sentirme fascinado y confundido por sus palabras. Tal vez la muerte de Viktor le había propinado el golpe final, y todas las barreras emocionales de mi madre habían caído al fin... Cualquiera que fueran las razones para abrirme su corazón, abracé este momento profundamente.

—Te amo, madre.

Ella sollozó y me dio una suave sonrisa.

—Yo también te amo, hijo mío. —Hizo una pausa—. Jamás volvamos a hablar de esto.

—Nunca más, si ese es tu deseo.

—Muy bien. Listo. —Mi madre se levantó de la silla, y tomándome del brazo, me condujo a la puerta principal.

Alisa me saludó desde el interior del carruaje y me hizo señas para que me uniera a ella de inmediato, pero me negué. No me iría hasta que supiera que mi madre estaría bien

y contenta con nuestra partida, si tal cosa fuera posible cuando sus únicos hijos vivos estaban por abandonar el país por un año o dos.

—Madre —susurré—, podría quedarme... si eso te complaciera.

—¡Tonterías! —dijo ella—. Me complace verte partir. ¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que partiste hacia Bristol?

¿Cómo no iba a hacerlo? «*Un mundo más grande se encuentra más allá de esta pequeña ciudad*». Recordaba esas palabras con gran cariño. Asentí en silencio.

—Viaja y conoce el mundo, Iván. Veamos qué haces con él.

PASÓ UNA HORA DESDE QUE TOMAMOS EL CAMINO A LONDRES. EN SILENCIO, FIJÉ MIS OJOS en el libro en mi regazo, sus palabras, sin sentido. Ante mí, no veía más que innumerables letras que tropezaban unas con otras, un rompecabezas que no tenía intención de resolver por el momento.

—Suficiente, ¡tú ganas! —Alisa cerró su libro de bolsillo de sonetos de Shakespeare.

Fruncí el ceño.

—¿Gané? ¿Qué quieres decir?

—Hice un concurso para descubrir cuál de nosotros podía contener la lengua más tiempo en este carruaje... y bueno, me doy por vencida. Así que ya ves, tú ganas.

Su juego me divirtió.

—Pues dime, ¿qué gané?

—Puedes elegir un soneto y te lo leeré.

—Oh, seguro que podemos pensar en algo mejor que eso... —dije con un toque de desprecio, pero tan pronto como noté el leve ceño fruncido en su rostro, agregué—: ... irresistible como es tu lectura, querida.

Ella perdonó mi rudeza con un rápido asentimiento.

—¡Ya sé! —dije—. Juguemos un juego de azar. Te haré tres preguntas a las cuales deberás responder por medio de tu precioso libro de bolsillo.

—¿Cómo es eso?

—Lo abrirás y leerás el soneto que el destino haya elegido para ti, por supuesto.

—¿Una respuesta aleatoria?

—Debemos confiar en su obra —dije—. Después de todo, es un don del poeta traducir el lenguaje secreto del corazón, ¿no es así?

Ella suspiró.

—Ya que has ganado el primer juego, no veo ninguna razón para negar tu deseo. —Alisa cerró el libro y lo colocó en su regazo.

—Primera pregunta —dije—. Querido Sr. Shakespeare, ¿cuál es su consejo para mi

dulce hermana en este momento de su vida?

—Qué pregunta tan extraña... de verdad —musitó antes de abrir el libro.

—¿Y bien? —Con dedos inquietos, la incité a leer en voz alta el soneto.

—«*Contra este próximo final, debes prepararte, y dar tu dulce apariencia a otra persona...*» —Hizo una pausa y me lanzó una mirada de asombro por encima del libro—. Este juego tuyo es defectuoso. No tiene ningún sentido en absoluto.

—Oh, difiero totalmente. —Crucé los brazos sobre mi pecho y hundí mi espalda en el asiento—. Creo que es bastante claro. El poeta sugiere la maternidad, y eso requeriría, me temo, un marido.

—Tener hijos no está en mis planes —dijo—. Tampoco está en ellos encontrar un marido.

—No te molestes, querida.

—No estoy molesta. Decepcionada del juego, eso es todo. —Cerró el libro y sus pestañas se abanicaron—. La segunda pregunta, ¿cuál es?

—Bueno, esta debería ser más fácil —musité con un tono condescendiente.

—Por favor, no me consideres tan frágil como para eso —dijo—. Puedo responder cualquier pregunta, te lo aseguro.

—¿Cualquier pregunta? —Me incliné hacia delante y entrecerré los ojos—. Bien, en ese caso, la pregunta es esta: ¿cómo considera tu corazón al mío?

Las mejillas de Alisa se tiñeron de rojo. Ella apretó los labios y abrió el libro. Cualquiera que haya sido la línea que sus ojos encontraron en la página, le pareció completamente desagradable.

—Este juego ha demostrado ser absurdo —murmuró—. No voy a jugar más. —Volteó el libro boca abajo y lo colocó junto a ella.

—Alisa...

—¿Has notado que los caminos están en excelentes condiciones? —dijo ella, mirando por la ventana.

En ese momento, supe que nada la haría abordar el tema que le había causado tanta inquietud.

—Supongo que el clima es el culpable —musité—. No ha llovido desde hace días...

—Sí. Creo que esa debe ser la razón.

Alisa cesó toda clase de conversación después de eso. Debió pasar una buena hora, y ella se durmió.

El libro de bolsillo me llamaba cuando estaba abierto ante mí.

En un impulso, lo alcancé, impaciente por descubrir la razón detrás de su reacción. ¿Qué podría haberle causado tanta angustia? Para alguien que había estado muy interesada en leer los sonetos de Shakespeare en voz alta, su repentina negativa a cumplirlo me había

dejado perplejo.

La página ante mí mostraba el soneto. Algunas líneas estaban subrayadas.

Comencé a leer:

«El amor es demasiado joven para saber lo que es la conciencia.

Sin embargo, ¿quién sabe si la conciencia nace del amor?»

Qué misterio.

Devolví el libro de sonetos tal como estaba, y cerré los ojos durante el resto del viaje.

LA CENA Y UNA BUENA NOCHE DE DESCANSO ERA TODO LO QUE NECESITABA, O AL MENOS eso me dije. No podríamos haber llegado a Londres en un mejor momento.

Alisa se aisló la mayor parte de la tarde, encerrada en su habitación tan pronto como bebió el último sorbo de vino de su copa al terminar la cena.

¿Había sobrepasado mis límites molestándola con mis juegos? Quizás. Tal vez había dado por sentado la fragilidad de su naturaleza. Después de todo, no tenía ninguna experiencia interactuando con Alisa fuera de las paredes de nuestra casa. Me sentía tan torpe e incapaz de hacerlo como si fuéramos completos extraños.

Antes, cuando éramos niños, nos había resultado fácil correr y jugar, reír bajo el abrasador sol de verano, confiar secretos el uno al otro, e incluso entristecer juntos en los tiempos más oscuros... ¿Cuándo había cambiado eso?

Empujé mi silla lejos de la mesa y subí a mi habitación.

La cacofonía de las multitudes apresuradas al pasar por la callejuela de la posada se filtró a través de mis ventanas. Me acosté en la cama, y miré las vigas de madera del techo. Mientras tanto, mi mente se aceleraba. Y a pesar de que no podía identificar ningún pensamiento en particular que me perturbara, una repentina sensación de malestar se arrastraba debajo de mi piel.

Después de dar vueltas en el colchón más de tres veces, supe que no dormiría. Me puse de pie, me vestí de prisa y bastante miserablemente; solo mis pantalones, la camisa y el chaleco desabrochado. Me até el pelo rápido y salí por la puerta.

Sin la certeza de mi destino, me moví como si me guiara la inercia. Había visitado Londres muchas veces antes. Sus aspectos más destacados y tesoros escondidos de ocio, los conocía como la palma de mi mano.

Debo haber caminado durante una hora antes de decidir detenerme y reconocer mi entorno.

—¿Busca un antojo, mi señor?

Un exótico chal de seda bordado con motivos orientales se deslizó de su hombro desnudo.

Sonreí y sacudí mi cabeza.

¿Adónde más me llevarían mis pasos, sino a Rosemary Lane? A pesar de lo avanzado de la hora, la bulliciosa calle era brillante y alegre.

Las mejillas y labios teñidos de rojo se destacaban en medio de la multitud de ricos visitantes que buscaban placer; pero a diferencia de esas caras sórdidas que uno encontraría en Ratcliff Highway, estas eran jóvenes, refinadas y algunas incluso exóticas. Sus servicios obscenos apuntaban a una porción muy diferente de la sociedad y de ninguna manera eran baratos.

Un trueno resonó en la distancia. Caminé varias cuadras y rechacé muchas invitaciones a las tabernas y burdeles que se alineaban en la calle. Algo inquietaba mi mente y por primera vez, no era el recuerdo de mi hermano.

Con el paso de las horas, la calle se quedó vacía. Los relámpagos revoloteaban en el cielo. Las primeras gotas de lluvia caían, y aunque mojaban mi ropa, había encontrado una ligera sensación de paz al avanzar por la calle desierta. La lluvia me importaba poco.

Compré una botella de vino y disfruté el resto de mi paseo, incluso cuando llovía aún más fuerte. Las luces eran pocas y tenues; las multitudes se habían desvanecido hacía mucho tiempo. Encontré el lugar perfecto para esconderme bajo la vieja marquesina de un establecimiento cerrado.

Junto a la puerta, vi una caja de madera y la recogí. En el interior, descubrí un viejo panfleto.

SANGRE DERRAMADA EN LAS JOYAS DE LA CORONA

10 DE MAYO DE 1671.

El intento aventurero del Capitán Blood de robar las Joyas de la Corona había aparecido en panfletos y documentos en todo Londres durante semanas.

La historia había llegado a Winterbourne, a penas hacía unos días: cómo Thomas Blood había engañado al Guardia de la Torre haciéndose pasar por un clérigo, y había ideado un plan para obtener acceso a las insignias de la Torre de Londres. En ese momento, propinó un fuerte golpe a la cabeza del guardia con un mazo, y aplastó la corona con él también, con el fin de acelerar su escape.

Uno de los cómplices de Blood embolsilló el Orbe en sus pantalones y le dio una puñalada rápida al guardia que amenazó con dar la alarma. Un pandemonio reinó cuando el hijo del guardia llegó a las instalaciones y llamó por ayuda, y comenzó la persecución de un ladrón no identificado.

Al final de la violenta prueba, Blood y su grupo fueron atrapados, encerrados en la Torre y allí esperaban su destino.

Lo último que escuché es que el Capitán Blood había exigido una audiencia con el propio Rey, que había sido concedida, para asombro de la mayoría, incluyéndome a mí. No había nada más que hablar de ello en toda la región; lo había escuchado del cochero, de camino a Londres, y del posadero también...

—*¿Vuoi compagnia?*

Envuelta en un largo corpiño verde con mangas dentadas y enaguas a juego, apareció. Estaba detrás de la puerta del establecimiento, me había preguntado si buscaba compañía.

Doblé el folleto y lo fijé entre mi rodilla y el codo, reajustando mi asiento para poder verla mejor.

Era una vista agradable. Piel pálida y cabello rubio ondulado... Sus grandes ojos verdes capturaban mi imagen mientras esbozaba una sonrisa en su rostro. No sabía qué encontraba de encantador en mí. Mi ropa empapada se contraía contra mi cuerpo y el agua escurría de mi cabello... apenas una vista seductora.

—¿Italiana? —dije.

—Veneciana —Ella levantó la barbilla con orgullo.

La sonrisa que le di fue transparente y sin vicio. Todos sabían que las cortesanas venecianas se destacaban entre el resto, ni siquiera las holandesas tenían una reputación tan espléndida en las artes de la seducción.

—No lo sé... —Tomé un trago de vino antes de mirarla una vez más.

Una voz débil en el fondo de mi mente cargó contra mí por siquiera contemplar rechazar tal oportunidad. No sé qué fue lo que me poseyó. ¿Acaso era una repentina sensación de indignidad? No. Era mucho más horrible que eso. Mi conciencia se había agitado en algún momento durante la noche, y ahora amenazaba con despertar de su largo estupor. Y eso, no lo toleraría.

Se arrodilló junto a mí. La calidez de su mano envolvió la mía. Retiró mi cabello empapado con sus delicados dedos, y la vista tentadora de sus ojos verdes se asomó a mi campo visual.

—Me ocuparé de ti, amor —susurró.

La palabra era música para mis oídos.

—Amor... —dije. La frase golpeó mi cerebro tan rápido como un rayo—. «El amor es demasiado joven para saber lo que es la conciencia...».

Demasiado vino.

—Ven —dijo, dando un suave tirón a mi mano—. Yo te mostraré lo que es el amor.

ABRÍ LA VENTANA DE LA HABITACIÓN Y LA TENUE LUZ DEL AMANECER LASTIMÓ MIS OJOS. Apoyé el brazo contra el alféizar de la ventana. Mi cabeza latía con un dolor insoportable. Cubrirme los ojos con el dorso de la mano no hizo nada para calmar el dolor.

—Toma —susurró y su mano se deslizó alrededor de mi cintura—. Bebe esto. Te sentirás mejor.

Tomé la taza caliente entre mis manos e inhalé el remolino de vapor. El olor era agradable, aunque hubiera preferido vino en su lugar.

El primer sorbo pasó la prueba. Me senté en la cama y pasé los dedos por su muslo.

—Sabe bien. ¿Qué es?

—Té —terminó la palabra con una sonrisa—. De romero.

—*Rosemary?* —dije, entretenido. Igual que la calle.

Terminé la bebida y fui a buscar mi ropa. Una vez que me vestí, dejé tres guineas en la mesita de noche —que era más que suficiente— y bajé las escaleras. Ella me esperaba en la entrada.

—Buen viaje, mi señor —musitó—. Te estaré esperando.

El nivel de apego a su oficio era asombroso. La admiraba por eso. Casi creí su promesa.

Antes de salir por la puerta, ella envolvió su mano alrededor de mi brazo. Me sostuvo en un largo abrazo, enterrando su rostro en mi pecho. Fue entonces cuando comencé a inclinarme hacia la autenticidad de su comportamiento.

—Mantente a salvo —dijo.

Con mis dedos, quité algunos mechones de cabello de su rostro.

—Lo haré —dije.

Una súbita oleada de curiosidad me tomó al salir. Y antes de irme, miré hacia atrás.

—Nunca me dijiste tu nombre, sabes —musité.

—Lucía —dijo ella.

Si era su verdadero nombre o no, me importaba poco. Ella me había dado una noche tranquila, y siempre le estaría agradecido por ello.

EL CRUCE DE DOVER A CALAIS HABÍA SIDO UNA EXPERIENCIA MUY IMPÍA. PASÉ LA MAYOR parte del tiempo encerrado en la cabina, con el estómago revuelto por el furioso movimiento del barco a través del canal.

Pasaron tres días antes de llegar a París, tiempo suficiente para que me recuperara de las condiciones adversas del viaje.

El carruaje avanzaba por el *Quai de la Tournelle*. Tiré hacia atrás la cortina. Los primeros rayos de sol aparecían entre los árboles que pasábamos, extendiendo su suave caricia sobre cada superficie cerca del Sena. Las hojas de los árboles teñían de naranja brillante y dorado, y más allá, el río corría en tonos de verde y gris. Tal vez era demasiado temprano en la mañana y París aún dormía, pero el aire pacífico de *la Ville Lumière* calmaba mi cansancio.

Cerré los ojos y el calor del sol aterrizó en mis párpados, refractándose a través del cristal de la ventana del carruaje.

Mi espíritu se renovó ante la vista de París. Era como si una banda restrictiva atada alrededor de mi pecho finalmente se hubiera abierto de golpe y pudiera respirar de nuevo.

Winterbourne estaba a kilómetros de distancia, y cada fragmento de tristeza y miseria que había soportado se había quedado atrás. Cuando había cerrado la puerta de mi dormitorio, conscientemente había tomado la decisión de guardar la voz atormentadora de

una vez por todas. No sabía si funcionaría, pero esperaba con todo mi corazón que así fuera.

Alisa dormía un sueño placentero.

Mientras conducíamos por *Saint-Germain-des-Prés* y nos acercábamos a lo que se convertiría en nuestro hogar durante las siguientes semanas, había caído en cuenta de que ella no se había quejado una sola vez durante todo el viaje. Tal vez Alisa era inmune a tales cosas como el mareo; tal vez su constitución era mucho más fuerte de lo que jamás habría imaginado.

Me di cuenta de que la conocía muy poco. Y por qué no sería así, cuando nuestra educación había tenido lugar en ámbitos muy diferentes dentro de la misma casa... Aunque a decir verdad, la mayoría de mis asuntos se llevaban a cabo afuera, en tanto que las actividades de Alisa la limitaban a nuestro hogar.

Quizás ahora que viajábamos juntos, podría verla, realmente verla por quien ella era.

El carruaje se detuvo.

—Hemos llegado —musité.

Ella abrió los ojos.

—*Bonjour, monsieur.* —El lacayo abrió la puerta.

Bajé del carruaje negro de berlina. Cargando a Alisa, atravesé un charco de barro en la calle y después la dejé en la acera.

—*Bonjour* —respondí.

—Por aquí, *s'il vous plait.* —Nos señaló el camino a la casa antes de ocuparse del equipaje.

Aunque era lo suficientemente pequeña como para cumplir con nuestro presupuesto, esta casa tenía suficientes esplendores para dejarme sin aliento al cruzar por su umbral. Pisos de madera y muros revestidos de color burdeos... Alfombras orientales en tonos dorados y borgoña llenaban las habitaciones, otorgando la ineludible sensación de lujo que uno esperaría de la decoración parisina.

Una gran araña dorada colgaba del techo de la sala. Mis ojos siguieron el pasillo del piso superior y recorrieron la escalera hacia abajo. Toqué la suave barandilla de madera y corrí escaleras arriba. Nunca antes había visto este lugar, y disfrutaba descubrir todas sus habitaciones porque este sería nuestro hogar durante los próximos meses.

Abrí la puerta e ignoré los muebles del dormitorio, pues el balcón me hechizó de inmediato. Me atrajo aún más la promesa de una vista maravillosa esperando más allá de sus barandas.

Al salir por las puertas dobles, la brisa matinal me envolvió. El *Quai de la Tournelle* y el Sena bordeados de árboles yacían ante mí, pero la Catedral de Notre Dame se alzaba sobre el horizonte, y ese panorama llenó mis ojos de lágrimas.

En ese momento, todos los días de planificación llegaron a buen término.

Esto era real. Estaba aquí.

EL ESPEJO

— ¡Algun plan para el día de hoy?

Tomé un sorbo de mi café turco humeante, un regalo de bienvenida de nuestro propietario. Lo bebía después del desayuno todas las mañanas desde entonces. El fuerte sabor amargo bien valía sus efectos estimulantes.

—Estoy comprometida para un pequeño paseo con Lady Cisseley y su hermana —dijo, dejando su taza de té—. Iremos a la *Place Royale*.

Poco después de unas semanas de nuestra estancia en París, Alisa había desarrollado un gusto por mezclarse en la sociedad. Tan inquieta como una niña, ella arreglaba sus guantes de encaje sobre la mesa. La más pura de las sonrisas se dibujó en su rostro.

—Estoy asombrado de lo rápido que has hecho amistad con Lady Cisseley —musité.

—No es nada sorprendente, yo pensaría. Después de todo, hemos compartido el mismo itinerario desde que salimos de Londres. —Tomó un último trago. Miró el reloj dorado en el muro de la habitación—. Oh, ¿es esa la hora?

Alisa se alejó de la mesa. Retiré mi silla y me puse de pie.

—¡Dios mío! —dijo divertida, estudiando mi apariencia con los ojos muy abiertos—. Ese es un traje nuevo.

Miré mi traje de seda de tres piezas de color marfil. El sastre me lo había entregado la noche anterior, junto con otros dos trajes que había pedido hace unos días, todo de acuerdo a la tendencia parisina.

—¿Te gusta?

—Pantalones más ajustados, ya veo... —Ella levantó sus cejas—. Sí. Es maravilloso, Iván. ¡Muy a la moda!

—Me alegro de que te guste. —Me encogí de hombros, seguro de que me sonrojaba en ese mismo instante.

Alisa sonrió y fijó una mirada sincera en mí por un momento. En esos breves segundos, deseé poder escuchar cada uno de sus pensamientos y descubrir qué la mantenía tan aturdida.

Entonces ella parpadeó, y fue como si hubiera salido de un trance.

—¡Oh! Debo irme. ¡Hablares más tarde!

Por mucho que se sintiera atraída por la sociedad, el diseño parisino del teatro, la danza y la arquitectura también la fascinaba, mientras que yo me deleitaba en placeres más simples. Disfrutaba paseando por las calles adoquinadas, aprendiendo nuevas rutas para llegar a *Le Quartier Latin* o la *Île de la Cité* y en el proceso, descubriendo los más peculiares cafés y cabarets escondidos.

—Leix —dije a nuestro lacayo—. Voy a salir. Espero regresar a tiempo para el almuerzo.

—*Oui, monsieur.*

Hacía unos días, había despertado mucho interés en mí explorar la *Île Saint-Louis*, y ahora parecía la excusa perfecta para una caminata matutina.

En el camino, seguí el terraplén del Sena hasta que llegué al *Pont de la Tournelle*. Allí, me detuve. La majestuosa panorámica me dejó sin aliento. Frente a mí, había una vista completa del lado este de Notre Dame: su aguja alcanzaba el cielo azul claro, magnífico a medida que se elevaba entre ambas torres. Y a su derecha, aunque más lejos, vislumbré el *Hôtel de Ville* y el *Pont Rouge*. Las torres de *Saint-Jean-en-Grève* y *Saint Gervais* emergían en la distancia.

Una vez que crucé el puente, enormes mansiones se apilaban una cerca de la otra, montando un exclusivo barrio residencial. Incluso la cacofonía de la ciudad huía de sus confines. Ese silencio me parecía irreal ya que era casi mediodía; de no ser por el ocasional paso de algún carruaje, la tranquilidad de las calles bien podría anunciar su desolación.

¿*Podría vivir en un lugar como este?* Me lo preguntaba. Disfrutaba más del carácter vibrante de la ciudad, las hordas que se agolpaban en la plaza de Saint Michel, abarrotando los pequeños cafés, incluso si eso significaba permanecer de pie mientras uno bebía sus estimulantes bebidas; pero a esto, una vida de opulencia y discreción, bien podría acostumbrarme.

Cuando giré a la derecha, caminé hacia la iglesia de *Saint-Louis-en-l'Île*, todavía en construcción. Su diseño del campanario, en forma de obelisco, me pareció extraño. Y tal vez me hubiera aventurado adentro, si no hubiera visto algo que sacudió mi naturaleza curiosa.

A unos metros de mí, yacía sobre el pavimento. Brillaba demasiado para ser un objeto tan pequeño. La curiosidad me empujó. Me acerqué y me incliné. Tomé el objeto de forma cuadrada en mi mano y lo estudié.

Lo sostuve a la altura de mis ojos y luego me di cuenta de lo que era.

—Un espejo —musité. Era pequeño y bastante simple. Envuelto en una carcasa metálica en condiciones prístinas, sin grabado que revelara la identidad de su propietario.

Entretenido por mi descubrimiento, jugué con mi pequeño tesoro. Miré el reflejo de mis ojos por un momento.

Cascos de caballos se acercaban.

Al relinchar de un caballo, me volví, y el precioso frisón negro se apartó de mí

rápidamente. Volvió a chillar, y luego se escabulló junto con los otros tres caballos, arrastrando el carruaje por el camino.

—¡Quieto! Quieto, Stallion! —El grito del conductor no hizo nada para apaciguar el exceso de velocidad del carruaje.

A unos metros de llegar a la esquina de la calle, los frisonos galoparon fuera de control. Y mientras permanecí allí, impotente ante lo inevitable, el carruaje se volcó, proyectando al cochero a varios metros de altura en el aire. El vehículo se estrelló de costado en cuestión de segundos.

Corrí hacia el carruaje. Los caballos relinchaban y reparaban. Tan pronto como llegué a ellos, alcancé a ese caballo más joven e inexperto, el que desencadenó toda la faena con sus gritos.

Con un suave tirón, agarré su brida.

—Tranquilo, Stallion —dije, acariciando su cuello.

Se calmó rápidamente y al hacerlo, los demás lo siguieron.

El conductor yacía en la calle, a unos cuantos metros de distancia. Corrí hacia él y me arrodillé a su lado.

—¿Estás bien, hombre?

El cochero no respondió. Había recibido un terrible golpe en la cabeza; la sangre manaba de su frente y cubría la mitad de su rostro. Puse mi mano sobre su pecho. No se movía. ¿Estaba vivo? ¿Cómo podría saberlo?

El espejo.

Lo puse debajo de su nariz y esperaba que su aliento manchara su superficie, pero no fue así. Estaba muerto.

Ni un alma pasaba por la calle. Había sido el único testigo de esta tragedia. Entonces, lo escuché: un golpe bajo y sordo.

Se detuvo. ¿O tal vez lo había imaginado? Me volví y estudié los restos con el mayor grado de atención que podía convocar. Los caballos habían recuperado su temperamento dócil. No veía ningún movimiento que pudiera... allí. Lo escuché de nuevo. Esta vez, más fuerte.

Venía del carruaje. Y entre los golpes constantes, apareció una voz apagada. ¡Alguien golpeaba la puerta!

Sin tiempo que perder, subí al carruaje volcado. Hubiera sido imposible reajustarlo yo solo. No tenía suficiente fuerza para hacerlo, así que hice lo único que podía. Cuando subí a la parte trasera, pude ver a una persona encerrada.

Sus ojos abiertos se fijaron en los míos y se convirtieron en piedra. Debimos habernos mirado el uno al otro durante más de un minuto. Pero poco después, el hechizo se rompió, y ella golpeó la puerta con lo que parecía ser una sombrilla.

—La sacaré de ahí —grité—. ¡Mantenga la calma!

Lo que la mujer respondió fue un misterio para mí. Su voz ensordecida me hacía imposible entender una palabra de lo que decía.

Tiré de la manija de la puerta una, dos veces... no funcionó. Lo intenté una vez más, pero fue en vano. La puerta estaba atascada. Tenía que hacer algo, y rápido, porque esta mujer estaba lista para seguir martillando la puerta con su preciosa sombrilla hasta que recuperara su libertad.

Las opciones eran claras. Tendría que destrabar la puerta del carruaje o romper la ventana, pero lo último parecía indeseable, pues indudablemente aumentaría su angustia.

Con una vista rápida, busqué entre los restos del accidente... Una varilla de metal. Eso serviría.

Me alejé de la ventana y ella golpeó la puerta una vez más. Tenía el ceño fruncido y los labios entreabiertos. Percibí en ella una actitud muy demandante, lo que en verdad me molestó bastante. ¿Qué estaba pensando ella? Aquí estaba yo, haciendo todo lo posible para rescatarla de esta incómoda situación, y sin embargo, ¡ella me trataba como si yo fuera un lacayo!

—Comienzo a pensar que probablemente sería más adecuado dejarte en donde estás —murmuré. Con mi mano, le indiqué que esperara—. ¡Volveré!

Por un sentido del deber —porque dudaba que poseyera algo de bondad a estas alturas — intenté descartar su fanfarronería. Seguramente, su conducta detestable se debía al impacto que le había causado el accidente, ¿no?

Tan pronto como bajé del carro, me deslicé debajo del vehículo. La varilla estaba en el piso, entre fragmentos dispersos de cuero y madera, lejos de mi alcance. Presioné mi pecho contra el pavimento, acortando la distancia entre mi mano y la varilla hasta que mis dedos la tocaron. Con un rápido movimiento de mi dedo índice, logré tomarla por fin.

Una ola repentina de humedad se extendió sobre mi pecho. Miré hacia abajo. *Oh, no...* Lodo y grasa teñían mi abrigo y mi chaleco. Hice una mueca. Mi traje estaba arruinado sin remedio.

Sosteniendo la varilla en mi mano cubierta de barro, volví a subir al carruaje.

—¡Retroceda! —dije, y ella se movió hacia la parte trasera de la cabina. Deslicé la varilla debajo de la cerradura y empujé hasta que se rompió.

Tras abrir la puerta, me arrodillé ante el hueco y miré dentro. Sus grandes ojos verdes atravesaron las sombras, y su mirada aterrizó directamente sobre mí.

—¿Está bien? —dije limpiando la suciedad de mis manos sobre mi chaleco, ya inservible.

—Ah, *Briton*... —musitó, sin preocuparse demasiado por ocultar su decepción. Ella entonces tomó mi mano y tiró sin dar previo aviso.

—¡No creo que sea...! —Me deslicé y caí dentro de la cabina, y para mi desagrado, aterricé sobre ella— ...una buena idea.

La poca luz del coche revelaba poco de sus rasgos faciales, pero a decir verdad, lo único que me importaba era salir de este maldito vehículo lo más pronto posible y

continuar con el resto de mi día.

—Bueno, veo que está decidido a que yo permanezca dentro de este carruaje —dijo en un inglés impecable, a centímetros de mi cara—. ¿Qué fue eso que dijo anteriormente: sería más *adecuado* dejarme donde estoy?

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Escuchó eso?

—Por favor, retírese de mí, señor.

Una mano había aterrizado en su cintura y la otra, sobre su hombro desnudo.

—Eh... perdóneme —dije, retrocediendo.

Ella tenía la ventaja, ahora que se había ofendido por mis palabras de enojo. No deseaba disgustarme con ella, aunque su temperamento no hacía mucho para expiar su rudeza.

Cuando salí del carruaje, le ofrecí mi mano para levantarla. A pesar de su complexión delgada, el peso de su vestido suponía un gran desafío para mi fuerza.

En el momento en que llegamos al suelo, suspiré de alivio.

—Es posible que desee apartar la vista de ese lado de la calle —dije—. Su conductor... Bueno, me temo que todo terminó mal para él.

—No —musitó ella—. Héctor... ¡No!

Huyó de mis brazos antes de que pudiera evitar que corriera al lado del cochero.

Unos pasos atrás, fui testigo de toda la escena. Ella se arrodilló a su lado, y su figura me ocultó la vista del rostro ensangrentado del conductor. Gracias al cielo.

—Héctor —dijo ella—. *Ne vous inquiétez pas, vous vivrez.* —«No te preocupes, vivirás», había dicho. Yo difería de ello. La última vez que lo había revisado, él no respiraba.

La mujer soltó su mano y se apartó. No podía creer lo que veían mis ojos. ¡El cochero se había puesto de pie!

Con un pañuelo blanco, ella cubrió su rostro. Envolvió el brazo alrededor de su cintura y lo ayudó a avanzar hacia el carruaje. ¡Esto era más que extraordinario!

En ese momento, escuché unos pasos acercándose a la calle y fui a su encuentro. Suficientes hombres se ofrecieron como voluntarios y se apresuraron a ayudarme a enderezar el vehículo una vez más. No había sufrido daños mayores, al parecer.

—Permítame, *mademoiselle* —dijo uno de los hombres. Fueron hacia el cochero y lo llevaron al carruaje.

—*Merci beaucoup, monsieur!*

Agradecida, se despidió de ellos en tanto los hombres tomaban su camino.

Ajustando los dedos de sus guantes blancos, ella se dirigía hacia mí desde el otro lado de la calle.

Me prometí a mí mismo que sin importar cuán vulnerable ella pudiera parecer al transmitirme su gratitud, no sacaría ninguna ventaja de eso. Aceptaría su disculpa con humildad y nos separaríamos como amigos.

—No debe decir nada —dije, acercándome.

—¿No debo?

—No fue nada. Y no hay necesidad de una disculpa. Partamos como amigos.

Ella se estremeció.

—¿Una disculpa? —dijo—. La cortesía de mi gratitud, le extendería. Pero es demasiado presuntuoso al esperar una disculpa, señor, ya que es usted quien debe disculparse conmigo.

—¿Yo? ¿Pedirle perdón? —dije—. ¿Por qué?

—Por haber provocado el accidente, ¡por supuesto!

Solté una risilla.

—¡Eso es ridículo! No hice tal cosa...

—¡Por supuesto que sí! Ese brillante objeto que llevaba casi me cegó cuando pasamos por su lado. Solo puedo imaginar cuán angustiante debe haber sido para los caballos. ¿Por qué más se habrían disparado como lo hicieron?

Tomé una respiración profunda. No era un juego. Esta mujer creía cada palabra que había dicho. Y después de todo lo que había hecho por ella... Sabía que mi temperamento impulsivo se apoderaría de mi lengua, así que con cada gramo de fuerza que quedaba dentro de mí, la mantuve callada. Pero no por mucho tiempo.

—Debo señalar, *mademoiselle* —murmuré—, su Stallion es un caballo bastante joven. Claramente, es incapaz de tirar de un carruaje.

—Me asombra que lo diga, señor. Stallion es uno de mis mejores caballos. —Hizo una pausa—. Me quedaría aquí para discutir cada aspecto de la rudeza de sus modales, pero me temo que tal hazaña requeriría la mayor parte de mi día. Y debo llevar a este hombre al doctor, de lo contrario, morirá... Esta vez, de verdad.

—Él no debería pagar por nuestro desacuerdo —musité—. ¿Necesita ayuda para llevarlo allí?

—Se lo aseguro, soy bastante capaz de conducir un carruaje —dijo, saltando al asiento del cochero—. Buen día señor.

—Buen día.

—AHÍ ESTÁS... —DEJÓ LA COPA DE VINO A UN LADO. SUS OJOS SE AGRANDARON TAN pronto como evaluaron mi apariencia—. ¡Cielos, Iván! ¡Estás cubierto de lodo!

—No vas a creer lo que pasó —rugí y cerré la puerta tras de mí—. Oh. Veo que la cena ya se sirvió.

—No te preocupes por eso —dijo ella—. Marguerite, por favor dígale a la cocinera que Mssr. Lockhart ha llegado y que si es tan amable de enviar su comida.

—*Oui, mademoiselle.*

Tan pronto como la sirvienta salió de la habitación, la compostura de Alisa se desmoronó. Se apartó rápidamente de la mesa y corrió hacia mí.

—¿Qué tienes, cariño? ¿Qué pasa? Luces bastante agitado—. Sus suaves manos examinaron mi rostro.

Mírala. Devota y tierna en sus afectos. Habían pasado años desde que ella me había llamado así, «cariño». La palabra en sus labios envió una calmante ola de calor a través de mi cuerpo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien... —dije en voz baja. Alcancé el respaldo de la silla y apoyé mi peso contra él.

Satisfecha al verificar mi bienestar, Alisa regresó a su asiento.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Un carruaje se volcó justo ante mis ojos. —Tomé la copa de vino y lo vertí en mi garganta en un rápido trago.

—No es una vista agradable en absoluto —dijo.

—No lo fue. Pero eso no es todo. Verás, una mujer estaba encerrada dentro del carruaje...

—¿Qué terrible! —Alisa cubrió sus labios con la servilleta—. ¿Alguien rescató a la pobre criatura?

¡Su simpático mote para la mujer casi me hizo reír! «La pobre criatura», definitivamente no era la frase que me venía a la mente cuando la recordaba.

—Yo lo hice. —Me encogí de hombros—. De ahí mi aspecto desaliñado.

—Oh. Ya veo —dijo—. Debe haber estado muy agradecida, ¿qué dijo ella una vez que la salvaste?

—¿Qué dijo? —murmuré—. ¡Pues, ella me culpó por todo el incidente!

—¡Imposible!

—Oh, es verdad. —Alcé mis cejas, quitándome el sucio abrigo. Doblé las mangas de mi camisa—. ¡El atrevimiento de esa mujer!

—¿Qué cosa más peculiar... ¿Quién era ella?

—No tengo idea —musité—, alguna aristócrata presuntuosa, imagino.

—Bueno, siento que arruinara tu apetito.

Fruncí el ceño.

—¡Nada de eso! —dije al desplomarme en la silla—. Pásame el pan si eres tan amable.

Delicioso *pain molliet*. Redondo y pequeño, ligero y airado con un toque de sal que realizaba su sabor... Un bocado y todo estaba bien en el mundo una vez más.

—Pero suficiente de mi día, ¿cómo estuvo tu paseo en la *Place Royale*?

—No tan interesante como tu aventura, me temo —bromeó—. Lady Cisseley me ha invitado a un *salon* el próximo viernes.

—¿Un *salon*? ¿Es una de esas reuniones sociales exclusivas para intelectuales?

—Lo es —dijo ella—. Lady Cisseley me ha señalado que mi talento en el virginal no debe desperdiciarse, y que habría de beneficiarme asistiendo. Parece que los viernes están reservados para el desarrollo de las artes musicales.

—*Monsieur*... —Marguerite deslizó el plato delante de mí.

—*Merci*, Marguerite. —Comida. Gracias. Estaba hambriento—. Estoy de acuerdo con Lady Cisseley. Y no veo nada malo en este plan, salvo por un pequeño detalle.

Alisa dejó caer su cuchillo sobre la mesa.

—¿Qué detalle?

—Que no soy parte del plan.

—¿Qué estás diciendo, Iván? ¿Has decidido convertirte en un *salonnière*? —bromeó.

—¡Dios, no! Nada de eso. Es solo que... me temo que Lady Cisseley ha absorbido todo tu tiempo desde que llegamos aquí. —Hice una pausa. ¿Cómo podría decir esto?—. Lo que trato de decir, mientras fracaso tan miserablemente, es que me gustaría si tú y yo pudiéramos compartir algo más que una comida, cualquier día de estos.

—Eso me gustaría a mí también —musitó.

—Bien. ¿El teatro te interesa?

—El teatro suena maravilloso.

—¿Sellamos esto con un regalo?—Deslicé mi mano en el bolsillo de mi casaca y sin revelar su contenido, puse mi mano cerrada sobre la mesa.

—Prepárate para ver algo hermoso —dije. Abrí la caja y la giré para capturar su reflejo dentro del espejo.

Alisa sonrió.

—Tómalo. Es tuyo.

ACURRUCADO CONTRA MI VENTANA, EL LIBRO SE DESLIZÓ DE MIS DEDOS Y ATERRIZÓ EN MI pecho. Por cuarta vez esta semana, abandoné toda esperanza de terminar *El Paraíso Perdido* de John Milton. Adán y Eva se verían expulsados del Edén de cualquier manera, ¿no?

Ante el sonido de los cascos que se acercaban, miré por la ventana. El carruaje de Lady Cisseley se detuvo frente a nuestras puertas. No tenía ganas de entablar conversación con ella, pero sí quería saber cómo había resultado el *salon* para Alisa. Ella había esperado

este día con mucha anticipación.

Salí de mi habitación y me escondí en el pasillo de las recámaras. Alisa, Lady Cisseley y su hermana menor entraron por la puerta en un frenético parloteo.

—¡El canto de la baronesa fue extraordinario, me pareció! ¿Lo pasaste bien, querida?

—Muy bien, de hecho —dijo Alisa—. Disfruté especialmente la lectura de poesía de la Srta. Rinehart...

—La Srta. Rinehart lee bien —dijo la joven—. ¿Pero saben quién lee maravillosamente, incluso mejor que la Srta. Rinehart?

—No podría adivinar. Cuéntenos, Srta. Esther.

—Pues, ¡el Sr. William Pritchard! —dijo ella.

—Esther, en verdad —intervino Lady Cisseley—. Nunca has escuchado al hombre leer.

—No, yo no lo he escuchado. Pero mi amiga, la Sra. Hamil, sí. Dijo que el Sr. Pritchard infundía emoción en su lectura de los sonetos de Shakespeare y llevaba a todos los oyentes a las lágrimas... ¡Infundía emoción, Cisseley!

—¿Gustarían un poco de té? —dijo Alisa.

Las tres mujeres se mudaron a la sala, donde continuaron su conversación. Sus inteligentes argumentos me atraían mucho más que la poesía épica del Sr. Milton. Salí de mi escondite y bajé las escaleras lo más silenciosamente posible.

—Srta. Lockhart, ¡disfruté tanto al escucharle tocar el clavecín!

—Gracias, Lady Cisseley. Pero me temo que ha sido una experiencia muy humillante. Hoy, he descubierto cuán escaso es mi talento.

—La modestia no le sienta bien, querida —Lady Cisseley se sentó en la silla junto a la chimenea.

—Tocó usted maravillosamente, Srta. Alisa —dijo la joven con un aire de madurez.

—Gracias a las dos. La verdad es que todavía tengo que encontrar mi camino alrededor del clavecín —dijo—. Y hablando de eso, gracias por apuntarme en la dirección correcta...

—Mssr. Leduc es un excelente maestro. Su talento no podría estar en mejores manos, querida.

—Mssr. Leduc toca *maravillosamente*... ¿Pero saben quién más toca tan maravillosamente como Mssr. Leduc?

—¿Quién, Esther querida?

—¡El Sr. William Pritchard, por supuesto! —dijo ella—. ¡Y esto lo sé bien porque yo misma lo he escuchado tocar!

—Vaya, vaya, Srta. Esther. ¡Este Sr. Pritchard suena demasiado bueno para ser verdad! —dijo Alisa—. ¿Un hombre que disfruta de la poesía y se destaca en la ejecución del

clavecín? ¿Puede ser real?

—Él es bastante guapo también...

—¡Esther! —dijo Lady Cisseley—. Eso es suficiente, querida. ¿Qué pensará la Srta. Lockhart de ti?

—¡Solo que ella ha descubierto a un hombre que desafía los estándares de nuestra sociedad! Y debería envidiarle por ello, Srta. Esther.

—Debe perdonar el entusiasmo de mi hermana. Ella es propensa a la exageración —dijo—. Oh, pero no me malinterprete, Srta. Lockhart; El Sr. Pritchard sí posee muchas cualidades amables. Él realmente es una digna presa, del tipo difícil de atrapar, si entiende lo que quiero decir.

—Oh, ya veo —dijo Alisa.

—Eso no me molesta para nada —dijo Esther.

—Srta. Esther, estar tan lejos de él debe ser difícil para usted. Estoy segura de que no puede esperar para volver a casa y saber qué ha estado haciendo el Sr. Pritchard.

—Oh, pero se fue de Londres hace años —dijo—. Vive aquí, en París. Por eso me uní a Cisseley y a mi hermano Robert en sus viajes. ¡Es cuestión de días antes de encontrarme con él! Supongo que me desmayaré al ver su belleza. Y después, me llevará a casa en sus brazos, sellando el comienzo de nuestro romance con un largo beso sincero...

—¡De verdad, niña! ¡No puedo esperar a que salgas de esta etapa romántica! —Lady Cisseley rió en voz baja.

—El nombre de Pritchard me parece familiar —musitó Alisa—. Tal vez lo haya conocido antes.

—No lo creo, querida —dijo Lady Cisseley—. No lo olvidarías si así fuera.

La doncella se acercó por el pasillo con la bandeja de plata en las manos, lista para servir el té. La intercepté a mitad de camino.

—Permíteme quitar esto de tus manos, Marguerite —susurré—. Yo me ocuparé de eso, gracias.

—Algún día, me casaré con él. Lo sé —Esther continuó—. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida...

—¿Más guapo que yo? —dije, entrando en la habitación con la bandeja del té en mis manos.

Compartieron una risa sutil, y la más joven se sonrojó.

—Perdonen mi intrusión, damas, pero no pude mantenerme alejado de su animada conversación —les dije al colocar la bandeja de servicio sobre la mesa.

—Iván... —Ella extendió sus manos hacia mí.

—¡Queridísima Alisa! —dije, tomándolas rápido—. Me alegra que ya estés en casa.

—Sr. Lockhart, qué bueno que haya venido a saludarnos —dijo Lady Cisseley.

—Lady Allen. —Me incliné.

—Por favor, prefiero Cisseley.

—Muy bien, Lady Cisseley.

—Creo que aún le falta por conocer a mi cuñada, la Srta. Esther Allen.

—*Enchanté, mademoiselle.* —Besé su mano enguantada. Esther apretó los labios y soltó una risilla. Debía haber tenido quince años.

—Quizás podamos convencer al Sr. Lockhart para que se una a nosotros en la asamblea del próximo viernes —dijo Lady Cisseley—. Habrá un baile...

—Le agradezco la invitación Lady Cisseley, pero me temo que nunca bailo si puedo evitarlo. —Incliné mi cabeza—. Pues bien. El té ha sido servido y por lo tanto, mi intromisión en sus asuntos ha terminado. Les dejaré continuar con su prodigiosa intriga, queridas damas. Buen día.

—Buen día, Sr. Lockhart.

Cerré las puertas dobles tras de mí. No pude evitar escuchar algunas de sus impresiones al alejarme de la sala.

—¿Él es su hermano, Srta. Alisa?

—Sí, Srta. Esther. Así es —dijo Alisa—. ¿Le agradó?

Silencio como respuesta.

—Pues, querida Srta. Lockhart, ¡me parece que los afectos de nuestra Esther han sido transferidos al Sr. Lockhart!

—¡Pobre Sr. Pritchard!

La risa hizo eco en la habitación.

EL DIABLO ROJO

Como espejos brillantes esparcidos por la calle adoquinada, mis pies eludían charcos de agua de lluvia cuando salíamos del *Théâtre du Palais-Royal*.

Esto era París. El calor de las bulliciosas multitudes se extendía entre nosotros, las lámparas de gas iluminaban el camino a través de la *rue Saint-Honoré*. El crepúsculo se desvanecía y el cielo nublado salpicaba la oscuridad en parches de negro y gris... *Le Bourgeois Gentilhomme* había aligerado nuestros estados de ánimo; una ola inminente de nostalgia nos atrapaba ahora que nos acercábamos a nuestra última semana de estancia en *la Ville Lumière*.

Las lámparas de gas deslumbrantes y el suave velo de niebla que brotaba de los caminos daban toques oníricos a la calle, pintando una imagen etérea. Y por un momento, tuve la impresión genuina de estar dentro de un maravilloso sueño.

París, el punto culminante de la civilización. La belleza, el progreso, la cultura y la libertad salpicaban vida detrás de cada rincón de la ciudad y de sus pintorescos cafés. Y yo abrazaba esta vida como si fuera el último aliento antes de sumergirme bajo el agua.

Fue en uno de esos pequeños cafés atestados donde Alisa y yo nos refugiamos del clima húmedo y entablamos una conversación muy reveladora.

—Pero debo confesar, no podría soportar otro minuto en esa casa. Dame una almohada más para bordar, y te lo aseguro, ¡hubiera gritado!

Su arrebató de sinceridad me sorprendió más allá de las palabras. Nunca había pensado en sus rutinas diarias en casa, en Winterbourne. Nunca me había detenido a cuestionar si ella realmente obtenía algún sentido de logro de hazañas tan delicadas como bordar o tocar el Virginal.

—Siempre has sido tan talentosa —dije—. Nunca pensé que te disgustaba.

Ella presionó sus labios con sus dedos.

—Perdóname, no debería haber dicho...

—No, no. Por favor —dije—. No te preocupes, Alisa. Si así es como te sientes, como siempre te has sentido, entonces por supuesto, debes decirlo.

Bebió de su humeante taza de té y abatió sus pestañas por un segundo.

—Seguramente debes saberlo... —dijo, bajando la mirada— ...quiero mucho más de lo que la vida le ofrece a alguien como yo.

—¿Alguien como tú?

—Una mujer —dijo—. Me temo que...

—Sí. ¿Qué cosa?

—Temo que este tour solo servirá para uno de dos propósitos distintos, ninguno de los cuales puede ser beneficioso para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Es bastante simple. O este tour resultará ser el pináculo de mi vida, lo cual sería una perspectiva bastante sombría...

—¿O...? —dije.

—O alimentará mi sed de aventura e instigará mi búsqueda de la libertad de las cadenas sociales que atan a mi género... y ambos sabemos cuán desastroso sería ese resultado.

—En ese caso... —Levanté mi bebida—, brindemos por un Tour marcado por el desastre, ¡en todas sus formas!

Después de un breve minuto de silencio, nos reímos al unísono.

—Lamento entrometerme —dijo, acercándose a nuestra mesa—, pero no pude evitar escuchar parte de su alegre conversación. Me temo que el timbre de sus palabras me ha atraído como polilla a una flama... Pongan fin a mi ansiedad, y díganme, ¿están viajando por casualidad desde Inglaterra? —Verdes ojos brillantes y una sonrisa encantadora esperaban una respuesta.

—Permítame tranquilizarlo, señor. No se equivoca, viajamos desde Inglaterra.

—¡Estoy tan contento de escuchar eso! —dijo. Acercó una silla a nuestra mesa y se sentó a mi lado—. William Pritchard, es mi nombre. ¿Un placer conocerlo, *monsieur*...?

—¿Es usted William Pritchard... el hijo de Sir Rowland Pritchard? —Levanté una ceja, asombrado por el privilegio de esa compañía en nuestra humilde mesa en el café.

—Ese soy yo, señor. —Inclinó la cabeza en un gesto amable.

Sir Rowland Pritchard había comisionado las expediciones comerciales de mi padre durante años. Incluso, yo había conocido al hombre una o dos veces cuando era niño. Sabía que tenía un hijo, pero jamás iba a imaginar que nuestros caminos alguna vez se cruzaran, tan divergentes que eran.

—Iván Lockhart —dijo—, y ella es la Srta. Alisa Lockhart, mi hermana.

Los ojos de William brillaron con un carisma pernicioso cuando aterrizaron sobre ella.

—*Enchanté, mademoiselle.*

Las mejillas de Alisa se tiñeron de un tono rosado e insinuó una sonrisa cuando él le besó la mano.

—Lockhart, ¿eh? —dijo—. Creo que nuestros padres fueron socios de negocios, ¿verdad?

Asentí.

—Entonces debo contarlos entre mis amigos —agregó, encendiendo un cigarrillo—. Oh, lo siento mucho. ¿Le molesta, Srta. Lockhart? Los he mandado traer desde Madrid, pero lo apagaría si le ofende.

—Para nada, Sr. Pritchard. En todo caso, me gustaría probarlo yo misma. Pero por desgracia, los límites de los buenos modales me impiden hacerlo.

—Esto es París, Srta. Lockhart. Es libre de romper esos límites ingleses aquí —se burló.

—Le agradezco, señor —dijo ella—. Sin embargo, no es la educación lo que me detiene, sino lo que sería de mí una vez que fuera libre de ella.

Ella le dio un guiño travieso, lo que me molestó un poco. Tan solo había conocido al hombre hacía unos minutos, y ya le concedía tal llamarada de intimidad. Pero en lugar de detenerme en el tema, lo descarté y me centré en descubrir la razón de la presencia de Pritchard en nuestra mesa.

Él se rió del comentario de Alisa.

—Puedo ver que nos llevaremos bastante bien, Srta. Lockhart. ¡Oh, usted me agrada!

—Nos honra con su presencia, señor... —dije.

—Nada de eso, por favor. Llámame Pritchard, lo hacen todos mis amigos. —Hizo una seña al camarero y ordenó una taza de café—. Y como ahora somos amigos, ¿puedo confiar algo en los dos? —Pritchard se acercó a la mesa y bajó la voz como si fuera a revelar un gran secreto.

—Puedes hacerlo.

—Durante cinco años, he fijado mi hogar en suelo parisino, y ni una sola vez me había pasado por la cabeza la idea de volver a Londres, hasta esta noche, claro. De alguna manera, han reavivado mi amor por nuestra madre patria y me han recordado lo mucho que he dejado atrás. —Hizo una pausa y apagó el cigarrillo—. Creo que mi descortés intrusión en su mesa sirve como testimonio de mi estallido de melancolía.

—Tenga cuidado, señor —dijo Alisa—. Su presencia en esta mesa también podría servir como un testimonio de la transferencia de su nacionalidad. Tal apertura rara vez se ve entre extraños en nuestra tierra natal. —Ella lo atravesó con ojos analíticos.

Pritchard se rió.

—Tal vez sea así, Srta. Lockhart —dijo—. Quizás he perdido mis modales ingleses. Espero poder ganar su buena opinión, a pesar de eso. Díganme, amigos, ¿qué los trae a París?

—El Grand Tour —musité.

—*C'est magnifique!* —Pritchard juntó las manos—. ¿Por cuánto tiempo se quedarán?

—Hemos estado aquí durante un mes, nos iremos en una semana.

—¡Una semana! —Alzó las cejas—. Me temo que nos hemos encontrado demasiado

tarde... ¿Adónde irán ahora, si puedo preguntar?

—Nuestro próximo destino es Roma —dije.

—Oh, deben asegurarse de llegar a Venecia en su camino hacia allí...

—Venecia definitivamente está en el itinerario —dije. Era todo el motivo de nuestro viaje, pero ¿qué sabía él?—. Decidimos visitar Roma primero durante un par de semanas, y luego iremos a Venecia.

—¡No querrán perderse el *Carnivale*! —dijo.

Todo este hilo de conversación empezaba a irritarme, y la paciencia no estaba entre mis escasas virtudes. Alisa parecía bastante complacida con él, aunque yo no encontraba ninguna razón para ello. Este Pritchard se había convertido en un inquisidor desde el momento en que se había sentado en nuestra mesa.

—¡Por supuesto, no nos lo perderíamos por nada en el mundo! —Ella habló por primera vez en mucho tiempo. ¿Había percibido mi mal humor? ¿Era esta intervención un recurso rápido para evitar mi temperamento? No tenía talento para ocultar mi enojo, y ella lo sabía.

—Me entristece que se vayan tan pronto... ¿Han fijado una fecha para su partida?

—Una semana a partir de hoy, me parece —respondió ella. *Bueno. Déjala hablar.* Me callaría el mayor tiempo posible.

—Perfecto. Me gustaría mucho tener su compañía para una cena antes de que se vayan.

—No podríamos aceptar esa oferta, Pritchard —dije—. No querríamos imponernos. Estoy seguro de que tienes compromisos sociales mucho más apremiantes que cenar con nosotros, los Lockhart.

—¡Tonterías! —Golpeó su mano sobre la mesa y sonrió—. Pero debemos hacer algo antes para celebrar nuestra nueva amistad... ¡Oh, ya lo sé! Véanme mañana en el *Jardin du Roi*, al mediodía. ¡No aceptaré un no por respuesta!

—Yo...

—Así lo haremos —dijo ella.

—Excelente. —Se levantó de la silla—. Las bebidas van por mi cuenta esta noche, Lockhart. Los veré mañana, entonces.

—Estamos muy agradecidos contigo, Pritchard —dije—. Te veremos mañana.

Se sumergió en la multitud de jóvenes que rondaba en los alrededores del café.

—Oh, y Lockhart... —Su rostro emergió de la multitud cuando volteó—. ¿Ya conociste al Diablo Rojo?

¿El diablo rojo?

—Aún no —dije, tratando que su elección de palabras no me impresionara más de lo que seguramente él esperaba.

—Lo harás, ¡mañana!

BAJÉ DEL CARRUAJE. EXTENSOS PRADOS SE EXTENDÍAN POR TODOS LADOS.

Esta era mi primera vez en el Jardín del Rey. Los diseños simétricos de proporciones majestuosas que tenía ante mí hacían que mi corazón se saltara un latido. No solo admiraba la perfección de su estética, sino que también me abrumaba la idea desalentadora de cubrir sus terrenos.

Era un día infernal, para empezar. Y debajo de las muchas capas de ropa que portaba, el calor se acumulaba aún más. Miré mis zapatos de cuero negro y soñé con sumergir mis pies descalzos en las frescas aguas de la primera fuente que encontrara durante este pequeño paseo.

—¡Ahí están ellos! —dijo Alisa, adelantándose.

¿Ellos?

Aparté mis ojos del suelo para mirar al frente cuando de pronto, a escasos centímetros de mí, me topé con una vista totalmente inesperada.

El satén rosa de un vestido con escote redondo revelador, un cuello largo y delicado, piel pálida y cabello rojo fresa arreglado en suaves rizos. Con una sombrilla de satén rosa apartaba de su rostro los fuertes rayos de sol.

La mirada curiosa de sus ojos verdes recorría mi figura de pies a cabeza, mientras tanto, sostenía su sombrilla con exquisitas manos enguantadas de blanco. Delicada nariz cincelada y labios rosados llenos... Estudié su rostro sin preocuparme por la decencia, y a ella no pareció importarle que lo hiciera.

—¿Usted? —dije.

¡Era ella! La mujer del accidente, la aristócrata presuntuosa. Ella era...

—El Diablo Rojo. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Veo que Pritchard le ha revelado mi verdadera identidad —dijo con un orgullo inconfundible—. No tema, *monsieur*. Puede que le agrade, a pesar de todo.

Sus brillantes ojos verdes me habrían hechizado de no ser por la sonrisa burlona que ahora insinuaba. ¿Quién era esta mujer misteriosa? Se mostraba libre de recato, aunque pulida y refinada, y con todo el derecho a su cinismo... un enigma, de seguro. Y yo amaba resolver acertijos.

La muerte y yo nos conocíamos desde hace veinticuatro años, estaba seguro de que había espacio en mi vida para el diablo también.

—Creo que así será, *mademoiselle*... a pesar de todo, como dice usted —bromeé.

—Me alegra escucharlo, pues no está en mi naturaleza guardar rencor. Entonces podemos comenzar de nuevo.

—¡Lockhart, has venido! ¿Ya se conocieron? —dijo Pritchard uniéndose a nosotros—. Permítanme, por favor. Debemos seguir las reglas del decoro y la corrección, ¿verdad,

Srta. Lockhart?

—Así es —dijo Alisa en tono juguetón.

—Querida, permíteme presentarte al Sr. Iván Lockhart —dijo Pritchard.

—*Enchanté, monsieur.*

—Lockhart, te presento a mi mejor amiga en todo París, la Srta. Juliette Deveraux.

—Me complace poder conocerla, Srta. Deveraux. —No mentí.

—Vaya, ¡qué glorioso día para dar un paseo! ¿Le gustaría acompañarme, Srta. Lockhart? —Pritchard ladeó el codo.

—Por supuesto. —Alisa envolvió su mano alrededor de su brazo, aterrizó en el puño de su abrigo, y se fueron.

La amargura se acumuló en mi garganta.

—No veo nada glorioso en este día infernal, excepto por su presencia, por supuesto —mascullé.

—¡Asombroso! —dijo ella con los ojos muy abiertos.

—¿Qué cosa?

—Pues, su ingeniosa frugalidad con las palabras, *monsieur*. En una sola frase, ¡ha logrado transmitir su desdén hacia esta excursión y elogiarme al mismo tiempo!

Mal hecho, Iván.

—Por favor, perdóneme, Srta. Deveraux. Esa no era mi intención...

—¿Se arrepiente de haberme halagado, señor?

—¡No! Yo nunca... —Un destello de su sonrisa traviesa me advirtió de su juego diabólico. Me reí a pesar de mí mismo.

—Este clima... Me sorprende cómo las mujeres se conducen con tanta facilidad en condiciones tan insoportables.

—Es nuestra única fortaleza, supongo —dijo—. Hace mucho calor... ¡Venga conmigo! —Apretando mi mano, me alejó de la vista de todos, hacia los jardines. Al correr por el césped, mis apuros por el clima se desvanecieron. El resplandor de su sonrisa llenó mi corazón de alegría cuando cruzamos la calle, dejando atrás el *Jardin du Roi*.

—*Monsieur!* —Juliette llamó a un cochero.

—¿Adónde me lleva? —Cerré la puerta. En verdad, no me importaba saberlo. El secreto iba demasiado bien con esta repentina sensación de libertad que asaltaba mi espíritu. Pero todo esto venía de ella. La actitud despreocupada de Juliette se extendía a mi corazón sin remedio.

Sus relucientes ojos verdes miraron a los míos.

—Ya lo verá.

Minutos después de nuestra fuga, el carruaje se detuvo frente a un gran jardín

enrejado. Escuchaba agua correr dentro. Enterrado en la profundidad de salvajes y exóticas hojas verdes, debía haber un estanque o fuente oculta.

—*Allez...* —susurró. Juliette abrió la reja sin hacer ruido. Y una vez adentro, se asomó su dedo enguantado y me llamó para seguirla.

Sonreí. Irrumpir en propiedad privada no había estado en mis planes para el día, y sin embargo, mi corazón se aceleraba ante la emoción de cruzar ese umbral y descubrir sus secretos.

A través de masas de vegetación salvaje, nos movimos hacia el centro del jardín. Una gran hoja verde obstruía el estrecho sendero, y cuando la aparté, el Jardín del Edén apareció ante mis ojos.

Una gran variedad de bromelias y orquídeas multicolores rodeaban una gran fuente. Pero más allá, y lo más impresionante de todo, era el ángel parado en el centro. Con intrincadas y detalladas alas cinceladas, la escultura de mármol del tamaño de un ser humano llevaba un jarrón inclinado del que salía una pesada corriente de agua cristalina.

Un fuerte deseo me tentó a quitarme toda la ropa y sumergirme en el agua deliciosa, pero de alguna manera me contuve. Maravillado como un niño, caminaba sobre la hierba, alimentando mis ojos hambrientos con este precioso oasis cuidadosamente escondido del mundo.

Ella se sentó en el borde de piedra de la fuente y levantó su falda. Sus manos se movieron rápidamente al desatar las cintas de sus zapatos.

—¿Y bien? ¿No es esto lo que usted deseaba? —susurró—. *Vite, monsieur! Vite!* —Agitando su mano en el aire, Juliette me instó a imitarla.

En un giro, busqué cualquier amenaza a nuestra travesura. Solo el denso follaje verde nos rodeaba. Estábamos a salvo. Cuando me senté junto a ella, mi mirada cayó en su rostro impecable. Los rayos de sol golpeaban la superficie del agua y se reflejaban en su tersa piel.

—Debe quitarse los zapatos —insistió. Juliette metió los pies descalzos en la fuente y rió cuando sus dedos rociaron agua en el aire.

Me quité los zapatos y las medias rápidamente. Pero entonces, justo cuando estaba a punto de sumergir mis pies en el agua refrescante, me detuve. Hacía unos minutos, había imaginado este momento preciso y ahora mi deseo se había hecho realidad... *Qué extraño*. Estaba seguro de que no se lo había mencionado. ¿Cómo podría ella haberlo sabido? Una maravillosa coincidencia.

Ya no me resistí. En cuanto chapoteé mis pies en el agua, gemí.

—Ah, no se imagina cuánto deseaba esto...

Juliette se sonrojó. Reprimiendo una sonrisa, su mirada tímida cayó sobre mí.

—Sí —Hizo una pausa—. Ya está contento.

—Lo estoy —dije—. Pero también estoy preocupado... ¿A quién estamos invadiendo exactamente?

—¿Acaso eso importa, *monsieur*? —dijo ella—. ¿Acaso la gravedad del daño depende del rango de su víctima?

—Probablemente sí, aunque no debería hacerlo... pero por favor, llámeme Iván.

—Muy bien. Pero confinemos este precioso gesto a la extensión de este jardín. —Sus ojos brillaron, y finalmente, ella sonrió—. Puedes llamarme Juliette, o Gloriosa Juliette, como más te guste.

Gloriosa Juliette, en verdad.

LAS HORAS PASARON. VALORÉ CADA MINUTO DE SU COMPAÑÍA, JUNTO CON NUESTRO secreto, este oculto Jardín del Edén.

En los primeros minutos de nuestra conversación, Juliette se había desprendido de todas las pretensiones sociales. Debajo de la *jeunne femme* de diecisiete años lujosamente vestida, descubrí a una mujer de espíritu libre. Ninguna intención adicional consternaba a sus pensamientos más que sumergirse en las profundidades de los míos.

—Fuiste tú quien me hizo caer en el carruaje, ¡yo no tuve absolutamente nada que ver con eso! —Me reí al recordar su indignación cuando aterricé sobre ella.

—¡Oh! ¡Por supuesto que sí!

—Yo simplemente actué por la bondad de mi corazón —bromeé, encantado con su carisma espontáneo.

—¿Bondad? Te lo aseguro, ¡escuché cada palabra traviesa que dijiste! —Juliette sumergió su mano en el agua y la roció en mi cara.

—Fue bondad, no obstante. O al menos, así fue al principio, antes de que... —*me trataras como si fuera tu sirvienta*. Mejor evitar el tema por ahora—. ¿Pero quién de nosotros está libre de pecado? Seguramente, tu apodo debe dar cuenta de algo.

—Tienes razón sobre eso —dijo—. El Diablo Rojo debe hacer honor a su nombre; de lo contrario, los parisinos no tendrán nada más que discutir en la cena sino el clima.

—No puede ser tan malo. No puedo creer que alguien encuentre un solo defecto dentro de tu encantadora personalidad. —Cada palabra la dije con intención.

—Eres muy amable... —Pensativa, desvió su mirada—. Pero me temo que hay quienes no estarían de acuerdo contigo. —Se puso los zapatos, ató los cintas y tomó sus guantes antes de levantarse—. Bueno, les hemos causado suficiente preocupación, me imagino. Nuestro punto ha sido demostrado ante ellos, sin duda.

—¿Y qué punto sería ese?

Fijó sus ojos en los míos y los entrecerró.

—Que la vida sin nosotros sería una insoportable pesadilla.

Fascinado como lo estaba por esta impresionante criatura, ella había dicho la verdad. Era hora de regresar al *Jardin du Roi*. Y aunque me causaba gran tristeza abandonar este paraíso y la rica atmósfera de libertad que me transmitía, me puse los zapatos, grilletes a la

sórdida realidad que esperaba afuera.

Cuando subimos al carruaje de camino al Jardín, mi espíritu se elevó y se regocijó. Los minutos pasaron rápidamente hasta que llegamos al paisaje monumental.

A escasos metros de nosotros, pronto aparecieron las figuras de Pritchard y Alisa.

—¿Quiere tomar mi brazo, *mademoiselle*? —Ella asintió—. ¿Los espiamos?

Juliette se unió a mi plan con una sonrisa traviesa.

Seguimos sus pasos, manteniendo la suficiente distancia para no alertarlos al discutir nuestras impresiones de lo que hacían y adónde iban.

—Su hermana necesita con urgencia una sombrilla adecuada —dijo.

—¿Por qué las mujeres huyen de la luz del sol como si fuera la peste? ¿Hay algo malo en tomar un poco de sol? —me burlé.

Una insinuación de asombro se asomó en sus ojos.

—Tal pregunta podría no merecer mi respuesta, señor —dijo—. Sin embargo, diré que aunque aprecio el calor del sol y el velo general de esplendor que otorga a mis vestidos, no me interesa su toque ardiente en mi piel. —Finalizando el tema, regresó a nuestro juego de espionaje. Sus ojos se detuvieron en Pritchard y Alisa durante unos minutos.

—¿Ha visto alguna vez una pareja más enamorada? —dijo en el canto más rápido de prístino francés.

—No estoy seguro de comprender...

—*Regardez...* —«Mire», musitó.

Caminaban a lo largo del sendero del jardín en toda tranquilidad, y luego se detuvieron a un lado. Pritchard señalaba los árboles. Sus dedos casi rozaron la mano enguantada de Alisa. Con una sonrisa irreprimible, se inclinó hacia ella y alisó un mechón de su cabello.

Entonces comprendí lo que Juliette había intentado decirme. Vi lo que ella había visto con toda la agudeza y profundidad de percepción que su género le concedía.

Él estaba enamorado.

Los ojos de Pritchard se movían alrededor de Alisa con admiración irrevocable, pasión, ¡quién sabía qué más ocultaban sus ojos! ¿Cómo podía haber estado yo tan ciego? ¿Era posible que ella correspondiera a sus afectos?

—Ahí están. ¡Nos preguntábamos adónde se habían ido! —dijo Pritchard, acercándose—. Este maravilloso paseo nos ha despertado un gran apetito. ¿Comemos algo?

Su preferencia por las palabras «nos» y «nosotros» me irritó.

—No —dije.

Los ojos de Alisa se agrandaron.

—Quiero decir, no podemos cenar con ustedes Pritchard, hoy no. Ya estamos comprometidos con los Forrester.

—Qué pena —dijo Juliette.

—Así es... —musité. Sin lugar a dudas, Pritchard había sobrepasado su bienvenida a mi familia.

La pareja extendió sus despedidas, intercambiando sonrisas y susurrando frases cortas en los oídos uno del otro. Una prensa invisible me apretaba el estómago. La distracción llegó solo cuando la mano de Juliette cayó en la mía y suavizó mi puño cerrado.

—Espero verte de nuevo, Iván —susurró ella.

—Yo también. —Las palabras salieron de mi boca por inercia. Mientras tanto, mi cerebro luchaba por desenredar la escena que acababa de presenciar entre Alisa y Pritchard.

—¿A QUÉ SE DEBIÓ TODO ESO? ¿UNA CENA CON LOS FORRESTER? —ALISA CERRÓ DE GOLPE la puerta de la sala.

Sin humor para entretener sus rabietas infantiles, me volví hacia el escritorio. Durante los últimos días, había descuidado nuestra correspondencia. Mi mano apresurada buscó dentro del cajón del escritorio y recogió facturas, todo tipo de invitaciones y una carta personal. Abrí el pequeño sobre, coloqué la carta contra la luz de la ventana y comencé a leer.

—¿Y quiénes son los Forrester? —Alisa se plantó frente a mí con ambas manos en su cintura. Solo había sido testigo de esos modos cuando era niño y mi madre se disgustaba por uno de mis juegos traviesos. Sabiendo muy bien que su investigación no llegaría a ningún otro fin hasta que estuviera satisfecha con una respuesta, me preparé para ser maltratado por sus palabras. Pero no renunciaría a esta pelea tan fácilmente.

—Bertrand Forrester, querida mía, es nuestro casero. —El rencor en mi voz fluyó sin impedimentos. Alcé mis cejas cuando terminé de leer la carta en mi mano—. Y ha escrito para decir que llegará hoy, y que le gustaría mucho cenar con nosotros... así que como ves, no mentí. —Si alguna vez había existido un mejor momento para ganar una discusión, no lo conocía.

Alisa frunció el ceño. Furiosa, sus ojos vagaron por la habitación, buscando los medios para reavivar nuestra discusión. Pero ella sabía que ya había perdido la disputa. Y frustrante como debió haber sido para ella, resopló y subió las escaleras.

—MSSR. FORRESTER YA ESTÁ AQUÍ.

—Gracias, Leix. Hazlo entrar.

—Sr. Lockhart, ¡qué bueno que me haya recibido con tan poco aviso! —dijo—. Lamento haber llegado tan tarde. Mi viaje tomó más tiempo de lo previsto... Una rueda rota del carruaje, ¿sabe?

Bertrand era un hombre de complexión fuerte, con una voz robusta y mejillas rosadas. Portaba una peluca blanca empolvada y vestía de acuerdo a las viejas tendencias de la moda parisina: mangas con volantes, corbata pequeña y cuello de encaje plano, pantalones

lo suficientemente anchos como para provocar confusión en cuanto al paradero de sus piernas y un lujoso chaleco bordado. Llevaba su abrigo en su brazo.

—Un calor terrible, hoy —dijo, limpiando de su frente pequeñas gotas de sudor con un pañuelo bordado.

—Muy cierto —dije—. Pero vamos, debe tener hambre.

—En realidad estoy bastante hambriento. Muy agradecido, señor.

—Su visita nos llega como una bendición —dije, dándole a Alisa una mirada maliciosa a través de la mesa—. De hecho, me atrevo a decir que ha sido mi salvación.

Ella entrecerró los ojos y apretó sus labios.

Bertrand se rió.

—¡Vamos, buen señor! ¡No puede ir tan lejos como eso!

—¿Qué noticias tiene de Inglaterra? —inquirió Alisa. Su voz insinuaba insatisfacción innegable. Así que, todavía estaba enojada, ¿no?

—Noticias impactantes, me temo —dijo Bertrand—. Supongo que habrán oído hablar del intento fallido del Capitán Blood de robar las insignias reales...

—Por supuesto. —Me incliné más cerca, sus palabras capturaron mi completo interés—. Lo último que escuché fue que el hombre exigió una audiencia con el Rey.

—Eso hizo, señor. —Bertrand tiró de su peluca, luchando contra la necesidad de rascarse la parte superior de la cabeza—. Y su deseo fue concedido. ¡Tal osadía tan despreciable! El hombre es nada menos que un traidor, digo yo. Y sin embargo, Su Majestad lo ha considerado digno de perdón por sus crímenes...

Sonreí. La astucia del Capitán Blood me divertía mucho.

—Seguramente su encanto lo libró de su ejecución.

—Estoy seguro que así fue —dijo Bertrand con un severo gesto de reprobación—, porque no solo recibió el perdón del Rey por todos sus crímenes pasados, sino también la restauración de su patrimonio, un lugar en la corte... ¡y una pensión de quinientas libras al año en tierras irlandesas!

—Qué escándalo... —musité con admiración por la audacia de Blood.

—Pues, sí —respondió Bertrand—. El mal lleva una cara amistosa. Lo he dicho siempre, estoy bastante seguro.

—Msrr. Forrester —dijo Alisa, tomando su copa de vino tinto—. ¿Tiene otras noticias qué transmitir? —Sus ojos se abrieron como si esperara no escuchar más del tema presente.

—Oh, pero por supuesto —dijo Bertrand dispuesto a darle gusto—. Sí, sí... Debe estar ansiosa por saber de su familia. Le alegrará saber que sus padres le envían sus saludos, Srta. Lockhart. Su madre está en buen estado de salud y su padre ha vuelto a ser el mismo de antes, el gran hombre de negocios, quiero decir. Buen tipo él, muy bueno.

—Estoy encantada de escuchar eso. Gracias, Msrr. Forrester.

—De nada, mi querida Srta. Lockhart. Díganme, ¿han disfrutado de París? —dijo antes de tomar otro trago de vino.

—Sí, lo hemos hecho —dije—. Justo hoy, visitamos el *Jardin du Roi*...

—¡Maravilloso! ¿El jardín fue de su agrado?

Mi mente se fue a otro jardín, el Jardín del Edén, y las preciosas horas que pasé en él con el tentador Diablo Rojo.

—Mucho.

—Me alegro. París tiene mucho que ofrecer a los jóvenes —dijo Bertrand—. ¿Y han hecho alguna amistad recientemente?

—Oh, sí —dijo Alisa—. Nos hemos encontrado con el Sr. William Pritchard...

—¡Pritchard! Por supuesto... Él ha vivido aquí durante los últimos cinco años. Llegó por el capricho de hacer el Grand Tour, pero se estableció aquí desde el principio. Su padre, Sir Rowland Pritchard, lo ha convocado de regreso a Inglaterra varias veces, pero él no quiere ni escucharlo.

La cantidad de información que brotaba de la boca de Bertrand me dejó estupefacto. Me pregunté si podría hacer buen uso de su talento, ¿quizás podría arrojar algo de luz sobre el asunto del Diablo Rojo?

—Fue tan amable de presentarnos a una amiga suya, la Srta. Juliette Deveraux... —Lo dije. Su nombre estaba en el aire. Y ahora a esperar.

Bertrand apretó los labios y se aclaró la garganta. Se limpió la comisura de la boca con la servilleta. Mientras tanto, los lacayos despejaban el servicio de cena de la mesa... ¿Cómo era posible que este hombre no supiera qué decir?

—¿La conoce? —dijo Alisa—. ¿Conoce a su familia?

—No personalmente, no. Los Deveraux son una familia antigua, bastante selectiva cuando se trata de sus conocidos en la sociedad.

—¿Tiene alguna idea de por qué la llaman el Diablo Rojo? Supongo que tendrá algo que ver con su cabello, pero...

—El Diablo Rojo, sí. —Bertrand se levantó—. ¿Oporto, o quizás Brandy?

—Por supuesto. —Hice un gesto al lacayo y él corrió con la botella para satisfacer el anhelo digestivo de Bertrand—. ¿Estaba diciendo... sobre el Diablo Rojo?

—Oh, sí... un asunto terrible. Creo que el apodo está relacionado con la ascendencia de la familia y la espantosa tragedia que se le atribuye.

—¿Tragedia? —dijo Alisa.

—No le daría ninguna seriedad a los rumores, Srta. Lockhart —agregó Bertrand—. Probablemente sea mejor dejarlo así.

—Si los rumores no son de fiar, entonces seguramente no podría haber ningún daño al hablar de ellos —insistió.

—Pues, sí. Supongo que tiene razón. —Bertrand se frotó la nuca con la mano—. La historia cuenta que uno de los antepasados de los Deveraux, Mme. Camille, fue juzgada por brujería hace doscientos años más o menos. Fue encontrada culpable y sentenciada a muerte durante los juicios de Valais...

—¿Sentenciada a muerte? —musité.

—Quemada en la hoguera, sí... Mmmm, algo terrible —susurró—. La dama en cuestión tenía el pelo rojo como la Srta. Deveraux por lo que sé, razón por la cual el apodo infame pasó a ella.

Al crecer, había escuchado muchas historias de juicios de brujas, pero nunca una había enviado un escalofrío por mi espalda como lo hacía ahora. La carga del estigma social que esto implicaba para ella me resultaba insondable.

—Qué angustioso —murmuré.

—Rumores, mi buen hombre... —dijo Bertrand—. Los rumores son el alimento de nuestra viciosa sociedad. Es con toda probabilidad un mito antiguo y no hay nada más que eso. Y me atrevo a decir que en este mundo rápido y moderno en el que vivimos, ¿a quién le importa lo que pasó hace dos siglos?

La respuesta era simple.

A ella.

PLUMAS NEGRAS

En un esfuerzo por recuperar la buena opinión de Alisa sobre mí, se me ocurrió una idea espléndida.

Hacía unos días, había recibido la invitación más codiciada de Mme. Bonnemaïson para su evento anual de caridad. En su carta, ella lo llamaba «una cena entre amigos», pero lo suficientemente clara estaba la búsqueda de los bolsillos de sus amigos en nombre de la vivienda del *Hôpital Général* para los pobres. La élite parisina prosperaba en tales funciones. Había sido el único tema de conversación durante las últimas tres semanas, y seguiría siendo la comidilla de la ciudad en las próximas semanas, por lo que parecía.

Pero eso no era todo. En su mensaje, Mme. Bonnemaïson había tenido la amabilidad de recordarme que como parte del evento central de la noche, ella tendría el honor de presentarnos a Letizia Leone, una prodigiosa cantante de ópera que vendría desde Venecia con el único propósito de deleitarnos con su exquisita interpretación de famosas arias musicales... Ahora bien, aunque me importaba lo suficiente la música y apreciaba mucho los maravillosos logros de tenores y sopranos, sabía que la sensibilidad de Alisa en esta área excedía por mucho a la mía. Sabía que estaría encantada tan pronto como le dijera que había recibido la inestimable invitación.

El retiro del servicio de la cena comenzó.

—Tengo buenas noticias —dije.

—¿Oh? —dijo ella con un aire de indolencia—. ¿De qué se trata?

—Nuestra presencia ha sido solicitada mañana por la noche al evento benéfico de Mme. Bonnemaïson. Ya he aceptado... ¿Contenta?

Ella suspiró y se secó la comisura de los labios con la servilleta.

—Desearía que me hubieras consultado antes, Iván —dijo—. Me temo que no puedo ir.

—¿Qué quieres decir con eso? —dije—. ¡Este evento es la comidilla del mes! Tú misma me lo mencionaste hace semanas. ¡Recuerdo expresamente que dijiste cuánto querías escuchar la interpretación de Letizia Leone del Lamento de Dido!

—Eso fue hace semanas —dijo—. He tenido otros compromisos desde entonces.

Moví mi plato a un lado. Con el dorso de mi mano, cubrí mis labios y contuve la respiración por un momento. El despecho la obligaba a decir esas palabras perniciosas. Un

cambio rápido del dolor a la ira definía mucho a mi carácter, y sin importar lo frustrante que me parecía su respuesta, contuve cada gramo de agitación que se formaba en mi pecho antes de que saliera de mi boca en un vómito de palabras venenosas.

—Cualquiera que sea tu compromiso anterior, ¿estás segura de que no se puede posponer?

—Estoy bastante segura. Es imposible —musitó—. —Lo siento, no podremos ir.

Una pizca de añoranza en sus ojos delató la confusión interna de Alisa. Cualquiera que haya sido la razón detrás de este rechazo, ¡torturaba su alma! ¿Estaba tan decidida a castigarme, incluso si eso significaba declinar uno de sus más preciados deseos?

Su comportamiento sombrío y su pose de autoconfianza me enfurecieron.

—Me siento muy triste de escucharlo —dije—. Sin embargo, intentaré divertirme, a pesar de que me hará falta tu presencia.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué...? ¿Piensas ir solo?

—No es lo que me hubiera gustado, pero... supongo que tendré que hacerlo. Estoy seguro de que encontraré algunos de nuestros conocidos allí. Todos los miembros de la nobleza parisina asistirán... Lady Cisseley estará allí, estoy convencido.

—Por favor, discúlpame. De pronto me siento muy mal. —Se levantó de la silla habiendo apenas tocado la cena y salió por la puerta.

—Dos pueden jugar este juego, *ma cher* —susurré, satisfecho con mi estrategia.

Tiré del plato de frutas frente a mí y la madurez de las uvas satisfizo aún más mi paladar por que sabían a triunfo.

A PESAR DEL DOLOR EN MI CORAZÓN POR ESTAR AQUÍ SIN ELLA, NO PODÍA REGRESAR. MI presencia en casa de Mme. Bonnemaison era parte esencial de mi plan. Esta era mi única oportunidad de demostrar que no sería intimidado por el abatimiento. Había soportado lo suficiente de manos de Viktor; ciertamente no volvería a pasar por eso, no con Alisa.

Voces ruidosas y alegres se fusionaban y resonaban en el gran salón. La música se elevaba por encima de la cacofonía de la sociedad bulliciosa. Violines y violonchelos entrelazaban sus suaves notas con el adagio compás de un clavicordio cuando me moví a través de la multitud.

—¡Espléndido de su parte haber venido, Sr. Lockhart!

—Lady Cisseley, qué gusto verla —dije—. ¿Y cómo está usted, Srta. Esther?

La chica abanicó sus grandes pestañas, petrificada al fijar sus ojos color avellana sobre mí.

—Me temo que Lord Allen está conversando con Mssr. Bonnemaison —agregó—. No veo a la Srta. Lockhart con usted. Espero que se encuentre bien.

—Ella está un poco resfriada, pero nada demasiado serio.

—Creo que lamentará no haber estado aquí...

—Oh, estoy seguro de eso —dije con una sonrisa, luego reformulé—: Quiero decir, Letizia Leone... ya sabe. Me aseguraré de enviarle sus saludos, gracias.

—¡Mira, allí está! —La mirada de Esther señaló hacia el gran salón, donde la virtuosa cantante se preparaba para comenzar el entretenimiento central de la noche—. Es hermosa.

—Cuánta razón tienes, querida. Deberíamos hacernos de los mejores asientos —dijo Lady Cisseley—. Ven, querida Esther.

—Sr. Lockhart...

—¿Sí, Srta. Esther?

—¿Se sentaría a mi lado? —Ella deslizó su mano alrededor de mi brazo.

—Sería un placer. —Acepté su gesto y nos conduje a nuestros asientos.

Las voces murmurantes cedieron hasta que el silencio prevaleció. En cuestión de minutos, todos los asientos disponibles en la sala se llenaron.

Letizia Leone apareció al final del pasillo, envuelta en un vestido de terciopelo negro y brocado dorado con un escote pronunciado. Su cabello rubio con partido medio estaba arreglado en rizos apretados fijados a ambos lados de su corona, con pesados bucles sueltos que colgaban de su espalda.

Tal vez lo más intrigante era la máscara que había elegido para esta noche: una Colombina de terciopelo negro montada con exquisitas plumas negras y una delicada hilera de diamantes incrustados alrededor de sus cuencas oculares.

—No tenía idea de que se presentaba *in maschera* —susurré.

—Oh si. En cada ocasión, Sr. Lockhart —dijo Esther.

—Y ese es un peinado extraño. ¿Cómo se llama?

—Ese es el *Hurluberlu*, la gente dice que pronto se convertirá en el estilo preferido. ¿No le gusta?

—Quizás me gustará cuando ya no sea tan *avant-garde*. Pero por ahora, elude mi comprensión del buen gusto —terminé con una sonrisa.

—Entonces jamás lo usaré —dijo Esther con un movimiento de su abanico de encaje.

Letizia Leone llegó al centro de la sala y se detuvo en una plataforma elevada. Una cálida ovación resonó entre la audiencia, y la Srta. Leone se inclinó en agradecimiento con ambas manos cruzadas sobre su pecho.

La quietud prevaleció una vez más.

Las primeras notas del clavecín golpearon. La voz única de Letizia Leone brilló a través del silencio con la apertura del Lamento de Dido.

Irrevocablemente, la melodía evocó la imagen de Alisa en mi mente. Esta era su aria favorita. Un poco triste para mi gusto, un tema desgarrador. Dido es abandonada por su

amante Eneas, y devastada por la ruptura, ella clava un cuchillo en su pecho y muere mientras su amado navega en el horizonte... Por un momento, cerré los ojos y la imaginé cantando en su habitación temprano por la mañana. Ella siempre había sido propensa a melodías melancólicas y sombrías. Su canto limpio y natural me había hecho llorar en más de una ocasión.

Abrí mis ojos. Letizia Leone congeló la habitación con la claridad y potencia prístinas de su voz. Ni una sola alma se atrevía a moverse cuando llegaba al final de la melodía, excepto por una persona. En la fila más alejada detrás de la cantante, noté su figura intentando salir de la habitación.

El vestido dorado de la mujer se atascó en la jamba de la puerta, impidiéndole escapar. Frustrada, ella se giró y tomó la tela para desenredarla.

Capté un destello de ojos verdes.

Una ovación de pie siguió los últimos acordes de la melodía. Lady Cisseley y Esther se acercaron a la *femme en question*, mientras que yo aproveché la oportunidad para desaparecer en medio de la multitud y comenzar mi persecución de la misteriosa mujer que había salido de la habitación minutos antes.

A través de un pasillo largo y estrecho con escasa iluminación, pero que filtraba luz a través de las ventanas de revestimiento, seguí el sonido de sus pasos hasta que llegué al final del corredor.

Abrí la puerta. La oscuridad se extendía a cada rincón de la habitación. Un suave aroma cítrico llenó mis pulmones cuando pasé la puerta. Escasos haces de luz de las antorchas exteriores se filtraban a través de las ventanas verticales de la pared sur.

Siguiendo el estrecho sendero de piedra bordeado de limoneros y naranjos, la encontré al final del invernadero. Estaba recargada en una mesa de madera y sostenía una manzana en su mano enguantada. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, Juliette insinuó una sonrisa tentadora... Era la personificación de la diablura. Aquella vez en el Jardín del Edén, había pensado que era la encarnación de Eva cuando todo este tiempo, ella había sido la serpiente.

—Parece que estamos destinados a encontrarnos en jardines —dije, cerrando la distancia entre nosotros.

—Buenas noches, Sr. Lockhart —dijo.

—¿Puedo saber el motivo por el que se esconde?

—No me escondo —musitó—. Simplemente necesitaba el aire fresco... ¿Y dónde está la Srta. Lockhart?

—Ella no pudo venir...

—Qué bien —bromeó... ¿o no?

Solté una breve carcajada y me acerqué lo suficiente para hablarle al oído.

—Eso es bastante cruel... incluso para ti.

—¿Es cruel regocijarse por tener la compañía de un querido amigo para uno mismo?

—Quizás no —dije. —Pero es que tienes una forma de pintar el bien sobre el mal del modo más convincente.

—¿Eso crees? —Mi fraseo le divertía—. Deberíamos regresar. ¿No te importaría que te vieran conmigo?

—Me encantaría caminar a tu lado —dije, ofreciéndole mi brazo.

A pesar de que ella sonreía, la tristeza se asomaba en sus ojos con un velo gris claro. Me vino a la mente el relato de Bertrand Forrester: los juicios de las brujas de Valais, el estigma social que ella llevaba. La sociedad repudiaba la historia de su familia, pero no su dinero.

Cuando volvimos al gran salón, la presentación de Letizia Leone había llegado a su fin. Voces disonantes emergieron una vez más de la agitada multitud. Moverse de un extremo a otro de la habitación parecía una hazaña imposible.

—¡Sr. Lockhart, ahí está! —La figura delicada de Esther se zambulló en la horda aristocrática y se encaminó hacia donde estábamos—. ¡Pensé que lo había perdido!

—Me alegra que me haya encontrado, Srta. Esther —dije—. ¿Conoce a la Srta. Juliette Deveraux? Le presento a la Srta. Allen.

—*Enchanté* —dijo Juliette con una reverencia.

—Mucho gusto, Srta. Dever...

—¡Ven aquí, Esther, querida! —La mano de Lady Cisseley se cerró sobre su hombro cuando casi se llevó a su hermana—. Lo siento mucho Sr. Lockhart, pero Lord Allen nos está esperando. ¡Tenemos que salir ahora! Adiós, Sr. Lockhart.

Ella reconoció a Juliette con un rápido asentimiento. En cuestión de segundos, ambas mujeres desaparecieron en la multitud.

Me tomó un tiempo entender lo que había sucedido. El rechazo de Lady Cisseley hacia Juliette había sido bastante notorio, pero nunca lo había esperado. Pronto, comencé a notar las malévolas miradas que nos rodeaban. Apuntaban sus ojos furtivos y sus narices arrugadas hacia Juliette. Y aún así, esto no parecía causarle angustia. Sin embargo, sabía que tales demostraciones irracionales de reprobación la lastimaban más de lo que ella toleraría demostrar.

Quería decir algo, abordar el problema y quitarle cualquier importancia, ¡porque era una completa locura! ¿Por qué alguien habría de juzgarla por el pasado de su familia? Pero si hablaba, corría el riesgo de herir la sensibilidad de Juliette y solo por eso permanecía en silencio.

—Venga, Srta. Deveraux —dije. —Déjeme llevarla a su carruaje.

—Gracias, Sr. Lockhart. Pero hay algo que debo hacer antes de irnos.

Qué extraño que dijera eso.

detrás de nosotros. Reír era inevitable.

La brisa fresca de la noche revolvía las delicadas plumas negras que enmarcaban sus titilantes ojos verdes.

—Lo lograste —dije, asombrado— ¡Tienes la máscara de Letizia Leone!

—¡Impensable! —Los ojos de Juliette se abrieron de par en par. Su risa, natural y nítida, cautivó mi corazón.

—Lo es. Cada mujer en la habitación prácticamente mendigaba por ella. Incluso la escuché rechazar más de una oferta por la compra de la máscara... —Hice una pausa—. ¿Cómo la conseguiste?

—Sabes perfectamente bien que yo no tuve nada que ver —dijo—. Fuiste tú... Tú la hechizaste, *monsieur*. ¿Y qué mujer no se enamoraría de tu encantadora sonrisa?

Al descender los escalones de la entrada, Juliette dio un tropiezo. Ante una caída inminente, la detuve con rapidez. Ceñí una mano alrededor de su cintura y con la otra sujeté su brazo.

—¿Estás bien?

Sus ojos se encontraron con los míos. Y aunque separó sus labios, no dijo nada.

Juliette asintió.

Su peso ligero en mis brazos deleitaba mis sentidos. A poca distancia de sus labios, percibí el sutil aroma de rosas en su piel, vaporizándose en el aire.

—Tal vez sería mejor... —susurré— ...quitar la máscara.

En silencio, ella asintió levemente.

Deslicé mi mano por su nuca y alcancé la cinta negra. Con un ligero tirón, el nudo se disolvió. Cada segundo de su cercanía desafiaba mi limitado autocontrol. Mis dedos acariciaron su rostro. Cuando le retiré la máscara contuve la respiración. La ayudé a levantarse, y en cuanto respiré de nuevo, me alejé rápidamente.

—Gracias —musitó.

—De nada —dije, sintiéndome lo suficientemente incómodo como para evitar el contacto visual por un minuto más o menos.

Alcanzamos el camino adoquinado. Llamé a su carruaje con un gesto rápido de mi mano.

—¿Acordamos una reunión en los Jardines de Luxemburgo para la próxima vez? Parece lo más apropiado...

Mi sugerencia la divirtió.

—Eso depende completamente del día de tu partida...

—Nos iremos este miércoles.

—No hay forma de saber cuándo volverás... —dijo.

—Me temo que podrían pasar meses.

El carruaje de Juliette llegó. El lacayo abrió la puerta. Le ofrecí mi mano antes de que entrara.

—Entonces debes regresar pronto —dijo, colocando la máscara de plumas negras en su regazo—. Vuelve a París. Eres bienvenido a quedarte en la Mansión Deveraux.

—Lo haré, gracias. —Cerré la puerta y di la seña al conductor.

—¡Andando! —dijo, y el Diablo Rojo desapareció de mi vista en tanto el carruaje se reducía en la distancia.

EL SECRETO

Las circunstancias alrededor de nuestra despedida me dejaron con una impresión agridulce. Durante días, había esperado ansiosamente nuestro viaje a Roma, pero a partir de esta noche, ya no sentía lo mismo. Parte de mí quería quedarse en París y descubrir qué vendría de continuar mi amistad con Juliette Deveraux. La idea de pasar meses lejos de ella y la posibilidad de perder los extraños vínculos que habíamos forjado me causaba gran ansiedad.

Un aire de misterio giraba en torno a ella y no tenía relación con la antigua historia de su familia. Esto era otra cosa completamente diferente. Reconocía parte de mí en ella, y lo que me dejaba perplejo era mi incapacidad para identificar con precisión qué parte de ella resonaba dentro de mí. Tal vez era este enigma lo que me mantenía en su esclavitud.

—Deténgase aquí. —Golpeé el techo del carruaje.

Bajé en *Quai de la Tournelle* y caminé a casa las calles restantes.

Mientras paseaba por el camino, imágenes vívidas se vertían en mi mente, una tras otra. Cada una de esas escenas le pertenecía a ella. No había escapatoria al brillo de sus ojos verdes y su sonrisa traviesa tan especial.

El momento en los escalones de la mansión, cuando la había sostenido en mis brazos, había quedado grabado en mi mente. Y la ráfaga de excitación que corría por mis venas se aceleraba una vez más cuando evocaba ese recuerdo. Abrumaba mis sentidos. Mi espíritu se retorció y se rebelaba ante la idea de abandonar *la Ville Lumière*.

La nostalgia de nuestra despedida permanecía peligrosamente cerca de mi corazón. Era demasiado pronto. Necesitaba tiempo. El polvo cósmico pronto se asentaría una vez más. Además, había otro problema que tenía que tratar. Esta noche al regresar a casa, esperaba que Alisa y yo pudiéramos dejar de lado nuestras rencillas y centrarnos en las prometedoras aventuras que nos esperaban.

La verdad era que no tenía ni idea de cómo recuperarla. Desde que ese tipo, Pritchard, había aparecido en nuestras vidas, podía sentirla alejándose de mí cada día que pasaba. Y lo que más me asustaba era saber que la ruptura entre nosotros era real y que no podía hacer nada para repararla. Deseaba estar equivocado, y pensar que todavía existía la posibilidad de salvar lo que quedaba de nuestro afecto.

Qué extraño... Un carruaje estaba parado frente a las puertas de la casa. Cuando crucé la esquina de la calle, partió.

—*Bonsoir, monsieur.*

—*Bonsoir, Leix* —dije en voz baja, entregándole mi abrigo—. ¿Está despierta la Srta. Lockhart?

Leix se encogió de hombros, indiferente.

—La Srta. Lockhart acaba de irse, *monsieur* —dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿A esta hora? ¿Adónde fue?

—No lo sé, *monsieur.* —Leix cerró la puerta—. Pero creo que era el carruaje de la Srta. Rinehart el que pasó por ella.

El nombre me pareció familiar. Sí, la Srta. Rinehart, de las reuniones del viernes en el *salon...* eran amigas.

—¿A qué hora regresará?

—Ella no lo dijo, *monsieur.*

—Muy bien. Gracias, Leix.

¿LA SRTA. RINEHART HABÍA PASADO POR ELLA? ¿A LAS DIEZ EN PUNTO DE LA NOCHE? ¡Esto era completamente inapropiado! ¿Qué estaba pensando ella? Cada arteria en mi cuerpo latía mientras caminaba haciendo círculos en mi habitación, loco como un mastín salvaje.

¿Por qué me haría esto? ¿Irse sin previo aviso, sin dejar palabra de su propósito o paradero? Esto era muy extraño y era completamente ajeno al carácter de Alisa... Leix no había mencionado ningún equipaje, por lo que podía suponer que no se había escapado. Pero ¿cómo podía estar seguro? ¿Y si ella no tenía intención de regresar? ¿Y si se había fugado con Pritchard?

Tal vez realmente la había perdido, y esta vez para siempre.

Mi respiración se acortó. No podía soportar la idea de quedarme sin ella. Las lágrimas asomaron a mis ojos; el miedo y la frustración tomaron mi corazón y jugaron con él como quisieron.

El calor se acumuló en mi cuerpo y abrasó la punta de mis dedos. Con un movimiento rápido de mi brazo, barrí cada objeto fuera de mi escritorio. Gruñí y golpeé mi mano temblorosa contra la pared.

Deslicé mis dedos pulsantes por mi cabello. Alisa estaba decidida a causarme dolor. Esta noche, ella había jugado sus cartas bien. Me había lastimado más profundamente de lo que podría haber anticipado. La incertidumbre es, con mucho, un castigo mayor que el dolor.

Sin esperanza, caí en picada sobre el colchón. Miré al techo por un minuto o dos, tratando de ignorar las viciosas voces que gritaban en mi cabeza. Me deslicé hacia un lado y me incliné, alcanzando con una mano la puerta de la mesita de noche. Tomé la botella de Burdeos por el cuello y la saqué.

Con la intención de vigilar toda la noche si era necesario, fui al balcón. Me senté en el piso, mi cabeza apoyada contra la barandilla. Fijé mi vista al final de la calle, listo para detectar el momento de su regreso, si acaso ella volvía.

Tomé un trago de vino. Lo encontré demasiado fuerte y me aclaré la garganta.

—¿Dónde... estás? —murmuré.

La medianoche sonó en el reloj del recibidor. Abrí mis ojos. El vino se había terminado hacía mucho tiempo. En mi estupor, entraba y salía de la conciencia.

Unos cascos de caballos tintinearón en la distancia. Agudicé mi mirada tanto como pude.

De la espesa niebla gris, salió un carruaje. Se detuvo ante las puertas de la casa. Tan pronto como se abrió la puerta, la falda de seda azul de un vestido se asomó por la abertura. Ella salió del carruaje, oculta bajo una capa negra con capucha, y se despidió de alguien adentro.

En cuestión de segundos, me levanté del suelo y corrí hacia la puerta. Pero justo cuando llegué al umbral de la habitación, me detuve.

Contra cada fibra de mi ser, me abstuve de correr escaleras abajo. No tenía idea de lo que iba a decir o hacer, solo sabía que tenía que verla, y que en el fondo, me alegraba saber que ella había regresado. En ese momento, me importaba poco saber nada más.

Sus pasos ligeros se acercaron al pasillo del dormitorio.

Abrí la puerta y me apoyé contra su jamba con los brazos cruzados sobre mi pecho.

Ella retiró su capucha y se volvió para mirarme. Sus ojos abiertos no tenían ni una pizca de desafío. Los profundos ojos azules de Alisa brillaban de miedo, aterrorizados de mi posible reacción.

Esto envió un duro golpe a todo mi ser y me dejó desarmado. No quería su resentimiento, pero ciertamente, tampoco deseaba su temor... *La estoy perdiendo*. La frase atravesó mi mente. ¿Podría volver a ganar su amor?

Ni mi rencor ni mi compasión parecían suficientes para alcanzarla. En ese momento, abandoné toda esperanza.

—Me alegra que hayas vuelto —musité—. Hablaremos por la mañana.

Paralizada, Alisa clavó sus ojos en mí y el miedo en ellos poco a poco desapareció.

Cerré la puerta detrás de mí y aterricé en el colchón, mi cuerpo pesado como una piedra.

CUANDO LA LUZ MATINAL ATRAVESÓ LAS CORTINAS, UN DOLOR ATACÓ MI CABEZA CON fuertes golpes repetitivos. Lentamente, alcancé la campana y llamé al servicio.

Ella tocó la puerta.

—*Avez-vous appelé, monsieur?*

—*Oui, Marguerite*—dije en voz baja—. *Tráeme...* —*Vino, más vino*, quería decir—
...el desayuno y un té. Té de romero, *je vous en prie*.

—*Oui, monsieur*.

Los acontecimientos de anoche cayeron sobre mi cabeza como un granizo afilado, cuadro por cuadro: Letizia Leone, la máscara con plumas negras, Juliette Deveraux, lo atractiva que me resultaba su naturaleza misteriosa y lo mucho que deseaba volver a verla. Pero luego, acontecimientos de mayor peso eclipsaron al resto. La extraña desaparición de Alisa a altas horas de la noche se apoderó de todos mis pensamientos de ahí en adelante.

Preparado para un día agitado, bajé las escaleras, aliviado de mi estado crapuloso después de un baño matutino y de los efectos milagrosos del té de romero.

—La correspondencia, *monsieur*. —Me ofreció la bandeja de plata con un pequeño montón de cartas.

Los arrebaté camino a la sala.

—Gracias, Leix.

Los trámites se apilaban al aproximarse nuestro último día en París. No solo tenía facturas que pagar, las cuales incluían los honorarios de nuestros sirvientes, sino una larga lista de preparativos para garantizar nuestro viaje al día siguiente.

Me senté detrás del escritorio, listo para enviar un mensaje a nuestro arrendador en Roma, diciéndole que esperara nuestra llegada.

Tan pronto como abrí el cajón, algo parecía estar mal. No podía determinar qué era. Extraje pluma y papel, y luego, me di cuenta: el dinero que tenía para emergencias había desaparecido. Doscientas libras francesas, para ser preciso.

Nadie más que Alisa sabía dónde escondía ese dinero.

Nadie más que ella podría haberlo tomado.

La insondable moral de Alisa le impediría cometer tal acto. La rectitud y la virtud eran los pilares de su personalidad. Tenía que haber alguna explicación. Pero entonces, recordé su cita secreta de anoche... ¿Por qué lo arriesgaría todo, su buen nombre y reputación, por cualquier persona?

Esta no era la mujer que yo conocía.

La risa en el jardín me alejó de mi ensimismamiento. Me moví detrás de la silla y retiré la cortina de la ventana. Alisa sonreía y asentía, sosteniendo una taza de té. Sus ojos brillaban de felicidad como rara vez había visto antes. Irradiando esta alegría, entablaba una conversación con... Oh. Era él. ¿Qué estaba haciendo él aquí?

Pritchard estaba sentado en la silla junto a ella, y aunque no podía distinguir los detalles de su conversación, la cautivaba. Me molestó. Él me recordaba que había perdido mi capacidad de hacerla sonreír.

—No debería importarme, siempre y cuando ella esté feliz —musité, cerrando las cortinas. Pero mis palabras no lograron convencerme.

Regresé al escritorio y seguí con la correspondencia. Y cuando terminé la última carta,

sus voces se movieron hacia la sala.

—¡Está realmente furiosa por no haber obtenido esa máscara! —se burló Pritchard.

—Pobre, no debería preocuparse por eso —dijo Alisa. —Estoy segura de que ella buscaba complacerme. Verás, le dije que me apetecía tener la máscara de Letizia Leone, como un precioso recuerdo de mi estancia en París.

—Bueno, eso lo explica todo —dijo—. Lástima que Cisseley haya fallado... He oído que la Srta. Leone ya ha regresado a Venecia, quizás tengas mejor suerte allá.

—Quizás...

—¡Ah! ¡Ahí estás, Lockhart! —dijo asomándose en la sala.

—Pritchard, ¿cómo estás? —Me levanté de la silla y me encontré con él en la entrada—. ¿Qué te trae a casa tan temprano?

—Vengo a invitarlos a cenar esta noche, como un regalo de despedida —dijo—. Los Allen estarán allí, por supuesto, y la dulce Esther también, así que será divertido.

—Te agradezco la invitación, Pritchard —dije—. Pero como puedes ver, estoy abrumado por los mensajes en preparación para nuestro viaje. No puedo prometer nada. Haré todo lo posible, pero me temo que deberás perdonarme si no puedo asistir.

—¡Vamos, Lockhart! —Me palmeó el hombro. Podría haberle mordido la mano—. Siempre hay abogados para encargarse de estas cosas, ¿no te parece?

—Así lo haría, Pritchard, si de verdad tuviera uno bueno en quien confiar. Desafortunadamente no lo tengo. Me temo que en estos días un abogado honesto es tan difícil de conseguir como una *putarelle* virtuosa.

—Una fuerte comparación. Sin embargo, debo aceptar que es verdad —dijo—. Bueno, debo irme. ¡Espero verte allí! Gracias por el té, Srta. Lockhart.

—Hasta pronto, Sr. Pritchard.

Pritchard caminó detrás de Leix. Alisa enderezó la falda de su vestido y juntó las manos, viéndolo partir. Una vez que la puerta de entrada se cerró, ella suspiró y se dirigió hacia las escaleras.

—Alisa... —dije.

—No deseo pelear contigo —respondió ella.

—Yo tampoco —musité—. Pero ciertamente puedes entender por qué me preocuparía después de lo que sucedió anoche...

—Puedo hacerlo.

—Y ciertamente puedes ver por qué me gustaría saber las razones de tu salida de casa tan tarde, así como tu paradero...

—Sí.

—Entonces dime, ¿adónde fuiste anoche?

—No puedo decirlo.

—¿Qué? Mmmm... está bien. —*Respira*—. ¿Por qué no puedes decírmelo?

—Prometí que no diría una sola palabra.

—¿Y a quién le hiciste esa promesa?

—No puedo decírtelo... —Las lágrimas se asomaron en sus ojos.

Perdí toda la paciencia.

—¡Debes decirme! —Agarré su muñeca—. Doscientas libras faltan del cajón de mi escritorio, ¿tomaste tú el dinero? ¿Por qué lo tomaste? ¡Alisa, debo saberlo!

—¡Me estás lastimando! —gritó—. ¡Por favor...! ¡No me tortures con preguntas que no puedo responder! ¡Déjame en paz!

En cuanto la solté, Alisa corrió escaleras arriba.

—UN MSRR. MIRABILE ESTÁ AQUÍ PARA VERLE, *MONSIEUR* —DIJO LEIX.

—Que pase, por favor.

—*Bonsoir*, Msrr. Lockhart —dijo él.

El hombre estaba parado en la entrada. Sostenía una caja entre ambas manos con tanto cuidado como si llevara a un niño recién nacido. No podía haber llegado en mejor momento. Tan solo verlo en esta casa había disipado toda la ira de mi ser.

—Por favor, entre Msrr. Mirabile. —Me levanté de la silla y lo saludé en la puerta del salón, feliz de verlo.

—Gracias, *monsieur*. —Me dio una breve sonrisa—. Esto le pertenece.

Msrr. Mirabile retiró la tela de terciopelo, revelando el cofre que colocó sobre el escritorio. Mis ojos se agrandaron, asombrados por su belleza.

—Es... perfecto —musité.

Pasé los dedos por la tapa y capturé cada detalle de su exquisita artesanía. Único, hermoso.

—Está adentro, diseñado de acuerdo a sus especificaciones.

¡Me había olvidado de eso! Mi atención se había detenido en su preciosa envoltura. Una sonrisa irreprimible apareció en mi rostro cuando abrí la tapa.

—Es justo como lo quería —dije—. Una verdadera obra de arte, Msrr. Mirabile. Debo felicitarlo.

El maestro joyero se inclinó en agradecimiento.

Unos pasos resonaron en el pasillo. Cerré la tapa rápidamente y cubrí el cofre con el trozo de tela de terciopelo.

—Voy a... Oh, no sabía que tenías compañía —dijo ella—. *Bonsoir, monsieur*.

—*Bonsoir, mademoiselle*.

—Discúlpeme por un momento, *monsieur*. —Salí de la sala y me acerqué a la puerta.

—Sí. ¿Qué sucede, querida?

El regreso de mi buen humor no le sorprendió en absoluto. De hecho, ella parecía aliviada. La ira nunca duraba mucho en mí, y después de años de compartir el mismo techo, Alisa conocía muy bien este aspecto de mi personalidad. El rencor, sin embargo, podía mantenerlo durante años si apuntaba mi corazón a ello.

Aunque el secreto de Alisa me preocupaba, sabía que llegaría a la verdad de una u otra manera. Los secretos siempre tienden a revelarse. Era sólo cuestión de tiempo.

—Iré a cenar a casa de Pritchard, ¿has decidido venir?

—Me temo que no puedo, querida. Puedes ver lo ocupado que estoy en este momento... —musité—. Ve, toma el carruaje.

—Está bien, te veré más tarde.

Salió por la puerta y volví al salón.

—Mi trabajo está hecho —dijo—. Le dejaré ahora, *monsieur*.

—Estoy muy satisfecho con esto —dije—. Puede esperar otra comisión mía en un futuro cercano, Msrr. Mirabile.

—*Merci beaucoup* —dijo haciendo una reverencia antes de salir de la habitación.

Al fin solo. Sin intención de asistir a la cena de Pritchard, tan pronto como terminé de arreglar los salarios de los criados, salí por la puerta.

SIN IMPORTAR CUÁNTAS CIUDADES HUBIERA EN EL ITINERARIO, PARÍS SIEMPRE TENDRÍA UN lugar en mi corazón.

Hacía unas horas, el puente estaba lleno de aglomeraciones de gente, anuncios vociferantes de vendedores, dentistas y el clamor de los poetas. Pero a medida que desaparecía la luz del día, el lugar se volvía desierto, tranquilo y silencioso, y esta era la hora que más disfrutaba.

Eché un vistazo a la panorámica del Sena desde mi amado lugar en el *Pont Neuf*. Acurrucado en uno de sus pequeños balcones, con ambos brazos apoyados contra la balaustrada de piedra, perdí mi mirada en el río. Una fuerte sensación de paz se acumulaba en mi espíritu por los suaves sonidos de sus aguas.

Mientras caminaba de vuelta a casa a lo largo de la orilla del Sena, imaginaba que Alisa estaría disfrutando de una cena muy agradable rodeada de sus amigos, libre de mi presencia, que parecía molestarla últimamente.

Cualesquiera que hayan sido los motivos de su conducta la noche anterior, ciertamente esperaba que dejar París ayudara a mi causa, aunque fuera un poco. Aún así, no podía esperar tanto tiempo. Fue por eso que ideé un astuto plan para recuperarla... Solo esperaba que funcionara.

—Leix, te voy a dar la noche libre —dije al quitarme el abrigo y el sombrero,

colocándolos sobre la silla en el pasillo—, y al resto del personal también.

—Gracias, *monsieur* —dijo—. ¿Tomará la cena en su habitación?

—No, Leix —dije—. No tengo hambre. Gracias.

—Muy bien, *monsieur*.

Me moví hacia la escalera, listo para preparar el escenario de mi plan.

—*Monsieur?* —dijo Leix.

—¿Sí, Leix?

—Hay un hombre esperándole en el salón... un Msrr. Bellard.

—Es un poco tarde para visitas... Pero, estoy de tan buen humor que lo veré.

La calidez de la sala me envolvió tan pronto como abrí las puertas. El hogar crepitante me atrajo más cerca. El hombre estaba sentado en la silla junto a la chimenea y se levantó en el momento en que sus ojos se encontraron conmigo.

—Buenas noches, Sr. Lockhart. —Su inglés tenía un fuerte acento francés—. Por favor, discúlpeme por venir a una hora tan inconveniente...

—Disculpe Sr. Bellard, pero ¿nos conocemos?

Él rió en voz baja.

—No, *monsieur*. No nos conocemos aún. Mi nombre es Luc Bellard, tal vez conozca a mi esposa, Mme. Bellard...

—Lo lamento muchísimo. No la conozco.

—Es posible que esté más familiarizado con su nombre de soltera, la Srta. Eliza Rinehart.

—Sí, por supuesto. La Srta. Rinehart —dije—. Perdóneme, tenía la impresión de que ella no estaba casada...

—Hasta anoche, era así, *monsieur* —dijo Bellard—. Nos casamos ayer.

No tenía idea de hacia dónde iba esta conversación. Pero él me intrigaba. Tomé asiento en la silla frente a la suya.

—Felicidades —dije.

—Gracias, *monsieur*. —Inclinó la cabeza en humilde aceptación—. Me temo que las circunstancias alrededor de nuestra boda fueron bastante peculiares...

—No veo por qué esto debería ser de mi incumbencia, señor...

—Le concierne, *monsieur*. Por favor, escuche lo que tengo que decir .

—Muy bien.

—Verá, conocí a Eliza hace mucho tiempo. Nos presentaron el día en que me convertí en su tutor de inglés...

¿Inglés? ¿De verdad? ¿El hombre enseñaba inglés?

—Después de un tiempo, ambos nos dimos cuenta de que estábamos enamorados...
L'amour, monsieur...

—*Ah, mais oui... L'amour.*

—Hace cuatro años, nos comprometimos en secreto. Verá usted, Msrr. Rinehart jamás hubiera aprobado una unión entre su hija, una dama de la alta sociedad, y yo, un humilde tutor de Lyon.

—Ya veo...

—El caso es, señor, que hace tres días, descubrimos que Msrr. Rinehart había prometido la mano de Eliza a otro hombre... un duque. Sin embargo... —Alzó las cejas y sonrió, incapaz de creer en su propia suerte—. Yo estaba dispuesto a romper el compromiso si Eliza así lo deseaba, pero ella estaba decidida a luchar por nuestro amor... —Sus ojos brillaron—. Anoche, nos fugamos y nos casamos en *Saint Gervais*...

Estaba empezando a ver la luz al final de esta historia.

—Su hermana, la Srta. Lockhart, tuvo la amabilidad de servir como testigo de nuestro matrimonio. Me temo que fue todo bastante inesperado y apresurado, a última hora de la tarde; seguramente lo habrá notado...

—Continúe —dije.

—Eliza y yo estábamos listos para salir del país, *monsieur*. —Se frotó la parte posterior del cuello—. Pero hoy, cuando tomamos el camino, ella me confesó una acción muy noble y generosa de su hermana. —Bellard sacó un bolso de terciopelo de su casaca—. Creo que esto le pertenece a usted, *monsieur*.

Tomé el bolso y vertí su contenido en mi mano.

Doscientas libras.

—No sabía que su hermana le había dado este dinero a Eliza. Según dice mi esposa, la Srta. Lockhart esperaba ayudarnos a lograr un buen comienzo en nuestra nueva vida con ese gesto, viendo que Eliza no tenía dote qué ofrecer, ni el apoyo de su familia —dijo, avergonzado—. Dimos la vuelta al carruaje en el momento en que me enteré de esto. Supuse que el dinero debía ser suyo, y por lo tanto, debía ser devuelto a su propietario.

Mi mano cubrió mi boca abierta. Qué tonto había sido... Nunca debí haber dudado de ella.

—Estoy muy agradecido por su honestidad. —Volví a poner el dinero dentro de la bolsa y tiré de sus cordones al levantarme—. Pero no estoy de acuerdo con la Srta. Lockhart... Este dinero de ninguna manera es una mano amiga para una joven pareja enamorada. —Me detuve—. Esto, *monsieur*, es un regalo de bodas. —Puse el bolso en su mano—. Por favor, acéptelo junto con nuestros mejores deseos.

Los ojos de Bellard se abrieron de golpe.

—*Monsieur...!*

—Por favor. Estoy seguro de que su esposa le espera.

El hombre sonrió.

—*Merci, monsieur!* —dijo, estrechándome la mano—. ¡Gracias a ambos!

EL ALIENTO DE VIDA

El rítmico tictac del reloj hacía eco en la sala oscurecida.

La puerta crujió al abrirse, y también lo hicieron las tablas de madera cuando Alisa llegó al rellano de la escalera. Una luz ámbar bañó su rostro en cuanto levantó la vela a la altura de sus ojos.

Me encontré sentado en los escalones. En este lugar había esperado su regreso durante la última media hora.

Los ojos inquisitivos de Alisa aterrizaron en mí. Su mano tocó la balaustrada. Incliné su cabeza hacia un lado. Permaneció en silencio.

—Buenas noches —dije.

—No esperaba encontrarte aquí —musitó con voz fría y distante.

—Lo sé. Me has evitado durante días... —Me levanté de la escalera.

—No quiero pelear más contigo, Iván...

Deslicé mi mano en la balaustrada hasta que se detuvo sobre la de ella.

—Siento lo mismo exactamente —dije, presionando su mano—. Ven.

Subimos las escaleras. Una vez que llegamos al final del pasillo, empujé el panel de madera de la pared y abrí la puerta oculta de la servidumbre.

—Por aquí —susurré, señalando la estrecha escalera.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás, muy pronto.

Levantó el candelabro, iluminando el camino hacia arriba hasta que llegamos a la siguiente puerta.

—Adelante.

Una fría ráfaga de viento se filtró por el pasadizo cuando ella abrió la puerta. Salió y se detuvo en la azotea, inmóvil cuando descubrió una mesa para dos con una botella de vino y dos copas, y una pequeña caja de madera en el centro.

Las brillantes luces de la ciudad se dispersaban en el horizonte, como estrellas parpadeantes, apenas al alcance de las yemas de nuestros dedos. El aire era fresco y la

noche despejada. Y sus ojos resplandecientes me decían que no me había equivocado al planear esta noche especial, nuestra despedida de París.

Por fin, había encontrado el camino a su corazón. Pero no sería tan presuntuoso como para asumir su perdón, aún no.

—Iván, esto es...

—...lo menos que puedo hacer, después de todo lo que has hecho por mí.

Ella se volvió y sonrió, confundida.

—Yo no he hecho nada.

Me moví hacia la mesa y retiré una silla. Ella se sentó sin separar sus ojos desconcertados de mí. En ese momento, tuve la sensación de que esta noche marcaba el verdadero comienzo de nuestro viaje.

—Estaba muerto y tú me has dado el aliento de vida —dije, vertiendo el vino tinto y llenando nuestras copas—. Por esto, te apreciaré por siempre... *Santé!*

—*Santé.* —Ella levantó su copa y bebió—. Pero pensaba que... anoche...

—Ya no estoy molesto contigo, cariño. —Deslicé mi mano sobre la de ella—. Sé lo que hiciste... Solo puedo esperar que perdones mi estallido de ansiedad.

—¿Cómo lo descubriste?

—Recibí una visita de Msrr. Bellard, el esposo de la Srta. Rinehart —dije—. Tan pronto como se enteró del dinero, se apresuró a devolverlo a mis manos... Un hombre bastante honesto.

La tristeza centelleó en sus ojos.

—Oh, no te preocupes... No lo acepté. Después de todo, es nuestro regalo de bodas para la feliz pareja.

Ella suspiró, aliviada.

—Gracias —musitó.

—Tu corazón inmaculado jamás deja de sorprenderme —dije—. Por favor, dime que me has perdonado.

—No hay nada que perdonar —susurró, evitando mi mirada.

—Tengo un regalo para ti. —Con mis dedos, deslicé el cofre ante ella.

—¿Qué es?

Sus delicadas manos sostuvieron el cofre. Lo acercó y estudió su superficie esmaltada. La tapa, exquisitamente pintada, mostraba dos retratos en miniatura ovalados y enmarcados en oro... el de ella y el mío. Copias fidedignas de nosotros, ambas figuras se miraban discretamente desde cada extremo de la tapa.

A nuestra llegada a París, había encargado este trabajo en secreto al joyero italiano más reconocido. Y Msrr. Mirabile había realizado un trabajo sobresaliente en su artesanía.

—¡Es hermoso, Iván!

—Lo es. Sin embargo, el cofre es tan solo la envoltura de tu regalo. Ábrelo.

Lentamente, Alisa levantó la tapa. Dentro, ella descubrió un bolso de terciopelo negro. Tiró de los cordones y vertió su contenido en su mano. Con un ligero empujón de mis dedos, moví más cerca el candelabro de tres brazos, otorgándole una mejor vista al abrir su mano.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Esto es... ¡Esto es demasiado!

Pendiendo de su mano, la gargantilla de perlas con su broche de zafiro irradiaba un brillo etéreo al refractar la luz de las velas en una miríada de rayos multicolores. Con incrustaciones de diamantes, el tono azul de la piedra preciosa hacía juego con los ojos de Alisa.

—¿Te gusta?

—¿Cómo podría no gustarme? ¡Es lo más hermoso que he visto en mi vida!

—¿Puedo?

Ella asintió.

Cuando iban por el collar, mis manos temblaban ligeramente. Culpar al vino hacía poco para apaciguar mi ansiedad. El aroma de rosas y bergamota llenó mis pulmones cuando me acerqué. Sus insondables pupilas podrían haberme tragado completamente por voluntad propia.

Entretejí mis dedos sobre su nuca. La calidez de su aliento aterrizó en mi cara. Mi pulso latía más fuerte y más rápido. Estaba seguro de que ella podía escuchar el latir de mi corazón acelerado. Una súbita oleada de calor se extendió por mi cuerpo alcanzando mi cuello, mis mejillas... La apremiante respuesta me instaba a acercarme aún más. A un aliento de distancia de sus incitantes labios, abroché el collar y me alejé rápidamente.

Sin duda alguna, el cuello largo y delicado de Alisa complementaba a la pieza de joyería y no al revés.

—Te sienta bien —musité.

—No tengo palabras —susurró, sus ojos brillaban, a punto de llorar.

—Entonces, no digas nada. —Si tales poderes descansaran en mí, habría detenido el tiempo en ese momento y saboreado la vista de su radiante belleza.

—Iván, respecto a Pritchard...

—Por favor —dije—. Esta noche nos pertenece a ti y a mí, y a nadie más. Mañana viajaremos a Roma. Y después de eso...

—Mi Venecia... —musitó.

—Eso es lo que deseo que pienses esta noche.

Ella me dio una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa?

—Me temo que eso será una tarea difícil —dijo, divertida—. Esta noche queda por ser superada por cualquier otra.

—Oh... ¿de verdad? —Insinuó una sonrisa.

UNA PROMESA EN ROMA

La imponente estructura se alzaba en el horizonte mientras cruzábamos *l'Arco di Tito*. Nos detuvimos y llenamos nuestros ojos con las majestuosas dimensiones del *Colloseo*. Entre montones de rocas y pasto, surgía de la tierra: una joya preciosa de la historia, erosionada por las arenas del tiempo.

Habían pasado tres semanas desde nuestra llegada a Roma, y en ese breve período de tiempo, Alisa se había hecho amiga de otros viajeros del Grand Tour, la mayoría mujeres de gran riqueza quienes venían desde España, Inglaterra y Francia.

Esta mañana, había logrado arrebatársela para mí justo después del desayuno, con la esperanza de evitar el abrasador sol del mediodía durante nuestro pequeño paseo.

—¡Me temo que este paseo me ha dejado sin aliento! —Las mejillas enrojecidas de Alisa demostraban que sus palabras eran ciertas.

—Hay un pequeño café justo más adelante —dije al borde de la risa—. ¿Te sientes a la altura del desafío, o tendré que cargarte hasta allí?

—¡Me rehuso a prolongar esta tortura! —Alisa cerró su sombrilla y golpeó mi brazo con una sonrisa juguetona. Me encantó.

Huí de su sombrilla y reí.

—¡Soy yo quien está siendo torturado! —Incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro, caminé unos metros más y llamé a un cochero.

CON UNA ACTITUD DE COMPOSTURA Y PROPIEDAD, TOMÓ ASIENTO JUNTO A LA MESA DEL café. Estaba seguro de que se hubiera desplomado si no le hubiera parecido poco agraciado hacerlo. Siempre acatando las reglas... Tendría que poner remedio a eso.

—Té verde, por favor —le dijo al camarero que estaba a su lado.

—Un gusto bastante caro —musité—. Una copa de vino tinto será suficiente para mí.

—Me gusta el té —dijo—. Dudo que tu preferencia por el vino tenga algo que ver con su valor más barato.

Me encogí de hombros ante su comentario.

—«Un hombre no tiene nada mejor bajo el sol que comer y beber y ser feliz» —dije.

Ella me miró, desconcertada.

—¿Dónde he escuchado eso antes?

Sonreí.

—El maestro Bianchi... ¿lo recuerdas?

—Apenas... —suspiró—. Pero dime, ¿te has enamorado de Roma tanto como yo?

—He reflexionado bastante sobre el asunto —dije, recargándome en mi silla torcida—, y he llegado a la conclusión de que París es la ciudad para mí.

—¿Por qué dices eso? —La humeante taza de té apareció ante ella, y sus ojos se fijaron en sus remolinos de humo—. ¿Roma no va de acuerdo contigo?

—No. No es eso. De hecho, creo que su encanto clásico es entrañable. Pero París ha lanzado un hechizo ineludible sobre mí... Temo que no importa cuánto viaje, siempre volveré a sus brazos.

—No me importa mucho adónde vayamos, siempre que viajemos —dijo con un tono hosco y una mirada vacía—. He descubierto una sensación de libertad absoluta estando en el extranjero... No puedo volver a casa.

—Sé lo que quieres decir... —Tomé mi bebida—. A veces, me cuesta creer que realmente estemos aquí. No he superado el hecho de que mi padre aceptara esta excursión. —Me reí en voz baja.

¿Cómo no iba a reír? Por primera vez en años, estaba genuinamente feliz. Feliz de haber dejado Inglaterra y sus terribles recuerdos, feliz de viajar y descubrir nuevas tierras; emocionado al beber una copa de vino en la Ciudad Eterna con las antiguas colinas de Roma como nuestra panorámica exclusiva. Y sobre todo, era una dicha compartir este largo y aventurero viaje con ella. Ella era la clave del cambio en mi corazón, sin duda.

Había sido gracias a ella que nos habíamos embarcado en el Grand Tour con la bendición de mi padre, o al menos con su financiamiento. Pero bueno, él habría hecho cualquier cosa para deshacerse de mí.

—¿Cómo lo hiciste? —dije. Terminé mi copa de vino y ordené otra—. ¿Cómo demonios lo convenciste?

—Simplemente le recordé que... —parpadeando— ...el Grand Tour era la oportunidad perfecta para ampliar nuestros horizontes.

Alcé mis cejas y contuve mi lengua por un minuto.

—Alisa, debo decir que... tu respuesta me preocupa. ¿Fue esa la mejor mentira que se te ocurrió? —Cubrí mi boca con la servilleta, escondiendo la mitad de mi sonrisa sardónica.

—¡Eres terrible para mentir! —agregué. ¡Oh, cómo me reí!

—Honestamente, Iván... A veces, puedes ser tan grosero... —dijo en voz baja y se alejó, temerosa de que alguien hubiera escuchado mi último comentario. *Pues, qué mal por ella.*

—Lo siento, pero deberías haberme dicho la verdad en primer lugar.

Sus ojos se entrecerraron cuando se inclinó hacia mí sobre la mesa.

—Si has de saberlo —dijo—, le dije a mi padre que estaba decidida a conocer a mi futuro esposo en este viaje... Accedió a ello de inmediato.

Su revelación me asombró. ¡Por supuesto que mi padre hubiera aceptado así! Mi dulce Alisa, una mente maestra, capaz de inventar una estratagema tan viciosa, ¿quién lo hubiera pensado?

—*Brava!* —aplaudí—. ¡Aún hay esperanza para ti!

Ella rió. Levanté mi vaso y tomé otro trago.

—¿Cómo podría vivir sin ti? —musité y deslicé mi mano sobre la de ella.

En ese momento, el aterrador vacío de una vida sin ella se convirtió en una posibilidad tangible. Y la repugnante pregunta vino a mi mente: ¿Y si era cierta cada palabra que le había dicho a nuestro padre? ¿Y si al contrario de lo que Alisa demostraba, realmente tenía la intención de encontrar un marido?

La amenaza de una vida en soledad se acumuló dentro de mí como una pesada carga que tensó mi pecho.

—Dios... —musité—. Espero que haya sido mentira.

Su risa se detuvo abruptamente. La cara de Alisa se convirtió en una máscara de seriedad. Sabía lo que seguiría, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Ella retiró su mano. Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Me levanté también, sintiéndome como un tonto por haber dicho esas estúpidas palabras.

—Alisa...

—Mira —dijo—, ahí está la Srta. Sinclair... —En cuestión de segundos, recuperó el dominio de sí misma. Saludó a su amiga, quien se acercó a nuestra mesa junto con un par de señoritas.

Se saludaron, se hicieron las presentaciones... Pero todo ese tiempo, sabía que la había ofendido. Y sabía que mis palabras habían tenido un mayor impacto del que ella se atrevería a mostrar.

—Creo que aceptaré la oferta de la Srta. Sinclair y les haré compañía. —Sus ojos azules se asomaron a mi campo visual—. ¿Qué te parece?

—Sí —respondí—. Por supuesto, ve con ellas.

—DEMASIADO CARO —DIJE. SOSTUVE EL ANILLO A LA ALTURA DE MIS OJOS, NOTANDO LA mala calidad del montaje. La piedra, sin embargo, era genuina y su condición, aceptable. Topacio amarillo. Podría montarlo en una joya más respetable.

—*Guarda, guarda...* —«Mira», dijo ella. La chica tomó el anillo y lo deslizó en mi dedo—. *Mi piace tanto a te...* —«Me gusta tanto en ti».

Exhibía un collar de perlas y varios pares de pendientes en un pedazo de brocado hecho jirones, pero era el anillo el que había llamado mi atención al detenerme junto a la *Fontana dei Quattro Fiumi*. Atraído por la pieza central de la *Piazza Navona*, me había acercado para apreciar las colosales esculturas, cuando por el rabillo del ojo, había captado el brillo amarillo del topacio.

Con cabello largo limpio y cepillado, uñas recortadas, ropa de calidad, y con una actitud confiada al estar sentada en el piso de tierra, era evidente que la niña no era una comerciante.

Me arrodillé y le devolví el anillo.

—No creo ni por un segundo que seas la hija de un comerciante —musité, conociendo el negocio yo mismo—. Vamos, te llevaré a tu casa.

Nos movimos entre la multitud apresurada a través de calles estrechas. Una campana sonó a mi lado. Me volví, y el Panteón apareció frente a mí: una joya única, escondida en medio de muchas tiendas y edificios altos. Ambos campanarios habían sido añadidos recientemente por el Papa con el diseño impecable de Bernini... Una verdadera obra de arte, aunque en mi opinión, chocaba con la belleza antigua natural del Panteón.

Quería descarrilarme de mi ruta y cruzar esas puertas para pararme bajo la imponente cúpula del Panteón y mirar al cielo a través de su impresionante *oculus*... Pero entonces vi a la tímida niña de no más de doce años. Sus ojos color avellana me miraban con tanta inocencia... Tenía que entregarla a su familia. Las calles eran lo suficientemente peligrosas para un hombre adulto, más aún para una niña.

—¿Falta mucho? —dije en italiano.

—*Siamo quasi a casa*. —«Casi llegamos a casa», dijo ella.

Unos minutos más tarde, la multitud de mercaderes y turistas desaparecieron de las calles. Avanzamos por un camino largo y angosto hasta que llegamos a un portón de hierro forjado. Más allá del pasillo, había un patio privado con una fuente pequeña pero impresionante en el centro. Me quedé boquiabierto al darme la vuelta, absorbiendo el espectacular entorno. Esta pacífica villa estaba cuidadosamente oculta del caótico estruendo de la ciudad.

Caminamos hacia la puerta de entrada.

—¿Vives aquí? —le pregunté.

Sus grandes ojos inocentes se fijaron en mí. Ella asintió.

Llamé a la puerta.

Una sirvienta vino a responder. Vestía una túnica blanca y estaba descalza. Noté en su tobillo una pulsera de oro; los sirvientes llevaban una buena vida aquí, al parecer. Con su cabello largo y ondulado, negro y suelto, me recordaba a una de esas gitanas que vagaban por las calles leyendo la mano y maldiciendo a quienquiera que se atreviera a rechazar su servicio.

Los ojos oscuros de la doncella se agrandaron cuando miró a la niña a mi lado. En un rápido movimiento, ella agarró su brazo y la arrastró dentro de la casa con un rudo tirón.

—*Questa è l'ultima volta che stai scappando, Valentina!* —«Esta es la última vez que huyes», había dicho ella. No tenía idea de a qué se refería.

La niña gimió y torció su muñeca bajo el apretón de la mujer.

—*Basta!* —dije—. ¡Libérala de inmediato o me encargaré de que te despidan!

Sin soltar a la niña, la doncella llevó su otra mano a su cadera. Dibujó una media sonrisa y levantó una ceja. Claramente, mi amenaza había herido su orgullo.

—Así que, ¿harás que me echen a la calle, Inglés? —Sorpresa, sorpresa... hablaba inglés.

—Si no la liberas, lo haré.

—Mmmm... —La mujer alzó su barbilla. Su aguda mirada me recorrió de arriba a abajo. Segundos después, soltó a la niña y esta corrió dentro de la casa.

—¿Bien? —dijo ella—. Vamos. Ella querrá saber lo que Valentina hizo esta vez.

La seguí hasta un patio interior, sin poder apartar los ojos de los muchos mosaicos en diseños geométricos y motivos florales a mi paso.

—Espera aquí. —Me dejó parado en medio de la habitación.

Columnas corintias encerraban el atrio con un techo abierto y una cuenca central. Una gran variedad de macetas de piedra estaban llenas de geranios rojos, blancos y rosados; sus ramas se entrelazaban alrededor de diversas esculturas con detalles intrincados... Aunque noté algunas bancas de mármol disponibles, no me senté.

Detrás de una de las columnas del atrio, la niña se asomó y me sonrió. Le devolví la sonrisa.

Tan pronto como oyó voces acercándose a la habitación, la niña desapareció.

—*Buonasera.*

Una mujer entró a la habitación ataviada con un lujoso vestido verde y un peinado elegante. La dueña de la casa, sin duda.

—*Sera* —dije, tomando nota de la sirvienta que se negaba a apartarse del lado de su ama. Abrí los ojos y discretamente le sugerí que se retirara de la habitación, a lo que ella respondió imitando mis gestos exactos sin que la dama lo notara.

—Mi hija me dice que usted encontró a nuestra Valentina y la trajo a casa —dijo.

—Así es..., ¿su hija?

La mujer asintió.

—Ya se conocieron. Regina.

—Entonces, ambas son sus hijas... —musité.

—No exactamente —dijo, sentándose en la banca y ofreciéndome tomar asiento también—. Valentina es mi sobrina. Ella ha estado con nosotros un poco menos de un año... Desde que murió su padre.

—Lamento escuchar eso.

—Ella ha intentado huir de casa desde entonces —dijo—. ¡Sal, niña! ¡Da las gracias al amable caballero por rescatarte de las calles!

La niña se asomó una vez más detrás de otra columna y se acercó.

Saqué la tela doblada y expuse las joyas de la niña en mis manos.

—Ella estaba vendiendo esto en *Tre Fontane*.

Los ojos de Regina se abrieron de par en par.

—¡Mi anillo! —Regina tomó el anillo de Topacio y rápidamente lo deslizó en su dedo—. ¡Mis pendientes también!

Doblé el trozo de tela y se lo di a su madre. Los labios de Regina se tensaron en una mueca de furia.

—¡Pequeña ladrona! —Sus uñas arañaron a la indefensa criatura.

—¡Regina! —dijo la mujer, y su hija se contuvo.

—¿Y dónde está la madre de la niña, si puedo preguntar?

—¿Mi hermana? —dijo ella—. La muy tonta... ella insistía en que su esposo estaba vivo. Hace cinco meses, salió en su búsqueda rumbo a Venecia. No he sabido nada de ella desde entonces.

—¿Venecia? —musité, mirando los ojos color avellana de la niña. Me parecían familiares.

—Sí, Venecia.

—Muy bien. —Me levanté de mi asiento—. He restaurado lo que es suyo. Me despido.

—*Grazie, signore*—, dijo la mujer.

—*Prego*. —Me moví hacia el patio. Regina vaciló en seguirme—. No, no. Por favor, no —dije—. Conozco el camino. —Por muy exótica y atractiva que fuera su belleza, no quería tener nada que ver con esa detestable mujer.

En el patio, me detuve ante la fuente. Con el dorso de la mano, limpié de mi frente algunas gotas de sudor.

—Psst...

El sonido venía detrás de mí, desde los escalones de la villa. Me volví pero no vi a nadie.

—¡Pssst...!

Su rostro apareció detrás de uno de los pinos del patio.

—Valentina —dije—. ¿Qué estás haciendo? No debes huir más, niña. No importa cuán insufrible sea esa prima tuya.

Valentina soltó una risilla. Me arrodillé ante ella.

—Dime, ¿por qué robaste esas joyas?

—Debo encontrar a mi madre —dijo juntando sus pequeñas manos—. Necesito dinero para pagar mi viaje a Venecia.

—Escucha —dije—. Creo que es mejor que te quedes aquí. Resulta que estoy por viajar a Venecia en un par de días. Tal vez podría hacer algunas preguntas... —¿Qué estaba diciendo?

—*Si! Grazie mille, signore!*

—Ahora, no puedo hacer ninguna promesa. Es posible que no encuentre nada...

Ella asintió.

Por razones que estaban más allá de mi entendimiento, esta niña se había apoderado de mi corazón. La nobleza de mis genuinas intenciones me asombraba. ¿Quién iba a decir que estaba en mí hacer el papel de héroe?

—Necesitaré saber el nombre de tu madre.

—Marietta Mazzilli —dijo Valentina, mordiéndose las uñas.

—¿Y tu padre? ¿Cuál es su nombre?

—Rinaldo Bianchi.

—¿Bianchi? —Una avalancha de nieve se deslizó por mi espina dorsal. Casi pierdo el equilibrio. Me tomó un minuto recuperar la compostura. Temía pronunciar las palabras, pero tenía que decirlas—. ¿Tu padre era por casualidad un maestro espadachín?

La niña sonrió y asintió.

—¿Ha oído hablar de él! Antes de que yo naciera, mi padre viajó por el mundo. Vivió en Inglaterra por un largo tiempo. Y cuando regresó, conoció a mi madre.

La anciana había dicho que el padre de Valentina estaba muerto... ¿Muerto? ¿Estaba realmente muerto? ¿Cómo era posible?

—¿Cuántos años tienes?

Ella me mostró todos los dedos de ambas manos.

—*Dieci.*

—Esto lo cambia todo. —Me puse de pie.

—*Signore?* —dijo ella, confundida—. ¿Me ayudará?

—Oh, haré más que eso —dije—. Haré todo lo que esté a mi alcance para verte feliz y reunida con tu madre. Esto, te lo prometo, Valentina.

LA TIERRA SE MOVIÓ

Se elevaba en el horizonte, por encima de las aguas azules ondulantes. El crepúsculo se vertía sobre la *Piazza di San Marco*.

La imponente fachada del *Palazzo Ducale* lucía en tonos desteñidos ámbar y rojizos. Y la repentina primera vista de su logia a nivel del suelo y su imponente columnata se apoderó de mi corazón en un duro golpe de asombro.

—Venecia —susurró. Alisa sostuvo mi mano y la presionó fuertemente.

Sus ojos brillantes se fijaron en la columna de San Marco. Su vigilante león alado nos miraba mientras el barco se acercaba a la costa veneciana.

—Sí, querida —musité—. Tu Venecia.

La Serenísima República de Venecia, el destino que había desatado esta aventura hace meses.

Todo este sueño había llegado a buen término debido a una simple hoja de papel arrancada de una vieja guía de viaje; rota y arrugada con múltiples pliegues, había resistido durante ocho largos años. Con afectuosa devoción, Alisa se había aferrado a ella por ese tiempo, hasta la noche en que me había confiado su secreto deseo.

Hoy, el sueño ya no existía. Se había fragmentado en polvo onírico en cuanto habíamos bajado del bote y tocado tierra veneciana. Pero parte de la ilusión se mantenía y no mostraba signos de desaparecer.

Los caminos hacia el placer y la perdición. Ese momento había quedado grabado en mi memoria. Y cada vez que lo evocaba, una corriente de mi sangre cálida me recordaba cuán prohibido podía ser el verdadero paraíso.

Una repentina ráfaga de viento frío nos envolvió al pasear por la *Riva degli Schiavoni*.

Nada podría haberme preparado para la abrumadora experiencia que me esperaba. Parado en medio de la plaza, me descubrí insignificante, rodeado de maravillas arquitectónicas.

Ante mí estaba la reluciente fachada de la Basílica de San Marcos con cinco imponentes arcos rebajados terminados en preciosos mosaicos detallados en relucientes hojas de oro. A mi derecha, *Il Campanario* se extendía a lo largo de trescientos pies de alto y detrás de él, la columnata del Palacio Ducal demarcaba la preciosa panorámica. Entre *il colonne de San Marco e San Todaro* se alzaba la vista impresionante del sereno

mar veneciano.

Me di la vuelta. Una plaza más grande se extendía ante la Basílica, rodeada por los imponentes edificios de la *Procurata*. Vuelos de palomas corrían en el cielo oscurecido... La tierra se movió. Lo hacía ligeramente, hacia arriba y abajo, pero se movía. La ciudad entera no era más que una colección de islas asentadas sobre pilotes de madera en una laguna pantanosa; así que por supuesto, se movía.

A pesar de las aspiraciones de mi niñez de convertirme en pirata, el mar no iba conmigo en absoluto. Me apoyé en la primera superficie que mi cuerpo encontró y cerré los ojos tratando de mantener mi orientación.

—¿Estás bien? —Una voz habló en la distancia. La suave presión de su mano se cerró alrededor de mi hombro—. ¿Iván?

Respira. Toma una respiración profunda, y luego la siguiente.

—Lo estaré —susurré—. Solo dame unos minutos. —Nunca pensé que la libertad pudiera ser tan... tóxica.

Después de meses de viaje, el Grand Tour me había revelado una poderosa verdad: abrazar el mundo requería valentía. Era una experiencia extrema, incomparable a cualquier otra.

A pesar de la costosa educación proporcionada por mi padre, el hecho era que mi conocimiento del mundo se limitaba a los muchos tomos de Historia y Geografía que había recibido a manos de mis tutores. Pero la vida latía y vibraba más allá de las puertas de nuestra casa, y ahora que lo sabía, quería asimilarlo todo con grandes bocanadas de aire. Nadie conocía la fragilidad de la vida mejor que yo. La ciudad entera bien podría desaparecer al día siguiente, con nada más que oscuridad por encontrarme en su lugar.

—Vamos, Iván —susurró—. Debes recostarte. Vamos a llevarte a casa.

ABRÍ MIS OJOS A UNA HABITACIÓN DESCONOCIDA.

¿Dónde estoy?

Después de tomar una respiración profunda, me senté en la cama. Mi mano recorrió mi barba cerrada. Como gotas de lluvia, los recuerdos se vertieron en mi cerebro, uno por uno: habíamos llegado a nuestro alojamiento con su ayuda. Al entrar, mi cabeza latía con un dolor insoportable. Poco me había importado notar cualquier otro detalle. Alisa me había llevado a mi habitación. Había perdido la conciencia al aterrizar en el colchón.

La tenue luz de las velas de la habitación parpadeó. Con una vela nueva, rescaté la llama moribunda.

Sosteniendo la vela, me moví hacia las puertas dobles de la habitación; la brisa marina se filtró dentro en el momento en que las abrí. El abrazo refrescante del viento calmó mi ansiedad y me atrajo hacia el balcón.

Las aguas murmuraban y golpeaban contra los cimientos del *palazzo*. La quietud de la noche me transfería una salvaje sensación de paz. Y yo me abrazaba a ella con

satisfacción, saboreando el viento húmedo que me envolvía.

Con una fenomenal vista del Gran Canal, este balcón ya se había convertido en mi lugar favorito.

Pequeñas embarcaciones vagaban por allí, rompiendo la atmósfera silenciosa. La luminosidad de sus linternas aumentaba a medida que navegaban cerca, y disminuía mientras se alejaban.

—¿Te sientes mejor? —De pie junto a la balaustrada, su silueta salió de las sombras hacia el charco de luz de la vela.

—Creo que sí... —dije, revisándome. La sensación de flotar persistía, sutilmente, pero todavía estaba allí. La tierra se movía debajo de mis pies.

—Pensé que querías un poco de vino —dijo.

—Pensaste bien... —Tomé el vaso de su mano y me deslicé en la banca de madera detrás de mí. Ella se sentó a mi lado.

—Alisa... —susurré.

—¿Sí?

—¿Estás feliz?

—Lo estoy —dijo ella—. Venecia es todo lo que pensé que sería... Todo lo demás es insignificante en comparación.

Me volví y estudié su expresión. Ya fuera por la timidez de su carácter o por la actitud de autocontrol que le imponían las normas restrictivas de la sociedad, ella casi nunca mostraba emoción alguna que amenazara con romper su equilibrio. Pero esta noche, Alisa estaba radiante de alegría mientras hablaba.

—No creo haberte visto tan feliz antes... —susurré.

Ella juntó sus manos sobre su regazo y sonrió con recato.

—Estoy de acuerdo —dijo.

Venecia completaba su corazón. Era la pieza faltante que lo hacía latir una vez más; aceleraba su sangre y le daba nueva vida. La posibilidad de recuperar a la Alisa que una vez había conocido se perfilaba en el horizonte.

—Deberíamos llevarte a la cama —dijo ella.

—Sé que es mejor no discutir contigo. —Tomé un trago rápido y esta vez, obedecí.

Cuando me levanté de la silla, el mareo volvió. Mientras llegara a la cama, estaría bien. Sujeté la balaustrada por un minuto hasta que recuperé el equilibrio.

—Esto es ridículo... —dije en voz baja, avergonzado y a segundos de desatar mi ira.

—No digas eso —susurró—. Deja que te ayude. —Deslizó su brazo alrededor de mi cintura—. Míranos. Por primera vez, hacemos esto contigo sobrio... —Una breve risilla escapó de sus labios.

Fruncí el ceño.

—Eso no me causa gracia. —El dolor latía en mis sienes.

Una ráfaga de viento frío corrió dentro de la habitación y extinguió la luz de las velas. En la oscuridad, el mareo se hizo más fuerte. Con un mal paso, tropecé con la alfombra y me agarré con fuerza a su cintura, tirándola hacia abajo. Caímos sobre la cama. Ella quedó encima de mí.

Un rayo de luz se filtró dentro de la habitación y cayó en sus desconcertados ojos azules. Su cercanía desataba todo rastro de indecencia latente en mi cuerpo. Mi corazón golpeaba fuerte contra mi pecho. Traté de no respirar cuando el calor de su aliento aterrizó en mis labios.

Los caminos hacia el placer y la perdición.

El aire entre nosotros se hizo denso, más que denso, cargado con una energía invisible pero tangible que me acercó más a ella. Con cada gramo de mi ser, sabía lo erróneo que podría ser, pero en ese momento ágil de feliz promesa, no me importaba. Arriesgaría todo por el sabor de un beso suyo... Pero fue entonces cuando sucedió algo extraordinario.

Ya no sentía el ritmo de su aliento. Su mirada se ancló en la mía, y sin emitir un sonido, el peso de su cuerpo cedió sobre mí, sus labios, a segundos de mis labios.

Sin darme cuenta, mis dedos alcanzaron a su rostro, apenas tocando su piel de porcelana.

El tiempo se detuvo. Y se reanudó en el momento en que ella inhaló una vez más, parpadeó y se alejó de la cama.

—Te veré mañana —susurró.

Cada paso que daba hacia atrás, me dolía como una daga hundida en mi pecho. Por primera vez en meses, la miseria regresó a mi alma.

ERA TARDE. ME HABÍA QUEDADO DORMIDO.

Con prisa, bajé las escaleras, poniéndome mi casaca de raso verde oscuro. Deslizando mi mano sobre la balaustrada de mármol, tomé el último tramo de escalones que daba hacia el rellano de la escalera.

Un hombre alto y esbelto estaba junto al portón de agua. Una estatua, vestida de oro y librea azul rey. Su mirada se anclaba a un fantasma que se encontraba muy por delante de él.

Con una vista rápida, estudié la habitación. Muros forrados de damasco en borgoña, pisos de mármol y alfombras turcas; a través de cuatro ventanas arqueadas, la luz del día se derramaba en el interior y se refractaba en la gran araña de cristal que pendía muy arriba, con los característicos detalles florales de Murano.

Estos eran los pisos del *piano nobile*. Nuestro alojamiento satisfizo al snob dentro de mí.

—*Buongiorno* —dije a la estatua viviente.

—*Buongiorno, signore* —dijo, despertando del trance que lo había mantenido inmóvil. Caminó hacia la escalera—. Mi nombre es Marcello Portelli. Estoy a su servicio... Nos conocimos anoche pero...

—No era del todo yo anoche —musité.

—*La corrispondenza, signore.* —Me ofreció una bandeja de plata con un pequeño montón de cartas. Lo tomé y me dirigí al salón.

—*Signore?* —dijo Marcello—. También hay un paquete, dirigido a la Srta. Lockhart.

—Yo mismo se lo daré. —Lo alcancé y volví a las escaleras.

—*Signore, si sarà avendo la prima colazione?*

—¿Desayuno? —dije—. Es un poco tarde para eso. Preferiría que enviaras café a la sala, por favor.

—*Va bene, signore.*

La encontré sentada junto a la chimenea con una revista en su regazo pero mirando hacia otro lado, atormentada por las llamas. Tan pronto como cerré las puertas corredizas detrás de mí, ella salió del trance. Se volvió y cuando sus ojos se posaron en mí, una sonrisa apareció en su rostro.

—¿Cómo te sientes hoy? —dijo, pero yo escuché algo diferente. Lo que ella realmente decía con esa pregunta era: «Vamos a fingir que anoche nada sucedió». Y acepté porque sabía que nada más que la miseria podría salir de tratar el tema.

—Mucho mejor, gracias. —Deslicé la caja en su regazo.

—¿Un paquete? ¿Para mí? —Ella frunció el ceño. Alisa retiró la envoltura con rápida curiosidad. Apartó la tapa de la caja y miró dentro—. Una sombrilla... —Extrajo un pequeño trozo de papel de la caja y lo leyó en silencio.

—¿Y bien? —insté—. ¿Quién la envía?

Para mi sorpresa, Alisa aplastó el papel bajo su puño y lo arrojó dentro de la caja.

—Tu amiga —dijo—, la bruja. —El rencor se filtraba a través de su voz, tan afilado como un cardo.

Sonreí. El Diablo Rojo estaba de vuelta en nuestras vidas. ¡Qué astuto de su parte descubrir nuestro paradero!

—Es solo un cálido gesto de amistad —dije—. ¿Por qué habría de molestarte?

—De verdad, Iván... —Alisa rodó sus ojos hacia atrás—. Este no es un gesto amistoso, te lo aseguro. Es presuntuoso y arrogante. —Dejó caer la sombrilla sobre mi escritorio—. Y jamás la usaré.

En una rabieta, salió del salón.

—El café, *signore.* —Marcello golpeó la puerta.

—*Grazie* —dije, contando los segundos hasta que desapareciera de la habitación.

Su método reverencial para servir el café amenazaba mi frágil paciencia. Tenía toda la

ardiente intención de leer el trozo de papel que tanto había irritado a Alisa... pero no podía hacerlo hasta que Marcello se fuera. *¡Vuelve a tu estación cerca del portón de agua y conviértete en piedra!*

Después de servir el café, hizo una ligera reverencia y alzó sus espesas cejas oscuras.

—¿Necesitará algo más, *signore*?

—No. *Grazie*, Marcello —dije en voz baja—. Puedes irte.

En cuanto cerró la puerta, casi salté sobre el escritorio y tomé la caja en busca de esa miserable nota, con una curiosidad infernal de conocer su contenido.

Por fin, encontré la hoja arrugada, la estiré y leí las pocas líneas en letra de Juliette.

Queridísima Srta. Lockhart:

Disfrútelo tanto como pueda.

Con el cariño amoroso de una hermana,

Juliette Deveraux.

—Ya te extraño —musité.

—EL NOMBRE ES MARIETTA MAZZILLI —DIJE—. TAMBIÉN PUEDE PROBAR CON RINALDO Bianchi, su esposo. Me gustaría mucho saber qué fue de ellos.

—*Res ipsa loquitur...* —Se levantó del sillón.

Latín. Los abogados lo habían apropiado desde el descubrimiento de Blackstone en Roma. El hombre había desenterrado docenas de antiguos pergaminos legales y ahora, los abogados hacían referencia a su contenido como un dialecto secreto para evitar que otros se entrometieran en sus asuntos.

Los hombres comunes no hablaban latín. Pero bueno, yo no era un hombre común.

—¿La cosa habla por sí misma? —le pregunté, revelando el significado de su fraseo.

Los ojos de Scorzo se abrieron de par en par. Expuesto, dio una breve y tranquila risa.

—Mi *sueldo* habla por sí mismo, *signore* —musitó y me estrechó la mano antes de irse.

En los últimos días, había preguntado por la pareja sin ningún resultado. Pero me negaba a aceptar mi fracaso como héroe, así que agoté mi último recurso. Contra cada hilo de respetabilidad que quedaba en mi molesta moral, contraté a un abogado, Andrei Scorzo.

Scorzo había venido con la mejor de las recomendaciones. No podía darme el lujo de pasar esta oportunidad si aceleraba mi búsqueda del maestro Bianchi y su esposa.

Me negaba a creer que estuviera muerto. Nunca hubo un mejor guerrero. Era un hombre astuto y ágil, con casi dos metros de estatura y complexión muscular. Por

supuesto, habían pasado más de diez años desde que lo había visto por última vez; podría haber cambiado más allá del punto de reconocimiento. Bien podía ser ahora un hombre gordo y sórdido, aunque dudaba mucho que un hombre tan disciplinado como él pudiera optar por una vida de ocio.

El egoísmo motivaba mi búsqueda. Durante demasiado tiempo había soñado con reunirme con el maestro Bianchi, disuadiéndome cada vez que pensaba en que me vería obligado a contarle sobre la muerte de Viktor.

Pero tal vez no era todo egoísmo. También estaba el asunto de Valentina. Aunque estaba a salvo, en una villa confortable con suficientes medios para proporcionarle una vida decente, la niña necesitaba a sus padres. Y además, no podía soportar la idea de que se sometiera a su astuta prima, Regina... Yo actuaba por su bienestar.

¿Y qué le diría al maestro Bianchi si lo viera una vez más? Oh, sabía perfectamente lo que le diría:

«Nunca gané ninguna de mis peleas contra Viktor. Pero resultó que gané una gran batalla: la de la muerte. Sobreviví a mi hermano mayor».

Sin importar cuán cruel, esta era la realidad. Y casi siempre, la verdad tiende a ser filosa en sus bordes.

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

— ¡El rey gana, ocho pierde!

— ¡Increíble! —susurré. El calor se acumuló en mi pecho, llegando a mi cara más rápido de lo esperado. ¡Esta terrible racha de mala suerte me enfurecía!

Tan pronto como el juego terminó, me retiré de la mesa.

— *Ridotto*... —murmuré, moviéndome más allá de las mesas, a través de multitudes de *ragazzas* lujosamente ataviadas y hermosos *giovanettos*, todos *in maschera*—. ¡Ridículo!

No podía permitirme otra corrida de *basetta*. Estos juegos de cartas estaban pasando por mis bolsillos tan rápido como un rayo. Y aunque me gustaba pretender ser uno de los barones y vizcondes que llenaban el salón, tenía que recordarme a mí mismo que mi presupuesto era limitado.

Allí estaba ella, el encanto de todos los ojos. Su sonrisa resplandecía bajo su máscara negra de Colombina. Reconocí su delicada nariz y sus labios carnosos y rosados. El crupier anunció el ganador, y la gente se unió en aplausos y vítores en tanto Alisa se inclinaba y sonreía. Sus agudos ojos azules brillaban de alegría.

Sintiendo mi mirada sobre ella, se volvió y reconoció mi presencia. Con gracia, aceptó sus ganancias y se excusó de la mesa.

— ¿Qué significa esto? —bromeé.

— Gané —dijo, divertida.

— Sí, puedo ver eso —susurré—. Pero esos aplausos no se obtienen al ganar un solo juego... ¿Cuántas veces has ganado?

— Suficiente para invitarte a una buena cena. —Alisa cerró su bolso y lo agitó en el aire para que mis ojos lo vieran.

Bueno, al menos uno de nosotros había disfrutado la noche.

— ¿Me compartirá un poco de su maravillosa suerte, mi querida Srta. Lockhart? —dijo una mujer, abriéndose paso entre la multitud.

— Srta. Sinclair, ¿es usted?

La mujer se quitó la máscara y sonrió.

— ¡Qué gusto verla aquí! —dijo Alisa.

—Fui testigo de su éxito en el *biribissi* desde el otro lado de la habitación. —La mujer se abanicó sobre su escote—. ¡Simplemente tenía que felicitarla!

Los ojos oscuros de la mujer se posaron en mí con curiosidad profana. Su mirada voraz y hambrienta se comía cada jirón de ropa en mi cuerpo.

—Este es el Sr. Iván Lockhart —dijo—, mi hermano. —Me molestaba que Alisa me presentara así, pero eso era lo que yo era—. Iván, ella es la Srta. Valerie Sinclair. También ha venido de París en pos del Grand Tour.

—Un placer conocerlo, Sr. Lockhart.

—*Il piacere è tutto mio...* —Con una sonrisa maliciosa, le besé la mano. Acababa de sufrir una noche espantosa marcada por la pérdida y el fracaso; encontraría satisfacción por cualquier medio posible, incluso si eso solo significara complacer mi vanidad.

Las pálidas mejillas de la Srta. Sinclair se tiñeron de rojo natural. Lo consideré mi pequeño triunfo y disfruté de él por un minuto.

—¿Los veré en el Gran Baile Veneciano? —dijo, arreglándose un bucle sobre el cuello sin apartar su mirada salaz de mí.

—Por supuesto —respondió Alisa con total seriedad—. Hasta entonces, Srta. Sinclair.

Definitivamente, Alisa había detenido la conversación a pocas palabras de ser grosera. En un movimiento rápido, ella deslizó su mano alrededor de mi brazo e hizo una reverencia para salir de la habitación conmigo a su lado.

Salimos del *ridotto*, donde había perdido más ducados de los que me importaba recordar.

—¿El Gran Baile Veneciano? —dije.

—¿No te lo dije? —musitó con cierto nerviosismo, que le sentaba muy mal.

—No, no lo hiciste.

—Hemos sido invitados al Gran Baile Veneciano. Será dentro de una semana...

—Sí, sé cuándo es. Pero habría notado la invitación en nuestra correspondencia...

—Me temo que yo tomé la invitación.

Debería haberme preocupado, haber tenido curiosidad por conocer las razones detrás de sus acciones secretas... Pero consumido por mi racha desafortunada en el casino, no le presté atención.

—Bueno, no importa... —Me mostré cabizbajo. Estábamos junto al portón de agua del casino.

—¿Qué sucede? —Levantó mi máscara dorada de Volto, lo suficiente para mirarme a través de la estrecha abertura—. ¿Perdiste en uno de esos juegos de cartas..., la *basetta*?

Me reí en voz baja. ¿Que si había perdido en uno de esos juegos de cartas? ¡Había perdido en cada mesa que había tocado! Perder no estaba en mi naturaleza. Me rebelaba contra eso aunque muy poco servía.

—No te desanimes —dijo—. Tendrás mejor suerte la próxima vez.

—No creo que haya una próxima vez. No para mí —dije, subiendo al pequeño bote que nos alejaría de ese miserable lugar—. No quiero saber nada más del juego.

Ella rompió en risa.

—Todas las casas de juego desde Winterbourne hasta París conocen tu nombre... —dijo. Odiaba admitirlo, pero ella tenía razón.

—Sea como sea, mis días de juego han terminado... —musité— ...en Venecia, al menos.

—Eso sí puedo creerlo.

—Llévame a cenar como prometiste, *ragazza fortunata*. —«Muchacha con suerte» dije, envolviendo sus hombros con mi brazo.

EN CUANTO PISÉ VENECIA ME DI CUENTA QUE SU CARNAVAL NO ERA UNA FIESTA DE UN DÍA, a diferencia de los mercados de Winterbourne que se establecían dos veces al año por decreto real. No. La Serenissima se distinguía por tener un carnaval cuyas celebraciones se extendían durante meses.

Innumerables atracciones, docenas de desfiles, conciertos y bailes eran la rutina diaria de la ciudad. Pero el Gran Baile Veneciano se destacaba entre esos eventos. Era un asunto privado, celebrado en un *palazzo* respetable, una reunión de las mejores y más nobles personalidades de Venecia.

No era nada como las galas parisinas, donde Letizia Leone cantaba una o dos arias. En el Gran Baile Veneciano, uno podía cenar con famosas figuras tales como una soprano al igual que otros miembros de la sociedad muy apreciados. Pintores, poetas, compositores... el baile era una mezcla de nobleza y el rubro artístico más importante del mundo. Y yo tenía toda la intención de asistir.

Me costaba creer que nosotros, los Lockhart, hubiéramos recibido una invitación para un evento tan exclusivo. Sin embargo, era verdad. Hacía unos días, Alisa me había dado la carta donde solicitaban nuestra presencia.

Los preparativos tendrían que hacerse. Se ordenarían trajes y vestidos, así como las máscaras perfectas para la ocasión. ¡Qué magnífica oportunidad de divertirme un poco!

Pero antes de estos arreglos, tenía que cumplir mi palabra y reunirme con Scorzo, mi abogado. Me había solicitado una cita, y yo estaba ansioso por conocer cualquier noticia que tuviera que ofrecer.

Agité la copa de vino en mi mano y miré la calle, jugando uno de mis pasatiempos favoritos. Dirigiría mi mirada entre la multitud que llenaba la calle, y buscaría un rostro que sobresaliera, hasta que descubriera un poco de su vida: a quién conocía, qué llevaba, si estaba feliz, triste o preocupado... Y todo esto, lo hacía desde mi lugar en la mesa mientras bebía una copa de delicioso vino Toscano.

En un instante, una cara familiar se destacó entre la multitud. Pero desapareció tan

rápido que supuse que lo había imaginado...

—*Buonasera, signore.* —Presionó mi hombro.

—*Sera...* —musité. Con una rápida inclinación del vaso, le ofrecí una bebida, a lo que él respondió con un gesto de mano desdeñoso.

—Querías verme—dije en voz baja—. ¿Supongo que tienes noticias?

—Vaya, si tendré noticias, *signore* —dijo, satisfecho de sí mismo.

¿Qué diablos? Si tenía alguna noticia, ¿por qué no lo decía de una vez? Odiaba esos pequeños juegos de poder.

—¿Y bien?

Con extrema parsimonia, sacó una tarjeta de la chaqueta de su traje. Apretándola entre dos dedos, me la extendió.

Pomposo y vanidoso, no podía esperar para deshacerme de él. Tomé la tarjeta y la leí.

—Esto es una isla... —musité.

—Esto es lo que me pidió, *signore*.

—Entonces, ¿está allí? —dije con urgencia—. Quiero decir... ¿están ambos allí?

—Sus respuestas le esperan en esa isla —respondió—. Recogeré mi pago mañana, *signore*. —Scorzo se levantó de la silla y se sumergió en la multitud de turistas, desapareciendo de mi vista en segundos.

Miré la tarjeta y su misteriosa inscripción.

POVEGLIA

¿Qué encontraría allí? ¿De verdad quería revelar la verdad que yacía en ese lugar?

¡Scorzo miserable! Le habría hecho escupir toda la información que poseía, para eso lo había contratado. Pero el hombre se había movido rápidamente y se había ido antes de que pudiera pronunciar una palabra.

—Poveglia... —medité, atormentado por la nota escrita con horrible caligrafía—. Entonces, Poveglia será.

Deslicé la tarjeta dentro de mi casaca, tomé un último trago y me alejé de la mesa, hacia las concurridas calles.

En ese momento, mi búsqueda comenzó.

SEIS EN PUNTO DE LA MAÑANA.

La niebla cubría los geranios en el jardín del *palazzo*. Envolví la pesada capa alrededor de mi pecho y la abroché con fuerza. Había salido haciendo el menor ruido posible, aunque nuestros sirvientes se habían levantado tal vez una hora antes.

Tan pronto como puse un pie en el camino adoquinado, mentalmente me preparé para dar el salto a Poveglia, una isla destinada a los afligidos por la peste hace mucho tiempo.

El asentamiento sirvió su propósito como el lugar de cuarentena ideal hasta que los enfermos murieron, o los pocos que tuvieron suerte, sobrevivieron.

Atormentada por sus almas inquietas, la isla permanecía fuera de los límites de la población veneciana. Pero, pronto descubrí que suficientes ducados podrían llevarme a donde yo quisiera.

La mañana era fría y serena. No temía lo que me esperaba en la dirección que Scorzo había proporcionado. Lo que llenaba mi corazón de terror era navegar en ese pequeño bote esperándome al frente y cruzar el mar veneciano en él. Se me secó la boca ante la idea de oleaje tras oleaje que haría tambalear la frágil barca, sometida a los caprichos implacables del océano. Y aunque odiaba admitirlo, le temía más que a nada.

Detestaba la débil respuesta de mi cuerpo a la navegación.

—*Si sta lasciando, signore? Avrete la prima colazione?* —«¿Se marcha, señor? ¿Va a desayunar?», dijo él.

La voz chillona de Marcello resonó en el pequeño patio, elevándose a cada ventana del *palazzo* y posiblemente llegando a oídos de nuestros vecinos.

—¡Silencio, Marcello! —susurré. El hombre estaba obsesionado con que yo desayunara—. ¡Despertarás a todas las almas de este vecindario!

En verdad, no me importaban las muchas almas envueltas en su sueño a esta hora del día. Solo me importaba un alma en este *palazzo*... la de ella. Mi única razón para salir temprano consistía en evitar las objeciones de Alisa con respecto a mi plan.

Su brazo pálido y delicado se asomó cuando ella abrió la ventana.

—¿Iván? ¿Eres tú?

Maldito seas, Marcello. ¡Lo has echado todo a perder!

—Sí... soy yo —dije, derrotado.

—*Silenzio!* —Alguien cercano gritó.

—¡Ahora bajo! ¡No te muevas!

De regreso al jardín, caminé con dificultad y esperé junto a la puerta. Unos minutos más tarde, apareció en el pasillo en un vestido blanco, envuelta en una bata de seda que cerró tan pronto como la fría brisa matinal la recibió en la entrada.

—¿Cuál de las dos cosas es? ¿Te vas o acabas de llegar?

—Me voy.

—¿Puedo preguntar adónde vas tan temprano en la mañana?

—Puedes, pero tal vez no te guste la respuesta...

—Haz la prueba.

—Está bien —dije en voz baja—. Voy a Poveglia.

—¿Poveglia? ¿Qué hay en Poveglia?

—Posiblemente, el maestro Bianchi.

—¡No puedes hablar en serio, Iván!

—Lo hago.

—¿Y qué te hace pensar que él estará allí?

—Scorzo me dio la dirección, me dijo que mis respuestas esperaban en esa isla.

—¡No puedes ir allí! ¡El lugar apesta a muerte! —dijo ella—. ¿Quién es este hombre, Scorzo? ¿Qué sabemos de él? ¡Podría ser un ladrón, un asesino! No me gusta esto, Iván. ¡Es peligroso!

—Correré ese riesgo, querida.

—¡Eres tan obstinado como cuando éramos niños! —ella bufó—. ¡No hay nada que te detenga una vez que hayas decidido algo!

—Si estás tan familiarizada con este lado de mi carácter, entonces, ¿por qué pasar por toda esta discusión, dulce Alisa? —Sonreí.

—No me dejas otra opción. Iré contigo.

—Eso está fuera de discusión.

Molesta, con los brazos cruzados sobre el pecho, golpeó el piso con su zapatilla.

—Solo te estoy diciendo esto porque habrías notado mi ausencia. No quisiera que te preocuparas...

—Mentira... ¡Solo me estás diciendo esto porque te vi a través de esa ventana! —Señaló hacia arriba.

—Maldito Marcello... —murmuré.

—¿Qué pasa si algo te sucede? ¿Qué pasa si no regresas?

—Entonces sabrás dónde encontrarme... De verdad, Alisa, no hay necesidad de tales preocupaciones. Por favor, ten la seguridad de que no me pasará nada. Estamos hablando de Poveglia, no de las puertas del Infierno. —Me encogí de hombros—. Regresaré antes de lo que imaginas.

Con poco más que agregar a la discusión, ella me siguió al portón de agua del jardín, donde el barquero esperaba.

Entré al pequeño bote.

—Ten cuidado —musitó.

Con mi corazón latiendo fuera de control, el bote se alejaba de la puerta, hacia el canal, dirigiéndose a través de aguas tranquilas hacia la isla donde ya se había escrito el destino de Valentina, y tal vez el mío también.

LA ISLA DE LA MUERTE

Me espantaba desde la distancia. Envuelta en un espeso velo de niebla, con algunos árboles viejos asomándose, la isla parecía desolada y muerta.

Una abrumadora sensación de desesperación se deslizó por mi nuca cuando llegamos a la orilla. Miles de hombres, mujeres y niños habían sido condenados a vivir el último de sus días en esta isla, infectados por la peste. Arrastrados fuera de sus hogares, aquí, habían sufrido su enfermedad agonizante, rechazados de la sociedad, exiliados de todo lo que conocían y apreciaban.

Habían pasado cuarenta años desde la última vez que se había utilizado este lugar, y sin embargo, la expresión taciturna del barquero al sujetar su embarcación en tierra me había dicho todo lo que necesitaba saber sobre esta isla. Sus heridas habían sido profundas a lo largo de décadas de familias rotas, amores perdidos, tragedias innumerables, y no olvidemos a los seleccionados imprudentemente y arrojados a los fosos de la enfermedad sin una razón legítima.

Encontrar a alguien que se aventurara a este lugar había sido todo un reto, ya que abundaban las historias de espíritus furiosos que rondaban la isla. Me había tomado pagar más dinero de lo previsto asegurar la promesa del barquero de un viaje de ida y vuelta. Con todo, no tenía garantías. Bien podría zarpar tan pronto como mi figura disminuyera en la distancia. Arriesgaba todo al estar aquí. Mi vida misma corría peligro.

Alisa tenía toda la razón en despreciarme por seguir una búsqueda tan tonta, pero no descansaría hasta saber qué había sido del maestro Bianchi.

Sabía que la Muerte, mi vieja amiga, tenía una mano en juego. Quizás la isla me llevaría a la tumba de Bianchi, tal vez a nada. Scorzo no me había dado ninguna explicación.

Me moví atravesando la orilla fangosa y entré en las ruinas de una antigua ciudad abandonada. Privada de toda vida, la quietud del tiempo cubría con su velo cada rincón. Había visto esta calma anteriormente. La reconocía. La había visto hacía ocho años, al aventurarme fuera de mi habitación, cuando había presenciado la transformación de mi hogar después de la muerte de mi hermano.

Era el mismo toque gris en cada superficie; el toque de la muerte. A través de calles infestadas de hierba alta, me adentré en el centro de esta villa con la certeza de que si los fantasmas realmente existieran, seguramente los encontraría aquí. Por otra parte, tal vez las ánimas y los fantasmas no existían; quizás solo las emociones trascendían el paso del

tiempo. El dolor extremo, el sufrimiento y la ansiedad se adherían a estas paredes con garras afiladas... Pero entonces, recordé el espectro de lo que una vez había sido mi hermano, parado junto al hogar, al pie de mi cama. —«Tengo tanto frío», había dicho.

Un escalofrío repentino corrió por mi espalda. Ese momento había sido real, tan real como esta isla prohibida.

Me mudé a la plaza central. Viejos restos humanos carbonizados ensuciaban el piso. Un montón de troncos abandonados a toda prisa yacían junto a un bulto de ropa hecha jirones y olvidada, colocada dentro de una cesta de mimbre que había sido arrojada sobre el pavimento adoquinado. Este patio había sido utilizado para incinerar a los muertos y sin duda, docenas de personas que aún respiraban y vivían habían cedido involuntariamente a las llamas de la hoguera, arrojados a su lugar de descanso final en medio del caos y la confusión de la desesperación.

Si miraba con suma atención, pronto me encontraría con las fosas comunes donde miles habían sido enterrados. La misma tierra donde estaba se había reavivado sobre cadáveres podridos que databan de la época del Imperio Romano; la peste había rondado en esta parte del mundo desde hacía mucho tiempo. En oleadas inesperadas, llegaba y se iba. Quizás desaparecería pronto de la faz de la tierra, pero ¿quién podría asegurarlo? El mal perdura. Tiende a luchar por su permanencia.

Una repentina oleada de ansiedad se apoderó de mí. Esta isla estaba teñida de pena. Cada piedra emanaba angustia y una profunda sensación de ruina de lo que había sucedido tiempo atrás, y a pesar de tantos años, se mantenía. Era casi tan tangible como la presencia que había sentido siguiéndome durante los últimos minutos.

De pie, en medio de la plaza, me volví en busca de esta cara, esta figura pálida y translúcida fijando sus ojos vacíos sobre mí con su mirada macabra.

Nada.

Absoluta desolación.

Estaba empezando a preguntarme si el supuesto descubrimiento de Scorzo no había sido más que una artimaña, una forma de completar su tarea y cobrar su pago y posiblemente pasar a otro plan.

Un banco bajo de niebla se precipitó ante mí con una ráfaga de viento. Ahí. En el otro lado de la plaza; una figura oscura y huraña. A varios metros de mí, medio escondida detrás de una de las columnas arqueadas de este pequeño patio, esperaba. No se movía.

Ataviada con un vestido negro roto, manchado con barro y suciedad de semanas, estaba parada frente a mí. Esto no era un fantasma; era una mujer, y sus ojos decían más que cualquier palabra que podría haber emitido. En ellos, descubrí una aguda sensación de dolor; el tipo de dolor que se guarda durante largo tiempo, dejando su marca permanente de pena. Si miraba lo suficientemente cerca, podía distinguir la piel encogida hasta el hueso, con profundas líneas rectas que dibujaban la ruta salada de tantas lágrimas derramadas.

Sus ojos se agrandaron cuando notó mi mirada, e intentó huir.

—¡No, espera! —dije en italiano—. ¡No te haré daño!

La mujer se detuvo.

Di un paso más cerca.

—Por favor, debes ayudarme... —Qué estúpida petición, esta mujer necesitaba más ayuda de la que jamás podría brindar—. Estoy buscando a alguien...

—Nadie más que los muertos vive aquí. —Su voz, grave y gutural, provenía de las profundidades de la desesperación.

—De cualquier modo...— musité— Quizás puedas saber dónde puedo encontrarlo.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose las uñas.

—¿Estás bien? —Por supuesto que no. Su mente estaba claramente perturbada, pero tenía la sensación de que no siempre había sido así. En tal lugar de devastación y tragedia, ¿cómo podía alguien no caer influenciado por su oscuridad? Yo mismo había estado aquí por menos de una hora y mi corazón ya se hundía en una profunda miseria. No podía esperar para irme de esta isla... si es que el barquero no se había ido ya.

—Se fue, se fue, se fue... —murmuró.

—¿Perdón? —Me acerqué más hasta estar frente a ella, lo suficiente como para apreciar su figura demacrada.

La mujer retorció su muñeca con su otra mano. Espasmos repentinos agitaban sus hombros. Sus ojos se abrían con miedo y conmoción.

—Se lo llevaron... pero ¿adónde?

—¿Qué dices? —le pregunté.

La mujer se volvió, y ajena a mi presencia, sus pequeños pasos torpes la alejaron de la plaza. La seguí hasta que se detuvo ante un campo de hierba alta. Me adelanté y me paré junto a ella; luego su mano presionó mi pecho cuando intenté dar un paso adelante. Me detuve.

—Los muertos... pertenecen con los muertos —susurró—, no con los vivos.

Fruncí el ceño. ¿Quién era esta mujer y qué quería decir con esas extrañas palabras?

Su largo dedo huesudo señaló hacia abajo.

Mi mirada siguió su señal, solo para descubrir una zanja ancha y profunda, oculta por la hierba creciente. En medio de montones de tierra y rocas, pensé ver... No. Por favor, no.

Temiendo lo inevitable, retrocedí un paso y toda la panorámica se hizo visible ante mis ojos horrorizados.

Ocultos entre la hierba y las rocas, dedos emergían de las pilas de tierra. Un fémur, varios cráneos fracturados, parte de una caja torácica... todos huesos humanos. Esta era una fosa común. Y no importaba cuántos años hubieran pasado desde que se había cavado esta tumba, los esqueletos aún salían de la tierra, rechazando su destino.

Muerte y decadencia antiguas saturaban el aire. Pero, no todo era viejo. Algunos cuerpos tenían condiciones más frescas; pedazos de carne podrida se pegaban a sus

huesos, sangre seca teñía sus restos. El hedor de la muerte llenaba mis pulmones, mi cuerpo se rebelaba contra él, pero poco podía hacer para evitarlo.

Clavé la vista en una bota de cuero. Mis ojos curiosos se movieron hacia arriba y se encontraron con la cara del muerto: piel arrugada, cuencas oculares profundas teñidas de púrpura y azul; labios delgados pelados hacia atrás, mostrando con dientes torcidos la extraña sonrisa de la muerte. Los gusanos se daban un festín en la ruptura gigante en su cuello, a través de la cual quedaba expuesta su tráquea fracturada.

Un golpe repentino de bilis estalló en la parte posterior de mi lengua, llenando mi paladar con su horrible sabor. Mi cuerpo se convulsionó, y de pronto, un vómito se proyectó de mi boca. Bajé mi cabeza entre mis rodillas cuando mi estómago se volvió una vez más. Y cuando todo terminó, me senté en una roca, luchando por recuperar el control.

La suave brisa aclaró los pocos restos de niebla. El sol brillaba en el cielo despejado. El cadencioso vaivén de la hierba calmó mis temores. Por un minuto cerré los ojos, y cuando los abrí una vez más, sus ojos marrones oscuros aparecieron en el centro de mi campo visual, llenos de preocupación. Sus labios se movieron, pero no escuché ningún sonido.

Sus frías manos alcanzaron mi rostro, y aunque era joven, su piel estaba encogida hasta los huesos.

—¡...que debemos irnos!

Me concentré en sus labios.

—¡Debemos irnos antes de que ellos lleguen! —dijo—. ¿Dónde está tu barca?

—¡MÁS VINO! —DIJE, Y EL VASO APARECIÓ ANTE MÍ EN UN INSTANTE. Y TAN PRONTO como lo hizo, mis manos temblorosas lo alcanzaron.

Aún desconcertado por lo que había visto, mi mente se sumergía en las imágenes de tantos huesos y la carne podrida adherida a ellos. Cuerpos en descomposición, restos humanos recientes... jamás pensé encontrar un descubrimiento tan horrendo. Algunos huesos viejos, tal vez, ¡pero no esto!

Con todos mis sentidos obstaculizados, de alguna manera había logrado recordar el camino de regreso a la orilla y afortunadamente, el barquero había cumplido su promesa y me había esperado, asombrado al descubrir que traía a la mujer conmigo.

No había suficiente vino en el mundo para hacerme olvidar lo que había visto y sentido al estar en esa maldita isla. Nada me convencería de volver...

—*Signore?* —dijo.

Me había olvidado de ella por completo.

La mujer estaba sentada frente a mí, comiendo de su plato de pescado y verduras con un apetito tan feroz que uno pensaría que esta era su primera comida decente en años.

—No has dicho una palabra desde que volvimos... —musitó en italiano y luego le dio un mordisco a su pedazo de pan—. ¿Estás bien?

—*Si, sto bene...* —«Estoy bien», dije. Aunque en verdad estaba bastante conmovido—. ¿Cuánto tiempo llevabas en esa isla?

—Dos semanas —murmuró con la boca llena.

—¿¡Dos semanas?! —dije, mi mandíbula debe haberse caído—. Ese lugar está desierto, ¿cómo te las arreglaste para sobrevivir por tanto tiempo?

—Bueno, yo...

—Olvida eso. ¿Qué estabas haciendo en esa isla, en primer lugar?

—Se lo llevaron —dijo ella simplemente.

—Ya dijiste eso antes —musité.

—Encontré la tumba donde él dijo que estaría. La mortaja, desgarrada y empapada en sangre, sin cuerpo. Él ya no estaba ahí.

»¡Ellos lo hicieron! La isla es su guarida y refugio. Cazan aquí en Venecia, ¡y llevan allí a sus presas para alimentarse! Beben su sangre y drenan sus cuerpos hasta dejarlos secos, hasta que no queda más que un cascarón de carne podrida. ¡Lo has visto tú mismo!

—Espera... ¿Quiénes son *ellos*?

—Ellos saben quién soy yo... Ellos también te han visto. Estamos en grave peligro... Debes regresar *signore*, ¡regresa por donde viniste! ¡Te matarán si te quedas aquí!

—¿Matarme? ¡¿De qué estás hablando?! —Me detuve—. ¡¿Quién eres?!

Sus ojos se clavaron en los míos, tomó una respiración profunda y suspiró antes de hablar.

—Mi nombre es Marietta Mazzilli.

—¿Tú eres Marietta Mazzilli?

—Eso fue lo que dije.

—Perdóname —musité—. Continúa por favor.

—Hace dos semanas, un hombre que se hacía llamar Scorzo apareció en mi puerta. Me dijo que sabía dónde estaba enterrado mi esposo y me señaló la isla.

—¿Y qué pasó?

—Encontré la tumba donde él me dijo que estaría. Estaba abierta. La mortaja destrozada, empapada en sangre... pero ya te lo he dicho. Alguien robó su cuerpo. Cuando volví, el bote que me había llevado a la isla había desaparecido.

»Me dejó varada, incapaz de comunicarme con una sola criatura o pedir ayuda. Nadie se atreve a poner un pie en esa isla... ¡y ahora sé por qué!

La cantidad de información que me transmitió nubló mis sentidos. Esta mujer era Marietta Mazzilli, la madre de Valentina, ¡la esposa del maestro Bianchi!

—Tu esposo, ¿estás segura de que la tumba era suya?

—¡Lo sé! —Ella se pasó los dedos por el pelo—. Encontré este collar en la tumba...

—Extrajo de su vestido la joya. Me mostró la cruz y la cadena de oro—. El collar que le regalé el día de nuestra boda.

Tan pronto como lo vi, ella cerró su mano una vez más y la metió en su bolsillo.

Mil ideas pasaron por mi mente, corriendo y cayendo una sobre la otra. ¿Por qué decía Marietta que estábamos en peligro? ¿Dónde estaba el maestro Bianchi? ¿Quiénes eran ellos, estos hombres que querían matarnos?

—Debo encontrar a Rinaldo —dijo con determinación—. Y tú... debes salir de Venecia.

—Esos hombres de los que hablas, ¿los has visto cometer estos crímenes indescriptibles? Deberían ser castigados, ¡debes presentarte ante las autoridades apropiadas!

—No son hombres.

Mi sangre se congeló.

—¿Qué estas diciendo?

—*Sartie Mangiatori* —dijo.

—¿Comedores de mortajas? —dije—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Solían ser hombres, hace mucho tiempo. Pero ahora, son criaturas que pertenecen a la oscuridad. Matan y se alimentan de sangre humana... Debes irte, *signore*. Me habría ido hace meses, si no fuera por mi Rinaldo. Pero si él está muerto, quiero su cuerpo. Necesito darle paz en santa sepultura.

—¿Y qué pasa si no está muerto? —dije, escéptico sobre mis siguientes palabras—. ¿Qué pasa si él es parte de este grupo, estos Comemortajas?

—Entonces será mejor que lo encuentre —susurró— para poder matarlo yo misma.

Una ola escalofriante se extendió por mi cuerpo al sonido de esas palabras.

Marietta terminó su vino y se levantó de la mesa con prisa.

—Has sido advertido, *signore*... ¡Deja Venecia de inmediato!

Dicho esto, ella se alejó de la mesa y desapareció en la calle abarrotada.

ESA NOCHE NO DORMÍ. ROSTROS INQUIETANTES ACECHABAN EN LAS SOMBRAS DE MI habitación, o eso creía yo. La historia de Marietta Mazzilli erizaba mi piel de miedo, pero tenía que admitir que había cierto aire de locura en la forma en que hablaba; el comportamiento detrás de cada palabra suya parecía extraño. No podía confiar en la mujer, y ella obviamente no era apta para cuidar a Valentina.

A la mañana siguiente, ocultar el gran costo emocional de mi viaje a Poveglia había sido una hazaña imposible. Miraba la toronja en el plato que tenía delante y todo lo que veía era un pedazo de carne podrida, supurante, con gusanos y todo tipo de pequeñas criaturas vivientes alimentándose de los restos de lo que una vez había sido humano.

—No has sido tú mismo desde que regresaste de Poveglia —murmuró.

—Tonterías... —mascullé.

—¿Qué salió de eso? —dijo ella—. ¿Lo encontraste, al maestro Bianchi?

—No lo encontré. Todo era mentira.

—Lo sabía —dijo ella—. Ese abogado, Scorzo, llegó temprano ayer en la tarde, cobró su tarifa y desapareció tan rápido... Sabía que algo andaba mal. Parecía tan nervioso... dijo algo sobre dejar Venecia. Gracias a Dios, regresaste sano y salvo.

—Sí —musité.

No podía pensar en compartir con ella una décima de lo que transpiraba en Poveglia, por miedo a causarle inquietud. Era innecesario agobiar su mente con tales horrores.

—Nuestras máscaras llegaron ayer... para el baile.

—Maravilloso —dije con una voz monótona.

—Apenas has comido algo, ¿estás seguro de que estás bien?

—Lo estoy —respondí, molesto por su insistencia.

—Sé lo que necesitas. —Una sonrisa burlona.

—Oh, ¿lo sabes? —dije—. ¿Y que sería eso?

UN ROSTRO EN LA MULTITUD

Los truenos retumbaban en el cielo nocturno. Las primeras gotas de lluvia caían mientras nos movíamos por la calle. En medio de la multitud apresurada que intentaba huir de la inminente tormenta, corríamos persiguiendo su mismo objetivo.

—Será una tormenta muy fuerte, deberíamos regresar —dije.

—¡No! No lo haremos. Además, dijiste que vendrías.

—¿Cuándo accedí a morir de un resfriado? —Un trueno amortiguó mi voz.

—¡Nadie ha muerto de un resfriado, Iván!

—Quizás no un resfriado, entonces. Tal vez algo peor... —*Los Comemortajas, por ejemplo.*

Me volví y estudié cada cara a mi alrededor. Los hombres y mujeres cercanos parecían perfectamente normales... pero ¿cómo se veía un *Sartie Mangiatore*? No tenía ni idea.

—¡Shh! —Ella estaba de pie junto a la puerta—. ¿Escuchas eso?

Una débil melodía surgía de las entrañas del edificio. Violines y violonchelos, un toque de la armonía de un clavecín... el prelude orquestal de una inminente sinfonía.

—¡Vamos! —Corrió a mi lado.

Una profunda sensación de alivio llenó mi pecho al deslizarme en la silla de nuestro palco privado, cerca del escenario. Alisa había elegido un lugar privilegiado en el teatro. ¿Cómo había logrado obtener esos exclusivos asientos? La pregunta reverberó en mi mente un par de veces antes de descartarla. Cualquiera que haya sido la respuesta, no haría ninguna diferencia. Estábamos aquí.

Cerró las puertas detrás de ella y se movió hacia mí. Provocativamente ataviada con un vestido de brocado azul oscuro y dorado, sus cabellos negros como la brea enmarcaban su rostro pálido. El rastro de fragantes rosas y bergamota me envolvió cuando se sentó en la silla a mi lado.

Pensamientos de la naturaleza más perversa cruzaron por mi mente. Aquí, en la reconfortante oscuridad del teatro, oculto tras los confines de nuestro balcón privado, podía imaginarla vistiéndome nada más que la gargantilla de zafiro que llevaba orgullosamente esta noche... Un beso, un instante de una eternidad feliz bastaría.

Bajé la mirada, lejos de su imagen tentadora, y me concentré en el proscenio del teatro.

Una ronda de aplausos se elevó de la multitud. La cortina retrocedió. La figura de Letizia Leone estaba en el centro del escenario.

—Ópera —susurré en su oído, aplaudiendo.

Ella sonrió con sus ojos.

—Letizia Leone —respondió.

Aunque apreciaba lo suficiente la ópera como para disfrutarla, la verdad era que me divertían más otras formas de arte. Las acrobacias y actuaciones de la *Commedia dell'Arte*, por ejemplo. Sus tramas improvisadas requerían gran ingenio y talento creativo; eran de admirarse las habilidades histriónicas de los actores principales.

Quizás lo disfrutaba tanto porque a diferencia de cualquier otra cosa, resonaba en mi vida.

Pantalone, el viejo mercader codicioso, me recordaba a mi padre; sin importar cuán grande fuera su riqueza, el dinero era su obsesión interminable. *Arlecchino*, el sirviente astuto, travieso y amigo frecuente de los problemas... ese era yo. *Columbina*, la más bella mujer de buen corazón, prodigiosa al evitar ser conquistada por viejos corazones implacables, no podía ser otra que Alisa. Y si tuviera que elegir a alguien para tomar el papel de *Il Capitano*, pomposo y jactancioso, haciendo alarde de sus mejores días de gloria, tendría que ser Pritchard. A pesar de su fanfarronería abierta, en el fondo, *Il Capitano* no era más que un cobarde. Aunque por débil que fuera su personaje, era el favorito entre la multitud.

Pero *Columbina* y *Arlecchino* de alguna forma terminaban siempre juntos.

Alcancé el programa de la noche, solo para descubrir que se trataba del *Giasone* de Cavalli. Sentarme durante los tres actos no significaba tortura para mí. Pero la idea de quedarme aquí, tan cerca de ella, junto con la imposibilidad de perseguir mis oscuros deseos... eso ya era suficiente tortura.

Cuando comenzó el preludio, reinaba el silencio en el teatro. La melodía fue insuficiente para distraer mi mente de sus fantasías prohibidas. Junté mis manos, esperando evitar su curiosa exploración sin mi consentimiento.

El juego. Tendría que hacerlo.

En silencio, me acerqué a la barandilla del balcón y busqué en la audiencia un sujeto interesante para estudiar. Y eligiendo uno, me movía a otro.

Hice esto por un largo tiempo.

Las horas pasaron volando y mis pensamientos lascivos permanecían contenidos en el fondo de mi mente. Cuando menos esperaba, el tercer acto ya había comenzado.

Al otro lado de nuestro palco privado, una joven me llamó la atención. Era viuda, a juzgar por su atuendo: vestido negro con sombrero de cable negro y un velo. Se rodeaba de varios jóvenes atractivos. La descarté inmediatamente. No encontraba ningún interés en su situación porque casos como estos abundaban.

El palco debajo del suyo, sin embargo, me interesaba mucho. Él era el único rostro en la multitud que valía la pena estudiar.

Algo en los rasgos faciales del hombre me resultaba familiar. Clavaba su mirada en Letizia Leone mientras ella interpretaba el aria de Medea. De hecho, la melodía en sí misma era bastante conmovedora, pero este hombre estaba a punto de llorar.

Te conozco... ¿Quién eres?

El hombre se levantó antes de que la ópera llegara al final.

Alto y delgado, pero con una constitución musculosa, estaba de pie con ambas manos ceñidas a sus costados. Una figura imponente, con una corta melena de cabello castaño...
¿Bianchi?

Un destello de un recuerdo de mi infancia apareció ante mis ojos: el día en que Bianchi dimitió como nuestro maestro espadachín, y sus últimas palabras de consejo para mí antes de que saliera de mi vida para siempre.

Pero ¿cómo podría ser esto? ¿No estaba muerto?

Mis sentidos me engañaban. Esto era imposible. ¡Él estaba muerto!

Tanto deseaba que estuviera vivo, que mis ojos me hacían creer que ese hombre podría ser él, ¡incluso cuando mi cerebro sabía que no era así!

Sin embargo, solo tenía las palabras de Marietta como recurso. Yo nunca había visto su cuerpo, y ella tampoco, según su relato.

Poco preocupado por la etiqueta, me levanté de la silla. Los ojos de Alisa volvieron hacia mí con una mirada de reprimenda, pero no había tiempo. El hombre había abierto las puertas del palco y estaba a punto de irse del teatro.

Tenía que verlo. Tenía que encontrarme con él, vis-à-vis, y corroborar mi engaño de una vez por todas.

Con un aliento jadeante, bajé corriendo las escaleras y llegué al piso inferior del edificio.

A través del estrecho corredor de la galería, me moví rápidamente hasta llegar al otro lado. Cada rostro a mi paso lo escudriñé, descartándolo, uno por uno.

En mi prisa, tropecé con un hombre. Aturdido debido a mi rudeza, me volví para extenderle mis disculpas.

—Perdóneme, señor —dije con una leve reverencia, apartando mi vista por miedo a que Bianchi pasara a mi lado en ese momento.

—No le des importancia —dijo el hombre con un burdo acento irlandés. Arregló su casaca de terciopelo azul oscuro—. Ambos tenemos prisa, ¿no es así?

Al fin, observé al hombre. Alto y de huesos fuertes, con ojos azules pequeños pero penetrantes y piel pálida y pecosa.

—Supongo que eso es...

—¡Capitán Blood! —gritó un hombre a distancia, su mano ondeando sobre la

muchedumbre en movimiento. —¡Por aquí, Capitán!

¿El Capitán Blood? ¿Estaba él aquí también? Thomas Blood, el héroe villano, mi fuente de inspiración traviesa, el único hombre que había demostrado con éxito que incluso los demonios obtenían sus felices recompensas... ¿Dónde estaba?

—Disculpe, mi amigo —dijo el hombre, ofreciéndome su mano en el gesto más amable—. Parece que me necesitan en otro lado. Un placer haber chocado con usted, Capitán Thomas Blood, a su servicio.

Imposible contener mi asombro. Era él. ¡Cómo deseaba entablar una conversación más profunda, preguntarle sobre la hazaña que le había otorgado tanta fama que le prometía su entrada en los anales de la historia!

—Usted es el Capitán Blood... —musité, dándole la mano. Vino a mi mente el momento en que había apuñalado al Guardia de la Torre para apoderarse de la corona de Su Majestad.

—¡El mismo! —respondió hinchado de presunción, y luego se volvió hacia el hombre que estaba llamándole desde el final del pasillo.

—¡Capitán! —dije, y él me miró una vez más. Qué me hizo decir las siguientes palabras, nunca lo sabré—. Tengo que preguntar, ¿cómo hizo para convencerlo... para obtener su perdón? —El del Rey, por supuesto. ¿Cómo demonios había logrado persuadirlo para que perdonara su vida?

Halagado por mi pregunta y mi admiración desprovista de enmiendas, el Capitán Blood se acercó a mí y entrecerrando los ojos, en confianza, habló:

—Le dije que creía que las insignias reales valían cien mil libras, y que si hubiera sabido que solo valían seis mil, ¡nunca me hubiera tomado tantos problemas!

Su sonrisa malvada llenó mi corazón de dicha.

Las multitudes se vertieron en el pasillo al terminar la ópera, envolviéndonos hasta que nos separamos. Sin embargo, el rostro travieso de Thomas Blood se había quedado grabado en mi alma. Me hubiera gustado saborear ese momento maravilloso, pero la bulliciosa multitud me recordó mi propósito.

Bianchi. Tengo que encontrarlo.

Contra un mar de vestidos y trajes de seda, corrí, hasta que por fin llegué al palco.

Detrás de las puertas abiertas, no encontré rastro de él. Debería haberlo visto entre la gente que había pasado, pero no lo hice. ¿Se había desvanecido en el aire o era un producto de mi salvaje imaginación?

La respuesta no importaba. Mis manos se habían vuelto frías como el hielo en cuanto había entrado a ese palco privado, vacío como estaba.

—¿QUÉ TE PASÓ? —ELLA PRESIONÓ MI BRAZO. ME VOLVÍ. SUS OJOS BRILLABAN CON preocupación.

—Pensé que... —Me mordí el labio—. No pasó nada.

—¿Estás seguro? ¡Luces muy pálido!

—Estoy bien, Alisa... —Me encogí de hombros—. Ven, veamos a la Srta. Leone.

—¿Qué estas diciendo? Ella nunca nos recibiría, ¡no así nada más!

La tomé de la mano y la guié hacia la planta baja. Mi confianza era tal, que fuimos directo al camerino sin que nadie se atreviera a detenerme. Era el sueño de Alisa encontrarse con Letizia Leone. Yo le daría eso al menos.

Los cantantes se desvestían y retiraban su maquillaje ante espejos pequeños. Avanzamos por un corredor oscuro y estrecho, y al final de él estaba Letizia Leone. Sentada en un cómodo sillón forrado de terciopelo, bebía una copa de vino.

Tomé una respiración profunda cuando me detuve detrás de ella. Me miró a través del espejo. Sus suaves ojos azules se abrieron cuando se llenaron con mi imagen.

Con algo de presunción, insinué una sonrisa.

—Conozco ese rostro —dijo ella. Girando hacia atrás sin pararse de su asiento, se encontró con mis ojos—. El Sr. Iván Lockhart, ¿no es así?

—Me siento honrado de que me recuerde —dije, genuinamente sorprendido—. Sé cuántas personas conoce regularmente...

—¡Oh, cómo podría olvidarlo! —dijo extendiendo su mano, que besé en ese mismo segundo—. París, ¿cierto? Estaba acompañado de esa jovencita...

—Srta. Leone, ¿puedo presentarle a mi hermana? Ella es la Srta. Alisa Lockhart. Es una de sus más fervientes admiradoras, y aprecia su talento mejor de lo que yo jamás podría lograr.

—Siempre estoy agradecida de conocer a mis admiradores. Encantada de conocerla, Srta. Lockhart —dijo ella—. Si usted es como su hermano, estoy segura de que su amistad será toda una bendición.

Alisa sonrió e hizo una reverencia, pero Letizia se levantó de la silla y le besó la mejilla.

—Ahora dígame, Sr. Lockhart. ¿Me privará de otra de mis *maschere*? —bromeó—. Cumplí el deseo de su amiga esa vez en París solo por su encantador atractivo, ¿lo sabe?

El calor se extendió a mis mejillas, sabía que me sonrojaba. Alisa frunció el ceño y clavó sus ojos en mí.

«Letizia, por favor. Deja de hablar», quería decir. Cada palabra era un clavo que sellaba mi ataúd. Estaba cavando mi tumba con su indiscreción.

—¿No lo sabías, querida? —dijo ella, notando la confusión de Alisa—. ¡Tu hermano logró lo que nadie ha hecho antes! Me persuadió para que le regalara una de mis máscaras a una admiradora.

—Eso es completamente inaudito... —musitó Alisa en una voz monótona.

—¡Por supuesto que sí, querida! Bastó una sonrisa suya y ya estaba a su merced.

—Es usted muy amable, Srta. Leone —dijo, esperando detener su lengua—. Te aseguro, Alisa, ella me complace con tal cumplido.

—¿Te parece? —dijo Alisa. —Y dígame, Srta. Leone, ¿quién fue la afortunada en recibir su preciosa máscara?

—Pues, la joven pelirroja, por supuesto. Sabe, no logro recordar su nombre...

—Oh, pero yo sí —dijo Alisa—. Debe haber sido la Srta. Deveraux.

Insinué una sonrisa nerviosa y alcé mis cejas. Deslicé las manos dentro de los bolsillos de mi casaca. Y luego, lamenté amargamente haber pensado en una idea tan terrible como la de venir a su encuentro.

—¡Sí, ese es el nombre! —dijo Letizia—. No veo razón para no demostrar el mismo afecto hacia su hermana que a su amiga, la Srta. Deveraux. ¿Qué le parece, Sr. Lockhart?

Estaba condenado. Condenado y sin palabras.

—¿Le gustaría tener la máscara que usé esta noche, Srta. Lockhart?

Los ojos de Alisa brillaron de alegría.

—Estaría muy agradecida —dijo, tratando de contener su entusiasmo. Hacía un trabajo increíble en eso. Si no fuera por sus manos reunidas apretándose un poco, jamás hubiera adivinado su emoción.

Letizia Leone tomó su máscara blanca con plumas doradas y se la ofreció a Alisa.

—¡Gracias, Srta. Leone! —dijo—. ¡Muchas gracias!

—No me lo agradezcas, querida. —Letizia levantó una ceja y clavó sus ojos inquisitivos en mí—. Agradécelo a tu encantador hermano.

Confundida por su selección de palabras, Alisa frunció el ceño. Pero deleitada con su regalo, se despidió y se alejó del camerino con la máscara como trofeo.

—Has sido extremadamente generosa, Letizia —musité—. ¿Cómo puedo agradecerte?

—Oh. No lo sé, Iván... —Se acercó a mí, lo suficiente como para besar mis labios. Pero justo cuando su boca se acercaba a la mía, Letizia se giró a un lado y su beso aterrizó en mi mejilla. Presionando mi mano, deslizó una tarjeta en ella—. ¿Búscame?

La tarjeta llevaba una dirección en escritura elaborada. Supuse que era su letra. Cubrí mis labios con ella y sonreí. Estaba perfumada con lavanda.

—Lo haré —dije y salí de la habitación.

UNA GRAN BANDEJA DE PLATA CON UNA PIRÁMIDE DE *BISCOTTI* ESTABA ANTE MÍ. Y A través de ella, los ojos azul oscuro de Alisa se asomaron y su mirada aterrizó en mí.

La doncella apareció para servir el té a Alisa. Y por supuesto, se esperaba que yo también lo tomara. Aunque después de ese arriesgado encuentro con Letizia Leone, una copa de vino tinto me apetecía más.

Alisa no había pronunciado palabra alguna desde que habíamos llegado de la ópera, y

eso había sido la noche anterior.

El reloj marcaba la hora con su hipnótica y monótona canción.

Tomé un pedazo de pan, lo partí por la mitad y lo zambullí en mi boca.

—Te acostaste con ella, ¿verdad?

El pan se atoró en mi garganta. No podía respirar. Tosí una y otra vez hasta que lo escupí en una servilleta, y solo entonces respiré hondo. El atrevimiento de Alisa me asombró. Nunca lo vi venir. Me pilló completamente desprevenido.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Querrás decir, «de quién» estoy hablando —dijo—. Por supuesto, pues tenemos dos opciones: la Srta. Leone y la Srta. Deveraux. Y quieres saber a cuál de ellas me refiero.

—Alisa, ¿qué demonios...?

—Le conseguiste la máscara —musitó—. Sabías que yo la quería, y aún así, la obtuviste para ella.

Juliette. Todo se resumía en ella.. ¿o no?

—No tenía idea de tus intenciones... ¡No sabía que querías esa maldita máscara! —dije—. Si te hubieras molestado en decírmelo, ¡hubiera hecho todo en mi poder para conseguirla para ti! Y permíteme recordarte que no fue mi ayuda la que buscaste para este asunto, sino la de Lady Cisseley.

—¿Cómo supiste que...?

—Escuché cuando se lo mencionaste a Pritchard. —Me encogí de hombros—. Tienes una máscara ahora, ¿no es suficiente eso? —Tiré la servilleta sobre la mesa y satisfice mi rabieta dispuesto a salir de la habitación antes de que ella continuara su peligroso interrogatorio.

—No —dijo con voz fría—. No es suficiente.

Me detuve en la entrada y di media vuelta.

El timbre sonó.

Mis ojos se fijaron en los de ella, tratando de descifrar el significado detrás de sus palabras.

—La Srta. Valerie Sinclair está aquí para ver a la Srta. Lockhart —dijo Marcello detrás de mí.

—Hazla entrar —dije en voz baja—. Estaba a punto de salir, de todos modos.

EL GRAN BAILE VENECIANO

El aire de la tarde era rico, cálido y perfumado con fragancias embriagadoras flotando entre la multitud reunida frente al lujoso *palazzo*.

Una suite de violonchelo, Courante, hacía eco dentro del salón principal. La música se filtraba fuera del salón de baile y se mezclaba con las muchas voces entretejidas en charlas con el ocasional estallido de risas.

Abriéndome paso entre la multitud, había llegado al final del corredor con pasos lentos y cautelosos, pues lujosos vestidos de las dimensiones más profusas llenaban cada centímetro de la habitación, y no quería causar el desafortunado accidente de una dama o tropezarme con sus interminables metros de seda.

Alisa se había adelantado con la Srta. Sinclair y sus amigas. Había pasado una hora desde entonces.

Esperaba encontrarla aquí.

En el momento en que atravesé el umbral del salón de baile, me detuve. En el otro extremo de la habitación, la vi. Inmersa en una conversación, entretenida por la compañía de sus amigos, sonreía y agitaba su abanico para ahuyentar el calor infernal de los muchos candelabros encendidos entre nosotros.

Me apoyé contra la pared de damasco y llené mis ojos con el hechizo de su exquisita belleza. Envuelta en un vestido de seda azul rey, sus ojos brillaban bajo la máscara negra de Colombina, tan azules y brillantes como el zafiro pendiendo de su cuello.

Con una suave inclinación de su cabeza, se excusó del grupo y se movió al patio.

La suave presión de una mano alrededor de mi muñeca retiró mi atención de ella por un doloroso segundo, y cuando volteé, unos lujuriosos ojos se perdían en los míos.

—Lo recuerdo, Sr. Lockhart. —Su voz sensual ronroneó las palabras francesas en mi oído.

—Y yo a usted. Buenas noches, Srta. Sinclair —dije, volviéndome libre de su alcance. Ella no era una mujer desagradable a la vista, de ninguna manera, con feroces ojos oscuros y piel de porcelana. Ella simplemente no era lo que yo deseaba.

«Tú nunca serás ella», casi dije. Pero en lugar de hablar, sonreí y asentí, sumergiéndome en la multitud y desapareciendo de la habitación en cuestión de segundos.

Dispuesto a ignorar cualquier otro rostro en la habitación, seguí los pasos de Alisa

hacia el patio.

Recargada en la balaustrada, agitaba su abanico con los ojos cerrados, sin percatarse de mi presencia.

Con el sigilo de un gato, me moví detrás de ella.

—¿Extrañándome? —susurré.

Abrió los ojos, se volvió y sonrió tan pronto como me vio.

—No mucho, en realidad —bromeó, y llevándose la mano a la boca, bostezó.

—Oh, ya veo que estás demasiado aburrida. Ven, bailemos.

—¿Bailar? ¿Te sientes mal? —dijo, incapaz de ocultar su asombro—. Si sé una cosa sobre ti, es que jamás bailas a menos que seas forzado. Y yo nunca te obligaría.

—Tan hermosa como eres, bailarías contigo y solo contigo. —Tomé su mano y la conduje al salón de baile. Pero no había dado un paso cuando de pronto la encontré resistente a moverse.

—¿Qué sucede? —Fruncí el ceño, volteando—. ¿Hay algún problema?

Me acerqué y busqué una respuesta bajo su máscara. Sus ojos brillantes decían muy poco. Solo sabía que ella sufría en silencio y la sola idea rompía mi corazón.

—No. Por favor, no... No llores, querida. —Deslicé mi mano bajo su mejilla y la acerqué a mi pecho en el momento en que cayó la primera lágrima.

Su cuerpo se estremeció bajo mi abrazo y ella lloró aún más.

Las lágrimas se asomaron en mis ojos. Ella siempre era tan reservada, ¿por qué no decía lo que pensaba y por una vez en su vida se volvía libre de aquello que torturaba su alma?

Besé su frente y luego, sus mejillas, y en esa cercanía, mis labios aterrizaron en la esquina de su boca. Cuando sus labios rozaron los míos, cada fibra nerviosa de mi ser cobró vida. Y sin pensarlo un segundo, busqué ese precioso beso, el que había anhelado durante muchos meses en secreto. Mis labios se presionaron contra los de ella con un toque suave y gentil. Y sus labios, cálidos y tiernos como Alisa, me devolvieron el beso con infinita devoción.

Encerrados en un mundo propio, todo a nuestro alrededor se desvaneció. El ruido de las conversaciones superficiales, la armonía de la música en el salón de baile, los suaves truenos de una tormenta cercana retumbando en la distancia... todo se diluyó en un momento precioso de dicha pura, un verdadero vislumbre del cielo.

No quería que este momento terminara jamás... Pero así fue.

Cuando ella dio un paso atrás, sus ojos se llenaron de sorpresa. Y antes de que pudiera decir una palabra, corrió al salón de baile, mezclándose con la multitud y cruzando al otro lado rápidamente.

Alisa atravesó las puertas y desapareció de mi vista.

Tenía que encontrarla.

FRÁGIL, COMO NUNCA LA HABÍA VISTO, SE DETUVO JUNTO A LAS PUERTAS DEL PALAZZO.

Su mano estaba envuelta alrededor del portón de hierro forjado; sus ojos miraban más allá del puente de Rialto que estaba adelante. Tomó un aliento superficial, tal vez tratando de recuperar la quietud de su mente acelerada.

Salí por la puerta principal. Las primeras gotas de lluvia cayeron en mis manos. Una suave ráfaga de viento húmedo agitaba las aguas del Gran Canal, anunciando la inminente tormenta.

Me acerqué y me detuve un paso detrás de ella.

—Di algo —dije—. Por favor, háblame.

Se cubrió los labios con sus manos enguantadas y sacudió la cabeza.

Al diablo con todo. Había guardado silencio el tiempo suficiente.

—Muy bien. Entonces yo lo haré —musité, cuidándome poco de la lluvia que ahora caía sobre nosotros—. Comenzaría diciendo que lo siento, que lo que sucedió en ese patio nunca más volverá a ocurrir entre nosotros... pero entonces estaría mintiendo.

»No me arrepiento, Alisa. Y no quiero tu perdón. —Tomé su mano—. Quiero mucho más...

—Para, te lo ruego. No digas una palabra más.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿Puedes decir honestamente que no sientes lo mismo?

Ella fijó sus ojos llorosos en los míos y sus labios temblorosos no pronunciaron palabras.

—¿Es esto lo que quieres, torturarme con tu silencio? —dije—. Encuentras diversión en mi dolor, ¿es eso?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —dijo ella—. Iván, hay algo que debes saber...

—¡Hola, hola! —dijo una voz. Como un demonio espantoso, su alta silueta emergió de la puerta del *palazzo*.

Oculto bajo un pesado abrigo negro que caía hasta sus tobillos, con un cuello blanco con volantes y una máscara blanca de *Medico della Peste*, su mano enguantada en negro ondeaba en el aire y se cubría la cabeza mientras se acercaba.

—¡Nunca pensé que los encontraría aquí, no bajo la lluvia! —dijo con voz alegre—. Bueno, ¿no me reconocen?

¿Cómo podríamos hacerlo? El disfraz cubría al hombre por completo.

—¡Vaya! Realmente no tienes ni idea de quién soy, ¿verdad, Lockhart? —Se llevó la mano a la cintura y se rió.

Su risa desdeñosa desencadenó un recuerdo dentro de mi cerebro. No era una imagen, sino un sentimiento. Una aguda sensación de odio brotaba de mi miserable corazón ante el sonido de esa espantosa risa.

—Pritchard... —musité. Y para mi total decepción, mi conjetura resultó ser correcta en el momento en que se quitó la máscara.

—¿Sorprendido de verme? —Palmeó el hombro empapado de mi chaqueta—. Debo decir, qué dura tarea hubiera sido encontrarlos en medio de la multitud. Si Alisa no me hubiera dicho cuál sería su atuendo para el baile, ¡nunca los habría encontrado!

—¿Alisa...? —susurré. La confusión era poco para describir mi estado de ánimo. El desconcierto, la conmoción... habrían sido términos más adecuados para mi reacción. Bueno, eso, y mi cólera contra Pritchard.

—¡Por supuesto! Ella me contó todo sobre el Gran Baile en su última carta... No me lo habría perdido por nada en el mundo —dijo—. ¡Y aquí estoy entre mis queridos amigos una vez más!

¿En su última carta? Se escribían. Ella le había pedido a Pritchard que viniera aquí. Mis ojos se volvieron hacia Alisa. Se quedó sin palabras. Me di cuenta de su incomodidad, pero me importó muy poco.

—Vamos —dijo—. Deberíamos entrar. Créanme, ¡este clima solo empeorará!

Aparté su mano condescendiente de mi hombro y di un paso atrás.

—No puedo —dije—. Yo... debo irme.

¿Qué fuerza me había poseído para pronunciar tales palabras tan ininteligibles? No lo sabía. Solo sabía que me sentía traicionado, y necesitaba escapar de este horrible escenario lo más pronto posible.

Al abrir el portón, me preparé para perderme en las sinuosas *callis* venecianas; pero, al empujar esa puerta, su mano cayó sobre la mía.

—Iván, por favor —me susurró al oído—. ¡Iba a decírtelo!

Me volví. Pritchard se quedó atrás, junto a la puerta.

—Deberías volver —dije con un tono frío y distante—. Te está esperando.

Mi mano se deslizó lejos de la de ella.

Con tantas preguntas torturando mi cerebro, exigiendo una respuesta, debería haber querido quedarme. Pero las razones tras el dolor que mi corazón experimentaba me alejaban. Y mientras me movía hacia la *Piazza San Marco*, sin preocuparme por nada más que encontrar un momento de paz, sabía que no importaba la distancia que colocara entre nosotros, esta sensación de un profundo vacío me seguiría a donde sea que fuera.

EL CARNAVAL

Ébriamente, me zambullí en las hordas de hombres y mujeres *in maschera* dispersos en la Plaza de San Marcos, hasta que me deslicé en un rincón donde podía apoyarme contra el muro y tomar una profunda respiración.

No solo el vino nublaba mi pensamiento, sino que una miríada de emociones se agitaban en mi corazón, y nada, ni siquiera el bendito vino, podía silenciar la voz apremiante que gritaba en mi mente las siniestras palabras que jamás pronunciaría.

«*Está mal. Está mal en tantas maneras, pero no puedo detenerlo. No tengo control sobre eso... ¡Y no quiero que se detenga!*»

Tiré la botella y retrocedí unos pasos. Buscaba estar lejos de la muchedumbre que reía y cantaba su felicidad al viento mientras yo me tragaba mi miseria. Mi mano se convirtió en mi guía. Recorriendo el muro, me mantuvo en pie y me condujo a una calle silenciosa y estrecha, privada de cualquier otra presencia humana.

Podría finalmente ceder a los brazos de la desolación. Y lo habría hecho, de no ser por el suave roce de una mano abrazando mi cintura... Una mujer interesada en pasar un buen rato, sin duda. Alguien que me encontraba lo suficientemente atractivo a pesar de mi angustia, y deseaba pasar la noche conmigo.

—*Mi dispiace...* —dije—. No soy buena compañía, *ragazza*. No esta noche.

—*Sarai sempre la migliore azienda per me.* —«Siempre serás la mejor compañía para mí», dijo en impecable italiano.

La máscara negra de Colombina... La reconocí al instante.

La comisura de sus labios carmín se curvó en la insinuación de una sonrisa. Cuando se acercó a mí, el aroma sutil y luminoso de su piel llenó mis pulmones con sus notas frescas de rosas y bergamota.

Estrechándola entre mis brazos, en mi confusión interior cayó el silencio. Su cuerpo se rindió contra el mío al acercarla con un suave balanceo. Sus profundos ojos azules se clavaron en mis ojos, y reconocí en ellos el brillo innegable del deseo, tal vez incluso, amor.

—He estado muerto por tanto tiempo —susurré—. Pero lo que sea que valga la pena dar de mi corazón sin vida te pertenece, Alisa.

Puso mi mano sobre su pecho. Su corazón se aceleró.

—Es nuestro, Iván... —dijo ella—. Tuyo y mío. —Las palabras hicieron eco en mi alma.

Nuestro.

Una sola sangre. Un solo corazón latiente cuyo propósito era vivir para esto, nuestro oscuro amor. Mi corazón se había detenido hace ocho años, congelado bajo las aguas heladas del lago donde había perdido a Viktor, y el de ella me había sostenido desde entonces.

—*Dolcíssimo amore!* —Presioné mis labios contra los suyos, y al hacerlo, todos mis miedos se alejaron y las voces inquietantes en mi cabeza callaron. Conocí la paz en ese momento, ¡y ardería en el infierno antes que privarme de ella otra vez!

El ardiente contacto de sus delicadas manos recorriendo mi pecho instigaba mi sed de ella. No me importaba si sucedía ahí mismo. La deseaba. Completamente.

Encerrados en un abrazo apasionado, besé cada centímetro de su piel, ansioso por retirar cada capa de ropa de su cuerpo. Presionó mi mano cuando delineaba su escote, e insinuó una traviesa sonrisa ante mi despliegue de impaciencia.

—Ven —susurró.

A través de calles húmedas y estrechas me condujo, hasta que llegamos al corredor de una posada. Deslicé el pago sobre el mostrador apresuradamente y subimos las escaleras del establecimiento, vacío, pues la gente estaba reunida en la plaza para las festividades del Carnaval.

La música se filtraba en nuestra habitación iluminada bajo una tenue luz. Pero lo único que me importaba era tomarla entre mis brazos y permitir que mis manos viajaran las líneas prohibidas de cada curva en su glorioso cuerpo. Durante demasiado tiempo había liberado mis sentimientos ajenos a nuestra hermandad en tantas otras personas, y de estos encuentros siempre obtenía poca o nula satisfacción. Pero esta vez sería distinto. Esta vez, había entrado a un reino donde ese sueño estaba por convertirse en realidad.

Quedamos de pie frente a la ventana. Sostuve sus cálidas manos. Un suave haz de luz proveniente de la calle entró y cayó en su rostro, llenando sus ojos de un reflejo color ámbar. Alisa se acercó y besó mis labios con un deseo ardiente.

—Espera. —La separé suavemente.

Di un paso atrás para capturar su semblante, sus mejillas sonrosadas y ojos brillantes. Los labios de Alisa, tiernos como un capullo de rosa, se separaron.

Lentamente, retiré mi máscara de Volto. Mis dedos se deslizaron sobre su cuello y tiraron de la cinta de su máscara de Colombina. Me tomé mi tiempo antes de revelar su precioso rostro. Sería un momento que abrazaría a mi corazón durante mucho tiempo.

—No más máscaras... —susurré.

Nuevamente se sonrojó, a la vez que mordía su labio inferior. Sus ojos hambrientos se posaron en los míos.

Sonreí. Con ternura, la abracé y la besé con todo el amor que había acumulado por ella en silencio durante todos estos años.

SU CUERPO DESNUDO YACÍA JUNTO AL MÍO, OCULTO BAJO SÁBANAS BLANCAS LIGERAS. Alisa dormía, pero yo me negaba a hacerlo. No lo haría, no en una noche como esta. No cuando hacía apenas unos momentos había presenciado la liberación de su pasión, ambos atrapados en el torbellino de nuestros afectos largamente retenidos.

El choque de mis sentidos me había dejado indefenso, pero mi mente retenía cada detalle de nuestro precioso tiempo juntos. No soportaría perder una sola parte de este recuerdo, y así, había permanecido despierto, perdido en la contemplación de su forma exquisita.

Libertad. La más grande y clara sensación de libertad hervía en mis venas, pues cualquier delgada línea de prejuicios entre Alisa y yo se había roto por fin. Y nada más que la dicha total y la libertad habían surgido de esa ruptura prodigiosa.

Una repentina euforia se extendía por mis extremidades, luchando por salir. Quería pasear a su lado en las orillas del Gran Canal y gritarle al mundo cuánto la amaba, cuánto la había amado siempre. Y al colocar todas las circunstancias contra esta noción, me había dado cuenta de que nada más importaba. Mi sentido egoísta de indignidad, la culpabilidad que había cargado desde la muerte de Viktor... insignificante, todo.

Tenía amor en mi vida. Y aunque me asustaba saber a mi alcance un tesoro tan frágil, llenaba mi corazón de orgullo y algo más que en mi vida faltaba desde hacía tiempo: una razón para vivir.

Una sonrisa se dibujaba en mi rostro y no había nada que pudiera hacer al respecto, ni tampoco quería que se desvaneciera nunca más.

RECOGÍ MI ROPA Y BAJÉ LAS ESCALERAS PARA TOMAR ALGO.

El Carnaval había trastornado a Venecia, y había dejado su rastro inequívoco dentro de la posada. No había nadie detrás del mostrador. Una botella de Burdeos llamó mi atención, así que dejé algunos ducados en la barra y me la llevé.

Fue en mi camino hacia arriba que lo vi pasar por el establecimiento.

Primero había pensado que se trataba de un engaño de mi viva imaginación o el resultado del exceso de vino que había consumido la noche anterior. Pero luego, se movió por fuera del siguiente juego de ventanas, y el forro rojo brillante de su capa captó mi atención.

La capa roja.

Verlo desató una serie de imágenes que hubiera preferido dejar enterradas en el fondo de mi mente. Pero poco podía hacer ahora para prevenirlo.

El hielo roto, el agua helada envolviéndome y tirándome hacia abajo, el rugido horrorizado de mi hermano en su lucha por sobrevivir... Todo regresaba, aplastado en un sórdido recuerdo: salía del agua helada, luchando por mi vida, y entonces lo veía, parado varios metros más allá de la orilla, envuelto en esa pesada capa forrada de rojo, inmóvil, con los ojos fijos en mí.

Jamás olvidaría a ese hombre mientras viviera.

Sin pensarlo más, fui tras él.

Cuando seguí su dirección en la calle y giré a la derecha, tropecé con un *campiello* tranquilo. Estaba desolado, la niebla dificultaba una vista clara y no tenía más que el sonido de sus pasos como guía en la persecución.

Me adentré en la plaza. Y alrededor de su fuente, cuando la niebla al fin se disipó, logré ver su silueta entrando en una angosta calle más adelante.

El hombre se detuvo en medio de la calle, consciente de mi persecución. Se giró y fijó sus ojos enmascarados en mí.

Sostuve su mirada.

—Eres tú... —dije en voz baja.

Un ligero banco de niebla avanzó entre nosotros, y al aclararse, noté que el hombre había desaparecido. Pero no tenía adónde huir. La estrecha calle conducía a un callejón sin salida, y con esto en mente, mi confianza crecía a medida que avanzaba.

Dejé de escuchar sus pasos. No encontré rastro de su presencia.

—¿Adónde te has ido? —demandé, escudriñando cada pared.

Lo he perdido otra vez.

Apreté los dientes, apreté mis puños y rugí dentro de mi furia. ¿Cómo era esto posible? ¿Cómo podría una persona simplemente desaparecer?

Repasé cada minuto de mi cacería de este hombre, seguro de que su presencia no era producto de mi loca imaginación. De pronto, algo me tomó por la camisa y jaló hacia atrás. Tiró tan fuerte que casi me asfixió. No podía moverme. Su gélido aliento aterrizó en mi cuello, y dos cuchillas puntiagudas y afiladas perforaron mi carne.

El dolor era diferente a cualquier otro que yo haya experimentado. Abrumó mis sentidos, y me desvanecí.

EL REGALO

Un marco de roble esculpido con detalles intrincados fue lo primero que vi cuando abrí los ojos. Yacía en una cama con dosel con cortinas de terciopelo rojo pendiendo de ambos lados.

Forzar mi mente a recordar los eventos que me habían llevado a este lugar desconocido me causaba un gran dolor; cada vaso sanguíneo en mi cabeza latía en golpes agonizantes que no hacían más que obstaculizar mi memoria.

Necesito salir de aquí.

Envié la orden a mi cerebro. Lo hice tan claramente como pude, y la instrucción era bastante simple: *muévete*. Pero nada pasó. Mis brazos y piernas no respondían, debilitados hasta el punto del entumecimiento. No quería más que alejarme del colchón de felpa y volver corriendo a las calles que tanto adoraba rondar a esa hora tan avanzada de la tarde.

En un momento, reuní suficiente fuerza y logré la difícil tarea de mover mi cuerpo hacia arriba y apoyar mi cabeza contra la cabecera. Y tan pronto como lo hice, supe qué terrible error cometí. Cada miembro me dolía como el infierno. Y la peor parte era que todavía no había recuperado un estado completo de conciencia. Mi cuerpo clamaba por dormir. Durante unos minutos, caí en la inconsciencia, pero mi voluntad me instigó a desechar la apremiante necesidad de descansar y me instó a abrir los ojos y moverme como si mi propia vida dependiera de ello.

La siguiente vez que abrí los ojos, hice mi mejor esfuerzo por analizar cada detalle de la sala para obtener cualquier fragmento de información con respecto a mi ubicación. Vi la mesita de noche, una jarra llena de agua y junto a ella, un vaso; las contraventanas cerradas impedían la entrada de un solo rayo de luz del próximo amanecer.

Fue entonces cuando lo vi.

Su silueta se sumergía profundamente en las sombras de la habitación, sentada en la silla en el rincón más alejado de donde yo estaba. Un rayo de luz se filtraba en el estanque de oscuridad donde se escondía. Y entonces pude ver sus ojos vacíos, su superficie blanca y opaca, y sin una mota de vida. Entrecerré mis ojos y forcé mi enfoque tanto como pude, y el resto se hizo más claro: su cabello rubio y húmedo pegado a su frente, sus largos dedos huesudos escurriendo agua, ambos brazos descansando sobre sus rodillas; su ropa, andrajosa y húmeda, y encogida a sus extremidades.

El miedo me atravesó el estómago con su espada implacable.

—¿Qué quieres de mí? —murmuré, petrificado de horror.

Él no se movió ni un centímetro, ni habló. Simplemente se sentaba allí, con los ojos vacíos, fijos en mi cuerpo convaleciente.

—Lo ves, ¿verdad? —dijo una voz.

Me volví y me encontré con sus ojos color avellana.

—Ha venido por mí... —Apenas pude pronunciar las palabras— ...porque yo lo maté.

»¿Puedes verlo? —agregué.

El hombre me dio una sonrisa de complicidad.

—No puedo. Y sin embargo, él está aquí.

—La capa roja... Tú estabas allí... ese día, en el lago —musité—. ¿Quién eres tú?

Mi mirada volvió a la amenazante figura de mi hermano. No quitaba mis ojos de él por mucho tiempo, agachado como un lobo como estaba, listo para lanzarme su ataque en cualquier momento.

—Quien yo soy no es importante, niño. —Se arrodilló a mi lado, más cerca—. Lo que importa es si quieres vivir.

Dejé de respirar, paralizado por el miedo, debilitado más allá de cualquier explicación posible. No podía dar sentido a nada de lo que estaba sucediendo en este momento. Al igual que mi cuerpo, mi mente estaba entumecida, lenta e incapaz de responder tan rápido como quería.

Mi memoria retenía poco además del desvanecimiento que había sufrido en la calle. De un momento a otro, yacía en una cama de lujo, probablemente en un *palazzo*, y mi hermano muerto estaba aquí, y también este hombre quien me ofrecía una salida... Pero eso significaba algo más, ¿cierto?

—¿Me estoy muriendo? —dije, y por primera vez en mucho tiempo, aparté mis ojos de la aterradora presencia de Viktor y miré al hombre arrodillado a mi lado.

Debía estar en su tercera década de vida. Con cabello rubio oscuro y ojos color avellana, me estudiaba con un aire de calidez y preocupación. Interés genuino y cuidado emanaban de él en una actitud casi protectora; su mirada era la clase de mirada que había soñado descubrir en mi padre durante los últimos ocho años. Y al observarlo con detenimiento, todas mis preocupaciones se desvanecieron.

Alzó las cejas antes de hablar.

—¿Quieres morir?

Su pregunta hizo eco en mi mente aturdida. Durante años, había evitado la muerte y me había vuelto bastante hábil para desafiar su trágico toque, pero después del fallecimiento de Viktor todo había cambiado y deseaba la muerte más que nunca. La recibía con los brazos abiertos. Esperaba que la peste u otra enfermedad vil me alejara del infierno en que se había convertido mi vida, y ahora parecía que había llegado al final del camino. Y Viktor estaba aquí, y había venido a reclamar su legítima venganza.

«¡Con todo mi corazón, sí!», quería decir. Pero luego, un destello de la sonrisa de Alisa, sus ojos azul oscuro y el momento de nuestra primera noche juntos se estrellaron en mi mente. Nunca había sabido que tal dicha fuera posible o alcanzable, para el caso. Y las palabras se apresuraron antes de que pudiera considerarlas.

—No —dije—. Necesito vivir. ¡No puedo morir ahora! —*¡No cuando he encontrado el verdadero significado de la felicidad en mi vida!*

—Entonces, puedo hacer que él se vaya —musitó.

—¿Pero, cómo?

El gran cansancio que mi cuerpo sufría evitaba que mi miedo se convirtiera en verdadero horror al mirar una vez más al espectro sentado en la silla en la esquina de la habitación. Su piel, encogida hasta los huesos, húmeda y con un toque de azul... ¿Había alguna forma de engañar a la muerte una vez más, incluso ahora, cuando enviaba a mi hermano muerto como su emisario?

El hombre apartó el pelo de mi cara. Sus dedos eran tan fríos y duros como el mármol.

—Debes beber —dijo—. Bebe, y nunca morirás. Nunca serás como él es ahora...

Cortó su muñeca con sus uñas afiladas y la sangre goteó sobre mis labios reseca. Tomé esa primera probada de este prohibido elixir y llené mi boca con toda la riqueza del vino; pero cuando tragué esa primera bebida, superó a cualquier otro vino que haya probado en mi vida. Su calidez se extendió por mi cuerpo. Y aferrándome a esta preciosa fuente de dicha, supe lo que podría ser el verdadero éxtasis.

En un momento de gran excitación, gemí y presioné su muñeca contra mí. Quería hasta la última gota de esta bebida, incluso si me matara. Lo quería con el entusiasmo de un niño y más... pero luego se detuvo. Él se liberó de mi agarre egoísta, y lloré porque todo había terminado.

Me volví hacia el maldito rincón de la habitación y él todavía estaba allí. Mi hermano se sentaba en su estúpida silla y me miraba con sus ojos vacíos, pero esta vez, sonreía. Su sonrisa torcida envió escalofríos por mi espina dorsal. Cerré mis ojos deseando que su espectro se desvaneciera en el aire, pero no fue así.

Me empujé contra la cabecera y me sequé las lágrimas de la cara.

—Él todavía está allí —dije—. Aún puedo verlo...

Entonces, algo me quemó de adentro hacia afuera. Se agitaba como lava líquida corriendo por mis extremidades. Me volví hacia la cama y doblé las rodillas sobre mi pecho, gimiendo.

—¿Qué pasa? ¡¿Qué me has hecho?!

—Es la Sangre Oscura, Iván —dijo con voz tranquilizadora—. Está sanando tu cuerpo, no luches contra ello. Pronto terminará.

El ardor chocó contra mi carne y huesos en oleada tras oleada de dolor insoportable hasta que retrocedió lentamente. Después de unos minutos, se detuvo por completo. Y luego, fue como si nada hubiera sucedido. Mi cuerpo se sentía fuerte, receptivo y lleno de vida, tal vez incluso más que antes.

Me senté en la cama y recorrí la habitación con la mirada.

—Se ha ido... —susurré, temiendo que si hablaba más fuerte, Viktor se materializaría en medio de la habitación y me agarraría con fuerza para llevarme con él a las sórdidas profundidades del Inframundo.

—Jamás lo volverás a ver... a menos que lo desees —dijo. ¿Qué diablos quería decir con eso?

Me ofreció su brazo para ponerme de pie y me llevó a otro cuarto. Y cuando salimos de esta habitación, mi corazón sintió alivio porque mientras más nos alejábamos, más a salvo estaría de Viktor.

—Necesito saber tu nombre —dije—. ¿Quién eres? ¿Por qué estabas en el lago aquella vez, y por qué no hiciste nada para salvarnos?

Cerró las ventanas. Bajamos las escaleras, a un sótano.

—Te lo explicaré todo mañana —dijo, conduciéndome a otra habitación; en sus muros había pinturas con días de verano y amaneceres. No tenía ventanas—. Pero por ahora, debes descansar.

Él me acompañó adentro y luego caminó de regreso a la puerta, sosteniendo una llave.

—Vendré por ti cuando sea el momento de levantarnos—. Cerró la puerta a medias, pero luego se detuvo y se asomó a la habitación una vez más.

—Mi nombre es Dristan.

OJALÁ PUDIERA DECIR QUE ENCONTRÉ SUEÑOS PACÍFICOS AL DORMIR ESA NOCHE, PERO NO lo hice. El rostro putrefacto de mi hermano atormentó mi sueño, y sus esfuerzos por llevarme a los pozos de la perdición junto con él alimentaron esta pesadilla.

El hambre me trajo de vuelta a las puertas del infierno.

Todos los vasos sanguíneos de mi cuerpo se constreñían con un leve dolor pulsante. Mi cuerpo se sentía liviano y delgado, casi sin peso mientras me alejaba de la cómoda cama, acercándome al umbral de la habitación.

Lo primero que me llamó la atención fue que la puerta estaba abierta. Crujió cuando pasé junto a ella. Recordé la escalera de caracol y subí al nivel *piano nobile* del *palazzo*.

A medida que los acontecimientos de la noche anterior se reconstruían lentamente en mi mente febril, el recuerdo del espectro de Viktor aún causaba a mi corazón cierta inquietud, eclipsada solo por el recuerdo de Dristan, el hombre que se había cortado la muñeca y me había ofrecido su sangre medicinal. Esa bebida oscura había sido un delirio, y yo quería más de ella.

Mis pasos me llevaron al solárium del *palazzo*. Mientras miraba hacia arriba en el techo abovedado de cristal, el cielo teñía de vetas naranja, púrpura y rosa. Los colores se agitaban junto con las nubes en movimiento, y aun cuando faltaba una hora para que la oscuridad completa se extendiera, capté una miríada de estrellas, a pesar de la persistente luz del día. Su llamativo brillo, tan etéreo, atrajo mi mirada durante unos minutos.

Entonces me di cuenta de que mis ojos captaban imágenes más lejanas que antes, y con una nitidez tan clara que abrumaba mis sentidos.

El dolor punzante regresó.

Me moví en medio de la jungla contenida en esta habitación hasta que entré en una biblioteca. Este lugar había sido el propósito de mi deambular. Una presencia en esta sala me había convocado sin saberlo; su llamada me había llegado con tanta sutileza que apenas tenía conocimiento de ella.

Un anciano se arrodillaba en el piso. Estudiaba los lomos de cada libro, los desempolvaba y los colocaba con cuidado dentro de la estantería que tenía frente a él.

Se sentía miserable.

El fuerte latido de su corazón resonaba en la habitación.

De un momento a otro, ya estaba detrás de él. Me había movido tan rápido y tan silenciosamente que él no había percibido mi presencia hasta que había sido demasiado tarde. Cada fibra en mi cuerpo dolía por él, ansiaba el sabor de su sangre bajo mi paladar. Lo necesitaba.

Agarré al hombre de inmediato y encontré poca oposición. No peleaba cuando le mordí el cuello donde se ingurgitaba la pulsante arteria debajo de su arrugada piel.

La sangre se disparó en mi boca y la llenó con su reconfortante calidez. Y aunque no lograba repetir el grado de placer que había experimentado la noche anterior, satisfacía mis deseos oscuros.

El dolor desapareció.

Bebí bocanadas de su bendita sangre antes de llegar a un punto de alivio. Me temo que me harté de ella. Y cuando el frágil cuerpo del hombre no dio más de este precioso elixir, lloré de nuevo. Sentado en el piso, me apoyé contra la estantería antigua, con el cadáver del anciano en mi regazo.

—No derrames tus lágrimas por él, Iván. Era viejo y estaba cansado de vivir —dijo.

Me limpié las lágrimas de la cara con el dorso de mi mano.

—Yo... Yo lo maté.

—Sí. Lo hiciste. —Dristan se sentó a mi lado, en el piso. Este pequeño gesto me transmitió confianza e incluso consuelo—. Tendrás que volver a hacerlo si quieres seguir viviendo.

—No es eso. Él... murió demasiado rápido —musité. Las lágrimas asomaron a mis ojos una vez más.

Dristan rió.

—¡Ah! Bueno, en ese caso, debes tomarte tu tiempo, niño. Esto es algo que aprenderás con el tiempo.

—¿Qué es esta... maldición? —dije—. ¿Estoy muerto? ¿Soy un demonio? ¿Me he convertido en un espectro como mi hermano?

—No eres tal cosa —dijo con voz grave—. En todo caso, ¡eres bendecido!

Fruncí el ceño. ¿Qué clase de bendición podría surgir de matar?

—Durante demasiado tiempo he buscado a alguien que merezca este Regalo, un heredero, si deseas verlo así. Y luego, te encontré, luchando en ese lago helado, aferrándote a la orilla con una sed de vida tan ávida como pocas veces había visto antes...

—¿Este es un regalo?

—Pronto, verás que la Sangre Oscura infunde cualidades que superan cualquier expectativa humana, Iván. Desde este día en adelante, permanecerás intocable para la muerte, y nunca más envejecerás. —Se levantó del suelo y me ofreció su mano. La tomé, y lo seguí fuera de la biblioteca, al solárium.

—No hay límite para los siglos entrantes que verán tus ojos preternaturales; pero ten cuidado, jovencito. El fuego y la luz del día son tan letales para nosotros como lo fueron tus afilados colmillos para el pobre Giacomo.

Cuando pasamos junto a la exótica vegetación silvestre, comencé a darme cuenta de cuánto cambió mi vida. Insondable como era, el pensamiento de vivir más allá de un siglo entero conservando mi forma juvenil, me eludía. Quería creer que comprendía su significado, pero realmente no lo entendía.

Me moví detrás de él y tomé una escalera circular que nos llevó a un pasillo estrecho. Apartó un viejo tapiz que estaba en la pared y reveló una puerta escondida. Dristan abrió la cerradura con una llave que sacó de su chaleco, y me mostró el interior.

Algo acerca de él me atraía más allá de la razón. Habría puesto mi vida en las manos de este hombre, y lo había hecho. Confiaba plenamente en él y no cuestionaba ninguna de sus palabras de consejo, ni siquiera una vez.

Encendió las velas de la habitación, y la luz se extendió rápidamente, tocando cada superficie de los tesoros que estaban dentro. Decenas de cofres abiertos exhibían preciosas joyas, oro y monedas. Una mesa central mostraba muchos papeles y títulos de propiedad. Lo miré todo con la curiosidad de un niño, sin preocuparme por lo que él podría haber pensado de mí.

Mi padre era un hombre rico. Yo no era ajeno a la riqueza y la comodidad. Sin embargo, rara vez había visto una gran cantidad de dinero dentro de una sola habitación. Me dejó sin aliento.

Pasé la mano por la mesa de roble, finamente tallada y llena de riquezas.

—Tengo otras habitaciones como esta, ocultas en las muchas guaridas que poseo en todo el mundo —dijo—. Esta es tuya ahora.

—¿Mía? —Hice poco por ocultar mi sorpresa.

—Sí. Y esto también —dijo, entregándome una hoja de papel.

Leí las líneas garabateadas de diseño elegante del documento, pero mis ojos saltaron al ver mi nombre en la parte inferior de la página.

—¿Barón? —dije.

Dristan asintió con gravedad.

—Sí, Iván. Tu nombre ahora figura en *il Libro d'Oro*.

—¿Pero cómo puede...?

—Esta es mi herencia para ti. Te facilitará entrar en el mundo como el vampiro que eres ahora.

¿Vampiro?

Dristan retiró un anillo de oro de su dedo y me lo ofreció. Su superficie de ónix llevaba el heraldo de un halcón coronado de dos cabezas con alas extendidas y espadas enfrentadas.

—No puedo aceptar esto... —musité.

—No escucharé más de eso. —Dristan dejó el anillo sobre la mesa y levantó la mano, ordenándome que abandonara el tema de inmediato—. Tengo algo más para ti, Iván; algo que vale mucho más que todo este tesoro.

—¿Qué es?

Tomó un pequeño arcón de madera entre sus manos y lo abrió para revelar un bolso de fieltro que luego puso en mis manos.

Poco preocupado por los modales, vertí su contenido de una vez. Un pequeño frasco de plata salió de allí. Lo analicé con curiosidad. ¿Qué era lo que podía tener tanto valor?

Leí la inscripción:

PER DRISTAN

—Para Dristan —susurré.

—Lo he guardado durante siglos. Y ahora, esta será tu carga que llevar —dijo, cansado.

—No entiendo. ¿Qué es esto?

—¡La fuente de todos nosotros, niño! —cantó Dristan—. Este pequeño frasco contiene la sangre de nuestros antepasados, la primera línea de bebedores de sangre que el mundo haya contemplado jamás. Para cualquier vampiro, beber de este elixir significaría poder y capacidades insondables más allá de tu comprensión...

—¿Por qué no has bebido de esto, entonces?

—El pensamiento cruzó por mi mente cuando llegó a mis manos, como estoy seguro de que lo hace para ti ahora. Pero te diré lo que mi creador me dijo entonces. Después de siglos de vivir en la oscuridad, he visto lo suficiente como para alejarme de tal tentación. Presta atención a mi consejo, Iván. Mantenlo a salvo, pero no bebas de él. Su poder alcanza terribles consecuencias. Un solo sorbo también podría destruirte.

—No te preocupes. Haré lo que me pides, Dristan. —Deslicé el frasco en el bolsillo de mi pantalón.

—Sé que lo harás —dijo Dristan. Sonrió y se acercó a la ventana—. Esta noche, te dejaré. Confío en que a mi regreso descubriré en ti al poderoso vampiro que mi corazón anhela.

Me acerqué a él. La noticia me revolvió el estómago; me dolió hasta el punto de llorar. ¿Había hecho algo mal? ¿Por qué me dejaría tan pronto?

—¿Te he decepcionado? —finalmente pregunté.

Él sonrió y presionó mi hombro.

—Estoy seguro de que ese día nunca llegará.

—Entonces, ¿por qué me dejas? —exigí saber. Sujeté su brazo con toda la fuerza que pude invocar. Quitó mi mano con mucha facilidad y me acarició la mejilla.

—Recuerda mi advertencia, querido hijo. Disfruta de tu nueva vida en la oscuridad... Espero grandes cosas de ti. —Se sentó en el alféizar de la ventana y luego saltó a la noche.

Corrí a la ventana. Las oscuras aguas del canal se movían abajo, pero no encontré ni rastro de él.

Solo, un huérfano en medio de la Oscuridad desconocida, lloré hasta dormir.

OSCURA CANCIÓN DE CUNA

En las primeras horas de la tarde siguiente, una voz me alejó de mi sueño. La voz cantaba una suave canción de cuna.

Seguí la melodía, guiado por su hechizo. En medio de las *callis*, me mezclé con la multitud como un turista más... Pero no lo era.

Mis pasos se detuvieron en un callejón sin salida. La voz me llamaba desde la ventana más alta de una casa. Levanté la vista y calculé que sería una escalada sencilla. Impulsado por mi curiosa naturaleza, pisé algunas cajas de madera y luego fijé las manos en las grietas de la pared de piedra. Mi cuerpo no pesaba nada. Me abrí paso hacia arriba en segundos, sin testigos de mi increíble hazaña.

En la balaustrada del balcón, me senté. Asomándome a través de la fina capa de cortinas blancas, pude ver su voluptuosa figura. Sentada frente a la cómoda en su dormitorio, ella peinaba su cabello largo y ondulado, mirándose en el espejo. Cantaba, y era su voz la que involuntariamente me había llevado a su ventana, aunque no había percibido mi presencia.

Una voz se formó en mi cerebro; su poderosa orden hizo eco en mi mente:

«Tómala ahora. Abre las puertas y atrápala. Hunde tus colmillos profundamente en su cuello y bebe ese precioso elixir que fluye por sus venas y arterias».

—Sí—susurré.

Mi mano tocó el panel de vidrio. Con los ojos fijos en mi amada presa, el hambre atravesó el fondo de mi estómago y una oleada de dolor pulsante llegó a todos mis miembros.

Cuando empujé la puerta, y lentamente cedió bajo mi palma, me detuve.

Se apartó del tocador y tomó algo que estaba a su lado; algo que no había visto antes, cegado por mi apetito antinatural.

Un niño recién nacido dormía en sus brazos mientras tarareaba la hipnótica melodía, una criatura indefensa a la que pronto dejaría huérfana como yo mismo... La fragancia de sangre juvenil se filtró a través del resquicio de la puerta, un vino irresistible que calmaría mi sed dolorosa. Necesitaba ese vino.

Di un paso más hacia mi presa.

La puerta crujió. Sosteniendo al niño en sus brazos, ella se volvió y sus ojos inocentes

se posaron en mí. Presionó al niño contra su pecho y sus labios se separaron apenas.

En ese momento, la habitación y su mobiliario desaparecieron. Campos de nieve blanca me envolvieron con la vista de un lago helado frente a mí. Más allá, al otro lado del lago, estaba el zorro rojo. Su pierna, atrapada en las rocas; sus ojos, puros e inocentes, fijos en los míos.

—«¡Mátalo!», dijo.

La nieve se derritió y la panorámica blanca se alejó cuando cayó el velo de la ilusión. El zorro desapareció, pero la mujer y su hijo se quedaron en su lugar.

—«¡Mátalo!». La voz de Viktor hizo eco en la habitación.

Otro golpe de dolor se agitó en mis venas y arterias, recorriendo mi pecho, llegando a las puntas de mis dedos, dejando un dolor insoportable.

Di un paso atrás y salté de la barandilla del balcón, aterrizando sobre mis pies sin problemas. Y a pesar de que el hambre me desgarraba, salí de esa *callètte*, dejando a madre e hijo ilesos, aunque bastante asustados.

LA NOCHE CAYÓ, Y AÚN TENÍA QUE SACIAR MI HAMBRE ANTINATURAL.

La humedad de los muros de piedra se transfería a la punta de mis dedos mientras descendía por la calle desolada. La fragancia náutica en el aire envolvía mis sentidos, y en un dulce momento, cada pensamiento preocupante que rodeaba mi cerebro preternatural se disipó en un delicioso vacío donde nada importaba.

La ciudad dormía. Percibí solo algunas voces susurrantes con mi oído vampírico. Las recogía sin dificultad: desde el violento cobro de viejas deudas y nuevas dentro de las tabernas, hasta gritos de éxtasis prodigioso que el viento traía desde los burdeles que se encontraban a kilómetros de distancia.

En medio de los sonidos discordantes, una voz eclipsaba a cualquier otra. Pronunciaba un nombre. Lo había escuchado claramente y bastante cerca de donde estaba.

«*Rinaldo... Rinaldo, ¡vuelve a mí!*»

Detuve mis pasos.

Cuando seguí el rastro del sonido, cruzando algunos canales, la voz se volvió más clara. Un olor desagradable flotaba en el aire. Las calles estaban sucias y contaminadas por desechos humanos.

Delante de la puerta abierta, me quedé quieto por un minuto.

—Rinaldo... —lloró en un murmullo.

Abrí la puerta, haciendo un sonido bajo y crujiente, solo para descubrir una habitación inmersa en la oscuridad total y su silueta de pie frente a la ventana, inmóvil.

Entré y ella giró hacia atrás, clavando sus ojos enrojecidos en mí.

—¿Qué desea? —dijo en un apresurado canto de italiano.

—Marietta... —musité, sorprendido de haberla encontrado tan inesperadamente. Pero, tal vez la había estado buscando todo este tiempo; tal vez mis nuevos sentidos vampíricos me habían llevado a su puerta, conociendo mi promesa pendiente a Valentina y mi deseo secreto de convertirme en esa figura heroica que alguna vez había creído posible.

—*Signore?* —dijo ella, reconociendo mi voz.

—Sí. Soy yo.

Me acerqué a la ventana, evitando los rayos de la luz de la luna, oculto en las sombras en todo momento.

—¿Cómo me encontraste?

Ojalá lo supiera.

—Eso no importa —dije—. Tengo algo que decirte... Tu hija te espera en Roma.

—¿Valentina? —musitó, asombrada.

—Ella me envió aquí para encontrarte —dije—. Te necesita.

—No puedo irme —murmuró, restando toda importancia al tema—. ¡No puedo dejarlo en sus garras! ¡Ellos lo tienen, los *Sartie Mangiatori!*

Mi paciencia se agotó.

El suave y penetrante aroma de su sangre palpitante flotaba en el aire y penetraba en mis fosas nasales, llenando cada centímetro de mis pulmones. En algún lugar en las profundidades de la oscuridad antinatural de mi alma, el hambre se agitó.

—Sí. Los Comemortajas... ¡Lo sé! —«Sé que son reales», quería agregar—. Marietta, olvídate de Rinaldo. Él está muerto. Ha estado muerto por largo tiempo.

—¡No! ¡No! —La desesperación, no la locura, teñía su llanto. Ella se aferró a mi casaca, casi cayendo de rodillas—. ¡Eso es mentira!

Una insoportable ola de desesperación se hundió en mi ser y llenó mi alma. No podía respirar. Su angustia se había aferrado a mí y se sumaba a la mía. Abrumaba mis sentidos y nublabá mi pensamiento. Lágrimas aparecieron en mis ojos. Pronto, me arrodillaría y lloraría si no le ponía fin.

—*Basta!* —dije, quitándome sus manos de encima.

En un rápido movimiento, mi mano se deslizó bajo su mandíbula y se cerró alrededor de su cuello. Levanté su cuerpo en el aire y la golpeé contra la pared, junto a la ventana. Acerqué mi cara, y un rayo de luz azul mortecino aterrizó en mis ojos.

—Escucha, y escúchame bien —rugí—. Los Comedores de Mortaja no se detendrán hasta que te encuentren. Y cuando lo hagan, ¡te matarán!

Clavé mi mirada en sus ojos, luchando contra el fuerte deseo de desgarrar su yugular con mis dientes.

—¿Y sabes cómo sé esto? —siseé—. ¡Porque yo soy uno de ellos!

Sus ojos se abrieron. Se estremeció de miedo, y no hizo otro sonido que un gemido

silencioso.

—¡Te irás de Venecia, regresarás a Roma y encontrarás a tu hija! Le dirás a Valentina que su padre está muerto y que la echaste de menos y la amas. ¡Y nunca más la dejarás de nuevo!

»¿Entiendes? —dije en italiano.

Un destello de mis colmillos logró lo suficiente para asegurar su promesa.

Tan pronto como ella asintió, la liberé de mi mortal agarre y su cuerpo tembloroso se deslizó contra la pared. Agachada en la esquina de la habitación, Marietta llevó sus manos a sus labios y sollozó.

Por su bien, me volví hacia la puerta y salí de la casa lo más rápido que pude. Mi sed se volvía más amenazante con cada minuto que pasaba, más de lo que alguna vez había esperado o conocido.

A UNOS POCOS PASOS DE ESA CASA DECADENTE, ME HABÍA ENCONTRADO CON UN CALLEJÓN que terminaba en un pequeño muelle, con nada más que kilómetros de mar en la distancia.

La noche había caído hacía tiempo, y su velo de oscuridad cubría cada centímetro del cielo estrellado. Pero lejos de caer en la contemplación de las masas de gas multicolor, mis ojos se posaron en objetivos más atractivos.

Tres hombres jóvenes, todos ebrios, estaban de pie junto al muelle, enzarzados en una conversación alcohólica. Sus constantes quejas y su intoxicación los hacían ignorar al vampiro que se aproximaba.

—*Buonasera* —murmuré, acercándome a mi presa.

Sus rostros inocentes me miraron, perplejos más allá de sus sentidos, ignorando mi propósito cuando me detuve ante ellos.

Sonreí. Y con una insinuación de mis colmillos mortales, anuncié a cada uno sus irrevocables destinos.

TODO TERMINÓ DEMASIADO PRONTO.

Caminé por la calle húmeda, dejando tres cadáveres atrás, flotando en algún lugar bajo el mar oscurecido.

EL HISTORIAL DE MALDAD

*M*atar resultó ser una habilidad natural para mí.

En mi condición recientemente adquirida de vampiro, entendía su alto valor y necesidad. No sentía ningún remordimiento porque, por palabra de mi creador, no tenía otra opción si quería vivir. En esos breves instantes de mi introducción a la Oscuridad —como él lo había llamado— Dristan me había transmitido una poderosa sensación de paz. Y tampoco podía negar el incomparable placer que me daba la sangre de mis víctimas cuando llenaba mi boca y satisfacía mis oscuros deseos en más de una forma.

En calles angostas y húmedas cazaba a mi presa con un apetito colosal. Había terminado a tres, comprado un traje nuevo y vuelto casa antes de que cayera la noche.

Fue cuando paseaba por el Gran Canal cuando el pensamiento me había venido a la cabeza. Con mucha prisa había dirigido mis pasos hacia ella y no me había detenido ni una vez a considerar que habían pasado tres días desde que la había visto la última vez. Tres días desde nuestra noche juntos. Cualquier sensación de abandono o engaño que Alisa hubiera experimentado tras mi desaparición, la ignoraba.

—¿Cómo pude haber sido tan estúpido? —murmuré cuando llegué a las puertas de entrada del *palazzo*. Estaban abiertas. Entré al jardín, abrí la puerta e inmediatamente me di cuenta de la quietud de las habitaciones. Tomé un candelabro y corrí escaleras arriba con tal velocidad que me mareé cuando llegué al rellano superior de la escalera. Tuve que parar un rato, y luego subí los siguientes escalones, con más cuidado esta vez.

Con toda seguridad, mi ausencia la había herido, y estaba a punto de descubrir cuán profundamente lo había hecho.

La puerta de madera crujió y retrocedió bajo mi mano cuando la toqué. No había planeado las palabras con las que le pediría perdón, todo lo que sabía era que tenía que verla una vez más, lo demás me importaba poco.

Sábanas blancas cubrían su cama y cada mueble, a excepción de uno: su tocador.

Seguí avanzando y los latidos de mi corazón resonaron en mis oídos, lo suficientemente fuerte como para contener mi respiración hasta lograr su ritmo normal. Y entonces me quedé mirando la única cosa capaz de enviar a mi alma volando sobre las nubes, o hacia el pozo de la desesperación.

La gargantilla de perlas estaba sobre la mesa.

La alcancé, y con ojos llorosos, lo reconocí como el signo de su partida. No había una nota, una carta de despedida..., nada.

Ella se había ido.

Caí de rodillas. Mi mente se aceleró buscando una solución a este giro inesperado de los acontecimientos. Miles de preguntas reverberaban en mi mente, pero la que más daño me hacía, obliteraba a todas las demás:

«¿Realmente la he perdido?»

LAS TABLAS DEL PISO CRUJIERON DETRÁS DE MÍ.

Me volví rápido y entrecerré los ojos, observando el umbral de la habitación. Mis sentidos se adaptaban rápidamente a la oscuridad que se extendía más adelante. Los detalles de su vestido verde se hacían más claros, al igual que el juego de sábanas blancas que llevaba envuelto en su brazo.

El terror llenó sus ojos cuando acerqué la luz. Ella dio un paso atrás.

¿Qué veía en mí?

¿Podía ver que ya no era humano? ¿Podía ver debajo del velo de oscuridad y muerte que me rodeaba, y saber en qué me había convertido?

—*Scusi, signore...* —musitó—. Solo volví para recoger...

—¿Qué? ¿Estas sábanas? Me parece que me pertenecen... —dije con prisa. No tenía tiempo para tonterías domésticas.

La había pillado robando, ¿y qué? Durante tres días había sido un vampiro y ya tenía un mejor historial de maldad que ella. ¡Roba todo lo que quieras, *ragazza!*

—Adelante, tómalas... No me importa en lo absoluto —murmuré, pasando junto a ella.

—*Grazie, signore! Grazie mille!* —Se arrodilló e intentó besarme la mano.

—No, por favor —dije, retirando sus manos—. No hay necesidad de eso. Pero dime, ¿cuánto tiempo hace que se fue la Srta. Lockhart?

La mujer se levantó del suelo.

—Ellos partieron esta mañana, *signore*.

—¿Ellos?

—La Srta. Lockhart y el Sr. Pritchard.

Su respuesta cayó sobre mí como una tonelada de ladrillos. Pritchard estaba de vuelta en el escenario, otra vez. ¡Oh, cómo cruzó por mi mente diabólica la idea de facilitarle su viaje al infierno!

—Se fueron esta mañana... —susurré.

—Sí... *Tornarono in Inghilterra*. —«Regresaron a Inglaterra», dijo ella.

¿Por qué iban a regresar? En todo caso, habría pensado que ella continuaría con nuestro itinerario; deberían haberse ido a Florencia, no a Inglaterra.

—*Prego* —dije, y luego le di unas monedas. Qué suerte tuvo ella. De no haberme alimentado antes...

DOCENAS DE LIBROS VOLARON EN LA HABITACIÓN, SUS PÁGINAS AGITÁNDOSE EN EL AIRE al caer la estantería.

Rugí con frustración.

Nada de esa rabieta consiguió apaciguar mi enojo.

Me senté en el mueble caído y deslicé mis dedos por el pelo.

La vida se había movido sin mí. Lo odiaba. Odiaba que su espera se hubiera limitado a no más de tres días miserables. Y sobre todo, odiaba que se hubiera escapado con él.

Pritchard, ¿quién era él, un hombre rico, con títulos y lujos fuera de mi alcance? No. Eso podría haber sido una vez, pero ya no.

En cuestión de minutos, llegué a la escalera de caracol y entré a la habitación secreta. La vasta vista de oro y riquezas me asombró una vez más. Llené un puñado de monedas de oro, esmeraldas y rubíes.

Esto era mío. Era real. Había ganado las batallas que había luchado durante años en mis sueños infantiles de aventura. Esta vez, yo era el pirata, y tenía el tesoro para mí solo.

Pero más allá de cualquier sensación de logro al tener estas riquezas, encontraba dentro de ellas los medios para un fin.

El anillo de Dristan brillaba en la esquina de la mesa. Lo levanté y lo deslicé en mi dedo.

—Te encontraré —susurré.

EL JARDÍN DE LA OSCURIDAD

No lo había previsto.

El viaje de regreso a casa había sido una verdadera odisea por mi aversión recién adquirida a la luz del día. Me llevó más días de lo previsto llegar a París. Viajaba lo más temprano que podía en las horas de la tarde, me detenía en pequeñas ciudades pobladas lo suficiente como para apoderarme de mis víctimas sin despertar sospechas, dormía todo el día y luego seguía el rastro que me mantendría un paso detrás de ellos.

Sin esperanza, pero motivado por la ira, en mis viajes soñaba con un solo momento. Sin dar aviso, inesperado, como un invitado no deseado, aparecería en medio de sus vidas y... ¿qué? No tenía planes. No tenía ni idea de cuáles eran mis intenciones hacia ellos.

¿Mataría a Pritchard? ¿Cobraría venganza de ella también? ¿Cómo podría?

El carruaje dio un giro a la derecha.

El golpeteo de los cascos de los caballos contra el pavimento adoquinado interrumpió mis pensamientos de venganza.

Paris, je suis arrivé.

Retiré la cortina y miré por la ventana. Esas puertas parecían familiares.

—Deténgase aquí —dije, golpeando el techo del carruaje.

Una de las muchas maravillas que había descubierto en mi nuevo estilo de vida era la deliciosa libertad que ofrecía el viajar ligero. No necesitaba un baúl. Compraba ropa cada vez que debía hacerlo y llevaba suficientes cartas de crédito para asegurar mi comodidad. Tenía conmigo dinero de bolsillo, lo suficiente como para que no constituyera una carga.

En el momento en que bajé del carruaje, mis pulmones se inundaron con el perfume parisino flotando en el aire. Pero no era el hedor nauseabundo de desechos humanos lo que había penetrado en mi nariz. Era una deliciosa fragancia que reconocía claramente; me invitaba a seguir su rastro aromático de rosas, lirios y orquídeas.

—Puede irse. —Pagué al cochero y se fue.

Con gran facilidad, salté sobre el portón de dos metros de alto y me encontré dentro del precioso jardín.

La última vez que había estado aquí, había sido en un caluroso día de verano y todavía era humano.

Cada detalle de ese día permanecía inmaculado en mi memoria:

Una calidez abrasante habitaba en el aire. Los rayos de sol se filtraban a través de la pesada masa de follaje verde. En mi rostro aterrizaban los reflejos del estanque como brillantes espejos. Sus aguas frías se ondulaban contra las paredes de piedra. Su canción hipnótica deleitaba mis sentidos.

Parecía una jungla. Una jungla domesticada, eso era. Con su vegetación tropical confinada en diseños simétricos y la vista de sus flores exóticas abriéndose en colores brillantes de rojo, amarillo y púrpura... Pero qué diferente lucía ahora.

Un velo de oscuridad se había cernido sobre este Jardín del Edén, y me encontraba descubriéndolo bajo su orden salvaje. Más allá de la profusa disposición de helechos, hostas y bromelias, plantas carnívoras abrían sus tentadoras trampas, atrayendo a muchos insectos, devorándolos en una lenta y dolorosa muerte. Flores venenosas como la plaga del lobo y los lirios de serpientes llenaban mis ojos con su brillantez colorida.

—Así no era como lo recordaba —musité. Este no era el jardín de la vida que una vez había conocido. La muerte y la matanza ocurrían dondequiera que miraba. ¿Cómo podía este jardín haber cambiado tanto en tan poco tiempo?

Quizás siempre había sido así. Tal vez era yo quien había cambiado y ahora veía con mis ojos de vampiro este jardín francés por lo que realmente era: una muestra de la perversidad de la vida.

Pero lejos de perder su encantador atractivo, la nueva luz del jardín me daba consuelo. Calmaba mi corazón corrupto en más formas de las que podría explicar.

Una cierta oscuridad yace dormida dentro de cada uno de nosotros, y temía que lo que había despertado la mía no había sido la sangre mítica de Dristan, no.

Había sido *ella*.

Ella había removido las negras aguas de mi alma y contaminado mi corazón con miedo, angustia, deseo insondable y más tarde dolor, ira, y la necesidad de venganza... un arreglo caótico de sentimientos que no me atrevía a designar como amor; sin embargo, eso era. Era oscuro, retorcido y más fuerte de lo que alguna vez hubiera imaginado que podría ser.

Era este amor oscurecido lo que había guiado mi camino de regreso a Inglaterra.

Me moví hacia el estanque. Me sentía feliz al ver que la claridad prístina de sus aguas persistía. Tanta oscuridad había llenado mis noches últimamente que estaba feliz de descubrir algo de belleza en este lugar precioso donde una vez había encontrado la risa y la satisfacción, no hacía mucho tiempo.

Mi mano recorrió el borde de piedra de la fuente y leyó cada golpe y hendidura de su superficie. La textura era tan clara para mí como los colores cambiantes de la vegetación del jardín a medida que caía la noche y los privaba de toda luz.

Me senté y mi mirada se fue a la escultura central de la fuente. Era el ángel que una vez había llevado mis ojos mortales a un trance hipnótico. Las plumas detalladas de sus alas se agitaron suavemente bajo el viento, y mechones de cabello revolotearon

ligeramente en su frente. Y en ese instante, parpadeó. Frunciendo el ceño, su cabeza se inclinó hacia mí, inspeccionándome con ojos curiosos y vacíos tallados en piedra blanca.

Más allá de la enramada, el cielo estaba claro y reluciente, con miríadas de estrellas pendiendo más allá de lo que el ojo mortal podía apreciar. Las masas condensadas de gas teñidas de púrpura, rojo y azul brillante se movían en el cielo con un ritmo implacable. La pálida luminiscencia de la luna me llevó al borde de las lágrimas.

—¿Quién eres y qué estás haciendo en mi casa? —dijo una voz.

Tan obsesionado había estado, sumergido en la oscura belleza de la noche, que no había percibido otra presencia en este maravilloso jardín.

Me volví e intenté localizar el origen de esa voz. Noté movimiento más allá del follaje. Podría haber distinguido la figura a pesar de la tenue iluminación, pero al mezclarse en medio de la oscura jungla, no lograba hacerlo.

—Dices que este es tu hogar, pero te escondes bajo las sombras de su jardín —dije—. Muéstrate, y te mostraré quién soy.

El hambre habló por mí esas últimas palabras. Se demoraba con un sutil dolor palpitante que se extendía por mis extremidades.

Un destello de ropa blanca se movió hacia mí.

—Prometo que no te haré ningún daño —susurré, sumergiendo los dedos en el agua y creando mis propias ondas.

De no ser por la luz de la luna, el jardín se habría sumergido en una oscuridad absoluta, pero sus suaves rayos bañaban la fuente. Vi mi reflejo en el agua, y en ese momento, me percibí como parte de un lugar mágico entre el mito antiguo y la realidad.

—¿Y por qué debería confiar en ti? —dijo.

Por el rabillo del ojo, noté su camisón blanco de dormir.

—Porque... —dije— ...no tienes otra opción.

La tela de su vestido bailaba en el viento mientras ella se acercaba. Sus pies descalzos se detuvieron ante mí. Miré hacia arriba, pausando en cada costura y detalle bordado de la lujosa tela, pero dejé de respirar tan pronto como vislumbré su ondulado cabello rojo.

TONOS DE AZUL

—¿Iván...? Iván Lockhart, ¿realmente eres tú?

Mis labios se separaron, pero no pronuncié sonido alguno.

Si era la luz de la luna o la perfección de mis sentidos malditos lo que realzaba su belleza, no lo sabía. El hecho era que cuando mis ojos habían aterrizado en su exquisito cuerpo, había sido como si la miraran por primera vez.

Un tono azul claro teñía su piel pálida, y sus labios rosados parecían carmesí bajo la luz de la noche. Pero sus ojos eran los mismos: grandes, y más verdes que cualquiera de las plantas exóticas de este jardín. Su cabello rojo fresa brilló por un segundo cuando se movió. Y cómo me pareció etérea, su danza elegante, cuando se sentó frente a mí.

Sus ojos se fijaron en los míos, y con tanta agudeza que fue como si ella leyera en ellos las verdades de mi alma. Aparté la mirada, avergonzado de lo que descubriría en mis ojos. Temía poder encontrar en ella el rostro horrorizado de la doncella de Venecia, y no podía soportar convertirme en una criatura tan espantosa, no ante ella.

—¿Mis sentidos me engañan? —susurré—. ¿Es esto un sueño, una ilusión?

Ella sostuvo mi mano entre las suyas. Su calor apremiante calmó mi ansiedad.

—No es un sueño, Iván. Estoy aquí —dijo ella.

El agua ondulante se volvió borrosa. Tomé una respiración profunda y esperé a que mi corazón acelerado se estabilizara una vez más.

—Tú... ¿vives aquí? —dije después de volver a mirarla.

—Así es.

Su mano alcanzó mi rostro y sus delicados dedos acariciaron mi mejilla.

—Juliette, yo...

—Gloriosa Juliette, ¿lo recuerdas? —susurró con una sonrisa.

—¿Cómo podría olvidarlo? —musité.

Por un momento, perdí toda timidez al contemplar su exótica belleza. Su pelo largo, ondulado y rojo le caía por los hombros con una gracia tan natural que me recordaba a una diosa amazónica.

Una gota de lluvia aterrizó en mi mano. Algunas más salpicaron en la fuente.

—Está empezando a llover —dijo—. Deberíamos irnos. —Juliette me tomó de la mano y me condujo a través de la jungla domesticada hasta que llegamos a un sendero arbolado. Desde allí, pude ver la mansión acercándose en la distancia.

Una tormenta eléctrica se derramó antes de llegar a la puerta trasera de su casa, y buscamos refugio en el *folly* del jardín.

—¿Corremos? —dijo con una mirada traviesa.

—No puedo —dije, y mi voz se amortiguó bajo el golpe de un rayo.

—Es solo un poco de lluvia, Iván. ¡Y no podríamos mojarnos más de lo que ya lo hemos hecho! —Juliette escurrió el agua de su largo cabello.

—No es eso, Juliette. —No tenía el valor de decirlo. Si alguna vez había existido una criatura menos merecedora de engaño, era ella.

—Una vez te dije que la Mansión Deveraux te daría la bienvenida siempre —dijo—. ¿Estás listo? ¡Vamos!

Ella reía bajo la fuerte lluvia, corriendo descalza en su camisón, el agua goteando de su cabello, completamente despreocupada y sin ningún tipo de velo de decoro. Me encantó cada minuto de seguir sus pasos hacia la casa, caminando sin prisa para presenciar esta preciosa escena en su totalidad.

NOS SENTAMOS FRENTE A LA CHIMENEA EN EL PEQUEÑO SALÓN DE LA MUCAMA.

Juliette se puso uno de los vestidos de la doncella y se secó el pelo con un trapo. De pronto, se mostró taciturna en su comportamiento.

Debía estar avergonzada del secreto de su familia, agobiada por los pecados de su ascendencia, de aquella mujer que había muerto en los juicios de Valais. Pero esas historias no significaban nada para mí. Poco me importaba el estigma social que implicaban, y necesitaba que ella lo supiera para tranquilizarla.

—Juliette, debes saber...

—Puedes hablar más fuerte si lo deseas, Iván. No hay nadie en casa excepto tú y yo, y la doncella, por supuesto, pero ella duerme.

—¿Y eso, por qué?

—Mi familia decidió viajar al extranjero y Amsterdam satisfizo su interés, pero no el mío. Así que me quedé —dijo—. Pero estabas diciendo algo...

—Ah, sí... No veo otra manera de decir esto, así que solo lo diré. La historia detrás del apodo del Diablo Rojo llegó a mi conocimiento hace unos meses. Lo siento mucho... Sé cómo te persigue este rumor. Pero no debes permitir que atormente tu vida, Juliette. Si esos rumores son ciertos o no, no estamos definidos por las obras de nuestros antepasados.

Ella me miró, desconcertada.

—Iván...

—¿Sí?

—¿Recuerdas ese día, cuando escapamos del *Jardin du Roi*, y te conduje hasta aquí?

—Sí, lo recuerdo.

—Y te traje a esta fuente, y sumergimos nuestros pies descalzos en sus refrescantes aguas...

—La idea había cruzado por mi mente, justo al llegar al *Jardin Du Roi*. Era un día tan caluroso... Me sorprendí cuando lo sugeriste. Fue como si de alguna manera hubieras...

—¿Leído tu mente? —dijo con una mirada de complicidad.

—¿Qué quieres decir, Juliette? ¿Estás diciendo que pudiste leer mi mente y viste mi ardiente deseo el día que nos conocimos? ¿Estás diciendo que la leyenda de tu familia es verdad?

—Así es —dijo ella—. Mi familia ha estado inmersa en la magia durante siglos. Nosotros, los Deveraux, somos una de las familias más antiguas de brujas verdaderas que sobrevivieron a los Juicios.

—Ese día, en el *Jardin du Roi*, tus pensamientos eran demasiado fuertes. Los atrapé con facilidad. No había planeado leer tu mente, sabes.

Sus palabras me paralizaron. Aún así, tenía que decir algo.

—Entonces los cargos eran ciertos... Mataron a tu antepasado en los juicios de Valais porque ella era una bruja...

—¡Oh, no! No la mataron, Iván. Camille escapó. Estaba embarazada en ese momento y no iba a permitir que los inquisidores mataran tanto a ella como a su bebé.

Después de un breve momento de silencio, hablé.

—¿Eres una bruja, Juliette?

—Lo soy.

Se puso de pie. Deslizó la silla cerca de mí, y al sentarse, su mano se apoderó de la mía. Juliette habló más cerca de mi oído.

—He sido honesta contigo, Iván— susurró—. Ahora ha llegado el momento de que tú seas honesto conmigo.

—No comprendo.

—La última vez que te vi... Bueno, veo que estás muy cambiado. —Hizo una pausa—. ¿Sucedió en Venecia?

Mi corazón bombeó su viciosa sangre más rápido y golpeó fuertemente en mis oídos. Esas últimas palabras se habían hundido en lo más profundo de mi alma y agitaban dagas dolorosas en la boca de mi estómago.

Me levanté del asiento, listo para correr y dejar atrás esta mansión y su exótico Jardín del Edén, pero ella me tomó de la mano.

—Juliette, yo... —«No me atrevo a responder tu pregunta. No tengo corazón para romper el tuyo...», las palabras me eludieron.

—Iván, lo sé. —Ella presionó mi mano y se paró frente a mí—. Veo el cambio en ti. Es tan claro para mí como la luz del día... ¿Cuántos amaneceres han sido desde entonces?

Acarició mi rostro con ternura, buscando una respuesta en mis ojos. Y en los suyos, no encontré ni rastro de desdén, ni la más leve pizca de prejuicio, nada de miedo... Nada, salvo la más pura forma de amor.

No me atreví a parpadear, pues mis lágrimas hubieran caído y habría perdido todo el dominio de mí mismo.

—¿Cómo pudiste saberlo?

—¿No lo has visto tú mismo? —dijo ella, sugiriéndome que avanzara hacia el espejo que pendía de la pared detrás de mí.

Me volví y observé mi reflejo como apenas lo había hecho tras mi transformación, y entonces, lo vi. Me acerqué solo para asimilar las pequeñas discrepancias que encontraba entre mi yo anterior y la criatura que ahora se asomaba en la superficie reflectante.

Incluso a la luz de las velas, la palidez de mi piel se destacaba como la diferencia más evidente, pero no tanto como para causar horror o hacerme parecer enfermo. No me sorprendió, pues había evitado la luz del sol durante muchas semanas. Y tenía que admitir que se ajustaba a los estándares de belleza esperados de la clase alta. Mujeres y hombres empolvaban sus rostros para lograr una complexión como la que yo había adquirido con este don vampírico.

El cambio más notable concernía a mis ojos. Su color había cambiado de verde profundo a un tono más translúcido. Si no fuera por este toque de color, parecerían completamente transparentes.

También había otros cambios que pasarían desapercibidos para el ojo mortal. Por ejemplo, los pequeños vasos sanguíneos que rodeaban mi cara; podía distinguirlos sin esfuerzo, vacíos como estaban, privados de la sangre que tanto anhelaba a esta hora tardía.

—Ya lo has visto —musitó—. Los tiempos han sido difíciles en los últimos siglos para nosotros. Vampiros y brujas hemos aprendido a compartir nuestros mundos en paz desde hace muchos años.

Me quedé asombrado.

—Venecia está plagada de ellos —dijo, sirviéndose una copa de vino tinto—. Y tú, una criatura tan fuerte y hermosa, con tanta pasión por la vida... Temía que intentaran hundir sus colmillos en ti, Iván. Y por supuesto, lo hicieron.

»Dime, ¿te disgusta tu nueva condición?

Caminé hasta el fuego, esperando que estas extraordinarias revelaciones cayeran en mi cerebro antes de hablar.

—Esto me parece extraño. Durante demasiado tiempo he llevado en secreto este «cambio», como lo llamas. No he sido tan abierto con nadie al respecto, ni siquiera con...

—¿Alisa? ¿Ella también es una de los tuyos?

—No. Ella no... —dije—. Y para responder a tu otra pregunta, no. No me desagrada

mi condición actual. En todo caso, me temo que he abrazado mi nuevo estilo de vida con demasiada facilidad.

Bajé mi mirada. Conociendo de brujería, seguramente Juliette también estaba familiarizada con los medios para mi supervivencia. Y eso no era algo para estar orgulloso, al menos no a sus ojos.

—Estoy encantada de escucharlo. Es mejor así —dijo—. ¿Alguna noticia de Pritchard y tu encantadora hermana?

Juliette Deveraux nunca dejaba de sorprenderme. Mi revelación le había parecido no más impactante que si estuviera hablando del clima.

—¿Noticias? ¿Qué tipo de noticias esperabas?

Juliette se puso nerviosa.

—Nada en particular... Lo último que escuché fue que Pritchard estaba decidido a dejar París por primera vez en mucho tiempo, todo en pos de unirse a ustedes en Venecia.

—Bueno, sí apareció en Venecia... —musité—. Pero me temo que mi despertar en la Oscuridad me mantuvo separado de él y de Alisa.

—¿Así que no los has visto desde...?

—Desde que me convertí en vampiro —agregué—. No lo he hecho. El día que volví a nuestro alojamiento, descubrí que ya habían salido de Venecia y se dirigían a Inglaterra, buscando mi paradero, me imagino.

—¿Y ahora, vas a regresar a Inglaterra?

—Sí.

—Bueno, entonces... —Ella hablaba, pero su mente vagaba a otra parte—. Debes quedarte aquí y descansar mientras te preparas para el viaje. Esta casa es completamente nuestra durante las próximas semanas.

—Es una idea espléndida, gracias.

—Puedes tomar cualquier habitación que desees —dijo Juliette, de pie en el umbral de la sala—. Debo recuperar mi sueño y tú... Estoy segura de que tienes otras cuestiones urgentes a las que atender.

La caza. Era la única forma de silenciar el hambre que se acumulaba dentro de mí.

—¿Te veré mañana? —dijo.

—Sí. Mañana.

—Pues, buenas noches.

TRUCOS DE VAMPIROS

—*L'argent, ou la vie!* —«Tu dinero o tu vida», dijo, sacando una pequeña navaja de su bolsillo y presionándola contra la pálida piel de su cuello.

La mujer extendió su mano temblorosa y dejó caer su bolso en el húmedo pavimento del callejón. La liberó de su agarre y se arrodilló para recoger su premio, profiriendo una risa burlona.

Ella huyó presa del pánico. El sonido de sus tacones al chocar contra los adoquines hizo eco en la estrecha calle hasta donde me encontraba.

Disfruté esta escena desde la comodidad de mi escondite privado al acecho, en lo alto, en el techo del edificio contiguo. Escalar se había convertido para mí en algo muy fácil y me daba una ventaja sobre mi presa, pero también me daba la vista perfecta para ser testigo de las muchas malas acciones cometidas por los demonios que merodeaban por las oscuras callejuelas de la ciudad, como yo.

—Ya he visto suficiente —musité. Luego salté del edificio de dos pisos y aterricé detrás de él sin hacer ruido.

Cuando se puso de pie, contando el dinero, lo agarré por el cuello de la camisa y lo golpeé contra la pared de ladrillo. Me aseguré de mantener el contacto visual con mi víctima. Al principio luchó cuando mi mano se cerró alrededor de su garganta, pero tan pronto como se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos por liberarse, dejó de luchar.

—*Qu'est ce que tu veux?* —Sus manos temblorosas tomaron mi brazo. El olor a orina penetró en mi nariz.

—¿Qué es lo que quiero? —dije en francés—. Quiero las mismas cosas que tú deseas. Antes dijiste, «Tu dinero o tu vida» a la puta que acabas de atacar... Bueno, pues yo quiero ambas cosas.

Sonreí y revelé mis afilados colmillos a mi presa antes de atacarlo con la ferocidad de mi sed vampírica. Una vez que perforé su carne y obtuve ese primer bocado de sangre caliente y palpitante, me sentí realmente vivo. La felicidad de este encuentro no se veía igualada por ninguna otra, excepto por aquella primera Bebida Oscura. La sangre de Dristan había satisfecho todas mis necesidades y me había llevado al Paraíso y de regreso.

Solté su cuerpo sin vida, y al golpear en el pavimento sucio, unas monedas de oro salieron de su mano.

La campana de una iglesia tañó a lo lejos, recordándome que debía regresar a la Mansión Deveraux. Limpié mis manos con un pañuelo y arrojé el trozo de tela ensangrentada junto a mi presa... Y en caso de que te lo estés preguntando, sí. Tomé el dinero, pues, «No desperdicies y nada te faltará».

LA DONCELLA ABRIÓ LA PUERTA Y ME MIRÓ CON OJOS DESCONCERTADOS. ¿QUÉ CAUSABA tanto asombro a la mujer? Miré hacia abajo. Vi mi ropa enlodada y desaliñada, ni una gota de sangre... Oh.

—Buenas noches, Marthe. —Limpié mis zapatos sucios en la grava antes de entrar.

—*Bonsoir, monsieur* —dijo, y me entregó un papel doblado. Sus ojos estupefactos recorrieron toda mi figura—. *Mademoiselle* dejó este mensaje para usted.

—*Merci*. —Tomé el mensaje y subí las escaleras.

—*Monsieur!*

Me detuve a medio camino.

—¿Sí?

—*Mademoiselle* dijo que todo lo que necesita está en su dormitorio.

—Bien —murmuré, sin la menor idea de lo que ella quería decir con esas palabras.

Antes de entrar a mi habitación, abrí la nota y la leí.

Te espero en Maison Lefebvre.

Al abrir la puerta, vi el guardarropa más lujoso esperándome. Sobre el tocador, había un traje de satén de rodilla cerrada en azul rey con motivos florales bordados en oro exquisitos; un chaleco de oro, bordado también, y sobre la mesa, un par de zapatos de cuero y medias de seda.

Aparentemente, Juliette esperaba que luciera lo mejor posible para los planes que tenía para nosotros en la Mansión Lefebvre.

Una vez que me deshice de mi ropa manchada, me lavé y miré mi reflejo en el espejo. La imagen mostrada ante mí me satisfizo mucho. Una sutil tonalidad rosada yacía bajo la palidez de mi piel, incluso mis ojos parecían más brillantes. Encontré mi apariencia general bastante atractiva, todo gracias a mi última víctima del día.

Me preguntaba qué pensaría la criada de mí ahora. La sola idea me hizo reír cuando cerré la puerta detrás de mí y bajé las escaleras.

—Marthe, ¿está listo el carruaje?

—*Oui, monsieur!* —Corrió hacia la puerta y la abrió, y sus ojos curiosos escudriñaron cada centímetro de mi cuerpo.

«¿Sorprendida de descubrir al encantador Barón escondido bajo esos harapos fangosos?» quería decir, pero no lo hice. Llenaba mi corazón de suficiente alegría como para capturar el impacto en sus ojos oscuros mientras salía por la puerta y entraba en el carruaje.

—*A la Maison Lefebvre!*

No había visto a Juliette desde la noche anterior y ansiaba hacerlo una vez más. Los parisinos sabían cómo ofrecer el baile perfecto. El esplendor y la opulencia iban de la mano en sus reuniones sociales, y a juzgar por la selección de Juliette sobre mi atuendo, no esperaba menos del evento de esta noche.

Las antorchas marcaban el camino que conducía a la entrada de la mansión con una luminosidad casi espectral mientras las llamas danzaban con el viento. El carruaje se detuvo ante la entrada principal y un lacayo vestido con librea negra y dorada abrió la puerta.

—¡SU SEÑORÍA, EL BARÓN IVÁN LOCKHART!

El anuncio resonó en la habitación cuando crucé las puertas. Y podría haber jurado en ese momento que cada rostro de la multitud me miraba con ojos escrutadores. Esto debía haber sido obra de Juliette. Seguramente, ella había creado cierta anticipación a mi llegada.

La cantidad de luz de las velas era tal que casi lastimaba mis ojos; las habitaciones eran acogedoras por eso y debido a la multitud de invitados que llenaban los pasillos y habitaciones del lugar.

Oro, satén, brocado, terciopelo en todas partes donde mirara... La belleza no iba a ser subestimada en tal ocasión y yo disfrutaba de la vista que me rodeaba. Intrincados espejos con marcos dorados adornaban el salón de baile y en lo alto colgaba una gran araña de cristal.

Candelabros de oro estaban en cada mueble; su cera calentada goteaba sobre sus superficies esmaltadas y a nadie le importaba. Tal lujo era alcanzable solo para la nobleza. La sola cantidad de velas era suficiente para costar una fortuna... pero yo era un noble ahora, ¿no? Estas cosas no deberían impresionarme en absoluto.

Mis sentidos sobrenaturales la habían detectado mucho antes de que yo lo supiera. Ya me movía en su dirección cuando mis ojos la descubrieron más allá del salón de baile, en el salón de junto.

El humo de los cigarrillos se arremolinaba en la habitación y una mezcla de perfumes llenaba el aire. Los aromas de sándalo, rosas y jazmines se suspendían en medio de las más destacadas personalidades de la élite parisina.

Estaba sentada ante la mesa, fijando sus ojos verdes en su mano de cartas como si su vida dependiera de ello.

—*Bonsoir mesdames, monsieur* —musité al pararme a su lado.

Sus ojos se alejaron de las cartas y aterrizaron en los míos. Y cuando dejó las cartas sobre la mesa, capté un esbozo de su sonrisa traviesa.

—*Bonsoir, monsieur Baron* —bromeó—. *Voici, Jacqueline... Ceci est l'homme mystérieux dont je vous ai parlé. Mon ami, le baron Ivan Lockhart.*

Escuché a Juliette presentándose con su amiga, Jacqueline, como «el hombre misterioso que ella había mencionado anteriormente».

—Permíteme presentarte a Mme. Jacqueline Lefebvre, nuestra amable anfitriona de esta noche —dijo.

—*Enchanté*, Lord Lockhart.

—El placer es todo mío, Mme. Lefebvre —dije en mi lengua materna, sosteniendo su mano cerca de mis labios—. Debo agradecerle la cortesía de tal invitación tan privilegiada a su precioso baile.

Mme. Lefebvre se sonrojó. Era una mujer joven, no más de veintitrés.

—Me atrevo a decir que me enorgullezco de organizar los bailes más esplendorosos que París haya visto jamás, después del Rey, por supuesto. Espero que tenga una velada agradable, milord.

—Estoy seguro de que lo haré, señora.

—Permítame presentarle a Lord Louis Grenier y su esposa, Lady Marguerite Grenier —Mme. Lefebvre dijo—. Este es el Barón Iván Lockhart.

—*Enchanté madame, monsieur*.

—Debo robar al Barón por un momento —dijo Juliette, levantándose de su asiento y tomando mi brazo—. Necesita hacer un recorrido por el lugar, Jacqueline. Se lo daré, con tu aprobación, por supuesto.

—Siempre que lo traigas de vuelta a mí, Juliette, lo permitiré. —Insinuó una sonrisa diabólica.

Juliette deslizó su mano sobre mi brazo y avanzamos por el salón hacia la terraza.

—Barón, ¿eh? —susurró—. Parece que anoche olvidaste mencionar esa parte de la historia... milord.

—Uno de los beneficios de tratar con el Diablo, *ma cher*...

—En efecto.

El aire exterior era refrescante, libre de las pesadas fragancias que impregnaban las habitaciones de la mansión; la noche, quieta y tranquila. Más allá de los extensos jardines, la tenue canción de las cigarras se entrelazaba con el constante chapoteo de la fuente.

Juliette guardó silencio. Se recargó en la balaustrada de piedra.

Satén verde oscuro envolvía su cuerpo. El cuello cuadrado con borde de encaje del vestido enmarcaba su atractivo escote. El largo cabello rojo fresa de Juliette estaba arreglado en suaves rizos. Sus mejillas sonrosadas, labios llenos de color rosa y brillantes ojos verdes me tenían hechizado. Una visión tan atractiva... Si ella no hablaba pronto, temía que...

—Estoy feliz de verte, Iván. —Hizo una pausa—. Llegaste justo a tiempo, estaba a punto de perder el juego. ¡Gracias a Dios que entraste por esas puertas cuando lo hiciste!

La calidad cristalina de su risa me encantó.

—Me alegra ser útil, Juliette.

—Dime, Iván. ¿Cuál es tu opinión sobre mi amiga, Mme. Lefebvre? ¿No es ella la más atrevida de las criaturas?

—No comprendo lo que quieres decir, querida.

—Oh, Dios mío... —Se cubrió la boca y la nariz con su abanico—. ¿No escuchaste sus escandalosos avances hacia ti?

Di una risa corta y tranquila.

—Creo que recordaría tales avances si hubieran sido puestos ante mí... pero me temo que la conversación de Mme. Lefebvre se limitó al gran orgullo que adopta de la glamorosa organización de sus bailes.

Juliette se movió a mi lado. Echó un vistazo al jardín, simétrico y con un estilo de verde perfección. Su aroma inundó mis pulmones. Era agua de rosas y bergamota, y sangre cálida y palpitante.

Me volví. Sin embargo, miraba su imagen por el rabillo del ojo.

—¡Oh, pero ella dijo mucho más que eso! —Ahora estaba parada frente a mí—. Espera. No escuchaste sus pensamientos, ¿verdad, Iván?

—¿Cómo podría? Tales medios deseables de travesura permanecen dentro de tu poder, *chérie*.

Juliette sonrió. Me pregunté si mi repentina naturaleza efusiva había atraído su corazón.

—Pero estás equivocado, Iván. Tu nueva condición te da la llave para desbloquear los secretos de la mente, entre muchos otros... podríamos decir, ¿trucos?

Qué delicioso era observar su rostro delicado mientras hablábamos.

—¿Trucos de vampiros? Debo confesar que estoy intrigado. —Crucé los brazos sobre el pecho y entrecerré los ojos, inclinándome hacia delante—. Cuénteme más, Srta. Deveraux. ¿Cómo puedo acceder a la bóveda de secretos más codiciada?

—Te mostraré —dijo, y sus ojos escudriñaron toda la terraza—. Practiquemos sobre esa dulce pareja junto a la puerta. ¿La ves?

—Sí.

—¿Qué ves?

—Ella habla con su amante —musité.

—Más que eso, ¿qué más ves?

Haciendo uso de mi agudeza visual vampírica, fijé mis ojos en la mujer y estudié hasta el último detalle de su rostro al hablar.

—Sus labios se mueven en constantes oleadas de verbosidad —dije con actitud petulante. Los labios teñidos de rojo de la mujer se curvaban y retorcían mientras hablaba; pero luego, sucedió algo más—. Espera. Lo escucho... Puedo escuchar cada una de las

palabras que dice con una claridad prístina... Dios mío, ¿alguna vez dejará de hablar?

—Bien —susurró Juliette—. Ahora quiero que apagues esa voz de tu oído y te concentres en sus ojos... Enfócate tan finamente como puedas.

—Muy bien —musité, inseguro sobre adónde conduciría este ejercicio.

Funcionó. Al centrar mi atención en los ojos de la mujer, su discurso se disolvió en completo silencio; afortunadamente, porque su parloteo estaba a punto de volverme loco. Y luego se hizo claro para mí lo que quería decir Juliette: no era lo que la mujer decía con los labios, era más profundo que eso. Al estudiar la expresión de sus ojos, una puerta invisible se abrió en mi mente y me permitió escuchar lo que realmente estaba pensando.

«Ce pauvre imbécile! Je peux juste l'épouser pour venger ce qu'il a fait à mon père!».

No importaba lo encantador de su tono y conversación, esta mujer planeaba casarse con ese hombre por despecho, después de lo que le había hecho a su padre.

Las apariencias en verdad engañaban.

Esta revelación de mis poderes vampíricos me sorprendió. Tenía que intentarlo una vez más. Elegí a mi próxima víctima en Mme. Lefebvre cuando apareció detrás de la pareja en cuestión, en el umbral de la terraza.

¿Qué es lo que quieres de mí, Madame?

Mi mirada preternatural se fijó en ella. Conversaba con un hombre mayor. La puerta invisible se abrió una vez más, y allí estaba yo, dentro de su mente.

«¿Cuándo se rendirá este viejo sapo? No es mi tipo, ¡me aburre! Me temo que mis gustos han evolucionado hacia la nobleza, y un barón me haría bien...».

Temía que mi gusto también hubiera evolucionado. Después de todo, la sangre noble podría ser más satisfactoria que la sangre de mercenarios, prostitutas y ladrones.

Mme. Lefebvre se dio cuenta de mis ojos curiosos. Ella dio por terminada su conversación y se dirigió hacia mí.

—Iván, ¿qué hiciste? —siseó Juliette, apretando mi brazo.

—¡No hice nada!

—¡La llamaste!

—Simplemente me enfoqué como dijiste, y escuché sus pensamientos... ¡escandalosos, en verdad! —Incluso podía escucharlos mientras se acercaba a nuestro acecho en la terraza.

«Espléndido Barón, podría tenerte para la cena. Tal vez lo haga...».

O tal vez yo lo haría.

—Una velada tan encantadora, ¿no es así, querida? —dijo ella.

—Pues, sí, Jacqueline. Es...

—Estoy tan feliz de que nos acompañes esta noche, Juliette, y tu amigo también. Espero que esté satisfecho con los eventos hasta ahora, mi señor.

—De hecho, así es.

Las primeras notas del minueto hicieron eco en el salón de baile y se desplazaron a la terraza.

—¡Ah! ¡Otro baile! —Mme. Lefebvre dijo—. Debe complacerme, mi señor. Los minuetos son mis favoritos.

—Y estoy segura de que lo haría si no me hubiera prometido este baile —intervino Juliette.

—Mme. Lefebvre, ¡qué honor! —dijo un anciano, acercándose a nuestra pequeña reunión.

—*Mssr. Baudry, bonsoir* —Mme. Lefebvre dijo. El hombre la tomó del brazo y se la llevó. Pero al moverse, Mme. Lefebvre echó una mirada hacia atrás y clavó en mí sus ojos azul acero.

«*Debo tener al menos un baile contigo antes de que termine la noche, mi hermoso señor.*»

Me sorprendió lo rápido que mi mente preternatural captó sus silenciosas y audaces palabras.

Nos acercamos al salón de baile en los brazos uno del otro, en medio de una risa infantil.

—¡Ese fue un paso en falso terrible, mi señor!

—Debes perdonarme, entonces.

—No sé si alguna vez lo haré —bromeó.

—¿Dijiste que la llamé?

—Eso hizo usted, mi señor.

El arte de convocar y leer la mente había transformado todos los aspectos de cómo había imaginado mi porvenir como vampiro. Esta maravillosa herramienta, usada correctamente, sin duda agregaría mucho valor a la forma en que ideaba la caza. Podía ver muchos otros usos para ella en el futuro cercano.

Tuve, por ejemplo, el tentador pensamiento de cazar en medio de la *crème de la crème* de la sociedad parisina. Y Mme. Lefebvre ya se había ofrecido a mí más de una vez.

Me paré frente a Juliette en el salón de baile, esperando que comenzara el siguiente minueto. Sus ojos se encontraron con los míos y sonreímos. No podía explicarlo, pero cada vez que estaba en su presencia, mortal o no, sentía una íntima conexión entre nosotros. Era tan poderosa como la fuerza imprudente de la naturaleza, como un hilo invisible acercándonos cada vez más.

Las primeras notas de la cítara abrieron el minueto, seguido por el ritmo de los tambores y la melodía acompañante del violín.

El baile comenzó.

—Debo conocer su historia —dije al unirse nuestras manos.

Un asomo de sorpresa apareció en sus ojos.

—¿La historia de quién?

—Tu amiga Jacqueline, por supuesto. —Nuestras manos se volvieron libres y nos separamos para dar un giro en el pasillo. Esperé hasta que nos volvimos a encontrar y cuando llegó el momento, tomé su mano con gallarda atención.

—Te recomiendo encarecidamente que no lo hagas —dijo. Una declaración muy intrigante.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque podrías encontrarte atrapado en sus planes maliciosos.

Volteamos y quedamos frente a frente.

—¿Y tú evitarías que yo cayera en tales planes? —Hice poco para evitar sonreír.

—Ella es una mujer casada, Iván. —¿Era un atisbo de celos eso que notaba en ella? Juliette dio un paso atrás, y una vez más, miramos hacia adelante.

—El matrimonio puede significar poco impedimento para algunos... —En verdad, cada minuto me importaba menos el baile.

—Por supuesto, y esto es París... Todos saben que mantiene varios amantes y los frecuenta en sus viajes.

—Entonces, ¿por qué no agregar uno más a la lista? —bromeé.

—Porque... —ella casi murmuró— ...no eres el juguete de nadie.

—Pero ¿y si yo quisiera ser el juguete de *alguien*? —Entrecerrando los ojos—. ¿Eso estaría tan mal?

Sin importarle el baile, Juliette se detuvo para mirarme. Se sonrojaba por el ejercicio... o por su orgullo herido.

La música terminó y comenzó una breve ovación.

—Te dejaré en compañía de Mme. Lefebvre entonces. —Ahogó un fingido bostezo de aburrimiento—. Te lo aseguro, no deseo nada más que irme a casa y dormir.

Una sonrisa de complicidad curvó la esquina de mis labios.

—Querida Juliette, pero mientes.

—¿Miento? —Nuevamente, ella se sonrojó—. ¿Pero, qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me has enseñado la lección de esta noche demasiado bien. He visto lo que está en tu mente, y no es lo que has dicho.

—¿Oh? —Ella levantó su ceja— Entonces, dime. ¿Que es lo que tengo en mente?

CERRÉ LA PUERTA DETRÁS DE MÍ. LA BENDITA OSCURIDAD SE CERNÍA EN MEDIO DE NOSOTROS. Su aliento jadeante calentaba mi piel. En esta cercanía, besé sus labios.

La paciencia me eludió. Su pecho agitado y gemidos silenciosos no hacían más que despertar mi ferviente deseo. Hambriento de más que besos sensuales, mis manos se cerraron alrededor de su cintura, mientras que las de ella se deslizaron por mi cuello y quitaron mi abrigo. Pulsando en cada vena y arteria, la apremiante necesidad de invadirla me consumía.

Mi abrigo cayó en el piso. Hundí mi rostro sobre su hombro desnudo, perdido en el mundo cuando sus labios acariciaron mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja. Apreté la mano con fuerza contra la pared hasta que el damasco se rompió bajo mis uñas. Gemí. ¿Qué sentido tenía resistir lo inevitable?

—Iván Lockhart —ronroneó en mi oído—, eres un gran aprendiz.

—No tienes ni idea, *chérie*. —La tomé de su cintura y la llevé a la cama.

Encantada por mi impulso, Juliette se rió.

—¡No juegues, por favor! Marthe podría oírnos.

El tiempo se detuvo. Yacía sobre ella, absorbiendo cada detalle en los delicados rasgos de su hermoso semblante.

En olas repentinas de ardiente deseo, sus mejillas se sonrojaban, tan hermosas como la porcelana. Sus grandes ojos verdes me contemplaban con pupilas lo suficientemente amplias para en ellas perder los sentidos. Sus labios de capullo de rosa enrojecían después de mis muchos besos.

—¿Marthe, la doncella? —susurré, hechizado por su inocente angustia.

—¡Sí, la doncella! —Enternecedor, que el servicio le causara preocupación.

—Pero a quién le importa lo que ella escuche... —Lamí suavemente el lóbulo de su oreja— ...o piense... —Mis labios aterrizaron en su frente—, ¿...o vea? —Otro beso, en sus párpados.

Acarició mi rostro con su mano. Sus labios sensuales se curvaron en una sonrisa.

—El silencio es una virtud —susurró.

—¿Lo es? —Una mirada traviesa—. Entonces podría hacerte gritar, después de todo. —Mis labios se presionaron contra los de ella robando su beso, pero esta vez, contuve el impulso de mi deseo, instigándola por más al deshacerme de su vestido.

Un hambre propia despertó en ella al retirar mi camisa. Sus manos errantes exploraron mi pecho desnudo; con todo, se estremeció cuando removí su corsé.

El ritmo acelerado de su corazón resonó en mis oídos y por un momento doloroso, anhelé el sabor de su sangre. La sola idea de combinar la satisfacción de la necesidad de mi cuerpo con la de mis demandas vampíricas me llevó al borde de la locura.

En un momento prometedor de delirio, amplié mi boca lo suficiente como para que mis colmillos se asomaran bajo mis labios. Y aunque estaba obsesionado más allá de la razón por mi sed de sangre compulsiva, me alejé lo más rápido que pude.

Sus ansiosas manos alcanzaron mis pantalones y los forzaron fuera... ¿Era esta su primera vez con un hombre? Descarté el pensamiento de mi mente. Nada me importaba

más que su cercanía. Con cada respiración, disfrutaba de este momento mientras desataba mis apremiantes deseos.

EL HOMBRE MÁS FELIZ DEL MUNDO

Las horas pasaron.

Mis ojos se abrieron para encontrarla acostada a mi lado. Su delicado brazo caía sobre mi pecho. Ella dormía un pacífico sueño.

El sueño es un estado muy vulnerable. Pude haber terminado con su vida en ese momento, pero por supuesto, nunca me hubiera atrevido. Juliette era demasiado preciosa para mí. Su compañía me importaba más que buscar la satisfacción de mi maldita sed. No podía entenderlo. Para mi sorpresa, anoche había luchado contra la urgente necesidad de su líquido vital. E incluso cuando inmerso en el placer de acostarme con ella había cumplido todos los caprichos de mi cuerpo, me sentía incompleto; pero de algún modo, estaba dispuesto a dejarlo pasar... al menos por ahora.

Una débil sensación de alarma surgió en mi interior, y con ella apareció un sentimiento incómodo que me recordó un propósito ya olvidado. Por un minuto, mientras yacía allí, no sabía lo que era.

Suaves ondas de pelo rojo enmascaraban su semblante celestial. Por desconcertante que era la fuerza que me había atraído hacia ella desde el principio, por fin había logrado su objetivo. Mi negro corazón se había acercado al suyo.

Encerrado dentro de su abrazo oscuro, encontré una gran sensación de libertad y una muy necesaria expiación de mis pecados. En su presencia no llevaba secretos. Juliette sabía todo lo que yo era, y a pesar de eso, ella me quería.

—Sin máscaras... —susurré. Y en ese momento, el pensamiento apareció en mi mente preternatural.

Tras deslizarme mis pantalones, me alejé de la cama sin hacer ruido y fui al escritorio. Las pesadas cortinas de la habitación habían sido una bendición, pues habíamos dormido toda la mañana y parte de la tarde.

Tomé una hoja y me preparé para escribir una carta a casa. En ella, quería decir que estaba vivo... o algo parecido. Y que tal vez mi estancia en París por un tiempo, llenaría los intereses de todos, incluido el de *ella*.

Mi corazón se detuvo ante la idea de Alisa.

¿Cómo era que el dolor podía derivarse de algo tan precioso como nuestro afecto? Mi amor la lastimaba más de lo que quería admitir y a mí ya me había causado suficiente

daño.

La había perdido mucho antes de saberlo. La imposibilidad de nuestras circunstancias estaba en contra de nosotros desde el principio, pero eso no era todo. Si ella descubriera el monstruo en el que me había convertido, sería echado de su corazón. De cualquier manera, toda pizca de esperanza se había perdido para siempre.

Pero al escribir esta carta, al menos podía tener en cuenta que por una vez en la vida, había hecho lo correcto. Y ayudaba saber de la calidez reconfortante de Juliette como consuelo de mis pecados.

No había pluma a la vista. Tiré del cajón y lo abrí a la mitad. Estaba atascado. Algo obstaculizaba su mecanismo deslizante. A través de la pequeña abertura, vislumbré la pluma. Forzando mi mano, alcancé dentro y encontré la obstrucción.

Después de algunos intentos, tomé el trozo de papel y lo puse sobre el escritorio con prisa, buscando en el interior del cajón una vez más hasta que agarré la maldita pluma. Pero luego, un papel me llamó la atención. Era una carta.

Lo que mis ojos vieron en ese instante me paralizó y vaporizó cualquier otro pensamiento en mi mente.

20 de abril de 1672. Tres semanas antes de mi llegada a París.

Querida amiga,

Me complace contarte que nuestro viaje desde Calais a Dover se desarrolló sin mayores complicaciones y que ahora hemos llegado a la ciudad de Londres.

Qué extraño me parece regresar a casa después de todos estos años viviendo en el divino suelo parisino... Pero encuentro que al estar en una compañía tan prodigiosa, no me puedo quejar.

A tu semejanza, Alisa encarna lo que toda mujer joven debería ser. Ella sobresale en sus virtudes femeninas en la música, la danza y el dibujo. Y al mismo tiempo, descubro en ella una mente maravillosa, hambrienta de conocimiento y con muchas cosas por disfrutar y vivir en el mundo.

Te alegrará saber que hemos fijado una fecha para nuestra boda. Y aunque nada me alegraría más que tenerte conmigo en ese día tan precioso, me temo que la fecha podría adelantarse debido a la mala salud de su madre. Creo que ella dejará este mundo pronto, y Alisa necesitará cada gramo de felicidad para soportar una pérdida tan terrible.

Estoy seguro de que lo entiendes y no guardarás rencor contra nosotros por esto.

Salimos para Bristol hoy y nos quedaremos en la casa de Alisa en Winterbourne por un tiempo hasta que nos casemos.

Y con respecto a tus cartas, la respuesta me temo no es agradable. No tenemos noticias de lo que pasó con Lockhart y no lo hemos visto desde el día del Gran Baile Veneciano.

Como siempre, él está en mis oraciones, y espero que volvamos a saber de él pronto.

Escríbeme, querida Juliette.

De tu amigo, el hombre más feliz del mundo,

William Pritchard.

ARRUGADA POR LA FURIA DE MI PUÑO APLASTANTE, LA CARTA CAYÓ DE MI MANO SOBRE EL escritorio.

El matrimonio de Alisa, la mala salud de mi madre... las palabras aturdieron mi cerebro hasta el punto de asegurar mi mareo. Esta carta tenía tres semanas de haber sido escrita, ¿podría albergar alguna esperanza de encontrar a mi madre con vida?

Puse ambas manos sobre el escritorio y me estabilicé. Hundiendo mi cabeza entre mis hombros, luchaba por respirar.

—¿Qué sucede? —dijo ella.

Sin voltear, hablé.

—Esta carta ha estado en tu poder durante al menos una semana.

—Iván, puedo explicarlo... —Se puso la bata de seda.

—Lo sabías. Todo este tiempo... sabías de su compromiso, sabías de la enfermedad de mi madre, y sin embargo, elegiste ocultarme estas cosas.

Ella se acercó.

—Iba a decírtelo...

—¿Cuándo? —dije—. ¿Cuando se casaran y el cadáver de mi madre se pudriera en su tumba?

—Sí.

Su respuesta me sorprendió. Y aún así, no podía decir si ella hablaba la verdad o si esta era otra mentira que brotaba de su orgullo herido, simplemente con la intención de herir el mío.

—Te recomiendo que consideres tus palabras, Juliette —susurré con voz amenazante—, porque pueden ser las últimas que digas.

Como una serpiente, deslizó su venenosa mano por mi nuca y sus grandes ojos verdes fijaron su mirada hipnótica en la mía.

—La oscuridad fluye desde ti como en ninguna otra criatura que haya conocido —musitó—. Hay fuerzas en ti, fuerzas terribles y devastadoras, capaces de desatar el mismo infierno sobre aquellos que se atrevan a oponerse a tus caprichos.

»Pero por más letal que sea el roce de tus dedos, me encuentro atraída a ti más de lo que me gustaría admitir. —Sus suaves dedos se deslizaron por mi cabello—. ¿Cómo es que en tan insondables velos de oscuridad encuentro belleza?

Su aterciopelada voz envolvió mis sentidos. Por un momento, quise descartar todo, tomarla en mis brazos y reclamar un beso suyo... Pero el daño ya estaba hecho y había alcanzado extremos imperdonables. Y aunque odiaba enfrentar el mal de sus planes, las palabras tenían que decirse.

—¿Por qué me lo ocultaste? —murmuré, a punto de perder toda la paciencia.

—¿Por qué será que tu corazón le habló al mío? —susurró—. Tal vez nuestras almas comparten las mismas sombras...

—¡Ya basta de juegos, Juliette! —Con un movimiento rápido, agarré su cuello con una sola mano y la presioné contra la pared. Mis dedos se hundieron lo suficiente para darle advertencia, pero para mi sorpresa, ella sostuvo mi mirada con gran desafío.

Cada gesto admitía su culpa. Pero lo peor de todo era que lejos de mostrar signos de remordimiento, ella abrazaba con satisfacción el daño de su crimen.

—No voy a preguntarte esto de nuevo. ¡¿Por qué lo hiciste?! —Decepción, furia, necesidad de venganza..., una mezcla de emociones inundaba mi pecho. Pero era su traición lo que más me dolía.

La expresión desafiante de Juliette entonces se desvaneció junto con la sangre de su rostro. Y por primera vez, vislumbré a la mujer que conocía, joven y vulnerable, ahora desesperada mientras veía cómo sus ilusiones se desvanecían tan pronto como se ponía el sol.

—Lo hice... porque te amo.

Aparté la vista de ella y sonreí. ¿Amor? ¿Cómo se atrevía a designar tal sentimiento con tanta maldad?

—Eres un demonio —musité a unos centímetros de sus labios.

—Eso es lo que somos, mi amor.

Horrorizado por la selección de sus palabras, retiré mi mano y di un paso atrás.

—¿Fue todo una mentira? —dije—. ¿Fue la Magia la que me atrajo a tus brazos, un hechizo de algún tipo?

Juliette cruzó sus delicados brazos sobre su cintura y fijó sus brillantes ojos en los míos.

—No —susurró al borde de las lágrimas—. No fue así.

—Debo irme de inmediato —dije.

—Toma el carruaje a Calais...

—¡No! No quiero nada más de ti.

Juliette apretó sus labios, conteniendo las lágrimas. La visión de su sufrimiento agitó los remanentes de compasión que mi corazón sentía. Y a pesar de que su engaño me había herido profundamente, el impulso de abrazarla se apoderó de mí. Sin embargo, me contuve.

—Perdóname —dije—. No puedo quedarme aquí un minuto más. —*Porque si lo hago, me arriesgaré a perder mi corazón por ti de nuevo.*

LA MALDICIÓN

—*V*ite! ¡Tengo prisa! —dije—. ¡No me importa si conduce todo el día!

—*Oui, monsieur!*

En minutos, el carruaje se alejó de la entrada de la Mansión Deveraux.

Apenas tenía tiempo de llegar a Calais antes del amanecer, pero no me importaba. Cerré las cortinas y me comprometí con la tarea de recordar cada minuto del engaño de Juliette durante el resto del camino, con nada más que el odio como compañía.

Impensable, ¡me había mentido todo este tiempo! Y pensar que había contemplado la posibilidad de quedarme aquí en París con ella. Incluso había planeado poner fin al juego de perseguir el rastro de Alisa y Pritchard.

Pensaba que tal vez había encontrado mi lugar en el mundo como vampiro. Pensaba que como Juliette y yo compartíamos este limbo antinatural fijado en un mundo entre el mito y la realidad, podía confiar en ella... Qué equivocado estaba.

Y aunque deseaba con todo el corazón alejarla de mi vida, sabía que no podía hacerlo. En nuestras pocas semanas juntos, ella había hundido sus garras en lo más profundo de mi alma.

A pesar de todo, no podía negar que Juliette había abierto mis ojos preternaturales al mostrarme los verdaderos dones de mi poder vampírico. Y de alguna manera, tenía la sensación de que quedaba mucho más por aprender de ella.

La angustia de Juliette había estado lejos de ser insincera. Sus sentimientos hacia mí eran verdaderos, sin duda. Pero las razones de su conducta eludían mi comprensión. ¿Había elegido ocultarme la verdad por puro egoísmo, o quizás pensaba que podría evitarme el dolor de saberla? Cualquiera que haya sido la razón, ella había cuestionado la fortaleza de mi corazón, tratándome como si fuera un niño, y eso no podía perdonarlo. Mi sangre hervía de resentimiento contra Juliette.

Con toda imprudencia, ponía en riesgo mi propia existencia huyendo como lo había hecho. Pero después de enterarme de la frágil salud de mi madre, quedaba poco espacio para la razón en mi cerebro.

La imagen de mi madre permaneció fija en mi mente durante todo el viaje. Ansiaba estar con ella.

Minutos más tarde, el agotamiento se apoderó de mí y me quedé dormido

profundamente.

—Ya estamos aquí, señor.

No sabía cuántas horas habían pasado y cuántos caballos se habían cambiado en el camino. Solo sabía que la luna se asomaba por el nublado cielo del crepúsculo cuando descorrí la cortina para asegurarme de estar a salvo de la peligrosa luz del sol.

Decidido a adquirir un pasaje rápidamente, me bajé y me dirigí al muelle. Haría uso de todos mis recursos vampíricos en mi ayuda.

Buques mercantes se preparaban para navegar, pero un barco sobresalía entre ellos. En el momento en que lo vi, estuve a punto de reír.

El mascarón de proa del barco era una voluptuosa mujer vestida con ropas negras. Su velo negro era lo suficientemente translúcido como para distinguir el par de llamativos ojos azules.

—La maldita Doncella Negra —dije en voz baja—. Increíble.

Oh, las opciones para viajar eran muchas. Podría haber comprado un pasaje en un barco más adecuado, con una cabina más grande que llenara mi necesidad de descanso. Pero estaba decidido. Conseguiría mi paseo en la Doncella si fuera lo último que hiciera.

El hombre estaba junto a una de las antorchas en el muelle, vestía una capa negra con capucha, recogía una cuerda.

—¿Qué tal el viento, Capitán Gallagher? —dije, acercándome.

El hombre dio un paso atrás, sin reconocermelo. Barba afeitada, cabello impecablemente peinado atado en una coleta baja, vestido con el mejor traje de seda parisiense adaptado a mis deseos personales... todo lo contrario al hombre que conoció hace un año en Bristol. Bueno, eso y el hecho de que yo era un vampiro ahora.

—El viento va bien —dijo, aún tratando de descubrir mi identidad.

—¿Y el mar? —dije—. ¿Le va bien también para viajar?

—Va muy bien.

Me acerqué unos centímetros más para que pudiera ver mejor mi rostro bajo la luz de las antorchas.

—¡Eres tú!— Sus manos cayeron sobre su pecho al soltar una carcajada—. Estás pulido y todo, pero eres tú... ¡el muchacho de Lockhart!

—Lo soy. —Asentí con amable aceptación—. ¿Y adónde viaja la Doncella ahora?

—Brasil —dijo con tono petulante—. Zarpamos al amanecer.

—Las colonias... —Alcé mis cejas—. Portuguesas, si no me equivoco.

—Sí. Un montón de azúcar para sus tés —se burló.

Entonces fue claro para mí. La elección estaba en mis manos. Dentro de mi poder estaba la oportunidad de cumplir cada uno de los sueños de mi infancia, y esta vez, nadie, ni siquiera el Capitán Gallagher con toda su presunción, podría detenerme.

—No puedo ayudarte a cruzar al Nuevo Mundo, muchacho.

Me acerqué y fijé mis ojos en los suyos.

—Oh, no me dirijo al Nuevo Mundo —susurré.

Mi cercanía puso sus nervios de punta.

—Viajo a Londres —dije—, y tú me llevarás allí.

Sus ojos se agrandaron y algo se abrió dentro de su mente en ese instante. La sogá resbaló de sus manos y golpeó la cubierta.

—Navegamos esta noche —agregué.

—Bien, señor.

CAYÓ LA TARDE.

Ráfagas de viento golpeaban las velas y la suave melodía del océano envolvía mis sentidos. Me paré en el alcázar, reservado para los oficiales de mayor rango, una tarea fácilmente lograda por mi persuasión vampírica.

Encantado, cumplí mi caprichoso deseo de navegar a bordo de la Doncella Negra. Las condiciones climáticas estaban de nuestro lado, y solo nos llevaría tres horas llegar a Dover.

Sin mareos, sin malestar repentino. El mar me vino bien esta noche.

—Gallagher —dije.

—¿Sí, muchacho?

—Algo me ha preocupado desde la última vez que nos vimos —musité. Podía sacar provecho de mis habilidades antinaturales y leer su mente, pero parecía más entretenido involucrarlo en una conversación... para pasar el tiempo.

—¿Qué cosa?

—La última vez que subí a la Doncella Negra, me dijiste que siendo hijo de Stephen Lockhart, nadie en su sano juicio me llevaría a bordo.

—Sí. Así es.

—Me dijiste que traía mala suerte... —dije—. ¿Qué quisiste decir con eso?

Gallagher me miró fijamente por un segundo y luego se alejó. Acarició su barba y se mordió el labio inferior.

—Me lo dirás, o de lo contrario...

—¡Ah! Atrapado entre el diablo y el piélagó profundo...

—Me temo que así es, Capitán.

—Todos saben del trágico destino de tu hermano.

—¿Dicen que lo maté?

—¡No! No es eso... —Levantó la mano para calmar mi temperamento—. Sabemos que estabas con él cuando...

—Cuando el murió. Sí, estaba con él. ¿Y qué con eso?

—Dicen que te maldijo desde entonces, muchacho. Dicen que llevaste la maldición a tu familia, y que todo lo que toques llegará pronto a su fin.

—¡Eso es una locura!

—Mira lo que le sucedió a tu padre, muchacho... Casi quedó en la ruina, trastornado y descorazonado como estaba.

—Sí, pero eso fue por su duelo. Y se ha recuperado bastante ahora, según sé.

—Sí. Ha recuperado su fortuna. Pero a qué costo, muchacho... ¿a qué costo?

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabes? —Frunció el ceño—. Cambió de comercio, tu padre. Ahora trata en la venta de esclavos.

Mis ojos se abrieron con incredulidad. Jamás hubiera esperado esto de él, no de mi padre. El hombre era un monumento de rectitud y siempre había declarado su desdén hacia la esclavitud.

—No puede ser cierto —musité.

—Pero lo es —dijo Gallagher—. Es la maldición, muchacho. Negoció con el Diablo y su fortuna hizo mella en la salud de tu madre.

Me quedé sin palabras.

—Tan pronto como la tragedia golpeó a su puerta, cambié de velas... y mírame ahora. Me he convertido en un hombre *próspero*.

—Seguro...

Hubiera hundido mis colmillos en lo más profundo de su pecho, si eso no significara correr el riesgo de enfurecer a todos los marineros. Y así, Gallagher consiguió vivir.

LA BESTIA

El hambre como nunca la había conocido, golpeaba cada una de mis extremidades. Llegué a Londres con tanta sed de sangre que venció mis sentidos. Sin destino, deambulé calle por calle, mis torpes pasos guiados por una aguda desesperación.

El dolor llegaba en fuertes golpes, un latido tras otro. Cada vaso sanguíneo en mi cuerpo se comprimía y pulsaba, exigiendo la bebida bendita y oscura que libraría a mi maldito cuerpo de su maldita hambre.

La fetidez de comida podrida y calles sucias me advirtieron de mi paradero.

Drury Lane.

El *Theatre Royal* había cerrado sus puertas hacía mucho tiempo, y la escoria de la sociedad londinense permanecía en sus esquinas.

En medio de putas y mendigos, me encontré en casa. Seguí la calle con pasos rezagados, capturando la escena de miseria que me rodeaba. Un par de horas antes, y habría visto la mezcolanza de mortales cuando las puertas del teatro lanzaban al público a la calle. Terciopelo prístino enredado con harapos andrajosos, perfumes costosos mezclados con el hedor de los humos de la pobreza cerniéndose sobre sus cuerpos lánguidos...

—Danos un poco de amor, ¿eh? —Ella tiró de mi brazo y me atrajo hacia el callejón.

Con un suspiro, aparté un mechón de cabello grasiento de su rostro y capturé mi reflejo sobre sus insondables pupilas.

Leí sus pensamientos con gran facilidad: trabajaba como vendedora de flores durante el día, pero los tiempos eran difíciles y apenas podía llegar a fin de mes. La tristeza en sus ojos hablaba de su miseria; no era la vida que ella hubiera deseado, pero no tenía forma de abandonarla.

—No sé nada del amor —susurré—, pero puedo darte algo aún mejor.

Sin más preámbulos, la tomé. Al principio, se estremeció bajo mi agarre pero calmé su ansiedad con un poco de persuasión vampírica y la callé como a un niño.

En cuanto mis colmillos rasgaron su arteria carótida y ese primer chorro de sangre llenó mi boca, sabía que no me detendría hasta que drenara la última gota de su joven sangre. Y tan pronto como su corazón dejó de alimentar mi diabólico capricho, dejé caer su cadáver y pasé a la siguiente forma de vida miserable que se cruzó en mi camino.

Me dije a mí mismo que lo hacía por su propio beneficio; que era una bendición que alguien en mi campo de especialización entrara en sus desdichadas vidas y les otorgara la salvación, un alivio del infierno de su existencia.

En la profundidad de las sombras, arrebaté a mis víctimas, una tras otra. Después de un tiempo, tomé tantas que mi cerebro inmortal apenas retenía la imagen de sus rostros amedrentados; no eran más que masas carnosas, cálidas y prósperas en el precioso vino pulsante que mi cruel naturaleza exigía.

Despiadadamente, maté; cortando gargantas, muñecas y rasgando la piel con mis afilados colmillos como si estuviera pelando las frutas más maduras. Sus cadáveres se apilaban en la calle, sin nadie a quien le importara su terrible destino, nadie lloraría por ellos ahora que se habían ido.

La inminente tormenta arrastraría cualquier vestigio de sangre que pudiera haber dejado atrás; limpiaría sus cuerpos antes de que sus almas alcanzaran las puertas del cielo, y eso no podía ser más que algo bueno.

Arrojé a un lado de la calle mi último asesinato de la noche, pero el destello de unos ojos verdes y una sonrisa traviesa me torturaron durante todo el camino a través del callejón sombrío. La caza había consumido la mayor parte de mi fuerza, pero era el engaño de Juliette lo que hacía que mi corazón estuviera tan cansado.

Cayó un rayo, iluminando la calle adoquinada. Durante horas vagué, hasta que ya no pude seguir.

Sin un rastro de esperanza, me apoyé contra la pared y el precio de mis pecados me alcanzó entonces. La sangre cubría mis manos. Las abrí y dejé que la lluvia lavara las manchas. Y aunque mi corazón se había acelerado por la cacería y me sentía más vivo que nunca, la culpa se infiltraba en mi alma por la despiadada matanza que había dejado atrás.

Me senté en el pavimento fangoso y lloré. Un mendigo entre los mendigos. Quizás otro vampiro se cruzaría en mi camino y desataría su furia contra mí, aunque en mi breve año como bebedor de sangre nunca había conocido a otro de mi especie, a excepción de Dristan, por supuesto. Pero luego, él había desaparecido tan pronto como me había otorgado este regalo. Estaba la leyenda de los Sartie Mangiatori, pero nunca había visto uno durante mi estancia en Venecia.

Mi llanto sollozante se amortiguó bajo la furiosa tormenta. Fue en este momento perfecto cuando me di cuenta de cuán fuera de lugar estaba en el mundo.

A través de muchas dificultades, había aprendido que el amor me eludía como a ninguna otra criatura porque ya no era humano. El amor que había conocido como vampiro me había enseñado que si corría peligro, bien podría optar por llorar por la decepción. Este amor conocía sus límites; era insensible y consciente de sus necesidades. Era egoísta y guiado por el miedo.

Era este amor la única razón detrás de la traición de Juliette, la fuerza principal que condujo a Alisa a su repentino compromiso con William Pritchard.

Me di cuenta entonces de la vanidad de mi ilusión; pensar que el amor podría haber sido encontrado en cualquiera de esos corazones era una locura. Había sido solo un sueño

y nada más.

Yo no pertenecía a ninguna parte.

No en París, como el juguete perfecto para los planes diabólicos de Juliette. No en Winterbourne, donde mi madre luchaba contra la enfermedad y Alisa pronto se casaría... ¿Cómo podía la idea del matrimonio repentinamente ser tan atractiva para ella? Su total desdén hacia todo el concepto se había aferrado a ella desde que tenía memoria. Alisa había prometido jamás casarse; ella y yo estaríamos dedicados el uno al otro en los años por venir... ¿Había sido mentira eso también?

Pero seguramente algo de eso era real. La noche del Gran Baile Veneciano, ese único momento de felicidad y liberación de nuestros corazones... era puro y libre de miedo. Tenía que ser real.

Solo había una forma de averiguarlo. Y tenía que saberlo antes de que fuera demasiado tarde, porque esta noche había visto a la bestia dentro de mi naturaleza diabólica. Ajeno a lo que conocía, un paria del mundo mortal, esta criatura viciosa moraba en mi alma y comía partes de mi frágil humanidad, amenazando con dejar solo un rastro del hombre que una vez fui.

La idea de siglos por venir sin encontrar mi lugar en el mundo me causó gran ansiedad. No podía respirar.

¿Todavía había esperanza para mí? ¿Pueden los malditos ser verdaderamente redimidos? ¿Era digno de aspirar a amar incluso cuando me había convertido en este monstruo?

No sabía qué determinación guiaba mi camino, si se estaba volviendo al lado de mi madre en su hora de necesidad o era el miedo a dejar que el amor se escapara entre mis dedos cuando Alisa jurara su vida, cuerpo y alma a otro hombre. Cualquiera que fuera el caso, mi corazón no podía soportarlo.

Necesitaba encontrar consuelo en esta desolación, un rostro familiar para aliviar mi dolor. Y sabía dónde encontrarlo.

BAJO EL DILUVIO, ME PUSE DE PIE, CON LA ROPA TAN EMPAPADA QUE MÁS LLUVIA SOBRE MÍ apenas hacía la diferencia.

Allí me quedé inmóvil, en trance, mirando la fachada destartada de la casa. Después de un tiempo, la tormenta amainó, y momentos después, dejó de llover por completo. Cantos de pájaros y suaves ráfagas de brisa fresca anunciaban el próximo amanecer.

Su silueta apareció detrás de la ventana oscurecida. Una sombra en medio de las sombras, fácil de percibir para mis ojos antinaturales.

La luz de las velas llenó la habitación; su brillo ámbar atrajo mi necesidad de calor. Mis intereses eran más que físicos. Buscaba la cercanía, el toque de un cuerpo humano para recordarme lo que solía ser.

La puerta crujió cuando se abrió y sus inquisitivos ojos verdes se asomaron a través de la grieta. En el momento en que miró mi rostro, la puerta se abrió más. Arrojó un chal

bordado sobre sus hombros y salió.

—Has vuelto —dijo, una sutil bruma escapó de sus labios cuando habló.

—¿Cómo puedes saber que soy quien piensas? —*Ya no soy él. No soy humano.*

—Tus ojos solitarios... —Su mano se deslizó sobre mi mandíbula—. Los reconocería siempre. —Hizo una pausa—. Bueno, eso y tu gusto por la lluvia. ¡Mírate, mi señor! Estás empapado. Si hubiera sabido que eras tú, te habría llamado hace horas.

¿Horas?

Me froté los ojos y retiré de mi rostro los mechones de cabello empapado.

Ella tomó mi mano.

—Entra, amor.

Una sensación inmediata de alivio me abrazó cuando crucé ese umbral. La casa era cálida y acogedora. Una pintura en el salón mostraba el Puente de Rialto. Los muebles del dormitorio, ricamente decorados, me recordaron a Venecia.

Las llamas hipnóticas del fuego me atrajeron más cerca.

Se dirigió hacia la ventana y abrió los postigos, dando la bienvenida a los primeros rayos de luz de la mañana en la habitación a oscuras.

—¡No! —Fruncí el ceño—. Detesto la luz.

—Como quieras, mi señor. —Cerró los postigos y mi bendita oscuridad regresó.

Los delicados dedos de Lucía se deslizaron bajo mi abrigo y lo retiraron. Ella entonces desabrochó mi camisa. Con prisa por comenzar, su mano buscó mis pantalones, pero antes de continuar con su propósito, agarré su muñeca y la detuve.

Sus ojos abiertos revelaron una mezcla de confusión y ultraje.

—No te ofendas —susurré—. ¿Hay alguna prisa?

—La hay, mi señor —con tono de autojustificación. Y allí estaba, el mismo aire de orgullo que había reconocido en ella hace un año—. Te tendría en tu mejor condición, no enfermo por un resfriado.

Me mordí el labio inferior para evitar estallar en carcajadas. ¿Un resfriado? ¿Los Inmortales sufrían tales males?

—*Bene. Va bene.* —«Está bien», dije en voz baja para calmar su ardiente temperamento. La sonrisa que floreció en sus labios me dijo que mi táctica funcionó.

—¿Qué tan lejos te llevaron tus viajes? —dijo, quitándome la camisa.

Me senté en la silla junto a la chimenea.

—He estado en París, Roma y Venecia...

La mención de su madre patria le divirtió.

—Cuéntame sobre Venecia. —Se arrodilló a mi lado y me desabrochó los pantalones—. ¿Te pareció agradable?

—No estoy del todo seguro—musité.

—¿Algo te preocupa, mi señor? —Sus ojos se encontraron con mi mirada vacía.

—El cambio —dije en voz baja—. Se ha infiltrado en mi vida. Implacable, inquebrantable... No puedo dirigir su ritmo, ni su dirección.

Una breve sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios rosados.

—Todo está cambiando en cada momento. —Con delicadeza, ella quitó mi última prenda de vestir. Lucía luego se puso de pie, y ante mí, su vestido se deslizó de su figura sensual y cayó al suelo—. Es inútil resistirse al cambio... Es tan inútil como tratar de resistirme a mí. —Sus suaves muslos abrazaron mi cintura cuando ella se sentó en mi regazo. La calidez familiar de Lucía hizo que mi mente se tranquilizara.

La mañana transcurrió rápidamente, cediendo ante sus besos sensuales, perdiendo mis sentidos en su apasionado abrazo. El agotamiento nos alcanzó a los dos, y dormimos en los brazos uno del otro.

ERA TEMPRANO EN LA TARDE. LLAMÉ AL CARRUAJE.

Había dejado una generosa cantidad de dinero en el tocador. Salí de la habitación mientras Lucía estaba dormida.

Winterbourne yacía a unos pocos kilómetros más adelante. Qué raro parecía que yo, un extraño, tomara el camino de vuelta a casa sin la menor intención de permanecer allí más de lo necesario.

El camino a Winterbourne era uno que deseaba evitar, e incluso temía; quizás más ahora debido a lo que se avecinaba. Hacer frente a la enfermedad de mi amada madre era un pensamiento muy angustiante. Y aún así, este momento no podía evitarse.

Un golpe en el techo del carruaje, y mi viaje comenzó.

WINTERBOURNE

*B*esados por los últimos rayos enrojecidos del sol moribundo, vastos planos de campos verdes se extendían más allá del alcance de la vista, donde antiguos bosques se encontraban con pastos florecientes. Un suave velo gris se cernía sobre la aldea, con pesadas nubes oscuras y ráfagas de brisa fresca que anunciaban la inminente lluvia.

El viejo camino de tierra, delimitado por espesos setos, me llevó a la casa de mi familia como lo había hecho tantas veces antes. Pero esta vez era diferente. Yo era diferente.

Después del festín de asesinatos que realicé en Londres, ya no me quedaban ganas de cazar. Ni un rastro de hambre se aferraba a mi cuerpo antinatural. Pero con todo y lo silencioso que estaba mi instinto letal, eso no cambiaba lo que era o lo que hacía para poder sobrevivir.

Las siniestras palabras del Capitán Gallagher hicieron eco en mi mente y me recordaron que estaba maldito, que todo lo que tocaba se empañaba bajo mis dedos podridos.

Y la dolorosa realidad era que aunque no eran más que rumores ridículos ideados por las supersticiones ignorantes de la gente, también resultaban ser ciertos. Estaba condenado. Era seguidor del Diablo... un tipo muy particular de diablo, uno de los más atractivos, con el pelo rojo fresa y penetrantes ojos verdes, y todo lo que tocaba sí se marchitaba.

Quizás esta era la razón por la cual Dristan me había elegido, entre tantos otros, después de siglos de infructuosa búsqueda. Tenía todos los medios para convertirme en el asesino vicioso que chupa sangre y merodea de noche. Todos lo habían visto claramente desde el principio. Todos, menos yo.

Darme cuenta de esto, me hizo cuestionar mis motivos para estar aquí.

Tenía que enfrentar la realidad. Ya no era humano. Estaba condenado y corrompido, y era la encarnación de todo lo oscuro y malicioso, lo que ella no era ni sería nunca.

¿Qué podría ofrecerle a Alisa que valiera la pena?

La respuesta vino rápidamente.

Nada.

Al final del empinado camino de tierra, la ciudad era un destino inminente.

Me lo propuse en ese momento. No interferiría entre ella y Pritchard. Solo buscaría cualquier tiempo precioso que tuviera para consolar a mi madre en sus últimos suspiros, oculto como siempre en las sombras. Nadie necesitaba saber de mi presencia aquí. Nadie en esta ciudad me reconocería, estaba seguro de eso.

Un repentino ruido de aleteo me sacó de mi abstracción.

Una bandada de cuervos. Inquietos, agitaban sus alas sobre la valla de madera. El sonido de sus plumas revoloteando y sus graznidos resonó en la quietud de la ciudad. Pronto oscurecería, y la mayoría de los habitantes estarían cenando, y luego se prepararían para la cama.

A unos pocos kilómetros detrás de mí, la campana de la iglesia tocó su bajo y lastimero tañido. Grave y tenebroso, el sonido inquietante se disipó en la tierra, junto con los cuervos que emprendieron vuelo, huyendo hacia los campos. El tañido de la campana permaneció en el aire unos momentos antes de sonar de nuevo.

Me volví y eché un vistazo duro a la iglesia de Saint Michael, cuesta arriba.

La temida llamada hizo que cada fibra nerviosa de mi ser se estremeciera porque aunque era domingo, la hora de servicio había pasado hacía tiempo. Esta no era una llamada que aludiera a tal propósito, esta era una llamada que anunciaba muerte.

Reteniendo mis temores, caminé más lejos, y pronto alcancé el sendero que conducía a la casa. Por un segundo, pensé que había dado un giro equivocado; tropecé con un camino de adoquines, pero cuando miré algunos metros más allá de las puertas, confirmé que era la casa de mis padres.

Como deseaba pasar desapercibido, me mantuve alejado del camino y me moví a través de los campos, alcanzando la casa desde el lado este, donde encontraría la ventana de la habitación de mi madre.

Mientras avanzaba por campos de hierba alta, un apretón estrujaba mi corazón. El pánico se apoderó de mí. Lo empujé al fondo de mi mente y pronto emergí del campo arbolado.

Me detuve ante los arbustos de la casa.

La sangre en mis venas se congeló cuando con ojos vidriosos capturé el paisaje espantoso ante mí.

Cuatro caballos belgas negros envueltos en arneses de cuero negro con una cresta de plumas negras sacaron el coche fúnebre por el camino de entrada. El sonido lánguido de sus cascos cuando golpearon el pavimento de piedra me atravesó el cerebro, pero luego, un trueno distante amortiguó el lúgubre ruido.

—N... No —murmuré. Mis labios temblaron—. No, esto no puede ser.

Las puertas chirriaron cuando se abrieron, permitiendo que el coche fúnebre pasara, y en ese instante, mis temores se materializaron. Mi padre caminaba detrás del carruaje. Alisa lo tomó del brazo, pero él lo apartó, rechazando su ayuda. William Pritchard se movió rápidamente y le rodeó el brazo con el suyo.

Había llegado demasiado tarde, mi madre se había ido.

Mi corazón se estremeció en cortos espasmos que me impedían respirar. En una fracción de segundo, mi mundo colapsó.

Pensaba que al ser una criatura inmortal no sentiría tanto dolor, pero no era así. Mi espíritu se rompía en mil pedazos, cada uno, una daga afilada que perforaba mi cuerpo de principio a fin.

Abrumado por la pena, mis rodillas se doblaron y aterrizaron en el césped. Incapaz de correr tras la procesión fúnebre, derrotado por la Muerte misma, enterré la cara en mis manos y sollocé como un niño.

PARA CUANDO ME PUSE DE PIE, LA NOCHE SE HABÍA INSTALADO.

Un viento fresco corrió y un rayo cayó en la distancia. El suave crujido de las hojas de los árboles alivió mi dolor, aunque muy poco.

Con el corazón encogido, caminé varios kilómetros hasta llegar al cementerio.

Las primeras gotas de lluvia cayeron cuando vi la tumba recién cubierta y rodeada de rosas blancas. Me arrodillé ante ella y medité sobre el oscuro deseo que se gestaba en mi mente corrupta. De ceder a sus poderosos caprichos, temía que toda mi humanidad se perdería para siempre.

Necesitaba verla una vez más.

¿Y qué me impedía cumplir este deseo profano?

Miré hacia arriba, pero no me importaba un comino el cielo nublado de la tarde. Dios, o cualquier fuerza que gobernara el destino de los hombres, seguramente tenía su mirada eterna fija en mí en este mismo instante. ¿Me partiría un rayo por la acción que ahora zumbaba en mi mente conspiradora?

—Vamos a averiguarlo —musité.

Las primeras capas de tierra fueron fáciles de quitar, pero en el momento en que la tormenta cayó con más fuerza, el creciente pantano dentro de la tumba obstaculizó mis esfuerzos. Mojado y cubierto de barro, cavé con mis manos hasta el fondo, tragando mis lágrimas hasta que llegué al ataúd.

El cansancio pronto me dominó. El dolor y mi esfuerzo se combinaron y cobraron su precio a mi cuerpo inmortal. Y aunque la noche anterior me había alimentado lo suficiente para contener mi sed vampírica durante una semana entera, ya no quedaban fuerzas en mi miserable ser. Tendría que cazar muy pronto.

Con un último esfuerzo, levanté el ataúd y lo dejé en el suelo, al lado del sepulcro en el que estaba. Agua sucia subía hasta mi cintura. Y una vez logrado, el trueno amortiguó mis sollozos, y mis lágrimas se mezclaron con el sinfín de gotas de lluvia cubriendo mi rostro.

Perturbar a los muertos era en verdad un gran pecado, pero mi alma ya estaba lo suficientemente contaminada como para disuadirme de la iniquidad de mis acciones.

Mis dedos apresurados deshicieron la tapa del féretro con desesperada agonía. Con determinación lenta pero firme, abrí el ataúd.

En el momento en que vi su rostro, mi cuerpo se derrumbó junto a ella.

—Debería haber llegado antes —gritó mi voz quebrada.

Pálida y de semblante pacífico, mi madre dormía el último sueño, y no había nada que yo —el maldito vampiro, el demonio inmortal— pudiera hacer para devolverla a la vida. Después de años de eludir su toque repugnante, la venganza de la Muerte me atrapó. Y esta noche, había ganado. ¡Tal impotencia me enfureció más allá de los límites de la razón!

—¿De qué sirve tener este poder antinatural, cuando todo lo que quiero está condenado a perecer? —Apreté los puños y los dejé caer en el suelo fangoso.

Todos los hilos que me unían a mi vida mortal se rompieron ante mis ojos enrojecidos. En mi ganancia de inmortalidad, había perdido todo lo que me hacía humano. Todo, excepto mi única debilidad verdadera, que ahora residía atrapada dentro de las paredes de mi viejo hogar y amenazaba con desaparecer de mi vida al casarse.

Tenía que verla... ¡al diablo con todo lo demás!

—Haré lo que me dijiste una vez, madre. Me aferraré a esta nueva vida con todas mis fuerzas, y siempre seguiré mis reglas. Nunca más tendrás que preocuparte por mí... —Sollocé— ...seguiré mi corazón como me enseñaste.

LAS PAREDES DEL POZO, ABLANDADAS POR LA LLUVIA, SE DERRUMBAN SOBRE MÍ MIENTRAS estoy en la tumba. Otro golpe de tierra fangosa se derrama dentro y sepulta mi cuerpo rápido. Inmovilizado por el horror, lucho por liberarme de mi prisión terrenal, pero cuanto más lucho, más derrama su peso opresivo contra mí. Me aplasta el pecho y restringe mi respiración.

Eso es todo. Mi último aliento.

«¡No quiero morir!», grita una voz en mi cabeza.

—¡No quiero morir!

Mis gritos me despertaron.

—Un mal sueño—musité.

Todo había sido una horrible pesadilla: la muerte de mi madre, la locura que se había apoderado de mí en el cementerio y me había obligado a excavar su ataúd, todo para satisfacer mi necesidad egoísta de posar los ojos en su semblante una vez más... Tenía que ser un mal sueño.

Con un rápido vistazo, reconocí mi entorno. Las cortinas estaban cerradas, pero un tenue rayo de luz de luna se filtraba en la habitación. Este era el dormitorio de la casa que había alquilado y que sería mi guarida durante las pocas noches que me esperaban en esta ciudad.

El horror tiró del cabello de mi nuca cuando mis ojos aterrizaron en las botas enlodadas frente a la cama, y junto a ellas, la pila de ropa empapada hecha harapos.

No había sido un mal sueño. Era la realidad más espantosa y terrible.

—Debo verla. —Me levanté de la cama, pero un súbito mareo me obligó a reformular —: Debo alimentarme primero.

ENCONTRAR UNA VÍCTIMA DECENTE QUE SATISFICIERA MIS NECESIDADES OSCURAS NO ME causó dificultades. Después de todo, conocía todas las cervecerías, burdeles y casinos de la ciudad. Y una vez que me ocupé de eso, mi cuerpo volvió a su integridad inmortal, pero no fue así para mi corazón afligido.

Con todo, una fuerza diferente a cualquier otra que conocía, hizo que esta carga fuera más ligera de lo que jamás hubiese esperado. Era la esperanza. Aunque frágil y pendiendo de un hilo, mantenía mi corazón bombeando su sangre viciosa.

Mi única esperanza era volver a ver a Alisa. Corría por mis venas al pasar por los arbustos de la casa y al mirar la ventana de su habitación.

Con velocidad diabólica, trepé el muro de piedra. Mi cuerpo era ligero como una pluma. La fuerza antinatural que fluía a través de mis extremidades me abrumaba; parecía aumentar cada día que pasaba me alimentara o no.

Miré por la ventana mordiéndome el labio inferior lo suficiente como para abrirlo. Mi lengua cosquilleó cuando lamí la sangre vertida.

Cuando mis ojos la encontraron, el tiempo se detuvo y fue como si la viera por primera vez.

Envuelta en un sobrio vestido de tafetán negro, Alisa estaba frente al espejo. La doncella terminó de arreglarle el pelo antes de la cena. Su rostro pálido y su expresión taciturna hablaban de los muchos problemas que anidaban en su corazón: la muerte de nuestra madre no era más que uno de ellos.

¿Era yo uno de esos pensamientos perturbadores que nublaban su mente? ¿Estaba mal que me gustara pensar que así era?

—¿Eso será todo, señorita? —dijo la doncella.

—Sí, Lizzie. Puedes irte.

Eché una mirada a su reflejo y luego salió de la habitación.

Me deslicé dentro.

Con pasos sigilosos, curioseé por el dormitorio. Una pequeña caja roja en la mesita de noche me llamó la atención. Impulsado por mi curiosidad hambrienta, la sostuve en mis manos y abrí la tapa.

Dentro, había una esmeralda de corte rectangular de un par de centímetros de ancho, montada en una sortija de oro. Grabado en la piedra estaba un nombre:

Este era un anillo de compromiso. *Su* anillo de compromiso. Qué extraño que ella no lo usara.

—Nada me agradaría más que descubrir cuál preferirías —susurré, extrayendo de mi bolsillo el bolso de terciopelo negro. Vertí la gargantilla de perlas y zafiro en mi mano.

Se acercaban unos pasos por el pasillo. Con toda mi velocidad vampírica, salí por la ventana y hundí mis garras en la pared. ¿Por qué había regresado?

Una vez dentro, Alisa rebuscó en los cajones de la cómoda. Se detuvo en el momento en que encontró un chal bordado que luego colocó sobre su brazo.

—Podría haber jurado que había cerrado esta ventana —dijo, acercándose.

Entonces caí en cuenta. Mis manos. Ambas se aferraban a la mampostería de piedra... estaban vacías.

El collar. Debe haber caído de mis manos en algún momento.

Se apoyó contra el alféizar de la ventana y a punto de cerrarla, dio un paso atrás.

Con asombro, separó sus labios. Segundos después, Alisa se arrodilló sobre la alfombra de Kashan.

Luché por respirar.

—Esto... —susurró ella—. Esto es imposible.

Al ponerse de pie, las manos de Alisa sostenían el collar con gran cariño. La inscripción añadida llamó su atención, estaba en el montaje del broche.

«El amor es demasiado joven para saber lo que es la conciencia.»

A. Lockhart. 1671.

Si no hubiera tenido la certeza de ser un miembro de los no-muertos, habría pensado que moriría en ese momento.

—Alisa... —Se asomó tras la puerta y la golpeó después.

Con la habilidad de un ladrón, Alisa rápidamente tomó el collar y lo escondió tras ella.

—William —dijo—, ¿qué sucede?

—La cena está a punto de ser servida. ¿Vienes, querida?

—Estaré allí en un minuto.

—Luces bastante nerviosa. ¿Estás bien, cariño?

—Sí, William. Te lo agradezco. —Alisa mintió muy bien—. Por favor, adelántate. Enseguida bajo.

—Como desees, cariño.

Por fin, Pritchard se fue.

Apretando el collar en su mano, Alisa escudriñó la habitación con una mirada rápida. Pero con poco tiempo que perder, guardó la gargantilla en el cajón del tocador, ocultándola bajo sus guantes y chales.

En cuanto salió de la habitación, volví a entrar. Dando vueltas en círculos interminables, pasé los dedos por mis labios una y otra vez. Mi mente se aceleraba.

¿Cuál debería ser mi próximo movimiento?

El collar había sido un incidente afortunado, aunque no lo parecía en ese momento; pero me obligaba a enfrentarla, y por tanto, estaba feliz.

La cena continuaba en la planta baja. Mientras tanto, me acosté en su cama, mis ojos fijos en el techo. La última vez que había estado allí, había sido el día en que Viktor se había ahogado. Había estado a punto de morir en esta habitación.

Aunque los detalles de ese día todavía se me escapaban, breves momentos habían quedado grabados en mi memoria, como el tapiz de lana en la pared. Diana y la Cacería. Diana, la diosa mítica que había prometido jamás casarse, como había hecho Alisa muchos años atrás. Sin embargo, a diferencia de la diosa, ella había roto su promesa.

¿Y qué si ella no usaba el anillo de compromiso de Pritchard? Tal vez no se ajustaba a sus dedos delicados, o quizás no hacía juego con su vestido esta noche. Tal vez, por el duelo, ella había decidido no usarlo... ¿Cómo podría saber sus motivos sin leer sus pensamientos?

El dominio de mis habilidades preternaturales aún estaba lejos de mi alcance. Persuasión, compulsión... estos trucos venían más fácilmente para mí, la lectura de la mente no. Y en el fondo, no estaba seguro de querer conocer los secretos que su mente encerraba.

No estaba listo para enfrentarla.

—No —musité, sentándome en la cama—. Hoy no.

EL MÉDICO

Una tradición de siglos de antigüedad, el 29 de junio marcaba el día en que los comerciantes y agricultores se reunían cerca de la Iglesia de San Miguel, donde rostros viejos y nuevos navegaban en la horda de tejedores y guanteros, cervecedores y panaderos. Un cierto grado de alegría derivaba de la celebración de eventos tan singulares, pero también daba mucha respetabilidad a nuestra pequeña ciudad.

El día nublado me permitió levantarme temprano en la tarde. Me divertía caminando por las mismas calles angostas que solía recorrer de niño cuando la bulliciosa multitud de mercaderes me atrajo al centro de la feria.

Entre los resoplidos de las vacas y el balido de las ovejas, la sinfonía comercial del mercado alcanzaba su cúspide en tanto los precios se anunciaban ruidosamente al comenzar el regateo. La melodía ascendente envolvía y deleitaba mis sentidos, pero tenía que seguir adelante porque asuntos más urgentes requerían mi atención.

No era la reavivación de los recuerdos de mi infancia lo que me había traído aquí de todos los sitios, sino la llamada del demonio atada a mi sangre antinatural que me obligaba a saciar sus deseos diabólicos.

Mi objetivo estaba puesto en la caza. Pero de pronto, en medio de la agradable cacofonía, una voz distinta captó mi atención.

Vestido con pantalones y casaca negros, magro y de baja estatura, la barba y bigote espesos del hombre casi enterraban su cara junto con su viejo cuello de lechuguilla escarolado. Y sus ojos, que eran azules, aunque pequeños, revelaban una mirada tan aguda como la de alguien dotado de gran ingenio.

Un barril estaba frente a él con una tabla de madera encima, a modo de una mesa. Sobre ella había envases y cajas de ungüentos de distintos tamaños y colores.

—¡Damas y caballeros! —dijo—. Ustedes que se preocupan por la salud y el bienestar de su familia, acérquense si lo desean y escuchen lo que tengo que decir.

Estudié al hombre desde lejos, fuera de los confines de la creciente horda de curiosos traficantes, mujeres y niños que lo rodeaban.

—Estoy aquí con nada más que mis mejores intenciones para curarlos de los malestares y enfermedades que los aquejan a ustedes y a sus familias. Sepan ustedes que no soy un charlatán que se aventura a beneficiarse de las personas de buen corazón que necesitan ayuda.

»Oh, no. No soy un boticario mercenario que ofrece remedios y mezclas defectuosas, sino un médico bien conocido, autorizado por el propio Rey para viajar por el país y ayudar a los necesitados.

»El nombre es Giovanni Abbatiello. He venido de la orgullosa ciudad de Venecia. Hoy, les traigo esperanza. Dentro de un paquete muy necesario en cada hogar, y a tres peniques por pieza, les traigo la cura de las dolencias más comunes de las que deben prepararse.

»Malestares y fiebres; ictericia y resfriados... ¡Historias de recuperaciones asombrosas han seguido mis pasos por Escocia, Irlanda, Italia y Francia!

¡Por supuesto que seguían sus pasos! El hombre era un pregonero, un charlatán; viajaba por el mundo, no ofreciendo curas, sino huyendo de las hordas de pacientes vengativos que descubrían demasiado tarde la farsa de sus talentos.

Debería haber seguido mi camino, pero encontré su discurso más que entretenido. Incluso me distrajo de mis planes de cacería por completo.

—...y por último, este paquete contiene mis píldoras cordiales. Famosas por fortalecer la naturaleza en descomposición, aligeran los espíritus y alegran a quienes los toman. Pestilencia, espinillas y dolores de gota; ¡curan todas las enfermedades curables y alinean todos los malestares! —Buscó el bolsillo de su abrigo y extrajo un pequeño frasco dorado —. Pero esta es la joya que sus ojos ansían ver...

¡Bravo! Tal talento tenía este demonio, que mantenía a la multitud pendiente de cada una de sus palabras y cautivada con cada uno de sus movimientos; incluso un par de carteristas aprovechaban la valiosa oportunidad para cobrar sus salarios de la noche a la distraída audiencia.

—Esto que tengo aquí es el más raro de los elixires... Tintura de oro, el más puro que sus ojos jamás verán...

—¿Para qué sirve? —gritó una mujer con voz ronca.

Giovanni hundió su cabeza entre sus hombros, sosteniendo el frasco a la altura de sus ojos, con la promesa de una impactante revelación por venir.

—Esto, mis amigos, es la mismísima Fuente de la Juventud. Una sola gota y nunca envejecerán, y la muerte jamás los tocará.

Voces de asombros se levantaron de la multitud. Yo mismo estaba intrigado. Era una seria declaración. En nombre de mi hermandad inmortal, me sentí obligado a decir algo.

—¿Y lo ha tomado, señor? —dije.

Las caras de la multitud se volvieron y fijaron sus crédulos ojos sobre mí.

Giovanni se sonrojó.

—No, *signore*. No lo he hecho. —Inclinó la cabeza con una sonrisa.

—¿Y por qué no?

Él frunció los labios.

—No soy más que un hombre humilde, *signore*. Este elixir solo es apropiado para los reyes... ¡pero ni siquiera ellos se atreven a beber de esta tintura! —Se giró y se dirigió a la multitud—. ¡Su poder es tan grande que pueden ocurrir cosas terribles a quien lo bebe!

»Tres peniques el paquete, ¡eso es lo que necesitan! Tómenlo hoy porque mañana mis viajes me llevarán a Portugal.

Decenas de manos se movieron rápidamente sobre la mesa. No pasaron más de diez minutos antes de que el viejo boticario vendiera su arsenal de remedios milagrosos.

La gente creía en los milagros. Y aunque estaba claro para mí que este hombre era un fraude, ¿quién era yo para denunciarlo o negar la existencia de acontecimientos misteriosos? Yo, un vampiro, era el ejemplo perfecto del mito arrojado a la realidad.

—Eres un hombre inteligente —dijo un hombre en voz baja. La fragancia de cuero se filtraba a través de sus poros. Joven, no más de veinte. La tierra empolvaba sus manos. Su padre vendía monturas en la ciudad.

—¿Te parece? —Mi mano aterrizó en su hombro. Lo atraje a los establos.

Dada la oportunidad, lo habría salvado de mis colmillos. Pero el tiempo se agotaba y las débiles señales de mi hambre inminente se agitaban en mi ser.

Mala suerte para él.

EN UN MONTÓN DE PAJA, DURMIÓ EL ÚLTIMO SUEÑO. ME ASEGURÉ DE QUE SUS ÚLTIMOS pensamientos fueran agradables. Su suave expresión y su débil sonrisa lo confirmaron. Metí en su mano una botella de vino. Listo. La imagen perfecta de embriaguez dichosa.

Tan gentil como mi mordida había caído en su cuello, mordí mi pulgar y sané ambos pinchazos con una gota de mi sangre preternatural —siguiendo las enseñanzas de Dristan— para que su muerte no levantara sospechas.

En el momento en que salí de los establos, respiré hondo y disfruté de la emoción que aún corría por mis venas. Cada vez que mataba, la débil sensación de culpabilidad que acechaba en el fondo de mi mente disminuía.

Esta era mi vida ahora, y la abrazaba como a ninguna otra cosa porque era todo lo que conocía. No podía negar el placer sin paralelo que surgía de mi habilidad asesina. Si la Naturaleza no hubiese tenido la intención de que cazara y matara, no me habría otorgado tan feroces ventajas sobre mi presa, como colmillos afilados y habilidades psíquicas que escapan a todo entendimiento. El Regalo de Dristan me había dado esto, tan ciertamente como me había dado la sed de sangre humana.

La quietud volvió a las calles. El mercado había cerrado hace tiempo.

Prevalecía la oscuridad, salvo por la luz de las tabernas y algunas casas en la distancia. La tenue luz de unas velas parpadeaba a escasos metros. Esa luz venía del interior de la carreta del boticario. La pequeña puerta de madera estaba abierta y lo tomé como una invitación innegable.

Con pasos silenciosos, me deslicé dentro de la carreta. En el otro extremo, encerrado

en un trance, un hombre se dedicaba a la tarea de organizar bálsamos y electuarios. Lo estudié por diez minutos completos sin que él descubriera mi presencia... o al menos eso pensé.

—Sé lo que eres —dijo sin mirar atrás—. ¿Has venido a matarme?

—¿Qué soy? —dije.

—Tú eres uno de ellos. Un vampiro—. Recogió algunos papeles y se volvió—. ¿Lo niegas?

Decidí acercarme. En el momento en que di el primer paso, con sobresalto, el hombre se retiró.

—Por favor, no pretendo hacerte daño... —Levanté las manos en señal de reafirmación—. ¿Qué te hace decir eso?

No quería asustarlo. Bueno, aún no.

Giovanni Abbatiello se ajustó sus gafas redondas y dio un paso adelante con una mirada escrutadora.

—Pues, la palidez de la piel es bastante obvia —dijo, moviéndose a mi alrededor—. Creo que has ganado color en las últimas horas.

—Me alimenté recientemente.

En el momento en que escuchó mi respuesta, Giovanni echó la cabeza hacia atrás con los ojos desorbitados. Su bigote negro se estremecía mientras su labio superior temblaba. Insinué una sonrisa, divertido por la mezcla de conmoción y disgusto en su semblante.

Tardó unos segundos en recobrar la compostura, y tan rápido como enderezó la cara, dio un paso adelante y reanudó su evaluación.

—Tus ojos..., hay una desalineación de los humores. Las córneas carecen de brillo... —murmuró, cerrando la distancia entre nosotros.

Se aclaró la garganta en una breve melodía de tres notas.

—Y luego, por supuesto, hay un... Mmmm... ¿puedo? —Su dedo índice, que se estiraba, sugirió un intento de estudiar mi boca.

Asentí y el dedo vacilante de Giovanni se acercó a mis labios.

—No te morderé —me burlé en un susurro.

Su dedo empujó hacia atrás mi labio superior como si fuera un caballo cuya calidad de dientes examinaba.

—Tienes los... los caninos puntiagudos. La retracción de las encías y por supuesto, los... —Retiró su dedo y lo observó, arrugando la nariz al acercarlo— ...los restos de sangre humana.

El boticario hizo una mueca de disgusto. Sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se limpió el dedo.

—Conoces bien tu oficio —dije.

—No soy un charlatán, señor, como dije antes. —Se quitó el cuello de lechuguilla y se sentó en un viejo taburete gastado.

—Tu acento... —musité. Ya no era italiano.

—Ah, sí... Soy tan inglés como tú. No hay delito en eso. —Se secó el sudor de la frente—. La gente quiere un médico exótico y eso les doy.

—Pero entonces, tú eres un médico de verdad —dije—. ¿Por qué perder el tiempo en tonterías de alquimia? Tintura de oro, la fuente de la juventud... ¿por qué?

—Sí, soy un médico de verdad —dijo en voz baja—. Avalado por el Colegio de Médicos de Londres, de hecho... pero apenas llegaba a fin de mes con mi práctica.

—¿Qué más sabes de mi condición?

—Muy poco, me temo —dijo—. Nunca había estado tan cerca de un vampiro como lo estoy ahora.

—¿Hay una cura para esto?

Él me analizó con una mirada generosa.

—¿La querrías si hubiera una?

—No —dije—. No la querría.

—Pues qué bueno que no hay cura, entonces. —Apretó sus labios.

Supongamos que yo cambiara la vida del hombre en un minuto, que yo usara mis poderes preternaturales de persuasión para obligarlo a volver a la práctica de la medicina verdadera... pero ¿de qué serviría? Además, el hombre estaba en todo su derecho a equivocarse.

—Que tengas una buena vida, John Gresham —dije, revelando su verdadero nombre, el que tomé de su mente minutos atrás.

Me trasladé a la parte trasera de la carreta y salí por su pequeña puerta, dejando atrás a un miembro anonadado del Colegio de Médicos de Londres.

LA DECEPCIÓN SE APODERÓ DE MÍ AL VOLVER A CASA.

No era la falta de un remedio contra el vampirismo lo que me tenía desanimado, sino la cruda realidad que se escondía debajo de la fachada mística del boticario. Una vez eliminadas todas las capas de espectacularidad, había encontrado en él a un ser humano cansado, pobre de espíritu y sin suficiente coraje para apegarse a sus convicciones. Y esto hacía que mi corazón se encogiera de miedo.

Al menos yo era real. No albergaba falsos sentimientos de culpa después de que mataba. La única culpa que mi alma cargaba era la muerte de Viktor y temía que se aferraría a mi ser durante mucho tiempo... Pero empujé todo eso en lo más profundo de mi mente. Crucé el camino y me moví por los campos, buscando su ventana.

Escasos rayos de luz de luna filtrándose en la habitación oscura aterrizaron en la puerta entablada de roble. Incapaz de apartar mis ojos de ella, consideré cómo la luz se doblaría en el momento en que se abriera la puerta para revelar su visión maravillosa. *Podría caer directamente sobre sus ojos, o tal vez moverse un poco a sus labios...* Jugar con esos pensamientos entretenía mi mente acelerada.

Me senté en la silla de la cómoda, junto a la ventana. Retorciendo la sortija de Dristan alrededor de mi dedo, esperaba que los pasos de Alisa se acercaran después de terminar la cena.

Mis rodillas temblaban ante la idea de estar en su presencia una vez más.

No podía soportar imaginar su resentimiento, su enojo después de mi desaparición en Venecia... Pero yo tenía un resentimiento propio contra ella. Alisa había confinado su preocupación por mi bienestar a tres miserables días.

Por supuesto, ahora que sabía de la carta de Pritchard a Juliette, podía entender que se hubiera ido de Venecia con tanta prisa, pero lo que mi diabólica mente no lograba reconciliar era la razón de su repentino compromiso con William Pritchard. ¿Qué tontería era esa? ¿Estaba tan encaprichado su corazón que me amaría por la noche y transferiría sus afectos a otro a la mañana siguiente?

Me levanté de la silla. Al tomar una respiración lenta, me esforcé por apaciguar mi ansiedad.

El dolor había doblado mi espíritu después del fallecimiento de mi madre. Temía que no podría soportar otro doloroso golpe. Me abatía pensar en el rechazo de Alisa, su absoluto desdén; comprensible, pues sin importar cuán falso, en sus ojos, yo la había abandonado.

Mi instinto me empujaba a huir, pero mi corazón me obligaba a quedarme. Y seguí la inclinación de mi corazón.

Desde esta habitación tranquila, por medio de mi audición vampírica, pude escuchar la conversación de mi familia. La cena se acercaba a su final.

—No veo ninguna razón para retrasarlo más.

—Pero padre, ¿qué prisa hay? Sin duda, podemos esperar...

—Estoy de acuerdo con él, Alisa. No tiene sentido esperar meses para casarnos. Mi

corazón ya es tuyo, querida. ¡Me casaría contigo mañana mismo si lo aceptaras!

—No sería correcto, William —dijo ella—. Debemos esperar al menos unos meses. Apenas hemos anunciado el compromiso...

—No puedo esperar más, cariño.

—Quince días deberían ser suficientes.

—¡Padre!

—Muy bien —instó Pritchard—. Arreglaré todo.

—Está decidido. —La silla de mi padre crujió contra las tablas del piso cuando empujó su asiento hacia atrás, listo para irse de la mesa.

Pasaron unos minutos antes de que la oyera subir las escaleras. Tan pronto como la perilla de la puerta giró, salté por la ventana y me encogí como una gárgola en la pared, asomándose en la habitación.

La cortina de lana verde bailaba con la brisa de la tarde a través de la ventana abierta.

Este era el momento. La volvería a ver, pero ¿me vería ella? No estaba seguro, no ahora.

Un fuerte suspiro escapó de sus labios cuando cerró la puerta detrás de ella y un leve ceño fruncido se dibujó en su rostro. Apretó los puños y se dirigió hacia la cómoda. Furiosa, parecía, mientras alcanzaba el cajón y lo abría.

Su mano delicada se deslizó bajo el montón de chales doblados y sacó la gargantilla de perlas y zafiro. Con ojos que hablaban de anhelo, Alisa estudió el collar por un largo tiempo. Y luego, habló.

—No puedes hacerme esto —vociferó—. ¡No puedes amarme un día y luego simplemente desaparecer!

Siempre dueña de sí misma, su súbito arrebató de emoción me asombró por completo. Y sin embargo, no podía determinar si era odio o dolor lo que surgía de sus palabras.

Sin separar sus ojos llorosos del collar, Alisa se sentó en la cama.

—¿Por qué lo hiciste...? —musitó—. Me engañaste para que te amara.

¿Engañarla? ¡Jamás la engañé! Mis sentimientos eran reales. Oh, ¿cómo podía permanecer en silencio ante estas falsas acusaciones? ¡Engañarla!

—¿Por qué...? —dijo Alisa—. ¿Por qué me dejaste?

—Nunca me fui —susurré—. Fuiste tú quien me abandonó.

Me quedé junto a la ventana, a unos centímetros del charco de luz de la luna que se filtraba dentro.

—¡Iván!

Con los ojos muy abiertos, llenos de emoción, Alisa corrió hacia mí y me envolvió en sus brazos. Mis dedos se deslizaron a través de sus oscuros mechones de cabello y sonreí, saboreando cada segundo de este abrazo. En la dicha de este momento, mi enojo y

resentimiento disminuyeron lentamente.

Los ojos inyectados de sangre de Alisa se fijaron en los míos y retrocediendo un paso, se apartó de mi lado. Y luego, sin previo aviso, me dio una bofetada.

—Merezco eso, y más —dije. El dolor pulsó en mi mejilla, pero se desvaneció rápidamente.

—¿Cómo pudiste?! —sollozó ella—. Durante días, te busqué. No dejaste una sola señal, ¡ni rastro de tu paradero! ¡Desapareciste de la faz de la tierra!

—Estás molesta. Puedo entenderlo...

—No. No puedes entenderlo... ¡Eres tan egoísta! ¡No te importó pensar por un momento cuánto me lastimaría tu ausencia! —Sus puños apretados cayeron en mi pecho, y aguanté sus golpes sin moverme—. No fui más que un juego para ti... ¡uno de tus juegos de azar!

Su mano se alzó en alto, lista para dar un nuevo golpe en mi cara, pero agarré ambas manos rápidamente para evitarlo.

—Alisa, por favor escúchame —dije—. ¡Nunca planeé dejarte! Esa noche en la posada, bajé las escaleras para buscar un trago...

—¿Un trago? —ella resopló, levantando una ceja—. Y dónde lo conseguiste, ¿en París?

—¿París? ¿Qué estás...? —musité, liberándola. ¿De qué estaba hablando ella?—. Escucha. Sé que mi ausencia te lastimó más de lo que las palabras pueden decir... Solo puedo imaginar qué pensamientos inquietantes corrieron por tu mente después de...

—¡Después de ser tan tonta como para entregarte mi corazón!

—No digas eso, por favor —susurré, girando hacia la ventana—. Me hubiera quedado contigo esa noche y todas las noches siguientes; pero algo sucedió, y me alejé de ti por un tiempo... Y no estoy seguro de si deberías saber más de eso.

—Oh, debo saberlo —susurró—. ¡Me debes una explicación!

—Sé que es así —musité—. Es solo que no podría soportar que pensaras mal de mí...

—Dime la verdad, Iván. —La determinación se apoderó de su voz—. ¿Por qué te fuiste?

Ordenando mis incoherentes pensamientos, pasé la mano por el alféizar de la ventana y contemplé la luna llena, enterrada bajo las ominosas nubes.

—Esa noche, vi a alguien —dije—. Un hombre que pensé que había olvidado hace mucho tiempo...

—¿Quién era este hombre?

—Su nombre es Dristan. Lo vi por primera vez el día en que Viktor se ahogó... No hablamos en ese momento, pero él estaba allí. Él vio todo lo que sucedió.

Su mano se cerró alrededor de mi brazo y su suave presión me sacó del trance que la luna tenía sobre mí. Me volví y la miré a los ojos, llenos de preocupación.

—Nunca me dijiste esto antes, Iván. ¿Por qué querías...? —Ella contuvo el aliento—. Continúa.

—Lo seguí. Quería pedir una explicación, saber por qué nos negó ayuda en ese trágico día... Lo perdí de vista por un minuto y...

—¿Y qué pasó? ¿Lo encontraste?

—...él me encontró.

—No entiendo.

Paseé por la habitación, haciendo un inventario cuidadoso de mis siguientes palabras. Y una vez que hice mi elección, me senté en la cama.

—Alisa, algo cambió esa noche... cambié yo —murmuré—. Esa noche fue... mi última noche como ser humano.

Ella se estremeció con incredulidad. Esperaba su rechazo, por supuesto, así que esto me asombró muy poco. Bajé la barbilla y miré hacia el piso.

—¿Qué estás diciendo? —dijo, sentándose a mi lado.

La calidez de su mano en mi mejilla llevó mi mirada a sus ojos una vez más.

—Estoy diciendo que... soy un vampiro.

Alisa retrocedió, frunciendo el ceño.

—¿Por qué me mientes?

—¡Es la cruda y sangrienta verdad! —gruñí, frustrado al enfrentar la realidad—. Soy un demonio vicioso que se alimenta de sangre humana. Nunca envejeceré, y nunca moriré.

Sus largas pestañas se agitaron. Mil palabras se encerraron tras sus labios temblorosos hasta que llegó el momento en que ya no pudo retenerlas.

—¿Te das cuenta de lo increíble que suena esto? Los vampiros son mitos, Iván. No son reales. —Se arrodilló frente a mí y deslizó su mano debajo de mi mandíbula—. Es el dolor lo que confunde tu mente con esta extraña idea...

—¡No es el dolor! —dije. Aparté la cabeza de su mano y me levanté de la cama.

Con manos temblorosas, encendí el candelabro frente a mí. Esperando a que las llamas crecieran, deslicé mis dedos por mi cabello y luego los pasé por mis labios. ¿De qué manera podría explicárselo?

—Cada noche desde entonces, cazo... y mato... —El cálido resplandor llenó la esquina de la habitación— ...y bebo su sangre porque no tengo otra opción.

Tomé el candelabro y lo sostuve a la altura de los ojos, lo suficiente para que la luz bañara mi rostro.

—Mira en lo que me he convertido...

Aún sentada en el piso alfombrado, la mirada de Alisa siguió mi semblante. Y a medida que la creciente luz de las velas se extendió por mi piel, sus labios se separaron e incluso su rostro palideció en cuestión de segundos. El horror llenó sus ojos. Horror

verdadero. Del tipo que había experimentado cuando el espíritu de Viktor había venido a atormentarme.

Sabía lo que ella veía: los ojos de alguien que ha encontrado la muerte más de una vez, la mueca de la muerte en cada hombre y mujer que alguna vez había asesinado, fijada en mis córneas. Ella veía el rostro de un asesino que no sabía nada de remordimiento o contrición.

Esto no era una confesión, y no esperaba ninguna absolución. Esto era lo que era. *Tómalo o déjalo.*

Aparté de mí el candelabro. Las llamas me lastimaron los ojos. No pude soportar un minuto más de ver la conmoción en su rostro.

Ella huiría, saldría de la habitación, presa del pánico. Tal vez incluso alzaría una alarma en casa y me expondría como el demonio que era... Esperé cada uno de estos escenarios, pero no pasó nada. Todo este tiempo, Alisa se detuvo ante mí, inmóvil.

Sus ojos brillantes se fijaron en mí. Poco a poco, el terror se desvaneció de ellos y se llenaron de algo que aún no podía determinar.

—Mi dulce ángel... —susurró. Corrió para sostenerme en sus brazos. Presionó su cara contra mi pecho—. ¿Qué te han hecho? —dijo con voz suave y temblorosa.

Alisa lloraba. La sensación más aguda de dolor se filtró a través de sus poros, se adhirió a mi piel, penetró en mi corazón, y luego, con un rápido movimiento, lo estranguló.

La habitación giró a mi alrededor. Traté de recuperar el aliento, pero fue imposible. Tan afilado como un centenar de cuchillos rasgando mis extremidades, sentía que ella se deshacía en sufrimiento. Y a pesar de que yo era inmortal, su dolor me estaba matando.

—Para —musité, sosteniendo su mano y separándome de sus brazos—. ¡Por favor, deténte!

Me moví al rincón más alejado de la habitación, huyendo de su lado. Como si ella fuera Medusa y yo Perseo, me tapé los ojos y lloré amargamente tras apoyar mi cabeza contra la pared.

Un minuto después, limpié las lágrimas de mi rostro y la miré una vez más.

—¿No lo entiendes? —dije apretando mi mandíbula—. No me arrepiento de nada. Mato porque está en mi naturaleza... No puedo cambiar lo que soy. —*Y no quiero.*

—Lamento mucho que esto te pasara... —murmuró.

—No quiero tu lástima —dije, deslizando mis dedos sobre el alféizar de la ventana—. ¡No me sirve de nada!

Sin pensarlo más, salté por la ventana hacia las reconfortantes sombras de la noche, esperando no volver jamás.

UN CORAZÓN LÁBIL

*P*asó una semana. Lo había pospuesto el tiempo suficiente. Cualquier mecanismo de alerta que me había mantenido alejado de ese lugar inquietante finalmente se había desactivado.

Bajo el velo reconfortante del cielo oscuro de la noche, galopé a través de campos de hierba alta con nada más que la luz de la luna para guiarme. Desde que Dristan me había investido con la Oscuridad, mi mirada había adquirido una nitidez inexplicable. Incluso en las condiciones de iluminación más tenues, mis ojos captaban hasta el último detalle sumergido en la noche.

No iba solo. Una profunda miseria me seguía a ese trágico sitio. Ahora que me encontraba a unos pocos kilómetros de ese lugar maldito, me quedaba claro que la suerte había estado de mi lado ese día ominoso, y que solo a la suerte debía mi vida, o lo que quedaba de ella.

Mi corazón se aceleró al ritmo del galope de mi yegua. Estaba decidido a cumplir mi propósito. Y aunque quería desecharlo de mi ser preternatural, el miedo me tomaba preso como a ninguna otra criatura viviente; sus ávidas garras se hundían en las profundidades de mi maldita alma, aplastando y desgarrando mi frágil voluntad.

Cuando llegué a la cumbre de la colina, tiré de las riendas. Mi yegua gimió y se echó a andar, inquieta ante la maldita panorámica yaciendo frente a nosotros. Me recordó ese terrible día, cómo la yegua de Viktor había mostrado la misma agitación, moviéndose de lado a lado con sus espeluznantes gemidos resonando en el viento.

—Tranquilo —le susurré mientras deslizaba mi mano en su cuello. Ella obedeció en ese mismo instante y se convirtió en una dócil yegua una vez más.

Cuando examiné nuestro entorno, apenas lo reconocí.

Bañados por la pálida luz de la luna, los campos de hierba alta llegaban más allá de la colina y bailaban con la suave brisa del viento. Y más allá, la silueta de muchos pinos se dibujaba bajo el cielo vacío. Una miríada de estrellas parpadeantes guiaron mi camino cuesta abajo.

La oscuridad infundía vida a la noche, y yo era parte de esta oscuridad. Una rápida sensación de calma me envolvió en el momento en que lo entendí, pues ¿qué criaturas bajo Dios reinan en las sombras? Ninguna tan letal como yo.

Amarré las riendas a un árbol y caminé el resto del tramo hacia abajo.

El aire estaba húmedo y la tierra también, por la lluvia que había caído a primera hora de la tarde. No había sonido alguno, salvo los de la vida nocturna agitándose en el ambiente. Los sapos y grillos alternaban sus cantos, y el ruido moribundo de los mirlos seguía mis pasos hasta el terraplén del lago; sus tranquilas aguas azules brillaban bajo el cielo estrellado.

Increíble pensar que la paz pudiera reinar en un lugar que había sido escenario del horror y la tragedia hacía algunos años.

Al entrar al lugar donde había encontrado mi salvación, mil imágenes se volcaron en mi cerebro, todas a la vez.

La desesperación se acumula dentro de mí mientras mis manos se mueven rápidamente al quitar mi capa bajo el agua. Grito. Los campos blancos circundantes se hacen visibles durante unos segundos cuando emerjo. Algo me jala con poderosa fuerza. Me zambullo en el lago helado. Es él. Cuando los últimos restos de vida abandonan su cuerpo, la mano de Viktor se apodera de mi tobillo y lo agarra con fuerza, aunque ahora sus ojos están vacíos...

Tirado en la hierba, enterré la cara en mis manos y sollocé. Mientras tanto, esos recuerdos me golpeaban implacablemente, uno tras otro.

Quería que esas visiones se detuvieran, pero se derramaban ante mi mente, imparables como una cascada.

Sus brillantes ojos color avellana se fijan en mí mientras mi vida pende de un hilo. Llego al terraplén y me arrastro lejos de las despiadadas aguas heladas. Con aliento jadeante, mi cara golpea la nieve. Lloro.

Su imponente figura, cubierta por la capa forrada de rojo, se encuentra a varios pies de distancia de mí. Los ojos de Dristan no cambian. Su conducta inexpresiva sigue siendo tan escalofriante como el lago. Pero luego, él se mueve. Toma las riendas de Lucifer y las suelta. Y manteniéndolo cerca, Dristan le susurra al oído y luego le da palmadas en la espalda. Lucifer viene hacia mí. La calidez de su nariz aterriza en mi rostro y me devuelve a mis sentidos.

—«Llévame a casa», le digo. Y deslizándome sobre su lomo, me alejo de esas aguas miserables.

—Él liberó a Lucifer—musité—. Dristan me salvó la vida.

Salvó mi vida por una razón. Sus ojos preternaturales me habían vigilado durante muchos años, por lo que sabía.

Entre cientos de hombres, Dristan me había elegido como su heredero, o eso había dicho. Y en esa búsqueda, él me había dado otra vida. ¿Y qué pretendía yo hacer con ella?

Cada anhelo de mi corazón estaba a mi alcance. Podía viajar y ver el mundo sin ataduras que me detuvieran. La promesa de siglos venideros, preservado del implacable toque de la edad, yacía en el horizonte para mí.

Dristan se había asegurado de que poseyera los medios para procurar mi seguridad y mi felicidad, pero había fallado. Le había faltado una pieza importante para que mi nueva

vida estuviera completa.

Yo la quería. ¿Pero ella todavía me querría a mí? ¿Dejaría que su amor se escapara entre mis dedos?

PASADA LA MEDIANOCHE, CAMINABA A TRAVÉS DE LOS CAMPOS QUE CONDUCCIÓN A MI antiguo hogar, como lo había hecho muchas veces antes bajo el sol abrasador.

Había luz en su ventana.

De nuevo, me convertí en la gárgola en movimiento y subí a su habitación.

La llama de la vela parpadeó cuando alcanzó la última parte de la mecha.

Yacía en la cama, completamente despierta, con la mirada fija en el techo. No me atrevía a leer sus pensamientos. Realmente creía que si lo intentaba, ella se daría cuenta de algún modo.

Con todo el sigilo que pude convocar, me deslicé dentro de la habitación.

La última vez que había estado aquí, habíamos peleado. Jamás imaginé que volvería, pero aquí estaba. Seguía los susurros de mi corazón contaminado.

—Pensé que nunca volvería a verte —dijo para mi sorpresa. Supongo que hice poco esfuerzo por ocultar mi presencia.

—Yo también lo pensé. —Insiné una sonrisa.

Ella se sentó en la cama y me miró.

—Debes perdonar mi reacción esa noche, Iván. Yo...

—Entiendo.

—Sé que lo entiendes —dijo—. Ojalá pudiera hacerlo yo también.

—¿Qué quieres decir?

Alisa respiró profundamente, meditando sus siguientes palabras.

—Viniste a mí con todo este conocimiento, hablando de criaturas míticas, sangre ancestral e inmortalidad... y esperabas que yo lo comprendiera todo en una sola noche. —Hizo una pausa—. Es injusto, Iván. Tú has tenido tiempo suficiente para considerarlo e incluso hacer las paces con esto.

—Ya veo... —susurré.

Alisa tenía razón. Yo había exigido su aceptación inmediata. Esperaba que se saltara la negación, el dolor y cada kilómetro del oscuro sendero que yo había recorrido meses antes de aceptar mi condición vampírica.

—Mi mente no puede entender este cambio en ti porque no puede imaginar lo que estás pasando —dijo—. Por favor, comprende, tomará tiempo.

—Aparentemente, el tiempo es todo lo que tengo. —Le di una amarga sonrisa.

El silencio más incómodo se formó entre nosotros.

—Deben saber que estás vivo, Iván. Mi padre, William... todos creen que moriste en Venecia.

—Lo hice —dije con un tono de autojustificación. Hice una pausa y contuve la respiración por un momento—. Lamento que aún no te des cuenta de ello. El hombre con el que viajaste por Europa, el que bebió y bailó a tu lado... ese no soy yo.

—Me niego a creerlo —dijo, parándose frente a mí.

—De cualquier modo...

—Me casaré en una semana —musitó, atendiendo la luz de la vela que se extinguía—. Espero verte allí.

—Por supuesto que no iré.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Puede que te haya causado un gran dolor una vez, Alisa... y por eso, merezco tu resentimiento. Pero por favor, no te burles de mí. No esperes que ponga fin a mis sentimientos, ¡que continúe con la vida como si nada hubiera pasado entre nosotros!

—Pero pensaba que...

—Que todo había sido un juego, lo sé —musité—. Sigue mintiéndote a ti misma si puedes, ¡pero no esperes que lo haga yo también!

—¡Por favor! —Dio un paso atrás y se desplomó sobre el sillón. Enterrando su rostro en sus palmas, lloró en silencio—. No digas eso...

—Tres días... ese fue el tiempo que tomaste antes de darle tu amor a otro. —Hice una pausa—. Si mi corazón fuera tan lábil como el tuyo, ¡quizás podría mostrar tanta indiferencia como tú!

—¡No sabes nada de mi corazón! ¡No tienes la menor idea de cómo he sufrido!

»Durante los últimos ocho años, he contenido mi respiración, manteniendo mis emociones reprimidas. He sido incapaz de decirle a una sola alma que por fin había encontrado mi único y verdadero amor, ¡atormentada al mantener en secreto mi afecto de quien estaba destinado a recibirlo!

»Mi corazón ha sido constante y certero a pesar de todo, ¡así que no te atrevas a llamarlo voluble!

Me arrodillé ante ella y sostuve sus cálidas manos.

—Alisa... has contenido la respiración lo suficiente —susurré—. Si tu corazón está realmente destinado a Pritchard, dímelo, y no volverás a saber nada más de mí... Pero, si no es así y puedo tener motivos para aspirar al tuyo, necesito saberlo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Es tuyo, Iván —dijo—. Mi corazón siempre ha sido tuyo.

Esas palabras me llevaron al cielo mismo. Una poderosa ola de calor inundó mi ser y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Con una sonrisa irreprimible, deslicé mis manos en sus mejillas. Nuestras frentes se tocaron cuando me acerqué. Mis ojos se perdieron en los grandes estanques oscuros de sus pupilas. Besé sus delicadas manos. Con gran cuidado, mis dedos aclararon las lágrimas de su rostro, y solo entonces, besé sus labios.

Ella devolvió mi beso, desprendiéndose de todo sentido de recato. Libre al fin. Sus suaves dedos se deslizaron por mi cuello y se enredaron en mi cabello.

Me separé de ella lo suficiente como para pronunciar las palabras que mi corazón ya no podía contener.

—Te amo, Alisa. Con cuerpo y alma, te amo.

—Huyamos, Iván —dijo—. ¡Vámonos lejos de aquí y comencemos de nuevo!

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, mi amor?

—Lo estoy.

—Entonces, nos iremos.

Haría cualquier cosa en mi poder para complacerla. Brillando de felicidad, besó mis labios una vez más. El sabor de su iniciativa sin reservas me dejó sin aliento.

—Solo me llevaré lo que sea necesario —dijo, alcanzando su baúl.

Sonreí.

—¿Quieres decir que nos iremos en este momento?

—Pues, sí. Cuanto antes, mejor.

—Alisa, por favor... —Detuve sus manos sobre la tapa del baúl—. Esto es demasiado repentino, incluso para mí, y lo he deseado desde hace mucho tiempo... Debemos planear esto cuidadosamente.

—No hay tiempo —dijo—. Mi matrimonio con Pritchard tendrá lugar dentro de una semana. ¡No puedo quedarme aquí un minuto más!

—Entiendo, cariño. Y te aseguro que no habrá matrimonio, pero necesito ocuparme de nuestros preparativos para viajar, y me temo que esos asuntos solo puedo resolverlos después de la puesta del sol... por mi condición.

—Oh, no había pensado en eso —dijo.

—Eso no quiere decir que no se hará, querida. Lo haremos, pero hay poco tiempo para eso ahora mismo. Habla con Pritchard, rompe el compromiso, y vendré por ti mañana.

—Lo haré.

—Mañana, tendremos nuestro nuevo comienzo.

LOS MENDIGOS SON FÁCILES DE ENCONTRAR. UNO SIMPLEMENTE DEBE TOMAR UN CAMINO, e invariablemente estarán ahí. El que había elegido esta tarde era un anciano.

La sangre de los viejos siempre es más espesa que la de los niños. La bebida tarda más

con ellos. La muerte toma su tiempo hasta que cada órgano se apaga. Con los jóvenes, en cambio, sucede demasiado rápido, y esas bebidas de éxtasis luchó por hacer durar.

Finalmente me había ocupado de mis necesidades vampíricas. Mi sed antinatural no interferiría con nuestros viajes.

La anticipación de iniciar esta aventura me había impedido conciliar el sueño. Una vida juntos... al fin. En cuestión de horas, el carruaje nos alejaría de Winterbourne y nos llevaría al corazón de Londres.

En cuanto había caído el anochecer, había llevado a Alisa a mi guarida. Tomaba el té en el salón mientras el cochero montaba el equipaje y revisaba a los caballos de nuestro carruaje.

Alisa traía consigo su libro de bolsillo de sonetos.

—Recuerdo eso —musité con un tono juguetón.

—Lo sé —dijo ella—. Pero no tendremos más juegos de azar. Esta vez no.

—Cumpliré con tus reglas —dije—. Aún así, el poeta tuvo la razón, ¿sabes?

Divertida por mis palabras, dio otro sorbo a su té.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —dijo con el ceño fruncido—. Nos iremos pronto, ¿no?

—Por supuesto —dije—. Pero antes de irnos, me queda una cosa por hacer... Volveré antes de lo que imaginas.

EL HIJO PRÓDIGO

Las llamas lamiendo el hogar se elevaban y retrocedían mientras los leños se desmoronaban y se convertían en cenizas.

Contuve la respiración. Me quedé en el umbral de la sala. Mis ojos se posaron en su imponente silueta. Él estaba sentado frente a la chimenea. La oscuridad de su forma fluctuaba rítmicamente con luz ámbar, otorgando a su presencia una cualidad casi espectral.

En un abrir y cerrar de ojos, viajé años atrás: Viktor había muerto recientemente y mi padre me esperaba, reteniendo el desprecio de sus palabras, listo para aventarlas en mi cara en el momento en que apareciera ante él.

Pero ya no era yo el joven de dieciséis años que luchaba por mantener las expectativas de mi padre. Ya no me importaba su opinión, o al menos, esperaba que fuera así.

¿Quién era este hombre que cambiaba sus principios en beneficio de su posición? No mi padre, sin duda. El hombre que había conocido durante mi infancia mantenía sus convicciones con valentía, sin importar lo impopulares que pudieran haber sido. Este hombre, sin embargo, había ido en contra de cada uno de esos principios al participar en el mercado de la esclavitud y vender a su hija al mejor postor, y eso era suficiente para que él mereciera mi desdén.

Dos botellas de vino tinto estaban sobre la mesa a su lado. Ambas, vacías. Mi padre no bebía como un hábito, y este hombre de alguna manera había logrado terminar las dos botellas en el curso de la noche, dejando medio llena la copa que tenía en su mano.

Salí de las sombras que envolvían el salón, moviéndome un centímetro más cerca de su campo visual, lo que le permitió capturar mi imagen por el rabillo del ojo.

—El hijo pródigo ha regresado... —resopló con cinismo.

—No —dije—. Un hijo pródigo buscaría una vez más un lugar en la mesa de su padre, mientras que yo no. También vendría con obsequios, y me temo que yo he venido solo para tomar más de ti.

—¿Más? ¿No has tomado lo suficiente? —musitó—. Me has costado mayores pérdidas de las que cualquier hombre podría soportar.

»Me quitaste a tu hermano... y ahora a tu madre también.

—¿Y cómo logré eso exactamente, señor?

—¡Criatura insolente! —dijo sin moverse un centímetro de su asiento—. ¿Niegas haber dejado a Viktor morir en ese lago? ¿Niegas haber roto el corazón de tu madre con tus viajes caprichosos?

—Puedo dar fe de haber dejado el cadáver de Viktor en las aguas heladas del lago. Y quizás tengas razón; quizás en el fondo, después de haber sufrido años de su abuso sin fin, lo quería muerto... pero no lo maté.

»En cuanto a mi madre, estoy más que seguro de que su muerte tampoco puede ser causa mía, porque si alguna vez hubo alguien que siempre me alentó a ver más allá de las puertas de esta casa, fue ella. Ella me instó a salir. Quería que llenara mis ojos de asombro y que probara el mundo, lo que tú le negaste. Pero seguramente, tu presunción te cegaría a esta realidad en particular.

—¡No me sentaré aquí a escuchar esas tonterías! —dijo, dejando la bebida a un lado—. Di lo que viniste a decir... ¡y luego sal de esta casa para siempre!

—Oh, esa es mi intención —dije—. Pues bien, presta atención a esto. A partir de esta noche, ya no verás a Alisa. La llevaré conmigo.

Por primera vez, se movió de su asiento. Se levantó con los puños apretados en su cintura. Y en el momento en que se volvió y me atravesó con sus odiosos ojos, su mandíbula se tensó.

—¿Qué dices? ¡¿Cómo te atreves?! —rugió—. ¡Alisa se casará en una semana!

—No habrá matrimonio. Alisa ya ha rechazado a Pritchard.

—No, no, no... —musitó—. ¡No puedes hacer esto! Eres un... ¡demonio! ¡Maldices todo lo que tocas! ¡Has estado condenado desde el día en que naciste y no has hecho nada sino condenar el destino de esta familia desde entonces! —Su rostro se tiñó de rojo, y tal vez era debido a su furia, pero el vino añadía mucho a esto también.

Me quedé en silencio. Y en este breve respiro entre nosotros, su ira no se marchitó, sino todo lo contrario.

—Estás maldito, siempre lo he sabido. Pero en el momento en que asesinaste a tu hermano tu condenación hizo mella en esta familia. Me has costado mi orgullo y ambición, la pérdida de todo lo que apreciaba y de lo que había luchado por lograr... Todo lo que importaba en mi vida lo perdí por tu culpa.

»Y ahora, arrojarías a la condenación a tu propia hermana. ¡Quitarías a Alisa su única esperanza de felicidad!

—¿Felicidad, señor? —respondí conteniendo mi temperamento—. ¿De qué felicidad habla, la de ella o la suya?

—Eres un tonto... —dijo entre dientes—. ¡William Pritchard es más que un buen partido! Sobresale tanto en rango como en fortuna. ¡Y no le importa nada la desgracia de nuestra familia o la inferioridad de las condiciones de tu hermana!

—De cualquier modo... ella no lo ama.

—¿Amor? —Soltó una amarga carcajada—. ¡Qué tontería! ¡Comprende que nadie la querrá después de esto! ¡Ella estará arruinada!

—Alisa es una mujer fuerte e independiente —dije, impasible—. Ella no lo necesita a él ni a ti... ni a ningún hombre para tener éxito. Estoy bastante convencido.

—¡No arruinarás esto para ella! ¡Nunca lo permitiré! —Tropezó al dar un paso atrás. Estiró la mano detrás de la silla y se llevó el mosquete en el brazo.

Sin pensar más que lo que transpiró en un segundo, presionó el arma de fuego contra su hombro y apretó el gatillo. Un fuerte golpe cayó en mi pecho. El impacto me empujó hacia atrás y mi cuerpo golpeó la pared. Una mancha de sangre tiñó mi camisa cerca del hombro derecho, y con ojos desconcertados, la vi crecer. Un dolor inconmensurable se expandió por todo mi pecho. Ola tras ola abrasadora quemaba mi piel.

De pronto, se detuvo.

Me disparó. El viejo me disparó.

La desilusión vino sobre mí primero, pero la tristeza tomó su lugar rápidamente.

El dolor terminó. La herida no sangró más. Abrí mi camisa y la dejé caer debajo de mis hombros. La pólvora había manchado su tela blanca y se había fijado alrededor de mi piel lacerada. Pero entonces, ante mis ojos antinaturales, la bala salió a la superficie de la herida, tintineando contra los tablones de madera del piso al caer. En cuestión de segundos, mi piel se curó, sin dejar ningún moretón detrás. La herida desapareció.

Desapareció también toda la tristeza de mi ser. No pasó mucho tiempo para que la ira se formara en mi vientre.

¡Me disparó! ¡A su propio hijo!

El pánico llenó sus ojos. El arma humeante se estremecía entre sus manos temblorosas. Sus labios apenas se separaron, pero tragó sus gritos.

—El vino en su sangre lo hace fallar su objetivo, como lo hace con su sano juicio, señor —mascullé—. ¡Vamos, dispare de nuevo! Pero esta vez, no falle... ¡De prisa, señor!

En un arrebato de furia, retiré mi camisa y me acerqué a él, lo suficiente para asegurar su puntería.

—¡¿Qué eres?! ¡Aléjate de mí, demonio!

Aterrado, dio un paso atrás y tropezó con la mesa. La copa de vino cayó al suelo y sus restos salpicaron al fuego. Las cenizas volaron y cayeron sobre la alfombra turca. El viejo trapo se incendió rápidamente, pero a ninguno de los dos nos importó.

—¡No eres mi hijo! ¡Estás maldito! ¡Maldito!

El terror lo cegó tanto que dio un tiro más.

Mi hombro se sacudió hacia atrás cuando recibió el impacto de la explosión. La bala me atravesó el hombro. Pero esta vez me quedé quieto, de pie. La sangre manaba de la herida y su calor fluía por mi brazo. Y una vez más, la sangre se secó y desapareció rápidamente, y mi piel se curó como si nada hubiera pasado.

El miedo se instaló profundamente en sus ojos desorbitados.

Oh, sí... Ten miedo.

Satisfecho a expensas de su disgusto, me acerqué lo suficiente como para que pudiera vislumbrar mis brillantes ojos e incluso le di un asomo de mis colmillos.

—Tienes razón —susurré, quitando el mosquete de sus manos temblorosas—. No soy tu hijo. Tú ya no eres mi padre... Y sí, estoy maldito.

El miedo lo paralizó y no habló más.

Un fuego infernal se elevaba detrás de él y sin embargo, no se movía.

—Puedes hacer con tu miserable vida lo que quieras —dije—. Quédate aquí y muere, o vive y vuelve a casarte. Vende esclavos, si así lo deseas... —Solté una leve risa mientras me acercaba a la puerta—. Pero ella se irá conmigo.

En el momento en que salí por esas puertas, arrojé el arma a un lado y con eso, me lavé las manos de cualquier destino que el hombre eligiera para sí mismo.

BIENVENIDA OSCURIDAD

Los años pasaron volando en su compañía. Londres había demostrado ser la ciudad ideal para establecer y construir nuestra propia vida.

La ciudad arrojaba una sombra de la innovación parisina y ofrecía todas las comodidades que había aprendido a desear; faltaba sin embargo, el sentido de lo estético tan abundante en *la Ville Lumière*. Pero yo no ofrecía queja alguna; llena de estrechas callejuelas sin pavimentar y callejones oscuros, Londres era el escenario perfecto para la caza de mi presa.

De uno de esos callejones oscuros, emergí.

Pasé la punta de mi lengua sobre mi labio inferior y recogí cada gota del elixir oscuro que me sostenía. Y a medida que estos restos golpeaban mi paladar, el hormigueo de mis nervios seguía siendo una consecuencia inevitable. Una leve sonrisa apareció en mis labios. Saqué el pañuelo de seda del bolsillo de mi chaleco y me limpié las comisuras de los labios antes de abandonar la escena de mi banquete.

El calor calmante de la matanza bañaba todos los vasos sanguíneos de mi cuerpo antinatural y me mantenía ajeno al frío implacable que se cernía sobre mí. La oleada de emoción de mi víctima, la tomaba cuando bebía su sangre pulsátil. Su miedo era mi ganancia; su perdición, mi bendición.

Mi envejecimiento se había interrumpido en el momento en que había entrado en la Oscuridad, tal como había prometido Dristan. Después de doce años de gloriosas tinieblas, podía dar fe de este hecho con toda certeza. A los veinticuatro años, mi reloj mortal se había detenido.

Pasear por las calles solitarias a esta hora me divertía mucho. La quietud de la ciudad me otorgaba la preciosa oportunidad de disfrutar de sus maravillosas vistas. El zumbido constante de las aguas embravecidas del Támesis deleitaba mis sentidos e incluso el hedor pútrido de los desperdicios ensuciando sus orillas no lo rechazaba, pues todo era parte del encanto decadente de la ciudad.

Encontré las calles de nuestro vecindario en poco tiempo.

Nos habíamos instalado en *Saint James Square*, la vecindad ultra moderna de moda en Londres.

Los escasos miembros de nuestro servicio sabían de mi preferencia por las horas nocturnas. Les pagaba lo suficientemente bien como para que no hicieran preguntas; si

cuestionaban mis motivos para quedarme despierto hasta altas horas de la noche y levantarme temprano en la tarde, me importaba muy poco.

Sin hacer ruido, subí las escaleras, esperando verla antes de ir a la cama.

Al comienzo de nuestra vida juntos, Alisa había tomado mi horario nocturno como propio. Disfrutaba esas noches benditas de interminables horas en su compañía, participando en conversaciones del tipo más inconsecuente, que me encantaban viniendo de sus labios.

Una felicidad más allá de mis expectativas había bendecido los primeros años de nuestras vidas. Luego, por supuesto, la retirada gradual de su compromiso se había instalado para siempre, y ella había regresado a sus rutinas diarias. Y yo entendía las razones detrás de su elección; después de todo, ella era mortal. Alisa necesitaba vivir en la luz y disfrutar de su libertad en toda su extensión. Tenía todo el derecho a disfrutar de desayunos con sus amigas, salidas para el almuerzo y otros asuntos sociales que tanto le gustaban.

Nunca habría sido tan egoísta como para privarla de estos placeres. (Aunque sabía que ella jamás lo permitiría si acaso yo lo intentara).

En los breves años de mi vida como vampiro, había aprendido que las sombras eran mis amigas. Sin problemas, me mezclaba en su abrazo oscuro. Las sombras eran mis aliadas en la caza y esta noche, las usaría para un juego de espionaje inofensivo.

Me acerqué a su dormitorio.

Me detuve en la puerta, inmóvil como una estatua. Y desde este lugar, ocultando mi presencia, fui testigo de su rutina vespertina.

Con su largo cabello suelto, estaba frente al espejo de la cómoda. Sus delicadas manos deshacían las cintas de su corsé con lentos trazos en el aire. La suave melodía que tarareaba se convirtió en el canto más prodigioso cuando sus labios se separaron.

Encantado por el sonido de su voz, me apoyé contra la jamba de la puerta con los brazos cruzados sobre mi pecho, y capturé este momento en lo profundo de mi corazón.

«O Soledad, mi elección más dulce:

Lugares dedicados a la noche,

Remoto del tumulto y del ruido,

¡Cómo deleitas mis pensamientos inquietos!»

Su voz, inmaculada y clara, conquistaba el melisma de la melodía con virtuosismo. Y sin remedio, el hipnótico *basso continuo* de Purcell sonaba en mi mente junto con las palabras.

En un momento de autocomplacencia, cerré los ojos y eliminé toda distracción de su tentadora belleza. Satisface mis sentidos preternaturales en la música hasta que percibí verdadera desolación en su canción. Cuando abrí los ojos, ya se había puesto el camisón.

Sentada en el pequeño banco ante la cómoda, se recogió el cabello sobre el hombro. Y

la melodía llegó a su fin cuando con ojos astutos vio mi reflejo en el espejo.

—¿Cuánto tiempo has estado parado allí? —dijo.

—No lo suficiente... —musité, acercándome— ...y me temo que me perdí la mejor parte. —Jugueteé con el fino encaje de su vestido entre mis dedos.

—¡Eres incorregible! —Sin poder reprimir su sonrisa, tomó la bata y se la puso.

—¿Lo soy? —Mis dedos alisaron las suaves sábanas de seda, frescas y agradables con la calidez general en la habitación proporcionada por la chimenea ardiente. Salté sobre el colchón y enlacé mis dedos en mi nuca—. ¿Por qué no tratas de disciplinarme y ves qué sucede entonces?

—Me voy a dormir —dijo, agotada—. Ha sido un largo día.

—Bueno, mi día apenas comienza —dije, satisfecho de mí mismo.

—Estoy muy consciente de ello. —Un toque de amargura matizó su voz. Alisa se sentó a mi lado.

—¿Te preocupa algo, querida? —Fruncí el ceño.

Ella apretó sus labios. No era una buena señal.

—¿Qué pasa? —presioné de la manera más gentil que pude, aunque su silencio me llevaba al borde de la locura.

—Perdona mi mal humor. Es solo que... casi nunca te veo.

—Lo siento mucho —susurré—. Mis noches son largas, cariño. Tú lo sabes.

—¿Qué hay de las tardes?

—Mis tardes son sacrosantas. Me rehuso a verte hasta que cada fragmento de mi hambre antinatural haya alcanzado la satisfacción. —Hice una pausa, sosteniendo un mechón de su cabello—. Nunca me arriesgaría a hacerte daño.

Alisa se mordió el labio inferior. Su mirada vacía aterrizó en sus manos, que apretó sobre su regazo.

Me senté en la cama. Tales quejas tuyas habían llegado a mis oídos muchas veces antes; pero algo me decía que esta vez, no podrían ser ignoradas tan fácilmente. La fría determinación de sus últimas palabras lo dejaba bastante claro.

—Alisa, ¿qué ocurre? —Me volví impaciente. Quería una respuesta. Pero tal vez no sería de mi agrado, tal vez prefería el silencio después de todo.

Cuando colocó sus manos sobre el colchón y sus ojos brillantes aterrizaron en los míos, me arrepentí de haber hecho esa pregunta.

—Lo sabes bien —musitó—. Quiero una vida que pueda compartir contigo.

—¿Cómo llamas a esto entonces? —Abrí mis manos, con las palmas hacia el techo. La arrogancia se filtró a través de cada una de mis palabras.

—Lo llamo miseria.

—Exageras un poco, ¿no crees? —Solté una pequeña carcajada, disfrazando mi

sorpresa con una falsa diversión—. Sin duda, no todo puede ser tan malo.

—Debería ser mejor, debes ver eso.

—Sé adónde vas con esto —musité, molesto y sin ganas de continuar esta discusión—, y no me gusta para nada.

—Ya no me importa si te gusta —dijo—. Lo escucharás de cualquier manera.

—No voy a...

—Quiero ser como tú eres.

—No deberías decir eso —dije en voz baja, la primera señal de mi irritación.

—Es la única forma, Iván. ¡Lo sabes tan bien como yo!

—¡Tonterías! —Me levanté de la cama—. No escucharé más de esto.

—¡No te vayas! —Al borde de las lágrimas, ella estrechó mis manos, casi cayendo de rodillas—. ¿No lo ves, cariño? Podríamos estar juntos, vivir la misma vida. Solo necesitas compartir esta Sangre Oscura conmigo .

En silencio, sostuve su mirada, horrorizado por su petición. Durante doce años habíamos vivido en armonía, o al menos eso creía. «Miseria» ella había llamado a nuestra vida juntos. Miseria.

Lo que ella me pedía, mi cerebro no podía entender. Pero más que eso, me dolía el corazón al ver su dolor. ¿Me atrevería a llevarla al reino de la Oscuridad solo para hacerla feliz?

—No —dije.

—¿Me rechazarías? ¿Por qué?

Suaves murmullos perforaron mi cerebro. Mil voces se reunieron en una y su oración ominosa resonó en mi mente.

«*¡Maldices todo lo que tocas!*»

La advertencia de mi padre se filtró en mis oídos cuando menos lo esperaba. La sombra de sus portentosas palabras sacudió cada nervio de mi ser.

—¡Iván, respóndeme! —Su voz me sacó de este miserable trance. Me volví y parpadeé dos veces antes de hablar.

—No voy a condenarte con esta maldición.

—Parece que te manejas bastante bien, a pesar de eso.

Me arrodillé ante ella y tomé sus manos.

—Si supieras cuánto implica en realidad —susurré—, no me pedirías esto.

—Si tú puedes vivir así, yo también puedo.

Suspiré. Por un momento, consideré si sus deseos apuntaban más a demostrar que éramos iguales, independientemente de la cuestión de la inmortalidad.

—¿De verdad lo crees, querida? —Hice una pausa—. Siento disentir. La frialdad para

tomar una vida noche tras noche... No sé si eso está en ti, mi amor.

—¿No lo entiendes? —susurró—. No me importa. Haré lo que sea para estar a tu lado.

—Ni siquiera sé si pueda... —dije despectivamente. Me levanté del piso y me dirigí hacia la puerta.

—Debes hacerlo —dijo con una voz quebrantada—. De lo contrario, me perderás para siempre.

—No digas eso. —Sus palabras comprimieron mi corazón. ¿Decía la verdad de sus miedos o se trataba de una amenaza? ¿Era este su último recurso para obligarme a hacer lo que por puro pensamiento me dejaba inquieto? No lo sabía. Solo sabía que ella sufría, y eso era suficiente para que considerara su súplica.

Caminé en la habitación.

Las palabras de mi padre regresaron para amedrentarme.

¿Había tenido mi padre la razón todo el tiempo, y yo estaba equivocado? ¿No debí haberme metido en la vida de Alisa? ¿Podría ella haber encontrado la felicidad al lado de Pritchard? Tortura. Tortura absoluta.

La búsqueda egoísta de mi propia felicidad había instigado mis acciones el día que la había llevado conmigo. Y en nuestro acuerdo silencioso, en el que compartíamos nuestras vidas, yo tenía todo para ganar mientras que ella lo había perdido todo. Si alguna vez decidiera abandonarme, a los treinta y seis años de edad, sus posibilidades de matrimonio eran bastante reducidas, sin importar cuánto el toque del tiempo eludiera su dulce semblante.

¿Qué he hecho?

Mi mundo colapsó en ese segundo. Y yo era el único artificio de esta tragedia. Yo era el culpable.

—Es verdad —musité—. Maldigo todo lo que toco...

No veía forma de evitarlo. Le debía este poco de felicidad, incluso si eso significaba quitarle la vida y darle una nueva. Pero ¿sería capaz de hacerlo?

—¿Iván? —Su voz aterciopelada emitió la más dulce súplica.

—Tómame un tiempo —le rogué—. Piénsalo.

—Doce años han sido suficientes.

Doce años... ¿realmente había pasado tanto tiempo? Regresé a la cama y me senté a su lado. Tomando su mano, mi corazón se abstuvo de su ritmo agitado.

—Si voy a darte esto —susurré—, debes entender lo que significa.

»Tus días bajo el sol habrán terminado. Ningún alimento o vino dará satisfacción a tu paladar. La sangre... —Un nudo en mi garganta—. La sangre de tu presa será tu única fuente de alimento.

»Cazarás y matarás porque este es nuestro único medio de supervivencia.

Ella asintió y presionó mi mano.

Al retirar de su hombro los mechones de cabello, la inquietud se agitaba en mi alma. ¿Qué pasaría si la mataba involuntariamente? ¿Qué pasaría si mi Sangre Oscura no fuera suficiente para lanzar la transformación que la sangre de Dristan había trabajado sobre mí? Me negaba a correr el riesgo, pero no tenía otra opción. Podría perderla de cualquier manera.

Durante años, había soñado con su sangre prohibida fluyendo en mi boca en oleada tras oleada de euforia sin igual. Una década de deseos contenidos que había alejado de mi mente en cada una de sus noches. Si iba a hacer esto, bien podría disfrutarlo.

Presioné mis labios contra los de ella. Alisa me besó de vuelta. Pero a diferencia de tantos otros besos que habíamos compartido antes, éste sabía a pesar, salado por sus lágrimas.

Recorrí su cuello, buscando el lugar bendito donde la arteria carótida latía en un ritmo hipnótico. Evocando el deseo juvenil, la fragancia de su piel me llevó a esa primera mirada, el momento en que nuestros ojos se encontraron por primera vez encerrados en un significado más profundo, fuera de todas las convenciones dictadas por la corrección. Su cercanía despertaba todos mis deseos latentes, tanto humanos como inmortales.

La tomé con un brazo, listo para contenerla cuando llegara el momento de su lucha. Alisa se estremeció bajo mi agarre y su cuerpo se puso rígido, ansioso por el éxtasis desconocido que le esperaba.

Un beso más. Deslicé mi mano debajo de su camisón. Mis dedos acariciaron sus piernas y caminaron hacia arriba hasta sus muslos. Con esto, esperaba alejar su atención de mi inminente mordedura lasciva.

Funcionó.

Su cuerpo cedía mientras mi lengua trazaba el curso de su vena yugular. A media pulgada de distancia, mis colmillos perforaron la carne, aterrizando en la preciosa arteria. Con fuerza antinatural, la sostuve rápido durante los primeros segundos de dolor. Un leve gemido escapó de sus labios, pero el breve tormento bien valdría el placer que seguiría.

El primer disparo de alivio carmesí se vertió en mi boca. En el momento en que golpeé mi paladar, me llevó a las puertas del Paraíso. Gemí en delirio.

Ofuscada en absoluto delirio, ella se rindió a mi abrazo vampírico. Tomé otro bocado de su preciosa sangre. Yo la quería toda. Satisfacía todas mis necesidades y aliviaba mis temores, dejando una innegable felicidad agitándose en mi alma oscurecida. Tal felicidad me había sido desconocida hasta entonces y solo podía compararse con la de la noche de mi creación, pero no alcanzaba tal magnitud.

Esto era el éxtasis en su forma más pura, un placer tan grande que amenazaba con arruinarme todas las delicias del futuro. Pero no importaba cuánto quisiera seguir con esta bebida, tenía que parar. No quería matarla, no del todo.

El ritmo de su corazón había disminuido a un débil pulso amortiguado. Cuando Alisa llegó al umbral de la muerte, me pregunté si ella lo experimentaría de la misma manera que yo. ¿Lo vería ella también? ¿Se materializaría Viktor en esta misma habitación como

el espectro amenazante que era?

Mi mirada temerosa recorrió el dormitorio. No encontré rastros de su presencia.

Ajena a mis preocupaciones, la conciencia de Alisa flotaba entre la vida y la muerte. Con cuidado, la acosté en la cama.

—Sé que puedes oírme, querida —le susurré al oído—. He tomado mucho de ti, amor. Y ahora, es momento de que repare el daño... Este es mi regalo para ti. Recuerda este momento. Será tu último como humano.

Mis colmillos se hundieron en mi lengua. En cuanto la sangre brotó de la herida, presioné mis labios contra los de ella, permitiendo que cada gota de mi elixir preternatural fluyera a su boca.

Debilitada por mi sed antinatural, ella devolvió mi beso. Y cuando tragó la primera bebida, sus ojos se abrieron con asombro. Recobrando sus fuerzas, fue por otro bocado. El latido de su corazón reinstaló su ritmo fuerte y constante. Su mano se deslizó sobre mi cuello. Sus dedos jugaron con el lóbulo de mi oreja y debajo de mi beso, sonrió.

Me separé lo suficiente como para capturar su expresión de placer, aliviado de saber que no la había matado. Pero la sonrisa gentil de Alisa pronto desapareció. Tomada por el dolor, sus rodillas se doblaron contra su pecho y un grito agonizante escapó de sus labios.

Me había olvidado de esta parte.

—Mantén la calma —dije, sin saber si buscaba su consuelo o el mío—. El dolor pasará. Es la Sangre Oscura. Está sanando tu cuerpo.

Sus ojos se quedaron en blanco. En una violenta sacudida, su cuerpo convulsionó. Y cuando todo terminó, sus miembros se relajaron dejándola espantosamente inmóvil. Después de un rato, abrió los ojos.

Entonces lo vi. Vi *el cambio* en ella. Era tan claro como la luz del día, como Juliette me había dicho alguna vez.

Sus ojos atrapaban cada fuente de luz dentro de la habitación. El tono azul oscuro que teñía sus iris se había hecho más brillante. Un suave resplandor emanaba de su piel, pálida pero cálida por la Sangre. Y aunque sus mejillas estaban teñidas de rojo, evocaban una textura marmórea en mi mente mientras estudiaba su complexión.

Cuando la mirada de Alisa se fijó en mí, sus pupilas se agrandaron. Sus manos alcanzaron mi cara.

—¿Estás bien? —susurró ella.

Incluso su voz había cambiado. Un velo ligero de oscuridad predominaba en su profundidad y resonancia.

Fascinado como estaba por su transformación, insinué una sonrisa. Alisa acababa de sumergirse en otro reino —un reino de posibilidades oscuras y maravillosas— y en todo lo que podía pensar era en mí.

—No te preocupes —dije. Un par de jóvenes ladrones o campesinos indefensos serían remedio suficiente para mi condición actual.

Acaricié sus mejillas y besé sus labios. Y cuando me aparté de ella un par centímetros, susurré:

—Bienvenida a la Oscuridad.

UN ÚLTIMO LAMENTO

El cuerpo se escapó de mis manos y dio un golpe cuando aterrizó en la calle adoquinada. Una prostituta menos para *Drury Lane*. A nadie le importaría su ausencia.

Me limpié los labios con el dorso de la mano y lamí la sangre restante. Cazaba en medio de las clases sociales más bajas porque mi vida había caído una vez a tales profundidades, y la muerte en ese caso no podía significar más que alivio.

Dejando su precioso cadáver en el callejón detrás, eché un rápido vistazo al otro lado de la calle pero no vi señales de ella. ¿Dónde demonios estaba?

«Teatro y la cena después», le había prometido. Bueno, el teatro había cerrado sus puertas hacía mucho tiempo. La había esperado lo suficiente hasta que el hambre palpitaba y quemaba cada vaso sanguíneo de mi cuerpo. Fue entonces cuando mi víctima se ofreció a mí; había invitado a la muerte a dar un paseo, y eso nunca puede tener un final agradable, ¿o sí?

Al caminar por *Russell Street*, la vi a unos metros del *Theatre Royal*. Estaba sentada en una de las bancas con otros dos cuyos rostros no pude distinguir, ambos sumergidos en las sombras.

—¡Ahí estás! —dije, alcanzándola por fin.

—Te esperé por mucho tiempo —respondió ella—. Me aburrí.

«¿Me esperabas? ¿De qué estás hablando? ¡Te he esperado durante horas!», quise decir, pero permanecí en silencio por evitar otra discusión como las muchas que llenaban nuestras noches desde su descenso a la oscuridad.

En su vestido de satén rojo, con mejillas sonrojadas y labios enrojecidos, aparentaba ser alguien que jamás había estado familiarizado con el vampirismo. Con una sonrisa serena, sus ojos brillaban bajo la tenue iluminación de la farola. Era una vista para ser apreciada. Y a pesar de mi ira, que disminuía lentamente, adoraba la insinuación de picardía en su mirada. No me importaba saber por qué se sentaba entre dos hombres, ni descubrir sus identidades.

—Podemos irnos ahora —dijo—. No les importará.

Presionando su dedo enguantado contra la barbilla de uno de los hombres, inclinó hacia un lado su cabeza para que la luz le bañara la cara. En el momento en que mis ojos

se posaron en él, di un paso atrás, horrorizado por lo que encontraron.

Fibras musculares rasgadas colgaban de su cuello ensangrentado, y restos de tejidos rosados y rojos abrazaban la tráquea fracturada que ahora estaba expuesta. La mancha oscura que empapaba su chaleco y su camisa no podía ser otra cosa que la consecuencia de su desgracia. Y sus ojos, vacíos de cualquier señal de vida, se abrían con terror congelado.

No había sido diferente el destino del otro hombre. Su cuello roto, la piel desgarrada. El agujero bajo su carne rasgada creaba una sonrisa en su garganta, de un lado a otro, a través de la cual la sangre seca había manchado el cuello de su camisa. La sangre cuajada se acumulaba en su regazo, y un aroma repugnante de descomposición rezumaba de su cadáver, llenando mis fosas nasales con su repulsivo hedor.

Un repentino mareo me invadió. Mi estómago se revolvió. Nauseabundo, presioné mis labios con fuerza, cubrí mi nariz con mi antebrazo y desvié la mirada del asqueroso par.

¡Repugnante!

—¿Qué pasa? —dijo con un aire de ingenuidad que me pareció casi risible, tan falso como era.

—¿Qué dices? —Cubrí mis labios con el dorso de mi mano, temiendo que mi estómago lleno de sangre se vaciara en ese momento—. ¡Pasa esto! ¡Esto está mal!

Alisa torció su boca. Obviamente, diferíamos en el método de nuestra cacería.

—¡No puedes seguir matando así! —murmuré—. Quiero decir, ¡míralos! La ciudad tiene suficientes criminales para pagar por nuestros pecados, sí. ¡Pero esto...! ¿Pretendes atraer atención sobre nosotros? ¡¿Es eso lo que quieres?!

Sus ojos se fijaron en mí sin un gramo de expresión. Pero entonces, una sonrisa se dibujó en sus labios y ella rió. La risa cristalina de Alisa hizo eco en la calle vacía.

—¡No me digas que les tienes miedo! —dijo—. ¿Y qué si somos descubiertos? ¡Sobreviviremos a todos ellos! Son ellos quienes deberían temernos, Iván.

Mi maldita sangre hervía al sonido de sus palabras desdeñosas.

La crueldad de su asesinato erizaba mi piel. Y aunque no deseaba admitirlo, casi me aterraba descubrir dentro de ella a una asesina tan feroz y de sangre tan fría.

—Crees que somos intocables, ¿es eso? ¡Qué equivocada estás! —dije, lleno de desprecio—. Deshazte de ellos. Tíralos al Támesis si es necesario, ¡pero no los dejes aquí!

Ella apretó sus labios y rodó sus ojos hacia atrás.

—¡Hazlo! —susurré, caminando de un lado a otro, incapaz de volver a mirar a los desdichados cadáveres.

—¡Lo haré!

—¡Bien! —dije entre dientes—. Te veré en casa.

QUÉ TONTO HABÍA SIDO. REALMENTE LA HABÍA CREÍDO INOCENTE —INCLUSO VULNERABLE

— desde el momento en que le había dado la Sangre Oscura. Pero habían pasado meses desde su despertar, y ni una sola vez había detectado en ella una pizca de remordimiento después de que mataba. Ni una sola vez.

Su maldad no dejaba de horrorizarme. Y no era que yo no hubiera tenido la precaución de enseñarle las habilidades que mi creador había fallado en mostrarme, pues esto lo había hecho desde el principio.

La crueldad de Alisa estaba fuera de mis manos.

Rechazando todos mis consejos, ella les arrancaba la vida con hambre indómita. Se burlaba y jugaba con ellos, y atraía a sus víctimas con un hechizo seductor que siempre terminaba en derramamiento de sangre. A veces, me parecía que no la conocía en absoluto.

—Todavía estás enojado conmigo, ¿verdad? —dijo cuando apareció en el umbral de la sala.

—No estoy enojado —murmuré, aunque lo estaba.

—Te conozco bien —me susurró al oído—. Sé lo mucho que detestas mis métodos de caza.

—Solo me preocupo por nuestra seguridad —dije—. ¿Qué necesidad hay para que mates tan salvajemente?

Se arrodilló frente a mí y sus frías manos enmarcaron mi rostro.

—¿Qué quieres que haga, Iván? ¿Que les de una muerte misericordiosa como lo haces tú con tus putas y mendigos?

Me quedé en silencio.

—A menudo me he preguntado... —agregó— ...si los eliges por mera simpatía o por un retorcido sentido de moralidad. —Alisa me dio una sonrisa de complicidad, y sentándose a mi lado, enlazó sus manos alrededor de mi cuello.

—Toda mi vida, he seguido las reglas de los hombres —dijo con la voz más suave—. Jugué el papel de la hija obediente durante mucho tiempo, y creo que lo hice bastante bien... Al menos, hasta la noche en que apareciste en mi habitación.

Insinué una sonrisa.

—Durante años he llevado mi conducta de acuerdo con las asfixiantes expectativas del mundo... Y por primera vez en mi vida, soy libre. ¿Puedes ver por qué es tan importante para mí romper las reglas ahora?

Sin nada que decir en contra de ella, asentí.

—Estoy segura de que es solo una fase y pasará, cariño. No debes preocuparte por mí. Prometo que seré cuidadosa. —Ella besó mi mejilla—. Toma. Esto podría animarte.

Deslizó un sobre en mi mano. Lo abrí y leí:

EL FAVOR DE SU PRESENCIA SE ESPERA EN
LA MANSIÓN DE LORD Y LADY INGRAM

INVITADO ESPECIAL: LETIZIA LEONE,

SOPRANO DE LA SCUOLA VENEZIANA.

—¿Letizia Leone? —Alcé mis cejas—. Pensé que se había retirado del canto hace años.

—Lo hizo. Este es un evento único —dijo—. Y tengo toda la intención de que estemos allí.

—Oh, no lo sé...

—Esto no está abierto a discusión, amor mío. Podría ser la última vez que la escuchemos cantar. Un último lamento..., ¡tenemos que ir! —Su espíritu se disparó una vez más.

—Si insistes... no me opondré a tus deseos.

LA CENA DE LORD Y LADY INGRAM NOS LLEVÓ A LAS AFUERAS DE LONDRES. POSEÍAN UNA gran propiedad, con todos los ventajas de una casa de campo, al tiempo que conservaban los privilegios del estilo de vida de la ciudad.

Después de intercambiar algunas palabras con nuestros anfitriones, Alisa se sumergió en la horda de caballeros y damas lujosamente ataviados. Pero yo no tenía ganas de mezclarme en la sociedad, mi interés estaba fijo en otra parte.

Rodeada por una docena de admiradores, jóvenes y mayores, ella respondía a sus muchas preguntas, manteniendo su aplomo con mucha gracia. El vestido que llevaba, en tonos de rojo oscuro y terminado con bordados de oro, le daba un aire de misticismo que me parecía muy atractivo. Su largo cabello rubio, peinado con el popular estilo del Hurluberlu, me deleitaba más de lo que alguna vez hubiera imaginado, al igual que ella.

¿Qué edad tenía ella ahora?

Habían pasado doce años desde que la había visto por última vez en Venecia. Letizia había comenzado su carrera bastante joven, cierto. Debía haber tenido alrededor de veinticinco años en aquel entonces, tal vez. ¿Se había convertido en esposa, en madre?

Quería alejarla de los hombres que la envolvían sin comprometer mi orgullo.

Haciendo uso de mi don vampírico, la invoqué. Había sido bastante simple, de hecho. Solo necesité observarla fijamente, teniendo presente mi intención hasta que ella me percibiera. En cuanto su mirada cayó sobre mí, Letizia sonrió.

Estoy dentro.

—¡No puedo creer lo que veo! —dijo, levantándose de la silla y luego abriéndose paso a través del comité de buitres que la rodeaba—. Sr. Lockhart, ¡luce igual que como lo recuerdo! ¿Cómo es posible?

Le di media sonrisa y me encogí de hombros.

Ella llevó su mano hacia mí. La sostuve con cuidado y presioné mis labios contra su guante de satén. En ese momento, pude vislumbrar su mente acelerada.

Letizia se había casado. Ella no tenía hijos, y su marido infiel odiaba todo lo relacionado con su canto. Él no estaba presente esta noche y rara vez participaba en sus pocas invitaciones para cantar... Su desapego le causaba gran descontento.

Pero luego, también pude vislumbrar su alegría. Verme después de todos estos años había llevado su corazón a los mejores días de su carrera musical; la había hecho volver a la época en que el mundo entero estaba a sus pies. Mi sola presencia animaba su espíritu de una manera que me dejaba sin aliento. No sabía que había causado tal impacto en su vida.

Cuando por fin nos quedamos solos, la actitud de Letizia se volvió tan relajada y cálida como la recordaba.

—Nunca me buscaste... —murmuró con un dejo de intimidad.

—Saliste de Venecia al día siguiente —respondí—. Nunca me diste la oportunidad de hacerlo.

—Bueno, pues ahora la tienes —dijo con voz sensual—. ¿Que harás con ella?

OCULTOS DETRÁS DEL PASEO ARBOLADO DEL JARDÍN, BESÉ SUS LABIOS, SUS MEJILLAS; MI lengua viajó por su cuello con toda la intención de hundir mis colmillos profundamente en su arteria carótida y tomar esa preciosa bebida. Y en ese momento, no me preocupaba descubrir los detalles de su vida o cómo se había convertido en lo que era ahora. Lo único que me importaba era satisfacer mi deseo infinito mientras inhalaba el perfume de su piel, borracho en la lujuria de mi sed insaciable.

Sin saberlo, ella había apelado a mi vanidad al juzgarme el centro de su felicidad, el reavivamiento de su juventud y su pasión por la vida. Y esto solo me hacía esforzarme por mantener una imagen tan privilegiada. Le daría todo lo que quisiera porque complacía mis necesidades egoístas... Pero tenía otras necesidades que requerían atención primero.

—Puede que sea rudo —susurré con voz aterciopelada.

—No lo querría de otra manera —ronroneó en italiano.

No importaba cuánto deseaba que cada gota de su sangre resbalara por mi garganta, no la mataría. Un breve trago, tal vez. Ella lo permitiría sin apenas ninguna lucha.

Le habría advertido sobre lo que venía, pero eso habría sido pedir permiso, y mis demandas no tenían cabida para tal cosa. Tomaba lo que quería cuando lo quería.

Mis manos cubrieron sus labios para evitar que gritara. Y cuando su lengua envolvió mis dedos, rocé su cuello con mis dientes, amplié mi boca lo suficiente como para medir el tamaño de mi mordida y luego hundí mis afilados colmillos en su carne.

Embelesada, gimió.

Encerrados en este abrazo preternatural, la conduje hacia atrás, contra uno de los robles que nos rodeaban. Y cuando la noche nos arrojó su reconfortante velo oscuro, mis labios sellaron la herida.

Su cálida sangre pulsante llenó mi boca en un fuerte golpe. En el momento en que tocó mi paladar lloré, perdiendo mis sentidos en el borde del éxtasis.

Solo un trago, me recordé a mí mismo. *No más*.

Mordí mi lengua hasta que el líquido carmesí estalló, y detuve el sangrado de su cuello con un toque de mi sangre antinatural. Lamí su cuello de nuevo, y la herida comenzó a sanar.

—Querida Letizia... —murmuré con voz gutural. Anhelaba otro trago.

Ella tomó mi mano y la deslizó bajo su vestido. Y yo tenía toda la intención de cumplir con sus deseos, cuando de pronto, Alisa atravesó el jardín, corriendo con velocidad demoníaca, llorando todo el camino hasta que llegó a sus puertas.

Nunca la había visto tan alterada. Y entonces, aunque me dolió hacerlo, me separé de Letizia.

—Lo siento mucho, querida —dije, creyendo cada palabra. Mis ojos preternaturales se clavaron en los de ella—. *Vuelve a la fiesta y no recuerdes nada*. —Una pequeña sugerencia vampírica—. Nada, excepto esto... —Presioné mis labios contra los suyos, dándole un beso que ella guardaría durante mucho tiempo.

Con los ojos muy abiertos, su mirada en blanco cayó sobre mí cuando di un paso atrás. Su mente no guardaba recuerdos de nuestro previo encuentro de intimidad vampírica.

—Esta noche, canta con tu corazón... como siempre lo has hecho —sugerí con media sonrisa, satisfecho en mi sed y mi vanidad—. Ha sido un placer, Srta. Leone.

Di un paso atrás. En cuanto desaparecí de la vista de Letizia, corrí tras Alisa con velocidad antinatural.

—ALISA, ¿QUÉ SUCEDE? —ME ASOMÉ ENTRE SUS DEDOS PARA MIRAR SUS OJOS—. ¿PASÓ algo allá dentro?

Cuando retiró las manos de su rostro, lágrimas teñidas de sangre rodaron por sus mejillas. En tanto continuara llorando, sabía que no obtendría de ella una sola palabra.

—Ven, vayámonos a casa.

—¡ESOS HORRIBLES PENSAMIENTOS! ¡INDESCRIPCIÓN, LA CANTIDAD DE VENENO QUE destilaban sus mentes! —Se desplomó sobre la cama.

Me moví hacia las ventanas y cerré los postigos de madera.

—Pensé que éramos inmunes a tales cosas como el veneno —bromeé.

—Hablaban de la perversidad de nuestra naturaleza, ¡la tuya y la mía! Malditos,

todos... ¡Se atreven a juzgarnos!

—¿Y por qué ha de importarnos eso, amor mío? —dije despectivamente—. Como una vez dijiste, sobreviviremos a todos ellos. ¿Por qué molestarnos con sus insignificantes observaciones?

—No lo entiendes, Iván —dijo ella—. ¡Lo odio! ¡No soporto que nos ridiculicen!

—Ya veo... pero por favor, cálmate.

Las lágrimas cesaron, y su mirada se volvió tan vacía como si sus ojos estuvieran tallados en piedra.

—¿Sabes qué fue lo que más me asustó cuando escuché sus burlas secretas y me di cuenta de su cruel desprecio hacia nosotros?

Me senté a su lado en la cama.

—¿Qué fue eso, querida?

—Que quería matarlos, Iván. A todos ellos. Quería desgarrar sus gargantas, una por una, hasta que todo el salón de baile se inundara con su maldita sangre. ¡Y ni una sola gota de ella bebería!

Sus palabras enviaron escalofríos por mi espalda, pues la creía capaz de esto y mucho más.

—Pues bien, no podemos permitir eso, ¿verdad? —musité—. Te diré algo. Esto requiere un cambio de escenario, ¿no te parece?

—¿Adónde podríamos ir? —dijo, derrotada.

La tomé en mis brazos.

—A un lugar donde a nadie le importará un comino quiénes somos o qué hacemos...

—¿Y dónde es eso?

—Pues París, por supuesto.

MARMÓREA PERFECCIÓN

*P*arís. Si alguna vez existió un lugar más agradable, una ciudad más acogedora y dispuesta a pasar por alto las sombras de nuestros pecados era *la Ville Lumière*.

En cuanto llegamos, me di cuenta de las enormes posibilidades que ofrecía la ciudad. Aquí, todos podían reinventarse e incluso fingir ser lo que quisieran, siempre que tuvieran los medios para conseguir tal ilusión... y gracias a la herencia de mi creador, teníamos lo suficiente.

Unas semanas después de establecerme en la ciudad, me descubrí en un París muy diferente. Una sensación de cambio implacable habitaba en el aire; las construcciones se apoderaban de cada centímetro del centro de la ciudad. Nuevos barrios lujosos habían surgido de los terrenos fangosos, repudiados y abandonados a las clases más bajas.

Yo mismo me enamoré de tal ola tan creativa al invertir en algunos desarrollos tan pronto como había recibido la oferta. Y resultó haber sido una sabia elección. Una riqueza más allá de mis expectativas surgió de mi intromisión en tales asuntos, y la recibí con satisfacción, porque me hacía parte de esta próspera sociedad.

Como resultado del crecimiento inminente de la ciudad, el dinero terminaba en las manos más inesperadas. Y así, el comerciante que alguna vez había pertenecido a la clase baja, ahora se convertía en un hombre influyente que residía en los nuevos barrios más codiciados de París; ahora tenía a su alcance carruajes y costosas mansiones dignas de la aristocracia parisina, lo que provocaba una repentina sensación de igualdad que nunca antes se había visto.

Más vivo que nunca, abracé la ciudad y recordé esa rápida sensación de libertad que me había otorgado la primera vez que había puesto un pie en sus terrenos.

Esperaba que este cambio de escenario reavivara el amor de Alisa por mí, que quitara la distancia cada vez mayor entre nosotros. Y al principio, lo había hecho. Queríamos esto más que nada; con grandes esperanzas, habíamos contado los días hasta instalarnos en nuestro nuevo hogar.

Durante demasiado tiempo había soñado con adquirir una de esas fastuosas mansiones en *Ile de Saint-Louis*, pero no había pasado un minuto después de mencionarle esto, cuando estalló la primera de nuestras peleas en mucho tiempo.

—No —ella había dicho, bastante enojada—. ¡Ni pensarlo!

Sin indicar sus razones, Alisa descartó la idea de inmediato. Hubiera insistido en ello, pero quería paz entre nosotros... La necesitaba desesperadamente. Y así, concedí el deseo de Alisa comprando una casa solariega en *Saint-Gervais-des-Prés*, que era un barrio muy de moda.

Me conformé con la adquisición de una propiedad de mi gusto en el campo. Pero a partir de esta tarde, ¡deseaba jamás haber comprado el maldito lugar!

Pocos años después de compartir una vida civilizada con Alisa, comencé a notar sus ausencias los fines de semana. Durante demasiado tiempo, hice caso omiso, evitando confrontar su comportamiento en tanto ella se distanciaba de mí cada vez más.

Muchas noches lloré, temiendo que no habría remedio para su lejanía, decepcionado por su desprendimiento, seguro de que la había perdido. Eso no significaba que me revolcaba en completa miseria, no. Encontré más de una forma para asegurar mi distracción, pues esto lo dominaba desde muy temprana edad, y mi talento no me fallaba ahora que era un vampiro. Con todo, debo admitir que pese a los tantos placeres en que me deleitaba, la indiferencia de Alisa me dolía más que nunca. Apuñalaba mi corazón con una firme estaca y el dolor siempre estaba allí para recordarme su desdén.

Pero esta noche me tragaría esas lágrimas. Descubriría la verdad y estaba dispuesto a enfrentarla sin importar cuánto me doliera.

Alisa no había dormido en casa por una semana. Sospechaba dónde podría encontrarla.

Apenas la mansión se dibujó en el horizonte, jalé las riendas de mi caballo y me detuve.

—*Le sort en est jeté* —dije en voz baja. «La suerte está echada».

ATRAVESÉ EL UMBRAL DE MI CASA DE CAMPO. ALISA ESTABA AQUÍ. POR MOTIVOS QUE eluden mi entendimiento, sus pensamientos quedaron inaccesibles a mi poder vampírico desde el momento en que le di la Sangre Oscura. Con todo, aún era capaz de percibir su presencia.

El solarium evocó mis memorias del Jardín del Edén... Entonces lo vi. Estaba junto a una de las esculturas, deidades griegas que emergían de las masas de vegetación salvaje pero contenida. Una en particular, *Apollo Descargando su Flecha*, guardaba un trance sobre el hombre. Lo estudiaba con total devoción... ¿Qué veía?

Entré en sus pensamientos, pero interrumpí mi curiosa intervención cuando el rostro de Alisa apareció en ellos.

«*Amantes*».

No necesitaba ver más.

—Te gusta, ¿cierto? —musité, caminando a su alrededor. Junté mis manos en mi espalda, notando su tersa piel. El cazador dentro de mí estaba intrigado por su cabello rubio oscuro y ojos azul claro. Tan puro..., no me extrañaba que Alisa lo hubiera elegido.

Sus mejillas se sonrojaron cuando nuestras miradas se encontraron. Tomé su reacción

como una invitación. Fijé mi vista en la escultura y me acerqué un poco más.

—Marmórea perfección... —musité.

Apolo. Él era el dios de la luz y la verdad, en tanto que yo era otro tipo de dios: el dios de la oscuridad y la mentira. Ambos lados de la misma moneda.

—Hay quienes dirían que él y yo tenemos algunas similitudes... —Las yemas de mis dedos rozaron el rostro de la escultura—. ¿Estarías de acuerdo con...?

Sus audaces dedos tocaron mi cara antes de que pudiera terminar mi pregunta. Dio un paso más, acortando la distancia entre nosotros, y con ojos maravillados, examinó cada detalle de mis rasgos faciales. Y yo le permitía esas libertades porque lo quería muerto. Como una araña tortuosa, había tejido mi tela y ahora esperaba pacientemente a que cayera mi presa.

—No... —susurró, en trance—. Él es hermoso, sí. Pero tú... eres perfecto.

Deslizó sus dedos lejos de mis labios hasta mi mandíbula. Casi podía saborear su piel salada. Todo deseo de venganza eludió mi mente por un momento; el solo placer de beber su sangre me satisfaría lo suficiente. La venganza sería un delicioso postre. Oh, cuánto lo deseaba...

—Veo que ya conociste a mi hermano —dijo Alisa.

Él se alejó. Al sonido de su detestable voz, cada fibra de mi ser cobró rigidez. A pesar de todo, me contuve.

—Es una pena que nos deje tan pronto —agregó.

Confundido, sus inocentes ojos se posaron en mí.

—¿Se irá? —dijo, transparente en su decepción—. Pero, si acaba de llegar. Pensé que pasaría el fin de semana con nosotros.

Enfurecido, la atravesé con mi mirada. «*Maldita seas, Alisa*».

—Me temo que eso será imposible —dije sin apartar mis ojos de ella—. Mis amigos me esperan.

—¡Qué mal, señor! Muy mal... Espero ver más de usted en el futuro...

¿Futuro? Podría haberme reído. Él no tenía futuro.

—Oh, lo dudo mucho... —susurré al pasar junto al hombre. Mi voz fue tan baja que no me escuchó—. Sí, eso me gustaría.

—Te acompañaré hasta tu caballo, hermano.

Hermano. Usaba la palabra con toda la intención de fastidiarme. Alisa sabía cuánto la odiaba. Tragué mis palabras camino a la entrada, no le daría el gusto de exponer mis heridas.

Al diablo con todo.

No pude más, y en cuanto salimos, todo mi enojo se volcó en mi lengua.

—¿Es esto lo que haces ahora...? —dije— ¿...traer a tu presa al campo unos días,

jugar con ellos hasta aburrirte y después matarlos?

Alisa me ignoró como si yo fuera un viejo espectro rondando las inmediaciones.

—No debemos interferir con la presa del otro —dijo fijando sus ojos en mí al fin—. Promételo, Iván.

Mi sangre hirvió por su elección de palabras; preocupada por el destino de su víctima, más que por su propia sangre. Apreté mi mandíbula y contuve cada ráfaga de furia dentro de mi boca. No podía haber alcanzado las riendas y montado mi caballo más rápidamente.

—Haz lo que quieras —murmuré—. ¡Pero nunca más en mi casa!

El semblante de Alisa perdió todo color. Sabía bien que mis palabras no eran ningún juego. Qué bueno.

—¡Ha! —Tiré de las riendas, mi caballo reparó pero pronto lo tranquilicé y galopé lejos de esa casa tan rápido como pude.

LOS PLACERES DEL ENGAÑO

Si estos hubieran sido los días de mi juventud mortal, habría ahogado mis penas en el primer burdel que encontrara. Y aunque esos placeres aún me atraían, quedaban eclipsados por la bebida antinatural. Un éxtasis sin paralelo a ningún otro placer que haya conocido estaba en esa bebida.

Mi preferencia por matar en las sombras de los barrios más bajos no había cambiado, pero el hambre me golpeaba de súbito y desviaba mis planes de cacería. Me conducía a la mansión solariega de un buen hombre, un conocido mío que casualmente había organizado un baile esa misma noche.

Hacía algunos días, me había negado a su amable invitación, pero como me encontraba en el campo, lejos de mis terrenos de caza, no vi ninguna razón para no asistir después de todo.

La iluminación de antorchas guiaba el camino hacia la entrada. La suave melodía de violines y un clavicémbalo flotaban hacia afuera y viajaban con el viento cálido.

Necesitaba esto. En medio de los asistentes del baile, encontraría los corazones más corruptos y los atacaría. Esta noche, el engaño se ajustaba a mi paladar como ninguna otra cosa.

La música me envolvió en cuanto entré. La juventud y la persuasiva fragancia de sangre fresca se suspendían en el aire; estas cosas me atraían sin control.

Las cejas blancas y tupidas de Gustave Dreik se alzaron cuando reconoció mi presencia desde el otro lado del atestado salón de baile.

Entre metros de seda multicolores y abanicos, se deslizó. Y cuando llegó a unos pocos metros de donde yo estaba, con los brazos abiertos se dispuso a abrazarme en la manera más acogedora.

Su nariz y mejillas enrojecidas hablaban de su embriaguez. Estaba intoxicado lo suficiente como para ser socialmente aceptable.

Gustave se había convertido en uno de mis asesores financieros más confiables desde el principio, cuando recién me había instalado en París. Fue siguiendo su sugerencia que invertí en la prometedora aventura de los desarrollos parisinos. —«La construcción es una mina de oro», me había dicho entonces. Y corroboré la verdad en sus palabras en el momento en que recibí tres veces mi inversión en ganancias. Solo mejoró a partir de ahí.

De hecho, aunque el gran ingenio de Gustave le había amasado una gran fortuna, los orígenes del hombre eran bastante humildes. No poseía ningún rango y carecía de conexiones sociales adecuadas, excepto la mía por supuesto, «el barón». E incluso cuando aún había familias que se oponían a socializar con alguien inferior a sus estándares, el salón de baile contenía invitados de un extremo a otro. Y si mi amistad le ayudaba a asegurar su ascenso en la escala social parisina, entonces estaba más que satisfecho con ello.

—¡Maravilloso! —dijo—. ¡Viniste después de todo!

—Un cambio de último minuto —musité.

—¡Bueno, me alegro de eso! —Me dio una palmadita en la espalda—. Siéntete como en casa, Barón. ¡Disfruta la tarde!

—Creo que lo haré.

—¿Ves cuántas bellezas se reúnen en esta sala? Oh, mi buen amigo, ¡me encantaría verte casado! ¡Cuanto antes, mejor! —dijo, su rostro humedecido brillaba por una fina capa de sudor.

Su petición sincera me hizo sonreír.

—¡Vamos, vamos! —Me presionó el brazo—. Sumérgete allí, sé que quieres hacerlo. Y no te preocupes. No necesitas decir nada, buen hombre. ¡Bastará con que ellas te miren y te adorarán!

—Mssr. Dreik —dijo un hombre, acercándose—. Parece que hay un problema con el flautista.

Gustave se giró hacia mí con una mueca de preocupación.

—¿Dónde está Mme. Dreik cuando la necesito, ¿mmmm? —Se encogió de hombros—. Te veré en unos momentos, ¡espero!

Asentí.

En cuanto Dreik desapareció entre la multitud, me alejé de la pista de baile, pues muchos ojos hambrientos se posaban en mí. Pero antes de que lograra escapar, una mano se cerró alrededor de mi brazo y tiró de mí hacia otra dirección.

—Tan pronto como lo vi entrar a la habitación, me dije, «¿No es ese el Sr. Lockhart?» —dijo una voz seria pero amable—. «Pues, sí», dije. «¡Sí, es él!». ¡Simplemente tuve que venir a saludarlo!

Mis labios se separaron, pero no pronuncié ningún sonido. Cabello castaño dorado arreglado en pesados mechones, ojos pequeños pero curiosos y la sonrisa más entrañable sin pretensiones... ¿La conocía? Ella ciertamente parecía conocerme.

—Perdóneme, yo...

—Pero, por supuesto, no es posible que me reconozca, Sr. Lockhart... ¿o debería decir, mi señor? —dijo ella con un movimiento rápido de su abanico—. Ha pasado demasiado tiempo, y me temo que crecí mucho desde entonces. ¿Doce, trece años? ¡Dios mío! ¡Cómo pasa el tiempo! Y sin embargo, usted luce tan guapo como siempre. Y puedo

decir eso, pues soy una mujer casada. ¡Y como bien sabe, las mujeres casadas pueden salirse con la suya en casi cualquier cosa! —Ella soltó una pequeña carcajada.

Mis ojos la analizaron, tratando de poner un nombre a la cara de esa ansiosa jovencita.

—Déjeme sacarlo de su miseria —dijo finalmente—. Soy la Srta. Esther Allen —Su mano buscó mi beso—. Sra. Pritchard para usted, ahora.

Con los ojos muy abiertos, apenas oculté mi asombro. Sus dos comentarios me impresionaron mucho. Esther Allen, la pequeña Esther, se había convertido en una mujer encantadora que ahora tenía veintitantos años. Y luego, estaba la otra declaración: ahora era la Sra. Pritchard.

—Dulce Esther, ¡casi no la reconozco! —dije con verdadero deleite—. Sra. Pritchard, quiero decir. ¿Está él aquí con usted?

—¡Pues claro! —dijo ella—. ¡Nunca se apartaría de mi lado! Encontrará al Sr. Pritchard allí, con el resto de nuestro grupo—. Señaló con su abanico cerrado hacia el extremo de la habitación.

Mi mirada barrió todas las caras en el reducido grupo. No encontré rastro de él.

—Lo siento —dije—, pero no veo a William entre sus amigos.

—¿William? Por Dios, ¡nunca lo verá allí! Él se fue a Florencia. Después de que Alisa... Bueno, él ha vivido allí desde entonces.

—No entiendo —musité—. Pensé que había dicho que se había casado con él.

—Oh, Dios. ¡No! No con William Pritchard —dijo ocultando su sonrisa bajo su abanico—. Me casé con su hermano menor, Thomas Pritchard. Allí está, ¡el dios rubio del grupo! —Soltó una risilla.

El joven se volvió y clavó sus ojos en nosotros. Y después de capturar la atención de Esther, él inclinó la cabeza y le hizo señas para que volviera a su grupo.

—Oh, mírelo —bromeó—. Ya está celoso... Debo ir con él.

—Ha sido maravilloso verla de nuevo —dije con toda honestidad y le di un beso en su mano enguantada.

—Sigue siendo un caballero... —Suspiró—. Envíele mis saludos a su hermana.

—Lo haré.

El pesado vestido dorado de Esther se deslizó por la pista de baile a través de la multitud hasta que llegó a su grupo. Las carcajadas fueron inevitables desde el momento en que se reunió con sus amigos. Era una criatura tan entrañable...

«*Me gustaría que me invitara a bailar*».

La petición venía de la joven dama detrás de mí. Con ojos expectantes, su abanico revoloteó cuando mi mirada aterrizó en ella. Di un paso atrás, planeando evitarla, a ella y a cualquiera que tuviera la más mínima intención de bailar conmigo. Había evitado los bailes durante la última década por esta misma razón.

Moviéndome unos pasos más atrás, busqué refugio en la bendita oscuridad de la sala

continua, y la nombré como mi guarida a partir de entonces.

En la oscuridad de la sala, el aire era aún más fresco y libre de los intoxicantes perfumes que saturaban el salón de baile.

—Escuché que jamás baila hoy en día, mi señor... ¿Es cierto eso o es parte de su encanto misterioso?

Su voz, sensual y de tono grave, me atraía. Me volví y eché un rápido vistazo en la habitación a oscuras hasta que mis ojos se encontraron con su figura. Emergió de las sombras hacia el charco de luz que se derramaba desde el salón de baile.

Vislumbré su vestido de seda verde oscuro. Debajo del encaje de las mangas, sus delicadas manos, suaves y pálidas como porcelana, se unieron al avanzar. El exquisito anillo de esmeralda que llevaba brillaba. Cuando levanté la vista, solo pude comparar tal brillo con el de sus ojos verdes perforando la oscuridad.

En el momento en que mis ojos se encontraron con su rostro, perdí el aliento.

Ella se acercó.

Tenía veintiocho años, y seguía siendo tan cautivadora y desconcertante como la recordaba.

El tiempo había trabajado su encanto en su delicada figura, una vez joven y tierna, y ahora, sensual y femenina. Era un verdadero deleite para los ojos. Incluso su voz había cambiado por una más profunda y resonante... ¿acaso se debía al dolor de nuestro último adiós?

Sí. Una vez rompí su corazón, pero ella también había roto el mío.

—Yo... jamás imaginé encontrarte aquí...

—Como siempre, frugal con las palabras —dijo—. Pero no puedo decidir, ¿en qué sentido utiliza esas palabras, mi señor? ¿Está horrorizado o fascinado por mi presencia?

—Más que eso —dije—. Me temo que estoy cautivado.

Ella inclinó la cabeza y se acercó aún más. Se detuvo a escasos centímetros de mi rostro.

—No debes burlarte, Iván, pues ese es mi único talento —dijo con voz sensual.

Su cercanía me embrujaba sin remedio. Su poderosa presencia me obligaba a romper la distancia entre nosotros y reclamar un beso apasionado de sus deliciosos labios.

—Sé que nos separamos en malos términos, Juliette... —Susurré, y mi cuerpo se inclinó hacia ella buscando la promesa de su beso.

—Mi corazón no sabe guardar resentimiento, jamás lo ha hecho. —Dio la vuelta y se dirigió hacia la chimenea.

Más de una década de practicar la cacería me había enseñado un par de cosas sobre el arte de la seducción; pero en su presencia, todo era en vano. Mi corazón bombeaba su sangre viciosa más rápido y más fuerte. Mi sed abrumadora estaba por despertar, y yo tenía poca paciencia para estos juegos.

Sin apartarla de mi vista, me moví detrás de ella hasta alcanzarla. Descansé la mano sobre la repisa de mármol de la chimenea y apoyé el peso de mi cuerpo contra ella.

Cuanto más alimentaba mis ojos con su imagen tentadora, más la deseaba.

Tome una respiración profunda, y tiré de las riendas de mi apresuramiento.

—Los años te han sentado muy bien —susurré. Un destello de mi determinación lasciva escapó de mis labios.

Desperté en ella una clara agitación. Parpadeando un par de veces, apartó su rostro de mí. Por fin había logrado vencer su autocontrol.

Tomé su mano y conteniendo mi prisa, desabroché los botones de su guante, uno por uno. El suave contacto de mis dedos desafiaba la integridad de su medida nuevamente.

—Espero que no me guardes rencor —dijo, su voz vibraba con ansiedad—. Yo era muy joven, después de todo y... estaba enamorada.

Su guante de seda rodó por su brazo bajo mis dedos.

—Y ahora que has madurado... ¿te has olvidado de ese joven amor? —Presioné mis labios contra su mano.

Juliette insinuó una sonrisa traviesa.

—¿Por qué no lees mi mente y lo descubres por ti mismo? —dijo.

—Ten cuidado con lo que pides... Me he vuelto bastante hábil.

—¿Pero alguna vez ha habido algo en lo que no seas experto?

Una oleada de calor subió a mi rostro. Solo ella podría haberme hecho sonrojar.

Deslicé mis manos por su nuca, y siguiendo su sugerencia, leí sus pensamientos.

En ellos, descubrí una felicidad incondicional. Nuestro encuentro en esta habitación había sido lo más precioso de los últimos doce años de su vida. Con paciencia, Juliette había esperado este momento, sabiendo que algún día llegaría. Y ahora que yo estaba aquí, ella no podía creer que tal felicidad alguna vez hubiera escapado de sus manos.

Imágenes innumerables se vertieron en mi mente, cada instante a su lado, cuadro por cuadro: desde la primera vez que nos vimos el día en que su carruaje se volcó en la *Île de Saint Louis*, hasta el inolvidable delirio de lo que se convirtió en nuestra primera y última noche juntos.

—*Juliette, tu me manques... Tu me manques terriblement!*— «Te extraño», dije en un arrebató de emoción. «¡Te extraño terriblemente!».

Las palabras, como un poderoso hechizo, demolieron todo rastro de su frialdad. Y en sus brillantes ojos surgieron lágrimas de felicidad.

Mis labios fueron a recuperar su beso perdido, pero el toque de sus dedos impidió mis ardientes intenciones.

—He esperado más de diez años por este momento —susurró—. Pero no lo has dicho, Iván. Necesito que lo digas.

—¿Qué quieres que diga? —respondí—. Lo que quieras de mí ya es tuyo. —Mi ferviente deseo exigía satisfacción.

—¿Realmente me has perdonado?

—Todo está en el pasado —murmuré, sosteniéndola en mis brazos—. Esto es lo único que me importa: estás aquí, y no podría haber deseado una vista más maravillosa.

Una lágrima rodó por su mejilla.

La envolví en un cálido abrazo y presioné mis labios sobre los suyos, devorándola en un largo beso apasionado.

El cuerpo de Juliette se rindió ante mí. Y yo disfruté cada segundo de este momento, porque en secreto, lo había soñado durante mucho tiempo.

EL SABOR DE LA VENGANZA

*A*lgunos dicen que la venganza es dulce, pero yo difiero con esa evaluación.

La venganza tiene un lento sabor acérrimo; crece desde la amargura más profunda. Requiere tiempo para que su rancio sabor se marchite y se convierta en uno más rico y succulento. Y una vez adquirido, su exquisito regusto se vuelve ineludible, tentador, mientras su pura succulencia envuelve y ciega nuestros sentidos para pedir más...

Habían pasado dos años de feliz revancha, y no podía tener suficiente de ella.

Después de un tiempo, creo que su propósito perdió todo significado. Las ausencias de Alisa habían aumentado pero ya no me importaba, no mientras tuviera a Juliette en mi vida.

Espolvoreados con diminutas motas de polvo, los rayos del crepúsculo atravesaban las sombras a medida que se filtraban por las ventanas del dormitorio. El suave aroma del roble de los paneles de los muros se mezclaba con el del atractivo perfume de su piel.

Últimamente, nada me deleitaba más que tener su compañía a primera hora de la tarde. No había mejor manera de comenzar mi noche. Y al alegrar esta casa de campo con su presencia, su adquisición había cumplido más que su original propósito.

Nada salvo su camisola se interponía a mi deseo por Juliette mientras ella se sentaba en mi regazo. Con cuidadosa parsimonia, deshice las cintas de la abertura delantera de la prenda, al tiempo que ella jugueteaba sus dedos por mi cabello.

—Toda criatura viviente bajo el reino de la Oscuridad obedecerá tus órdenes... —su voz sensual susurró en mi oído.

—Me gusta cómo suena eso —dije, y besé su muñeca—. Pero no sabría cómo hacerlo.

—Puedo enseñarte —dijo en voz baja con los ojos cerrados.

—Me has enseñado tantas cosas... —murmuré—. Me siento obligado a corresponder. Quizás yo podría enseñarte algo también...

En un capricho egoísta, mordí su muñeca. Lo hice rápido y lo suficiente para permitir el suave flujo de su sangre a través de la pequeña herida. Sellé mis labios alrededor del corte sangrante y lamí su precioso vino tinto. Una ráfaga electrizante recorrió mi lengua y se extendió a mis extremidades.

La miré para evaluar su reacción. Insinuaba una sonrisa de deleite. Eso era todo lo que necesitaba para continuar esta pequeña bebida.

Apretó sus muslos alrededor de mi cintura. Juliette quería algo más. Ella satisfacía mis antojos, pero también buscaba saciar los suyos.

Deslicé mis manos bajo su camisola, y tomándola de la cintura, la acerqué más. Presionó sus labios contra los míos, lujuriosos y exigentes. Su cercanía despertó cada rastro de deseo viril latente en mi cuerpo. Aprisionados en este apasionado abrazo, la llevé al éxtasis una y otra vez.

En deliciosa agonía, Juliette gimió. Y a pesar de que escuchaba sus pasos acercándose rápidamente por el pasillo, no me importaba. Quería que ella la viera, que abriera esa puerta y presenciara la escena de nuestro amor.

Los pasos se detuvieron.

Consciente o no de su presencia, Juliette disfrutaba la exaltación del momento. Cerré mi manos alrededor de su pequeña cintura y ella gimió de nuevo.

Mis ojos se asomaron sobre el hombro desnudo de Juliette y con una mirada desafiante, se encontraron con su figura junto a la jamba de la puerta. Alisa permanecía fría, impávida ante lo que sus ojos contemplaban.

Tomé ventaja de ese momento, y sin apartar mi vista de Alisa, hundí mis colmillos profundamente en su pecho. Juliette gimió aún envuelta en el delirio. Cuando el primer chorro de sangre emanó de la herida, presioné mis labios contra su piel y tomé esa bendita bebida que me conduciría a las puertas del paraíso.

Inmerso en la satisfacción de mis deseos, lamenté perder de vista la expresión en el rostro de Alisa. La puerta se cerró de golpe y sus pasos furiosos resonaron en el corredor.

Oh, no. ¡No te escaparás tan fácilmente!

Tomé mi bata y salí. Juliette se quedó en mi lugar, agotada, con sus ojos llenos de deseo. La esquina de sus labios se curvó en la sonrisa más tentadora. No supe cómo interpretarla; traviesa satisfacción, eso era muy claro. Si era por la noche que habíamos pasado juntos o por la inesperada visita de Alisa, no lo sabía.

Salí corriendo de la habitación y la alcancé en lo alto de la escalera.

—Alisa —dije, tomando el barandal con fuerza—. ¡Alisa!

Se detuvo al pie de la escalera, sin mirar atrás. En el momento en que llegué al último escalón, se volvió y sus ojos inyectados de sangre se clavaron en los míos.

—Deberías haberla matado ya —siseó, apuntando arriba con su dedo.

Sonreí.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Porque... ¡porque no confío en ella! Es una bruja, Iván. ¡Una bruja!

—Y nosotros somos vampiros, la peor de ambas maldiciones, en mi opinión... Además, creí que habíamos acordado no interferir con la presa del otro.

—Ella no es tu presa. Llamémosle como lo que es: ¡tu amante! —gritó en un estallido de furia—. Mátala, Iván... ¡Mátala ahora mismo!

Una carcajada mía resonó en el pasillo.

—¿Qué es esto, una escena de celos? —dije—. No va contigo. Tal vez alguna vez lo habría creído de ti, pero ya no.

—Eres tan cruel... —dijo en un murmullo.

Fruncí el ceño, desconcertado por su declaración.

—Has estado fuera por mucho tiempo, mi amor —susurré—. Extiendes tus viajes y llevas a tus amantes contigo cuando te conviene... y aún así, esperas encontrar todo igual a tu regreso. —Con el sigilo de un gato montés, me moví a su alrededor hasta interponerme entre ella y la puerta. Sus brillantes ojos me siguieron en todo momento—. ¿Y qué esperas? ¿Que no diga nada, que no sienta nada... que no haga algo al respecto?

—¿Por qué eres tan desalmado? —dijo con labios temblorosos. Una lágrima rodó por su mejilla pero la ira, no el dolor, llenaba sus ojos.

—Desalmado, cruel... no puedo ser tantas cosas. Elige una, cariño. —Me encogí de hombros.

—¡Ninguna es lo que quiero!

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —dije, segundos antes de perder los estribos.

—Quiero que tu cinismo desaparezca. Quiero de vuelta al hombre que una vez conocí... Quiero que seamos felices de nuevo.

Sus palabras sacudieron mi corazón. Nuestra vida juntos en los últimos años había consistido en descubrir nuevas formas de lastimarnos. El amor había estado fuera de la discusión durante mucho tiempo. No sabía que su corazón aún albergaba esos sentimientos hacia mí. Y obsesionado por perfeccionar mi venganza, apenas y lograba reconocer mis verdaderos sentimientos.

—Yo... también quiero eso —musité.

—Entonces, por favor, ¡haz algo! —Tomó mi brazo. Sus lágrimas seguían brotando y teñían de rojo su pálido rostro—. Recupera mi corazón antes de que sea demasiado tarde.

Por primera vez en años, Alisa reveló sus sentimientos con transparencia. En sus ojos reconocí el deseo de reparar aquello que se había roto entre nosotros hace tanto tiempo. Pero ¿podría ser? ¿Podrían las viejas heridas sanar tan rápido como sanaban nuestros preternaturales cuerpos? ¿Acaso teníamos una oportunidad?

Si existía la mínima posibilidad de reavivar nuestro amor, tenía que intentarlo.

—¿Qué debo hacer para recuperar tu amor?

—Es simple. Danos un nuevo comienzo, lejos de París. —«Lejos de Juliette», es lo que quiso decir.

—Te seguiría hasta el fin del mundo si eso te complaciera.

—Eso no es necesario. Venecia será suficiente.

—¿Venecia? —dije.

—Sí. Venecia vio el primer destello de nuestro amor. No puedo pensar en un mejor lugar para que comencemos de nuevo. —Estrechó mis manos entre las suyas—. Y quisiera conocer a aquel cuya sangre prodigiosa nos otorgó este regalo inmortal.

—¿Dristan?

—Sí. —Apoyó su cabeza contra mi corazón palpitante—. Estoy segura de que podemos aprender mucho de él, ¿no te parece? Él debe ser muy poderoso. Su búsqueda sin duda sería una aventura que podríamos compartir.

—Creo que...

—Hagámoslo. Un nuevo comienzo, mi amor... en Venecia.

—Nuestra Venecia... —murmuré.

¿QUÉ ES EL AMOR, SINO UNA SERIE DE EXPLOSIONES INEXPLICABLES DE ANSIEDAD encerradas en éxtasis y cegadas por los caprichos tontos del corazón?

En el momento en que decidí cumplir con los deseos de Alisa, la débil posibilidad de recuperar nuestro amor marchito volvió a latir con vida. No sabía cuándo había comenzado a perderla; pero esta vez, teníamos la oportunidad de reavivar aquello que nos había costado tanta lucha y el desafío de todo lo estipulado por la sociedad. Un amor tan precioso no debería desperdiciarse, y en mi opinión, valía la pena pelear por él.

Pero la vida tiende a facilitar su equilibrio demasiado rápido. Y cada vez que en ella ganamos, o creemos que ganamos, también significa que debemos perder. Gané un nuevo comienzo con Alisa, mi único y verdadero amor que aunque deteriorado, todavía conservaba mi corazón y todo el derecho a reclamarlo. Pero entonces, eso significaba que también perdería algo, pues al elegirla, había descuidado el afecto de Juliette.

Durante semanas, la evité. Hasta que una noche, me obligué a regresar a ese bendito Jardín del Edén. Había esperado mi última noche en París para buscarla, de lo contrario, nunca me hubiera atrevido a hacerlo.

Mis sentimientos por Alisa eran reales, sí. La había amado desde que tenía uso de memoria, aunque no lo entendía entonces. Y no importaba cuántos obstáculos se interpusieran entre nosotros, siempre los venceríamos a todos porque pertenecíamos el uno al otro. Estaba escrito en nuestras almas.

Pero Juliette y yo compartíamos algo bastante diferente, y no era que sus placeres deleitaran a los míos, aunque ese era uno de los lazos que me mantenían en su esclavitud. Con todo, la nuestra era una conexión que eludía los planos de lo físico, porque en ella había descubierto más que una amante deseable. Ella había guiado mis primeros pasos en el vasto páramo de la inmortalidad. Debía mucho a sus enseñanzas, pero no era la gratitud lo que me obligaba a permanecer a su lado... No podía precisarlo exactamente. Sin embargo, aquí estaba yo.

En el momento en que entré en la jungla oscurecida, la dulce fragancia de su piel agitó mis recuerdos. La encontré sin dificultad entre la fusión de los aromas de la exótica vida vegetal del jardín.

Descalza, vestida con su delicado camisón, estaba sentada junto al estanque. Pesados mechones de cabellos rojos se deslizaban sobre sus hombros y cubrían su rostro mientras ella hundía sus dedos en las ondulantes aguas.

A escasos metros detrás de ella, le revelé mi presencia.

—He oído que te vas —dijo sin apartar su mirada de las aguas claras.

—Debo hacerlo —susurré.

—Ah, ¿debes? —Hizo una pausa—. ¿De verdad?

—Sí —dije—. Si no lo hago, siempre me atormentará la idea de lo que podría haber sido.

Juliette retiró su mano del agua y con ella presionó el borde de piedra.

—Y a mí siempre me atormentará tu ausencia si lo haces.

Mi imagen apareció junto a la de ella en la superficie del agua, y a través de ese reflejo, la miré a los ojos.

—Debo intentarlo —dije.

Juliette contuvo la respiración un momento antes de voltear hacia mí. La expresión de sus ojos, aunque serena, brillaba con lágrimas contenidas.

—Ya veo —musitó—. No puedo detenerte.

Incapaz de contenerme más, me senté a su lado. Con gentileza, mis dedos empujaron un mechón de cabello detrás de su oreja, revelando al fin su dulce rostro.

—¿Qué harás? —pregunté.

—Te extrañaré terriblemente. —Una amarga sonrisa se dibujó en sus labios, luego suspiró—. Supongo que tendré que casarme... Me pregunto si Pritchard todavía está disponible... —bromeó.

Fruncí el ceño en reprobación de su oscuro sentido del humor.

—Ya sea él u otro, yo jamás te compartiría —susurré—. Soy un demonio bastante egoísta.

—En tanto que yo sí lo haría —dijo ella—. Te compartiría con ella, si eso te mantuviera a mi lado.

Su respuesta me desconcertó.

—Yo... no podría... Ella...

Apretó sus labios y en ellos se asomó el más puro dolor.

—Lo sé. —Su delicada mano acarició mi mejilla. Y me estudió con ojos premonitorios que sabían que este sería un momento para atesorar, pues sería el último de nuestro tiempo juntos.

Deslizó sus manos en mi nuca, hundiendo sus dedos en mi pelo a medida que la distancia entre nosotros se acortaba.

En un instante precioso, Juliette presionó sus labios contra los míos. Devolví su beso con uno enloquecedor y lleno de emoción, del tipo que duele hasta la médula, consciente de su naturaleza efímera.

Luego su beso corrió hacia mi oreja y terminó en una tentadora mordida de su lóbulo.

—Pierde cuidado, amor mío —susurró—. Tú y yo siempre estaremos juntos, de una u otra forma. Esto lo sé con certeza.

Encantado por sus palabras, como si realmente fueran un hechizo, permanecí paralizado cuando ella besó mis labios una vez más. Luego se puso de pie y salió del claro de la jungla, hacia las profundidades de su rico follaje, sin mirar atrás una sola vez.

No sabía si ella y yo nos volveríamos a encontrar, pero una parte de mí esperaba que su promesa fuera cierta.

EL CIELO VENECIANO

Las aguas azul oscuro oleaban en un trance pacífico y los últimos toques del sol moribundo teñían el cielo nublado. El aroma náutico puro de Venecia me tranquilizaba con sus ráfagas de viento fresco mientras el bote navegaba suavemente por el Gran Canal.

Su mano envolvió mi brazo y la más genuina de las sonrisas se dibujó en su rostro cuando mi mirada se volvió hacia ella. La felicidad irradiaba de Alisa como pocas veces había visto en los últimos diez años.

Se sentía bien. Por una vez en mi vida, mi amor había demostrado su compromiso. Aunque me causaba dolor, había elegido irme de París, por más que estuviera seguro de que una parte de mi corazón se había quedado atrás.

Esta vez, todo sería diferente. Esta vez, nuestro amor triunfaría contra viento y marea. Lo sabía.

—Ahí está —musité cuando los blancos muros del viejo *palazzo* emergieron en la distancia; sus almenas moras se alzaban tan perfectas como el encaje más fino. Los recuerdos de Dristan y la noche de mi creación se vertieron en mi mente preternatural en una copiosa lluvia de vívidas imágenes.

—Es hermoso —dijo ella.

El barquero atracó en el portón de agua del *palazzo*. Después de pagarle, fui hacia el mezzanine, donde Alisa me esperaba.

No había contratado a ningún sirviente, pues nuestras necesidades se habían simplificado con el paso de los años y quería tanta privacidad entre nosotros como fuera posible para poder hablar y comportarnos como quisiéramos sin las silenciosas miradas indiscretas del servicio.

—Impresionante —susurró al subir por la escalera de mármol. Llegamos al *piano nobile*.

La vista de los frescos que decoraban cada pared, lujosas arañas de cristal y varios ornamentos de mármol en la habitación, había sido suficiente para dejarla sin aliento. La antigua guarida de Dristan se adaptaba a un gusto sobrio y clásico con toques de lujo extendidos en cualquier esquina.

Permaneció junto a la cuadrifora, admirando la magnífica vista del Gran Canal al

atardecer.

Me acerqué a ella y me quedé un paso atrás.

—Es tan tranquilo —dijo.

Por supuesto, lo era. Comparado con la vida parisina, esto era la paz misma.

Con toda ternura, la abracé y le susurré al oído—: ¿Eres feliz, mi amor? ¿Es esto lo que querías?

Una sonrisa sutil apareció en sus labios. Ella alcanzó mi mano sobre su hombro y la presionó cálidamente.

PASARON LOS AÑOS EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS. LAS DÉCADAS NO SIGNIFICABAN NADA para nosotros.

El año era 1699, y los cafés eran la adición popular más nueva de Venecia. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tomado café. Recordaba su sabor amargo y oscuro, y la exaltación de mis sentidos después de tomar una taza en la mañana, pero el aroma de sus granos recién molidos era lo que apreciaba más.

En el lado sur de la *Piazza San Marco*, debajo de los arcos de la *Procuratie Nuove*, encontré el lugar perfecto para pasar la noche, sin olvidar que la caza era mi verdadero propósito. En medio de los escasos grupos de hombres y mujeres que pasaban, esperaba encontrar un alma solitaria que se cruzara en mi camino. La víctima ideal.

Después de aceptar la diferencia entre nuestros métodos de caza, Alisa y yo habíamos acordado no volver a hacerlo juntos. Yo no podía cambiar sus modos, pero tampoco tenía por qué presenciarlos. A partir de que nos habíamos instalado en Venecia, se había formado entre nosotros una paz extraña y silenciosa. No era lo que mi corazón deseaba, pero la armonía era todo lo que podía pedir tras casi veinte años de nuestra alianza.

La pequeña taza de café apareció frente a mí, y el recuerdo de la primera vez que lo probé en París me llenó de emoción.

Me dolía el corazón, herido por la memoria de Juliette y el daño que le había infligido con mi partida repentina. Pero la decisión ya había sido tomada y no podía arrepentirme... Si tan solo dejara de doler. Los recuerdos de París, invariablemente siempre me llevaban a sus brillantes ojos verdes y su ondulado cabello rojo.

—¿Desea algo más, señor? Estamos a punto de cerrar —dijo el hombre en italiano.

—*Sto bene, grazie.* —Lo despedí con un movimiento de mi mano. Tan pronto como el mesero desapareció, acerqué la cálida taza de porcelana y la sostuve. El calor se transfirió a mis frías manos. Sus deliciosos vapores se arremolinaron en el aire y penetraron mis fosas nasales, evocando una avalancha de recuerdos de mis días mortales bajo el sol.

Extrañaba la luz del día, por supuesto; pero no con un anhelo melancólico. La extrañaba como cuando uno echa de menos la vista del mar al vivir en el interior. El deseo persistente por ver la luz de nuevo pendía en algún lugar dentro de mi alma, pero se hacía más débil con cada año que transcurría. Quizás llegaría el día en que ni siquiera recordaría

mi vida mortal con tanta nitidez... No lo sabía.

—*Monsieur?* —Grandes ojos marrones se asomaron a mi campo visual.

Despertando del trance, parpadeé y aterricé en la realidad. Estaba la Plaza de San Marcos, en un café maravilloso, y frente a mí estaba un hombre francés que buscaba algo de mí, aparentemente.

El hedor de su colonia llenó de golpe mi nariz, abriéndose paso a través del aroma del café. Había anhelado este momento demasiado para que fuera interrumpido. Fruncí el ceño y miré al hombre con expresión inquisitiva.

—*Briton?* —«¿Inglés?», preguntó.

Asentí.

—Perdone, señor —dijo, avergonzado de su intromisión. Sacó un panfleto del bolsillo de su abrigo y lo dejó caer sobre la mesa. En cuanto vi el mapa, reconocí la guía de viaje.

Mi mente diabólica registró los signos inmediatamente.

Turista. Solo. ¿Perdido?

—Ojalá pueda ayudarme —dijo con una risilla nerviosa al final—. Lamento decirlo, pero parece que estoy perdido, señor.

Pues hurra por mis agudos instintos.

Sonreí. Hice a un lado el aroma nauseabundo, porque lo que yo deseaba era más importante.

—¿Adónde te diriges? Tal vez pueda ayudarte.

Se alegró de escuchar eso.

—Necesito llegar al Rialto.

Bastó dar una mirada a sus ojos, y mi mente se enganchó en sus pensamientos:

«¡Por fin! Cinco años de duro trabajo han pagado su recompensa. Estaremos juntos, ¡nos casaremos, por fin!»

¡Uf! Tan joven, tan inocente... *No me interesas.*

Dejé algunos ducados sobre la mesa antes de levantarme. Mi percepción del hombre ahora era distinta; ya no era alimento, sino un extraño en necesidad de ayuda, por lo que mi actitud cambió.

—Vamos, te llevaré al puente. Estas cosas nunca son confiables. —Di un pequeño golpe a la guía de viaje con mis dedos y le guiñé un ojo.

AGITANDO SU MANO EN EL AIRE, EL HOMBRE ME DIO SU DESPEDIDA EN CUANTO CRUZÓ EL puente. Y yo, desde el otro lado, permanecí impasible, esperando que su silueta desapareciera más allá del Rialto.

Entonces caí en cuenta de que lo había dejado escapar de mis colmillos. Mmmm... tal

vez quedaba algo de bondad en mí. Tal vez mi alma no estaba tan condenada como alguna vez había pensado.

De pronto una voz brilló dentro de mi cabeza, tan clara como el amanecer:

«¿A quién tratas de engañar?»

Me reí a pesar de mi hambre. Era el Diablo mismo, lo suficientemente orgulloso como para darme el lujo de elegir una presa que complaciera mis requisitos personales.

Mis víctimas estaban en burdeles y callejones; rondaban las calles tan tarde como yo lo hacía, inventando planes viciosos que gracias a mí jamás verían la luz del día. Y yo los elegía porque su sangre diabólica satisfacía mi sed oscura como ningún otro mortal podría. Su lucha bajo mi abrazo letal me hacía feliz, sin importar cuán breve fuera el momento.

No tardé en encontrar una víctima que llenara mis expectativas. Desorientado, bebía de una botella de vino. Estaba sentado en una fuente al centro de un *campielo* desierto.

Fácilmente lo atraje a la calle más remota, y en ese callejón sin salida le revelé mis colmillos antes de beber hasta la última gota de sangre dentro de su cuerpo grasiento.

Sellé la herida con mi sangre antinatural y dejé el cuerpo en el *campielo*, recargado en la fuente. Un borracho más acostado en el pavimento. Había hecho un buen trabajo, o al menos eso creía. Pero ¿qué pensaría él...? El que me había estado espiando desde el Rialto.

Su presencia era fuerte. Sin duda, él quería que la notara. Pero ¿por qué? ¿Por qué seguía el rastro de mis actividades nocturnas? ¿Por qué se escondía en las sombras? Ah. Y él no era ningún mortal.

—Ya te has divertido lo suficiente. Ahora sal a donde pueda verte... —dije en voz baja.

No me respondió.

Unas palomas aletearon en la azotea de la casa frente a mí. Su vuelo repentino me hizo mirar hacia arriba... Ahí estaba él.

En cuclillas, como una gárgola, se ocultaba en las sombras. Y sus manos, como garras, se clavaban en la parte superior de la chimenea. Cuando su cuerpo se inclinó hacia abajo, sus ojos brillantes fijaron su perversa mirada en mí. Y en la tenue iluminación, noté su blanca sonrisa. Esa sonrisa sardónica bastó para despertar mi furia.

—¿Te divierto? —resoplé.

—*Non dovesti mai venire qui* —dijo en mi mente. «Nunca debiste haber venido aquí».

Basta, ya. Sin pensarlo dos veces, trepé por el muro de piedra tan rápidamente como lo permitió mi velocidad antinatural. Y cuando llegué al techo, él ya se había ido.

Me detuve junto a la chimenea, frustrado como un demonio, porque el tipo no había dejado una sola huella de su rastro. En ese techo no encontré más que la vasta panorámica de tantas casas bordeando los canales, y la brillante luna creciente pendiendo del cielo.

Una brisa suave cargada de humedad jugó con mi cabello. El viento despejó mis sentidos, y las palabras llegaron a mi mente, contundentes como un carillón prístino.

Habían transcurrido muchos años desde que aquellas palabras cruzaron mis labios.

—*Sartie Mangiatori* —musité.

ABRÍ LAS PUERTAS DE UN SOLO GOLPE. TROPEZABA EN EL PASILLO, MI MENTE ZUMBABA con infinitas posibilidades, nublada por mi furia.

—Iván, ¿qué sucede? —Apareció al final del corredor, en un tentador vestido azul oscuro—. ¿Qué es todo este ruido?

Mi instinto era contarle todo, pero di una mirada a su dulce rostro lleno de preocupación y el pensamiento simplemente se evaporó. Lo peor de todo era que si le contaba mi plan, nada la detendría de seguirme, y yo nunca permitiría que eso sucediera.

—Iván, mírame... —Su voz era tersa mientras sus manos delicadas enmarcaban mi rostro, buscando una respuesta en el fondo de mis pupilas—. Quiero que estés tranquilo y te sientes aquí conmigo. Y luego, puedes decirme qué te causa tanta angustia.

Aunque mi mente corría con innumerables preocupaciones, hice lo que me pidió. Con una respiración profunda, el latido de mi corazón volvió a su ritmo normal. Todo se hizo claro para mí entonces.

Ellos no eran los monstruos. A los ojos de los *Sartie Mangiatori*, nosotros éramos los forasteros, los invasores de sus terrenos de caza.

Las palabras proféticas de Juliette brillaron en mi mente. «Venecia está plagada de ellos», había dicho ella, ¿de vampiros! ¿Por qué había aceptado el plan de establecer nuestra guarida en Venecia, sabiendo muy bien que en algún momento podríamos correr peligro a manos de nuestra propia estirpe?

La respuesta era una que parecía tonta, y sin embargo, era verdad.

Lo había hecho por ella.

Esta era nuestra única oportunidad de reavivar nuestro amor. Me importaba poco lo demás. Y a decir verdad, si tuviera los medios para retroceder en el tiempo y tomar la decisión de nuevo, la volvería a elegir. Yo siempre la elegiría.

En silencio, Alisa tomó mi mano.

—¿Es este el precio a pagar por una eternidad de amor? —musité.

—No entiendo... ¿Qué quieres decir?

—Si es así —dije—, con gusto lo pagaría una y otra vez... no me arrepiento.

—¿Cariño? Lo que dices no tiene ningún sentido.

—Te he amado... lo suficiente como para arriesgarlo todo: la buena opinión de la sociedad, el resentimiento de mi padre, incluso mi propia vida. No me importó nada de eso porque tener tu corazón vale mucho más para mí.

»Compartí este Regalo Antinatural contigo porque sé que si hay alguien para quien estoy destinado para toda la eternidad eres tú. No puede ser nadie más. Y eso lo sé desde hace mucho tiempo... ¿Comprendes lo que estoy diciendo? —susurré, pasando mis manos

por sus mejillas.

Ella asintió. Sus ojos brillantes se fijaron en los míos.

—Te amo, Alisa. Siempre te amaré. Y haría cualquier cosa para evitar que nuestro amor sufra algún daño. —Las yemas de mis dedos limpiaron suavemente las lágrimas de su rostro.

Aturdida, Alisa se acercó. Sus labios se apretaron contra los míos, y su beso llenó todas las necesidades de mi corazón, curando las viejas heridas, renovando mi amor con esperanza.

—Te he extrañado —susurré entre besos lascivos.

—Soy tuya —dijo ella—. Siempre he sido tuya. —Su voz sensual solo profundizó la violencia de mi deseo por ella. Impaciente, la tomé en mis brazos y la llevé adentro, a la habitación.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, quité cada jirón de ropa que ocultaba su figura sensual. Sus manos se deslizaron bajo mi camisa, abriéndola hasta que cayó por debajo de mis hombros.

Nuestros cuerpos desnudos se entrelazaron en un abrazo que a menudo había deseado, y en ese momento, volvimos a ser mortales, con el mismo deseo brillando en los ojos del otro, nuestros corazones latiendo a un ritmo acelerado, vibrando en anticipación.

Cada curva de su figura seductora la exploré con deleite sin igual. Mis labios recorrieron su cuello y hombros en una estela de besos.

Mi hambre por ella no había cambiado. En todo caso, mis necesidades se habían hecho más profundas ahora que era un vampiro. La deseaba. Ansiaba la calidez de su cuerpo, y también ansiaba el sabor de su sangre.

Perdí mis dedos en sus oscuros mechones de cabello y en este trance delirante, mis labios rozaron la piel sobre su arteria carótida. Este bendito lugar satisfacía mi sed como ningún otro. Tan pronto como mis colmillos se encontraron con sus paredes, la inyección de sangre golpeó mi paladar, llenándome la boca en cuestión de segundos, dándome ese primer trago de éxtasis, de innegable euforia, junto con la completa rendición de su cuerpo a cada uno de mis caprichos.

El Paraíso.

En este raptó, gemí. Ella se volvía más ligera mientras yo la drenaba. Entonces me mordí mi lengua rápidamente y vertí la sangre en su boca, llevándola a implacables oleadas de delirio en la dicha de este Beso Oscuro.

Mientras tanto, por fuera de nuestras ventanas, la luz matinal se vertía y pintaba el cielo veneciano.

Con ojos anhelantes, aparté la mirada de la ventana para contemplar su forma exquisita bajo las sábanas. Su largo cabello ondulado dibujaba suaves espirales negras sobre la almohada blanca. Sus gruesas pestañas se entrelazaban en un plácido sueño.

Volví a mirar el paisaje veneciano, más que nunca, seguro de mi convicción.

Más allá del Gran Canal, la isla esperaba: paciente, dormida y congelada en el tiempo, privada de cualquier presencia humana.

Allí, lo encontraría.

Con el sigilo de mi esencia preternatural, salí de la habitación sin hacer ruido. El *palazzo* se sumergía en sombras y silencio cuando bajaba las escaleras.

En el portón de agua, me detuve y contemplé la pequeña balsa y sus remos de madera flotando ante mí, recordando mi antigua aversión a la navegación. Me había llevado años, pero mi cuerpo parecía al fin haber conquistado su lamentable mareo.

Subí al bote, convencido de que mi enfrentamiento con ese demonio tendría lugar en esa isla. Con solo mi intuición y las viejas historias de Marietta en las que debía confiar, crucé el Gran Canal y emprendí mi viaje hacia ese inquietante *lazaretto*, hogar de la peste en sus años anteriores y ahora, guarida de los demonios bebedores de sangre llamados *Sartie Mangiatori*. Los Comemortajas.

No era el miedo sino la anticipación lo que impulsaba el latido de mi corazón cuando la amenazante silueta de sus antiguos edificios y la campana de la iglesia se dibujaron en el horizonte.

—Poveglia —musité.

La pequeña embarcación se deslizó a través de un espeso banco de niebla gris antes de llegar al muelle, pero tan pronto como la amarré a un pilote de madera, miles de voces penetraron en mis oídos.

Llantos y gritos inquietantes penetraron en mi cerebro y resonaron en mi mente. Mujeres, niños, hombres... cada voz era distinta y se superponían entre sí en una cacofonía implacable que abrumaba mis sentidos antinaturales.

La última vez que había estado aquí, como mortal, había captado un atisbo del dolor y sufrimiento atrapado en esta isla. Pero esta vez, mi percepción aumentada me permitía

escuchar innumerables lamentos, remordimientos e incluso estallidos de ira que provenían de lo que solo podía suponer que eran fantasmas, almas desafortunadas que habían perecido bajo el toque despiadado de la peste.

En cuanto mis pies tocaron el muelle, llevé mis manos a mis oídos y apreté con fuerza, suplicando silencio absoluto. Si esas entidades eran capaces de responder a mis órdenes seguía siendo un misterio para mí.

Las voces, vociferando y demandando, se unieron aún más.

—¡Basta! ¡Es suficiente!

Derrotado, caí de rodillas.

¡Piensa, Iván!

Cerré los ojos, tratando de no prestar atención a las voces de agonía. Tenía que encontrar una forma de detenerlas, de lo contrario, no podría quedarme más tiempo en esta isla y eso iba en contra de mis planes... Pero entonces, algo sucedió. Las voces detuvieron sus clamores y se replegaron en el silencio.

Era el mismo principio que cuando me enlazaba a los pensamientos de mis víctimas, solo a la inversa. Sin percatarme de ello, al desviar mi atención de esos gritos, mi mente vampírica había obliterado las voces.

Ahora Poveglia lucía desolada, como la había encontrado por primera vez.

Lentamente, abrí los ojos.

Una densa oscuridad se cernía sobre la isla, pero eso representaba poco impedimento a mi vista preternatural. Quité las manos de mis oídos y me puse de pie.

A través de calles oscuras y casas decadentes, me moví sin preocuparme por las muchas caras pálidas y translúcidas que se cubrían en las sombras; me miraban desde las ventanas rotas, con ojos que aunque vacíos, notaban mi presencia antinatural.

Sabían que yo no era humano. Sabían que pertenecía a otra parte, y no con ellos. ¿Acaso la curiosidad los movía, incluso cuando ya no tomaban parte en los asuntos de este mundo?

En mis escasos años de vampirismo, me había acostumbrado al ocasional avistamiento de espectros; pero ni una sola vez me había encontrado con el de mi hermano, no después de la noche de mi creación. Y me sentía bastante aliviado por eso. Reunirme con su espíritu torturado era lo último que quería; tan solo pensarlo me hacía estremecer. Estos demonios y fantasmas no significaban nada para mí; almas atrapadas entre dos reinos, ese era el alcance de mi explicación de su esencia aferrada a este mundo.

Me detuve.

Lucía exactamente como hace casi veinte años. El mismo cesto de mimbre yacía en el suelo, lleno de ropas andrajosas; el montón de leños viejos, reducido a polvo.

Parado en medio de la *piazza*, mis sentidos vampíricos no detectaban mortales. Aún así, su presencia era tan fuerte como la noche anterior en el *campiello* donde yo cazaba y él me cazaba a mí.

—¿Dónde estás? —susurré.

El aroma a sangre fresca me hizo atravesar la plaza, siguiéndolo como un sabueso. Él quería que lo encontrara.

El camino era uno que recordaba bien. Una vez me había llevado a una fosa común. Mi corazón se aceleró cuando me asaltó el recuerdo de docenas de restos humanos saliendo de la tierra. Y a pesar de ser un feroz asesino ahora, esa espantosa imagen era una que me repugnaba por completo.

El campo seguía cubierto por hierba salvaje, tal como lo recordaba. Poco me interesó discernir los huesos bañados en sangre vieja —tal vez, incluso hasta nueva— que había en el sitio. Bastaba para mí ver su imponente figura de pie ante la fosa común. Con las manos enlazadas en su espalda, fijaba su mirada en el montón de tierra con huesos y sangre.

Me detuve detrás de él, en silencio. Y él, como una estatua expectante, no se movió ni un centímetro.

—Creí que habías dicho que nunca volverías a este lugar —susurró.

—Jamás dije eso —respondí.

—Si lo dijiste o lo pensaste... da lo mismo para mí. —Se volvió y me miró con sus brillantes ojos color avellana.

Vestía un gastado abrigo y pantalones negros cubiertos de tierra. En cuanto me observó, el Comemortajas alzó la barbilla y echó sus hombros atrás. Su formidable figure inspiraba un aire de mando e incluso liderazgo.

—¡Eres tú! —dije, acercándome—. Eres Rinaldo Bianchi.

Sus ojos se encendieron con furia cuando pronuncié su nombre. Con asombrosa rapidez, Rinaldo desapareció ante mis ojos desconcertados, solo para reaparecer a unos centímetros de mi rostro segundos después. Agarró el cuello de mi camisa y levantó mi cuerpo varios metros sin ningún esfuerzo.

Ahora podía verlo claramente. Su piel, oscurecida como cuero curtido, se estiraba contra sus huesos faciales, y sus ojos centelleaban con un fuego antinatural propio.

—¡Ya no soy ese hombre! —siseó en mi cara.

Lejos de temerle —como debería haberlo hecho— la fuerza y destreza de Rinaldo me asombraron en demasía. Parte de mí estaba feliz de haberlo encontrado vivo, incluso si ya no era humano. No importaba cómo había sobrevivido, él estaba aquí.

—¿Cómo te atreves a llamarme por ese nombre? —añadió, acercándome más a su cara ruborizada. En ese momento, comprendí que el olor a sangre fresca que había percibido antes provenía de él. Rinaldo se había alimentado recientemente.

Parpadeé y salí de mi fascinación antes de que Rinaldo me despedazara.

—¿No te acuerdas de mí? —dije.

Levantó su labio superior, insinuando una sonrisa sardónica en la que me mostró parte de sus afilados colmillos.

—¿Debería? —dijo, pero no con sarcasmo. Rinaldo en verdad consideraba la posibilidad de que él y yo nos hubiéramos visto antes.

Me quedé en silencio.

—Sí, te conozco... —Su furia se disipó. Me colocó en el suelo una vez más—. Hace años, viniste a la isla —agregó—. Rescataste a Marietta.

—¿Viste eso?

Él sonrió.

—¿Cómo no iba a verlo? ¡Me mantuvieron prisionero en esta miserable isla durante años!

¿Prisionero? ¿Marietta había tenido razón todo el tiempo?

—Si estuviste aquí ese día, ¿por qué no regresaste con nosotros? Podríamos haberte llevado a casa para... —No me atreví a pronunciar el nombre de Valentina—. ¿Estabas prisionero en una celda?

Rinaldo negó con la cabeza.

—Tenía libertad para vagar por esta maldita isla. Era libre para ir a Venecia cuando quisiera, siempre y cuando regresara.

—Entonces, ¿por qué no dijiste una palabra? ¡Pensé que estabas muerto!

Bajó la barbilla. Sus hombros temblaron cuando una extraña risa se formó en su garganta. Luego, alzando su mirada hacia mí una vez más, habló.

—Te muestras tan ansioso por mi vida —dijo—. Sin embargo, estás tan muerto como yo.

No había querido creerlo. Al verlo de nuevo, había negado lo que percibían mis sentidos vampíricos. Pero era verdad. Él ya no era humano. Rinaldo era uno de ellos, ¿uno de los nuestros?

—*Sartie Mangiatori* —musitó, consciente de cada uno de mis últimos pensamientos—. Igual que tú.

—¿Y dónde están los otros? Los que te mantuvieron prisionero, ¿están aquí?

—Los destruí a todos. Solo soy yo ahora. —Hizo una pausa—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué viniste aquí la primera vez? ¿Por qué salvaste a Marietta?

«¿Por qué no lo hiciste tú?», quise decir, pero contuve mi lengua.

—No quería que ella viera el monstruo en el que me convertí —susurró, habiendo leído mis pensamientos una vez más.

Lo bueno fue que ella nunca lo encontró. Las palabras de Marietta resonaron en mi cerebro—: «Si él es uno de ellos, entonces lo mataré yo misma».

—¿Quién eres? —dijo, impaciente—. No volveré a preguntártelo.

—Mi nombre es Iván Lockhart.

Rinaldo frunció el ceño y entrecerró los ojos, inclinándose más cerca.

—¿Joven Iván? —Levantó su ceja. Su risa otra vez oscura y maliciosa—. Durante años viví preocupado, pensando que estarías a merced de Viktor... Pero mírate ahora, un poderoso miembro de los No-Muertos.

El nombre de mi hermano en sus labios me llevó de vuelta a ese maldito lago.

Campos blancos de nieve perpetua, el zorro rojo, los juegos burlones de Viktor desafiándome a matar a la pobre bestia, el lago congelado... Los ojos abiertos de mi hermano, llenos de horror en el momento en que el lago lo tragó entero... y yo, de pie en esa orilla, mirándolo ahogarse.

Rinaldo se había enganchado a mi mente y tomaba de ella lo que quería, pues yo no ofrecía resistencia.

—¿Lo mataste, Iván? —dijo—. ¿Mataste a tu hermano?

Aturdido por mis visiones, permanecí en silencio.

—La sed es abrumadora. Puede nublar los sentidos, y nunca duerme... Si lo mataste...

—Se ahogó —dije, liberándome de mis recuerdos—. Fue hace mucho tiempo, antes de convertirme en vampiro.

Una siniestra sonrisa apareció en su rostro.

—Lo hiciste. Lo mataste... —dijo—. Y ahora, debes matarme a mí, Iván. No puedo hacerlo yo solo, y créeme, ¡lo he intentado! Mira mi piel, ¡la luz del sol no me ha destruido! Solo me quemó y extendió el dolor a través de mi cuerpo... Pero tú puedes hacerlo. ¡Debes matarme!

—¿Qué estás diciendo?! —Di un paso atrás, horrorizado por sus palabras—. ¡Nunca haría eso! ¡A ti no!

¡Inconcebible! Matarlo habría sido lo mismo que matar a mi propio padre, y Dios sabe que tuve la oportunidad de hacerlo, ¡pero incluso entonces me negué!

—Si queda algo de simpatía en tu corazón de vampiro, me destruirás.

—¡Imposible! No lo haré —dije—. ¿Por qué me pides esto?

Rinaldo se acercó.

—Porque —dijo en voz baja— estoy cansado de matar. Tendría mi vida de regreso si pudiera, pero nada puede devolverme lo que me quitaron... ¿No lo ves? ¡Lo he perdido todo!

Cabizbajo, lágrimas de sangre rodaban por sus mejillas. Me acerqué, sin saber qué palabras decir para darle consuelo.

En cuestión de segundos, me agarró del cuello con una presión firme. Y levantándome una vez más, golpeó mi cuerpo contra el muro de piedra. El dolor del impacto recayó en mi espalda, pero desapareció rápidamente. Su rostro se acercaba. El par de afilados colmillos se asomaban bajo sus labios.

—Mátame ahora mismo... ¡o yo te mataré! —rugió con una voz sobrenatural.

Su agarre se apretó alrededor de mi cuello. Luché por respirar. Y por primera vez desde que había llegado a esta isla, el pánico se apoderó de mí.

Miré fijamente sus ojos ardientes, y con apenas aliento para hablar, pronuncié la palabra:

—¡Jamás!

Sin soltarme de su peligroso agarre, Rinaldo gruñó apretando fuertemente sus dientes. Había agotado su paciencia.

Con un rugido vicioso, inclinó su cabeza hacia atrás y su boca se ensanchó lo suficiente como para ver sus colmillos brillar bajo la luz de la luna. Se acercó, listo para hundir su mordedura letal en mi cuello y romperlo en pedazos.

Eso es todo. El viaje ha terminado. Ha sido divertido.

ESTE ES EL FIN

Cerré mis ojos, listo para recibir su ataque, cuando inesperadamente me liberó de su agarre. Mi cuerpo golpeó con fuerza contra el suelo, y en la oscuridad, mis ojos preternaturales solo percibieron sombras que se movían demasiado rápido para precisarlas en una sola forma.

Escuché los sonidos de una lucha. Un agudo chillido rasgó la oscuridad por la mitad. Y luego, el silencio.

Desde los bancos de niebla que brotaban de los campos, emergió su imponente figura. Sus ojos color avellana brillaban después de haber matado. Pasó sus dedos por su cabello rubio oscuro y suspiró pesadamente.

En el momento en que su sombra se cernió sobre mí, contuve la respiración. Con los ojos muy abiertos, demasiado cínicos para creer lo que tenían delante, reconocí su rostro. Aliviado y feliz de estar vivo, disfruté de verlo... hasta que vi lo que colgaba de su puño cerrado.

La cabeza de Rinaldo.

Chorreado sangre mientras la sostenía por sus mechones de pelo empapados, la cabeza arrancada del maestro Bianchi clavaba sus ojos directamente en mí; ojos sin vida y vacíos, pero llenos horror.

—¿Qué has hecho?! —Mis manos resbalaron detrás de mí en el pavimento, horrorizado al tratar de levantarme.

Frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia un lado. Alzando la mano hasta el nivel de los ojos, miró la cabeza sin cuerpo por un segundo, y luego la arrojó como si no fuera nada.

—Tú también lo hubieras hecho —dijo. Se limpió la mano en los pantalones y me la ofreció—. De cualquier manera, él habría muerto. Si lo hubieras hecho tú mismo, la tristeza se hubiera grabado en tu corazón por toda la eternidad... Lo hice por ti, Iván. Salvé tu corazón de sufrir esa pena.

Tomé su mano y me levanté del piso.

—Has vuelto —dije.

—Aquí estoy, por ahora.

—Me alegra verte, Dristan.

—De eso estoy seguro... —Insinuó una sonrisa traviesa—. Me alegro de verte también.

Me sacudí el polvo de la ropa mientras nos alejamos de la fosa común, hacia la *piazza* abandonada.

—Bianchi, él era uno de los nuestros —dije—. ¡La Sangre lo volvió loco!

—Sí, él era «uno de los nuestros», como dices. Pero no fue la Sangre Oscura la que lo llevó a la locura, sino el dolor y sus vínculos con sus seres queridos mortales.

Bianchi no habría podido soportar la idea de una vida sin su esposa y su hija. Tal vez había intentado sobrellevarlo durante los últimos años, pero al final, lo encontró inútil.

Oculté mis manos dentro de los bolsillos de mi pantalón cuando llegamos al muelle.

—Al menos ahora descansa en paz... —reflexioné.

Dristan se detuvo y me miró a los ojos.

—Admiro tu certeza, mi joven aprendiz... —dijo. Y luego de considerarlo, agregó—: Incluso podría envidiarte un poco por ello.

—¿Qué quieres decir? ¿Su espíritu no ha eludido toda perdición? ¿Se ha condenado a los pozos del infierno?

—No sé nada del cielo y el infierno, muchacho. Y he andado en el mundo durante mil años.

Sus palabras me sorprendieron.

—Pero ¿entonces...?

Su mano alcanzó mi hombro y su suave presión me dio consuelo.

—No desesperes, Iván. He conocido la paz que transmite la tumba, y puedo asegurarte que la paz es lo que le tiene cautivo ahora.

—Solo puedo esperar que sea cierto.

—No pienses más en eso. —Se encogió de hombros—. Ven. Vayámonos.

CON INNEGABLE CANSANCIO, SU CUERPO CAYÓ EN PICADA SOBRE EL SILLÓN FORRADO DE terciopelo verde frente al hogar. Cruzó sus botas de cuero enlodadas sobre el taburete que tenía ante él, y cuando entretejió sus dedos sobre su nuca, una sonrisa sensual se dibujó en sus labios. Los afilados colmillos de Dristan permanecían ocultos.

Matar había animado su complexión. Sus mejillas sonrojadas y el ligero tono bronceado de su piel lo convertían en un espectáculo muy seductor. Y por un momento, me pareció humano, no el espantoso asesino vicioso que cargaba la cabeza de Bianchi por el pelo.

—¿Estás feliz de estar en tu hogar? —susurré, moviéndome hacia la cuadrifora.

—¿Mi hogar? —Alzó sus cejas—. ¿Qué es el hogar, sino un techo seguro y una pila de ladrillos? Te digo que he encontrado tal seguridad en las más sórdidas mazmorras,

cementerios y cuevas incluso... —Hizo una pausa y sus ojos recorrieron rápidamente la habitación—. Pero sí, si tuviera que llamar hogar a cualquier lugar, sería este.

Y esa fue la respuesta de alguien que decía tener mil años... El concepto completo eludía mi comprensión.

—¡Iván, estás aquí! ¡Nunca vuelvas a desaparecer así, te lo ruego! —Su vestido de terciopelo azul rey bailaba mientras ella avanzaba apresuradamente por el umbral de la habitación. Sus cálidas manos alcanzaron la mía.

Presioné su pequeña y delicada mano contra mis labios.

—Estoy aquí ahora —susurré, luego reformulé—: *Estamos* aquí.

Me pareció extraño que Alisa no hubiera detectado la presencia de Dristan; supuse que ocultarla era el diseño o preferencia de mi creador.

Por el rabillo del ojo, Alisa echó un vistazo a las botas enlodadas de Dristan. Tomé su mano y la acerqué más.

—Dristan, permíteme presentarte...

—Ya nos hemos conocido, ¿verdad?

Alisa asintió con gravedad.

—Pero ¿cuándo fue esto? —dije, desconcertado por su respuesta.

Su mano se cerró sobre la mía, y con la misma expresión taciturna se volvió hacia mí y habló:

—Nos conocimos esta tarde... después de que te fuiste.

—Así es —dijo, sin moverse un centímetro de su cómoda postura—. Fue su voz prístina la que me trajo de vuelta a Venecia... ¡Tu nombre resuena en su mente como en ninguna otra criatura que jamás haya conocido!

La sangre subió a sus mejillas, pero no por vergüenza. Si conocía a Alisa —y la conocía bien— la actitud presuntuosa de Dristan le producía más que irritación; su mandíbula apretada atestiguaba eso y más.

—Solo me importa saber que estás bien —musitó y sus ojos se clavaron en los míos, como si las palabras de Dristan nunca hubieran sonado en la habitación.

—Lo estoy, Alisa. —Deslicé mis dedos en su mejilla.

—Bien. —Después de tomar una respiración profunda, recuperó su autocontrol. Se puso los guantes y enderezó la falda de su vestido—. Estoy hambrienta. Te veré más tarde, cariño.

Su tierno beso aterrizó en mis labios y cuando se retiró de esta suave despedida, una leve sonrisa apareció en su rostro.

En el momento en que la puerta del *palazzo* se cerró ruidosamente detrás de ella, Dristan se puso de pie y me alcanzó en el balcón.

Observaba las aguas oscurecidas del Gran Canal. Su danza pacífica creaba olas que

golpeaban contra los cimientos del palazzo, me atrapaba en el más delicioso trance, donde escapaba de ver la terrible escena de mi antiguo instructor... muerto.

La mano de Dristan presionó mi brazo cuando se detuvo a mi lado.

—Esto... Esto no puede ser, Iván —murmuró. Sabía lo que quería decir. Se refería a ella.

—No tuve elección...

—¡Siempre hay elección!

—¿Me harías estar solo por toda la eternidad? —susurré—. ¿Tú, mi creador que se alejó en el momento en que me convirtió en esto? ¿Qué esperabas?

Él permaneció en silencio, reflexionando sobre mis palabras. Causaron un fuerte golpe en su corazón, o al menos me pareció así.

—Tienes razón. Nunca debí haberme ido tan pronto —dijo—. Pero esto debe remediarse.

—¿Qué quieres decir?

—Ella no pertenece a nuestro mundo...

—¡Eso está fuera de discusión! —Golpeé la balaustrada—. Si mi error merece pagar un precio, entonces lo pagaré yo. ¡No ella!

—Tranquilízate, te lo ruego. —Cansado, me dio una palmadita en la espalda—. Hablaremos de esto... mañana.

—No. Hablaremos de esto ahora mismo —dije—. ¡Al menos me darás eso!

Dristan inclinó su cabeza a un lado, mirándome con desconcierto.

—Nunca en mil años, una sola alma se ha atrevido a hablarme como lo haces ahora y ha vivido para contarlo.

Sus palabras de regaño me causaron vergüenza, e incluso me asustaron un poco, pero no lo suficiente como para pedirle perdón.

—Necesito que lo digas —musité—. Di que ella estará a salvo.

—No podría soportarlo si nuestros caminos se separaran debido a este simple desacuerdo. Y esta noche, me considero un padre muy generoso... —Alzó sus cejas como sorprendido por su cambio de disposición. —Si esto te dará paz, entonces nunca dañaré a tu descendencia mientras viva. Tienes mi palabra.

—Eso es todo lo que pido.

EL CLAMOR DEL HÉROE

Las puestas de sol se ahogaban en el horizonte una y otra vez, noche tras noche de vida pacífica en la casa veneciana de Dristan. Confié en él desde el principio. Puse mi vida en sus manos la noche en que me convirtió en la criatura que tanto había esperado. En ese lago miserable donde mi hermano se ahogó, él salvó mi vida y poco después, me dio otra.

Jamás dudé de su palabra. Su promesa había sido verdadera. Alisa, Dristan y yo manteníamos una vida tranquila, y aunque éramos bastante independientes, me divertía creer de vez en cuando que crecíamos más como una familia... mi oscura y preciosa familia.

Un golpe en la puerta me sacó de mi abstracción.

—Sí —dije—. Adelante. —Me pareció extraño que tanto Alisa como Dristan se preocuparan lo suficiente como para anunciar su presencia con un gesto tan mortal.

Sentado en la silla, me volví y fijé los ojos en la puerta. Se abrió lentamente. A través del resquicio, un joven se asomó al salón. Sus ojos, ensanchados e ingenuos, miraban a su alrededor con gran asombro como si fuera la primera vez que observaba tales lujos.

Sus labios rosados se separaron por un instante pero no se oyó ningún sonido. Así que me encargué de ayudar a la pobre criatura.

—¿Estás perdido? —dije. Pero lo que realmente quería decir era: «¿Quién eres tú y qué estás haciendo aquí?». Sin embargo, lo primero funcionó bien.

Al ver que ya había notado su presencia, la trepidante criatura abrió la puerta por completo y entró en la habitación, apretando una carta en sus manos. Por su expresión, podía decir que algo sobre mí lo intrigaba, cosa nada rara cuando un mortal mira por primera vez a un vampiro.

—Perdóneme —dijo. Finalmente algunas palabras sensatas, comenzaba a creer que era mudo—. Mi nombre es Ricardo Ricci. Soy el nuevo lacayo, *signore*.

Alcé mis cejas.

—No sabía que teníamos...

—Este es mi primer día, *signore*... —murmuró—. Él me dijo que podría comenzar hoy.

Esto sonaba cada vez más como acción de Dristan. Mis ojos recorrieron su suave y

ondulado cabello castaño y sus mejillas sonrosadas; era bastante joven, quizás no más de veinte.

—Bueno, entonces eso está decidido. ¿Tienes alguna pregunta?

Se enderezó su librea negra y recuperó su aplomo.

—No, *signore, grazie*. Él me dijo todo lo que necesitaba saber.

¿Lo ponía nervioso? Insinué una sonrisa.

—¿Tienes algo para mí? —le pregunté con voz suave, tomando nota del sobre que tenía en la mano.

El chico se sonrojó. Vi cómo podría haber malinterpretado mis palabras, pero aún así... me divertí. Me pareció que le gustaba bastante.

—Sí, tengo esta carta, *signore*. Llegó esta mañana.

¿Esta mañana? ¿Había estado aquí todo el día? ¿Cuál era su nombre? Ricardo. Quitando esa timidez haría un sujeto muy atractivo... Oh, Dristan sabía cómo elegirlos.

Tomé la carta de su mano temblorosa. Los fuertes latidos de su corazón se aceleraron cuando mis dedos rozaron los suyos. Esto era muy divertido. Podía entender por qué Dristan prefería mantener mortales como compañía, incluso si eran sirvientes.

Vamos, Iván. Termina con su miseria.

—Gracias. Eso será todo.

El chico se inclinó y retrocedió hacia la puerta, cerrándola detrás de él.

—¿Qué tenemos aquí? —musité, sosteniendo el sobre a la altura de mis ojos.

Habían pasado años desde que había recibido una carta personal, y por lo que parecía, esta no era una misiva relacionada con asuntos financieros. ¿A quién le importaría escribirme? ¿Quién sabía de mi paradero, para el caso?

Esa última pregunta puso a mis nervios de punta.

Rompí el sobre, extraje rápidamente el trozo de papel y comencé a leer.

13 de noviembre de 1699

Querido Señor:

Es con un corazón pesado que me atrevo a garabatear estas líneas, pero mi sentido del deber me obliga a informarle de los acontecimientos que han seguido al asunto que una vez tan amablemente dejó en mis manos.

Como estoy seguro de que ya sabe, durante años he establecido mi práctica en la Ciudad Eterna. El aire veneciano nunca me sentó bien, y Roma ofreció una gama más amplia de clientes en mi trabajo.

Pero déjeme ser breve, si me perdona mi franqueza.

Hace una semana, me fue asignado el caso de un robo. La perpetradora le arrebató el collar a una mujer y se dispuso a huir, pero fue atrapada por unos pocos ciudadanos honestos que la entregaron luego a las autoridades.

La mujer en cuestión ha sido encarcelada. Pero creo que tengo evidencia sustancial para procurar su libertad.

La ofensora de quien hablo no tiene medios para cubrir el gasto de la ardua tarea que esto implicaría por mi cuenta, ya que ella es huérfana y soltera.

En este punto, por supuesto, debe preguntarse por qué esto debería preocuparlo. Pero creo que cuando descubra que el nombre de la mujer es Valentina Bianchi, comprenderá la razón por la que decidí decírselo.

Si el asunto todavía atrae su interés, dejo aquí la dirección donde puede enviar mi tarifa en Roma. Sin embargo, si no le parece hacerlo, siéntase libre de deshacerse de esta carta y sea tan amable de perdonar mi osadía al investigar su dirección y escribir esta misiva.

Como siempre, estoy a su servicio.

Suyo sinceramente,

Andrei Scorzo.

LEÍ LA CARTA DOS VECES ANTES DE PODER ABSORBER TODO SU CONTENIDO.

Scorzo, el abogado laberíntico, había surgido de las entrañas de la tierra después de nuestro último encuentro hace más de veinte años.

Y ahora esta noticia.

¿Podría ser cierto? Valentina, ¿encarcelada, huérfana?

La astucia de Scorzo se había refinado con el paso de los años, sin duda alguna. No solo había descubierto mi paradero, sino que también se había enterado de mi condición de Barón. Esto lo supe por la forma en que inició su carta, «Querido Señor».

El conocimiento de Scorzo sobre mi cambio de estatus atraía más a sus bolsillos que a su corazón. Al hombre le importaba poco el destino de Valentina, estaba seguro de ello.

Valentina. Sola en el mundo. Una huérfana.

La cabeza cortada de Rinaldo y sus chorros de sangre goteando surgieron en mi mente... Tenía que hacer algo. Le debía al menos eso...

Doblé la carta y la puse en el bolsillo de mis pantalones tras saltar de la silla.

—LLEVAS PRISA —DIJO CUANDO NOS ENCONTRAMOS EN EL PATIO.

Con un fino pincel en la mano y un lienzo delante de ella, Alisa plasmaba una imagen

convinciente. Era el atardecer veneciano, una cara más que familiar para mí ahora.

—Así es, querida. Me voy.

—¿Qué quieres decir con que te vas? —Abandonó su pintura y corrió hacia las puertas para alcanzarme. El piso de medallones rojos de pórfido reflejaba su forma exquisita mientras se movía.

—¿Adónde vas, Iván?

—A Roma. Debo arreglar algunos asuntos. No estaré lejos por mucho tiempo, te lo aseguro.

—Sabes que no puedo soportar que estemos separados... Déjame ir contigo.

Deslicé mi mano debajo de su mejilla y empujé un mechón de cabello detrás de su oreja. El dulce semblante de Alisa hipnotizó mis sentidos. Y por un momento, temí que si consideraba mis planes un minuto más, nunca la abandonaría.

—No esta vez, mi amor.

Un rápido beso y atravesé las puertas del *palazzo* para comenzar mi viaje.

IMPONENTE A PESAR DE POLVORIENTA Y OXIDADA, LA VIEJA ALDABA DEL LEÓN DE BRONCE cumplió su propósito. Golpeé tres veces, y el sonido resonó dentro de la pequeña casa con tanto eco que parecía estar vacía.

Esperé un momento antes de volver a llamar tres veces más.

Sin respuesta.

No había ningún error, esta era la dirección que Scorzo me había proporcionado. Sin embargo, la casa daba la impresión de estar desierta. ¿Acaso me había engañado? ¿No era esto más que una traicionera búsqueda de fondos, una farsa? Si lo era, temía que Scorzo se encontraría con un resultado muy diferente al final del trato. Teniendo en cuenta mi nueva condición social, él debió haber asumido que enviaría su tarifa sin hacerle una visita... Bueno, pues aquí estaba.

—¡Maldito seas, Scorzo! —dije en voz baja.

—*Scorzo, signore?* —El chico corrió hacia donde yo estaba parado—. ¿Está buscando al abogado?

Me arrodillé ante él sin titubear y sostuve sus brazos.

—Sí. ¿Qué puedes decirme de él?

Con la mirada en blanco, los ojos del chico se dirigieron a los míos. Levantó los hombros y sacudiendo la cabeza, dijo—: «No está en casa».

Fruncí mis labios y pasé mi mano por mi boca y barbilla, tratando de no rugirle al débil muchacho.

—¡Ese desgraciado está allí! —dijo una mujer. Tiró del brazo del niño, lo alejó de mí y señaló una casa en la calle—. Él siempre está allí, con su amante.

—Gracias —dije, entregándole algunas monedas de oro.

Llegué al final de la calle y tropecé con el sombrío y decadente edificio. Con oscuras paredes de piedra empapadas con moho, y unas vigas de madera que enfrentaban la corrupción, parecía tan desolado como el otro. Pero no me tomó mucho tiempo darme cuenta de que algo extraño ocurría en el interior.

Unos gritos me llevaron al piso superior de la miserable casa. Sin tiempo que perder, hundí mis garras en la pared y trepé hacia la primera ventana a mi alcance.

—¡Harás lo que yo diga, maldita puta! —La agarró del hombro y la inmovilizó en el suelo con las manos enrojecidas, los nudillos blanqueados por su apretón—. ¡O te enviaré de vuelta a esa mazmorra, ingrata! ¿Es eso lo que quieres?

—¡Preferiría pudrirme en ese calabozo, maldito cerdo! —La mujer se arrodilló y le escupió en los pantalones.

Con una sonrisa furiosa, la agarró por los mechones de cabello castaño alborotado y tiró de la cabeza de la mujer hacia atrás mostrando su rostro. Y sus rencorosos ojos color avellana aterrizaron sobre él, hirviendo de odio.

—¡Cuando él venga, le contaré todo! —Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Me trajiste a este horrible lugar y me secuestraste... ¡eres un monstruo! ¡Me alejaste de mi madre moribunda! ¡Yo era una niña! ¡Pagarás por esto, Scorzo!

Valentina... ¡Era ella!

Sus palabras despertaron su risa putrefacta.

—Él nunca vendrá... Pero si lo hace, no harás tal cosa o te prometo que esas serán tus últimas palabras —dijo tirando con fuerza del pelo de Valentina—. Además, ¿quién va a creer en una miserable ladrona, mentirosa y puta?

La risa de Scorzo se llenó de desprecio cuando acercó la cabeza de Valentina a su virilidad.

Ya había visto suficiente. Ese demonio ladino debía ser detenido. Nada me hubiera agradado más que escucharlo pedir misericordia, pero antes de que pudiera intervenir, la boca de Valentina se abrió ampliamente, y ella le hincó los dientes tan fuerte que Scorzo la liberó de su agarre en medio de fuertes gritos de dolor.

—*Maledetta puttana!*

Scorzo se tambaleó hacia ella una vez más y su puño aterrizó en su rostro, dejándola inconsciente en ese mismo instante.

En medio del repentino silencio, aplaudí en un ritmo lento y pausado. El sonido lo detuvo de arrancarle el resto de su ropa hecha jirones. Con los ojos abiertos, se volvió.

—¿Así que este es tu costoso trabajo? —musité, de pie ya en el interior junto a la ventana—. Lamento decir que no estoy impresionado.

—Tú... ¿Cómo hiciste...? —Sus labios temblorosos apenas formularon las palabras.

—Pensaba que eras astuto, pero me has decepcionado Scorzo. —Caminé alrededor de él, mirando a mi presa en sus últimos minutos de vida.

Con la boca abierta, siguió mis movimientos.

—Pero ella... ¡ella está aquí y viva! —dijo—. ¡Me he ocupado de ella todo este tiempo!

Me detuve ante él.

—Sé lo que hiciste —siseé, revelando mis colmillos por un segundo—. Pero lo que no puedo entender es esto: engañaste a Marietta llevándola a esa miserable isla, ¡y la dejaste allí para morir! ¿Por qué lo hiciste?

El pensamiento saltó de su débil cerebro a mi mente vampírica.

«Dinero».

—¿Dinero? —dije, y sus ojos se quedaron en blanco con terror. —¿Qué dinero?

—Rinaldo Bianchi era un hombre rico —murmuró, coaccionado por mi persuasión vampírica—. ¡Esta casa estaba llena de riquezas!

¿Esta era la casa de Bianchi? Cualquiera que fuera la riqueza que alguna vez tuvo, Scorzo ya la había despilfarrado.

—Así que por eso te fuiste de Venecia con tanta prisa —musité, pensando en nuestra última reunión.

Scorzo hizo una mueca nerviosa.

—Aquí está la chica —dijo, ondeando su mano temblorosa sobre ella—. Tómala. La madre murió poco después de llegar a Roma... Rinaldo también está muerto.

—Querías que ella quedara huérfana... —dije—. Ah, y sé muy bien que Rinaldo está muerto. Su cabeza rodó ante mis ojos.

Su corazón bombeó sangre tan rápido como podía soportarlo. *Qué bueno*. Quería que alcanzara los límites del miedo antes de que llegara el momento final.

Arrodillándome ante él, entrecerré mis ojos y estudié su aliento jadeante.

—Hay una cosa que no has aprendido después de una carrera tan larga en el engaño, y es esta —susurré—: Jamás. Engañes. Al Diablo.

En un movimiento rápido, agarré su cuello y lo acerqué. Scorzo ahogó su último grito y mis afilados colmillos fueron lo último que sus malditos ojos vieron.

LAS OLAS RÍTMICAS ESTRELLÁNDOSE EN LA PLAYA CALMABAN MI MENTE ACELERADA. LA villa en sí estaba llena de muchas comodidades y lujos, pero la maravillosa vista seguía siendo su punto culminante.

Estas aguas apresuradas las recordaba teñidas de un rico tono azul, pero estaban oscurecidas por la noche. El suave canto de las gaviotas envolvió mis sentidos y por primera vez, encontré verdadera satisfacción en el fruto de mis letales instintos vampíricos.

La naturaleza viciosa de Scorzo solo podía compararse con la mía. Sin embargo, una

parte de mí quería creer que mis acciones diferían de las tuyas, en el sentido de que mi sed antinatural de matar me obligaba a hacerlo.

Al menos cazaba entre los que consideraba en mi nivel; un pensamiento reconfortante, en general, aunque apenas hacía justicia a mi abominable maldad.

Dentro, Valentina yacía en la cama, envuelta en un agradable sueño.

—¿Soy el héroe ahora? —musité—. ¿He hecho las paces... expiado mis pecados?

—Eres tú... —Su voz, delicada y dulce, habló detrás de mí.

Me volví y le di media sonrisa.

—¿Te acuerdas de mí?

Aunque habían pasado veinte años, mis ojos de vampiro aún la veían como la niña que había conocido en *Tre Fontane*, sentada junto a la fuente central, sosteniendo el pedazo de brocado hecho jirones en el que vendía sus joyas. El mismo destello de inocencia brillaba en sus ojos, sin importar cuán crudos hubieran sido los últimos años de su vida.

—Nunca podría olvidarte —dijo y sus grandes ojos de ensueño estudiaron mi rostro con fascinación—. Te ves exactamente igual que hace veinte años... ¿Cómo es posible?

Me encogí de hombros y permanecí en silencio, apoyándome en la balaustrada del balcón.

—Sabía que vendrías —dijo Valentina, sin poder reprimir una sonrisa. Ráfagas de viento frío jugaban con su cabello.

—¿Y qué te dio tanta certeza? —Quería saberlo.

—Lo prometiste —dijo con genuina convicción—. Juraste que me verías feliz.

Sus últimas palabras derritieron mi corazón oscuro. Abrí mis brazos y la recibí en un cálido estrujón. Y en mis ojos aparecieron lágrimas de felicidad cuando por una vez en mi vida triunfé sobre mi miserable naturaleza.

—Nunca te volveré a fallar —susurré. Su rostro se hundió en mi pecho, y ambos lloramos por nuestra pérdida, unidos para siempre por nuestra tristeza.

—Siempre velaré por ti, Valentina... te lo prometo.

MI VISTA MÁS AMADA

El camino de regreso a casa había sido una odisea interminable. El invierno había golpeado fuertemente, retrasando mis viajes aún más, pero no tanto que no los persiguiera pagando a las personas adecuadas y asegurando transporte sin importar cuán espantosas fueran las condiciones climáticas.

Mi corazón estaba en paz. La villa, a escasos kilómetros de Roma, la dejé en manos de Valentina, junto con el dinero suficiente para darle un cómodo estilo de vida. Después de años de haber sufrido el abuso de ese maldito hombre, solo esperaba que aliviara en algo la carga de los miserables recuerdos que podrían atormentarla para siempre.

Con toda la intención de cumplir mi promesa de procurar el bienestar de Valentina, le di una dirección en caso de que necesitara encontrarme. Y así, mi parte fue interpretada. Me había convertido en el héroe que había deseado encarnar durante tanto tiempo... Los planes de *Arlecchino* por primera vez no terminaron en problemas.

A través de brumosas aguas grises, el barco alcanzó mi vista más amada. El portón de agua del *palazzo* estaba abierto, ¿tal vez me esperaban?

Mis pasos apresurados resonaron en el patio. Tal dicha llenaba mi espíritu, que no podía esperar más antes de que estallara fuera de mi pecho. Quería compartir las buenas noticias con ambos; pero sobre todo con Alisa, porque ella sabía cuánto había luchado para liberarme de las tragedias interminables que habían saturado mi vida mortal.

Deslicé mi mano sobre el barandal de mármol de camino hacia el *piano nobile*, donde seguro los encontraría. Y aunque los muchos obstáculos de mi viaje me habían causado un gran cansancio, hice todo eso a un lado. Mi corazón se aceleraba con emoción, anticipándose a su preciosa compañía.

Cuando llegué al rellano superior de la escalera, me detuve abruptamente.

Algo se formó dentro de mí como apenas había experimentado antes. No podía precisarlo, pero fuera lo que fuera, agudizaba mis sentidos vampíricos.

Con los ojos entrecerrados, estudié mi entorno sin saber qué causaba tal estado de alerta en mi ser. Y entonces, lo entendí... Me parecía extraña la absoluta quietud de las habitaciones. Tampoco percibí presencia alguna en ellas.

Mis dedos alcanzaron las puertas de la sala. Las viejas bisagras crujieron cuando lentamente las abrí.

En cuanto entré en la habitación, mi boca se secó y un golpe penetrante de dolor apuñaló mi estómago. Era la fragancia suspendida en el aire lo que me causaba tanta aflicción: el tenue aroma de rosas y bergamota enlazado con el penetrante aroma de la sangre.

Un millar de pensamientos acelerados cruzaban por mi mente preternatural mientras daba un paso más en la desgarradora habitación.

Frente a mí, las ligeras cortinas de la cuadrifora se agitaban en una danza etérea con la brisa marina que se filtraba a través de la ventana rota. Había fragmentos de cristal dispersos en el piso alfombrado. Un rastro de cristales más grandes me condujo detrás del sillón; pero estos, a diferencia de los primeros, estaban teñidos de rojo carmesí.

El aroma de la sangre se hacía más profundo y penetrante a medida que me acercaba... Su hechizo imparable abrumaba mis sentidos.

Me establecí sujetando el respaldo de la silla, y cerrando los ojos, cubrí mi boca con la mano, no horrorizado, sino seducido por la deliciosa fragancia de la habitación. Este perfume sagrado me desconcertaba más allá de todo control.

Una respiración profunda, y tomé las riendas de los caprichos de mi sed de sangre. A estas alturas de mi existencia vampírica, el hambre era bastante fácil de contener, pero no así con lo que mis ojos ahora contemplaban.

Sacudido por la espantosa visión ante mí, mi corazón se congeló.

—No... —murmuré—. Oh, no, no... —Mis rodillas me fallaron y golpearon contra el suelo. Con manos temblorosas, me detuve de caer por completo. Por un momento, dejé de respirar.

Rehusándome a creerlo, toqué su rostro, rígido y frío. Y horrorizado, observé la amplia herida en su cuello. Trazada de un extremo a otro, dibujaba la sonrisa más enervante, a través de la cual la sangre se había derramado y ahora solo dejaba manchas como recuerdo de su camino letal.

—¿Dristan? —murmuré con una voz quebrada y ojos llenos de lágrimas.

Sus ojos, muy abiertos, ya estaban vacíos, con pupilas oscuras y agrandadas... el iris adelgazado y su tono avellana borrado para siempre.

Todo rastro de color desapareció de su piel, dejando un caparazón blanco y endurecido como el mármol de lo que una vez había sido un hombre. Cada vaso sanguíneo, privado de su sangre prodigiosa. No había restos del líquido vital a su alrededor, solo aquellos que teñían su ropa y los cristales, y eso me parecía extraño; mas mi mente afligida no lograba comprender esta trágica escena en su totalidad, y queriendo negar lo innegable, tomé su mano.

—¿Puede esto ser cierto? —susurré, asustado al escuchar mis propias palabras.

Presioné su mano, entonces lo noté. Dentro de su puño, había algo. Estaba oculto bajo un firme agarre, como si no deseara soltarlo. Y aunque empapado con sangre cuajada, sabía bien lo que era. Me negaba a admitirlo. Pero cuando abrí su mano y lo extraje, ya no podía ser ignorado.

Un collar de perlas teñidas en rojo carmesí. El apagado brillo del zafiro, envuelto en sangre.

Su collar.

—¿Alisa? —Embriagado en delirante dolor, llamé su nombre. Pero sabía bien que ella se había ido hacía mucho tiempo.

Estando sentado en la silla forrada en terciopelo verde, las llamas moribundas del hogar se volvieron borrosas.

La pregunta retumbó en mi cabeza con golpes dolorosos sin fin. Y las lágrimas asomaron en mis ojos cuando horrorizado contemplé la respuesta.

Una gota de sangre tiñó una de las perlas del collar cuando lo sostuve, y la froté debajo de mi dedo con cuidado.

Este collar había sido testigo de cada momento importante en mi vida con Alisa: había marcado nuestra primera noche juntos en París, al iniciar nuestro verdadero viaje; me había esperado al partir ella de Venecia tras mi descenso en la Oscuridad; estaba allí cuando nuestros caminos se enlazaron al encontrarla en casa, y se quedaba aquí esta noche para ver cómo se deshacía mi corazón.

Sin decir una palabra ni insinuar su decisión, me dejó para vagar solo por los planos de la eternidad sin esperanzas de volver a verla.

Las palabras del maestro Bianchi susurraron en la oscuridad:

«Cuida tu corazón, pequeño. Es demasiado puro, y los corazones manchados siempre tomarán ventaja sobre el tuyo».

La dolorosa realidad me golpeó sin piedad. Dristan estaba muerto, y ella se había ido.

¿Había planeado ella esto desde el principio?

¿Me había engañado, haciéndome creer que ella realmente me amaba? ¿Era todo una farsa, un plan tortuoso creado con toda frialdad para obtener la libertad que tanto deseaba de su vida restrictiva?

Cualesquiera que fueran las razones, Alisa ahora tenía lo que quería. Ella había bebido hasta la última gota de la sangre prodigiosa de mi creador. Y ahora, libre como el viento, ella podía desaparecer y construir su propia vida donde quisiera, a kilómetros de mi alcance.

No podía soportar el dolor. Tan solo saber que ella me había usado de una manera tan cruel me causaba un daño irreparable. Pero en contra del nocivo palpitar de mi corazón, me moví fuera del asiento.

La mirada perdida de Dristan estaba fija en el techo estucado, brillaba en medio de la oscuridad de la noche dispersa en la habitación.

Sabía lo que tenía que hacer.

GUIADO POR LA PÁLIDA LUMINISCENCIA DE LA LUZ DE LA LUNA, NAVEGUÉ POR EL MAR veneciano. Cómo mi corazón afligido logró un cruce tan doloroso, nunca lo sabré. Su cuerpo, envuelto en una mortaja, viajó conmigo a través de las aguas invernales. Y sin importar qué tan sombría, su compañía vacía me transmitía una extraña sensación de alivio, pues no me embarcaba solo en este, nuestro último viaje juntos.

Tan pronto como atracamos, había silenciado las voces macabras que se movían con mi presencia. Llevé el cadáver de mi creador a través de la plaza central hasta llegar a la tumba.

Con un dolor atormentador, cavé su tumba lejos de todas las demás.

—El vacío que deja tu ausencia en mi vida es más grande de lo que puedo imaginar... —musité sin saber qué pérdida me dolía más: la de mi creador, a quien había aprendido a amar como un padre, o la de Alisa.

Coloqué su cuerpo en el suelo y lo cubrí de tierra. Y una vez que este acto llegó a su fin, me tragué mi miseria y regresé a casa.

DURANTE DÍAS, ME ENCERRÉ DENTRO DE ESTOS MUROS —LOS MUROS DE MI PADRE vampírico— solo para salir por un trago o dos, esperando que llegara la noche en que yo entrara a la casa y la descubriera a hurtadillas en mi habitación, escondiéndose detrás de las puertas de la cocina, lista para sorprenderme, o paseando en el solarium, cantando su canción favorita, el Lamento de Dido.

Pero ese día nunca llegó. Y sabía muy bien que no llegaría pronto.

Me alejé de la silla y su hogar extinguido. El próximo amanecer anunciaba su cercanía con un fino velo de luminosidad filtrándose a través de las ventanas como gas venenoso.

Me paré frente a la ventana y dejé que mis ojos preternaturales mirasen por última vez el Gran Canal y sus pocas embarcaciones navegando con frutas y verduras, dirigiéndose al mercado.

La Serenissima pronto abriría sus ojos a un nuevo día, y la vida continuaría como siempre.

La gloriosa mañana después de la fiesta del carnaval apareció en mi mente. Veintinueve años habían transcurrido desde entonces, pero la suavidad de su piel inmaculada y su resplandor etéreo bajo los primeros rayos de luz del amanecer, los llevaba conmigo con una viveza inmensa. Y sin importar cuán cariñosamente guardaba este recuerdo, me di cuenta de lo importante que era descartarlo de mi mente y reemplazarlo con la crueldad de su engaño.

—Jamás debo olvidar —susurré.

Aprendí mi lección. Pero el corazón es traicionero y nunca debe confiarse en él.

El amargo final de nuestros días juntos me perseguirá siempre a donde sea que vaya.

Está escrito en mi maldita alma vampírica, y con tal tinta que es imposible de desvanecer en los siglos venideros.

Está escrito en sangre.

ALGO MÁS

*P*asaron años hasta que decidí que era hora de irme de Venecia y regresar al lugar donde estaba seguro de encontrar brazos reconfortantes esperándome.

Mis pasos me llevaron a través de calles adoquinadas hasta que encontré mi camino hacia el paseo arbolado del Jardín de Luxemburgo. Paris, sí. Lo necesitaba más que nunca. Era el único remedio para mi corazón afligido.

Para entonces, toda esperanza de encontrarme con Alisa me había abandonado y mi objetivo era curar las viejas heridas de mi corazón.

Era una época diferente ahora. El comienzo del siglo XVIII había traído una ola de cambios con el viento. Palabras como «igualdad» y «libertad» eran lanzadas tan ágilmente como si fueran plumas cayendo.

Paseaba, encantado por el día nublado, disfrutando de la brisa y el deleite misterioso de este delicioso crepúsculo cuando alguien captó mi interés.

Permanecía en silencio junto a la Fuente Médici. Sus analíticos ojos azul claro se posaban en las tímidas flores de los jarrones de piedra, y en el lienzo a su lado, ella las trazaba en aceites de tonos rosados y verdes.

A tan joven edad, la forma en que lograba ignorar a todo el mundo y centrarse en esas flores me hipnotizaba.

Su cabello castaño estaba cuidadosamente arreglado en suaves rizos. Vislumbré sus delicados labios y noté su labio inferior ligeramente más lleno. Mejillas altas y rosadas, cejas suaves y arqueadas, piel clara sin defectos... Me encontré atraído a ella sin remedio. Y para cuando me había dado cuenta, ya estaba a centímetros de esta hermosa joven que no tenía más de diecisiete años de edad.

—Es una hermosa fuente, *mademoiselle*... ¿por qué no pintarla toda? —dije en francés.

Ella presionó sus labios y se sonrojó, molesta por mis agudas palabras de crítica. Y aunque hacía su mejor esfuerzo por ocultarlo, su reacción era transparente a mis habilidades preternaturales. Esta hermosa jovencita tenía un temperamento rebelde... *Mmmm, deliciosa.*

Una breve exhalación escapó de sus labios antes de que sus ojos penetrantes cayeran sobre mí, y cuando lo hicieron, tuve la más dura sensación de que me atravesaron y

descubrieron todos y cada uno de mis secretos enterrados. En verdad, debo admitir, su mirada me inquietó un poco.

—¿No le gusta mi pintura, señor? —dijo en un tono desafiante en perfecto inglés, apretando los dientes.

Su comportamiento, molesto pero cortés, me pareció refrescantemente encantador.

—Todo lo contrario, *mademoiselle* —respondí—. Me gusta tanto que desearía que hubiera más de ella.

Una sonrisa apareció en su rostro, e hizo que mi corazón cantara.

—Bromea, *monsieur*.

—¡Yo, nunca...!

—¡Justine! —gritó una mujer a lo lejos—. ¿Cómo puedes pintar con esta luz tan horrible, niña? Vamos, es tarde. ¡Tu padre estará preocupado!

Ella inclinó la cabeza e insinuó una sonrisa indulgente hacia mí. Era tan dulce e inocente como una paloma blanca, pero el dejo de rebeldía en su mirada seguía siendo innegable.

—*Je suis desolé, monsieur*. —«Lo siento», dijo ella—. Debo irme.

—¿Tal vez la veré mañana?

—Tal vez... —musitó, recogiendo sus utensilios de pintura.

—Por favor, dígame... ¿por quién preguntaré si acaso no volviéramos a vernos?

Con ojos brillantes, se dio la vuelta.

—Justine. —Detuvo su sombrero cuando una ráfaga de viento frío amenazó con desprenderlo de su cabeza. Mientras tanto, su institutriz la llamaba por su nombre, rogándole que se fueran. Entonces, ella agregó—: Justine Deveraux.

Su respuesta me dejó indefenso y más allá del borde del asombro. Me temo que hice poco por ocultar mi sorpresa. Ella debió notar el cambio sutil en mi expresión, la breve apertura de mi boca cuando la escuché decir su apellido. Pero no le tomó interés, tal vez demasiado acostumbrada a la respuesta habitual que la sola mención de su poderoso linaje despertaba.

Y a medida que su delicada figura disminuía en el paseo arbolado, un súbito estallido de energía sacudió mi marchito corazón negro, y juro que lo sentí latir una vez más después de tantos años de sueño forzado.

Una nueva era estaba a punto de comenzar, y con ella, la promesa de reavivar mi existencia vampírica. Entonces supe que como el fénix, me levantaría una vez más de las cenizas, y la vida continuaría porque era necesario, y no había otra opción.

Lo supe desde el momento en que puse mi mirada preternatural en esa dulce criatura, Justine. Supe que los miedos de mi pasado habían sido una mentira, y que tenía todos los medios para dar el salto al mundo cambiante y aprovechar al máximo el regalo que me había sido dado.

El mañana era hoy. Y nunca se había asomado una vista más prometedora en el perpetuo horizonte...

De Silvana G. Sánchez

CLAMOR DE SANGRE

Una Novela de la Hermandad Antinatural

DIDO Y ENEAS

A GRANDES PROFUNDIDADES BAJO TIERRA, un hogar llameante rompe la oscuridad de la habitación. Dentro de las llamas crecientes, los recuerdos de los días marchitos cobran nueva vida.

Inútil precisar el momento en que sus ojos mortales habían puesto su mirada sobre él bajo una luz diferente. Una fuerte sensación de pertenencia la había aferrado a él desde una tierna edad, cierto; pero fue estando a punto de perderlo cuando ella había descubierto cuánto habían cambiado esos sentimientos.

Acostado en la banca de madera junto a la chimenea, su ropa empapada se pegaba a su cuerpo tembloroso. Solo de verlo, su corazón se comprimía de dolor. Y sus profundos ojos azules se abrieron más cuando observaron el cuerpo de un joven que parecía mucho mayor de dieciséis años.

Hermoso, aún más, ahora que su corta melena negra brillaba, y sus labios carnosos, pálidos y con un matiz azul, temblaban. Algunas gotas de nieve derretida rodaron por su rostro impecable... el rostro de un ángel.

Está muriendo.

Su padre abofeteó su mejilla y le sacó algunas palabras. Con voz baja y nerviosa, los condujo hacia el lago. Pero Alisa sabía que el mensaje de Iván era inútil: Viktor estaba muerto. Su hermano nunca sobreviviría al clima helado, y mucho menos si se había ahogado, como era su sospecha.

Viktor se ha ido. Pero tú... no puedes abandonarme. No puedes morir. No puedo imaginar la vida sin ti.

—Vas a sobrevivir —le dijo en voz baja, pensando todo el tiempo que esas palabras pretendían calmar su ansiedad más que consolar la de su hermano.

Iván había sobrevivido. Después de una vida de evitar a la Muerte magistralmente, había escapado de ella una vez más. Y entonces, la fragilidad de la vida la convenció, más que nunca, de que era hora de actuar acorde a sus sentimientos... un viaje a Europa bastaría.

—Iván —susurró, sosteniendo firmemente el dije de oro pendiendo de su cuello—. Te necesito.

Atrapada, en la oscuridad, una canción hace eco en su cabeza. El *basso continuo* de la vieja melodía toca en su mente, una y otra vez. Un disco rayado...

© 2018 Silvana G. Sánchez

OTRAS OBRAS DE SILVANA G. SÁNCHEZ

Ediciones en Inglés:

The Unknown, A Collection of Thirty-One Creepy Poems.

Written in Blood, A Novel of The Unnatural Brethren.

SOBRE EL AUTOR

Silvana G. Sánchez teje lo paranormal en el romance histórico. Las posibilidades de lo inexplicable son la fuente de los mundos de su creación, incluida la serie de La Hermandad Antinatural y la saga de las Brujas Deveraux.

Su infinita fascinación por los viajes y la investigación histórica producen una prosa evocadora que transporta a los lectores siglos atrás y los envuelve en paisajes europeos prístinos, donde ciudades antiguas se convierten en personajes.

Ella vive en la Ciudad de México con su amado esposo Éric, sus gemelos Iker (†) y David, y tres adorables cachorros ShihTzu: Wookiee, Padme y Pandita.

Cuando no está cortando y sanando ojos en su práctica médica como Oftalmólogo, se le puede encontrar merodeando en Twitter o Facebook. Asegúrate de saludarla, no muerde—bueno, no siempre.



Para más información:

silvanagsanchez.com

sgs.author@gmail.com

